
3 1761 06742689 0





ANGEL GUERRA

Est. tip. de los Hijos de Tello. C. de San Francisco. 4.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

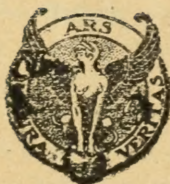
POR

B. PÉREZ GALDÓS

ANGEL GUERRA

PRIMERA PARTE

9.000



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1920



ANGEL GUERRA

PRIMERA PARTE

I

DESENGAÑADO

I

Amanecía ya cuando la infeliz mujer, que había pasado en claro toda la noche *esperándole*, sintió en la puerta los porrazos con que el incorregible trasnochador acostumbraba llamar, por haberse roto, días antes, la cadena ds la campanilla... ¡Ay, gracias á Dios! El momento aquél, los golpes en la puerta, á punto que la aurora se asomaba risueña por los vidrios del balcón, anularon súbitamente toda la tristeza de la angustiosa y larguísima noche. Menos tiempo del que empleo en decirlo, tardó ella en correr desde la salita á la entrada de la casa, y antes que abriera, ya empujaba él, ansioso de refugiarse en la estrecha y apartada vivienda.

Precipitemos la narración diciendo que la que abría se llamaba Dulcenombre, y el que entró Angel Guerra, hombre más bién grueso que flaco, de regular estatura, color cetrino y recia complexión, cara

de malas pulgas y... Pero ¿á qué tal prisa? Calma, y dígase ahora tan sólo que Dulcenombre, en cuanto le echó los ojos encima (para que la verdad resplandezca desde el principio, bueno será indicar sin rebozo que era su amante), notó el demudado rostro que aquellla mañana se traía, mohín de rabia, mirar atravesado y tempestuoso. Juntos pasaron á la sala, y lo primero que hizo Guerra fué tirar al suelo el ajado sombrero, y mostrar á la joven su mano izquierda mojada de sangre fresca, que por los dedos goteaba.

—Mira cómo vengo, Dulce... Cosa perdida.,. ¡quién se vuelve á fiar de tantísimo cobarde, de tantísimo necio!

El espanto dejó sin habla por un momento á la pobre mujer. Creyó que no sólo la mano, sino el brazo entero del hombre amado, se desprendía del cuerpo, cayendo en tierra como trozo de res desprendido de los garfios de una carnicería.

¡Querido, ay—exclamó al fin,—bien te lo dije!... ¿Para qué te metes en esas danzas?

Dejóse caer el herido en el sillón más próximo, lanzando de su boca, como quien escupe fuerte, una blasfemia desvergonzada y sacrílega, y después revolvió sus ojos por todo el ámbito de la estancia, cual si escuchara su propia exclamación repercutiendo en las paredes y en el techo. Mas no era su apóstrofe lo que oía, sino el zumbido de uno de estos abejones que suelen meterse de noche en las casas, y buscando azorados la salida, tropiezan en las paredes, embisten á testarazos los cristales, y nos atormentan con su murmullo grave y monótono, expresión musical del tedio infinito.

—¿Tienes árnica?—dijo Guerra mirándose la ensangrentada mano.

—Sí; la que traje cuando la perrita se magulló la pata. Mira, hijo, lo mejor será llamar ahora mismo á un médico.

—No, médico no—replicó él con viva inquietud.—Temo la policía, aunque no creo que nadie me haya visto entrar aquí... Si avisas á la Casa de Socorro, me comprometerás... La herida no es grave. No creo me haya interesado el hueso. La bala entró por esta parte y salió por aquí, ¿ves?... superficial... mucha sangre... alguna vena rota, y nada más... Entre tú y yo nos curaremos, digo, me curaré. Soy algo médico: me luciré siendo mi propio enfermo, y tu mi practicante.

Con exquisito cuidado procedió Dulcenombre á quitarle la cazadora, descubriendo la manga y puño de la camisa, tan anegados en sangre, que se podían torcer. Temerosa de lastimarle, cortó con tijeras, por encima del codo, la tela de la camisa y elástica, y trayendo en seguida una jofaina con agua, en la cual vertió gran cantidad de árnica, empezó á lavar las heridas, que eran dos, la entrada y salida de la bala, distantes como seis pulgadas una de otra.

Guerra no se quejaba, y apretando los dientes, repetía: —No es nada, y si es, que sea, ¡caramba! No llamaría médico, sino en el caso extremo de tener que cortar el brazo.

—¿De veras no te duele?—preguntaba Dulce poniendo en sus dedos toda la delicadeza posible.

—No... ¡ay! te digo que no... ¿Y qué te importa á ti que duela ó no duela?... Ahora que sale menos san-

gre, pónme paños bien empapados en árnica, que renovarás cada poco tiempo. Luego me traes de la botica un emplasto cuyo nombre te escribiré en un papel... ¡ay! tengo una sed horrible. Dame agua. ¿Hay coñac en casa?

—No; te pondré vino.

—Lo mismo da. Venga pronto, que me abraso.

Mientras bebía, el abejorro volvió á entonar su insufrible canto de una sola nota, estirada y vibrante como el lenguaje de un hilo telegráfico que se pusiera á contar su historia. Echóle Guerra tremendas maldiciones, pero como sintiese ruido en la escalera, atendió á él sobresaltado y receloso.

—¿Qué tienes?—le dijo Dulce.—Esos pasos son de alguno que baja del tercero. Aquí no viene nadie. En la vecindad no nos conocen ni las moscas. Echate á descansar sin miedo.

—No sé... ¡Maldita suerte!—replicó Angel gesticulando con el brazo hábil.—Si vienen á prenderme que vengan. Todo perdido por falta de dirección y sobra de pusilanimidad... A la hora crítica, los leones de club se vuelven corderos y se meten debajo de la cama, y los traidores se disfrazan de prudentes. La mayor parte de las tropas comprometidas se asustan de la calle como las monjas, y no se atreven á salir del cuartel. ¡Qué noche! Tengo fiebre. ¿Sabes una cosa? La claridad del día me incomoda. Cierra las maderas y enciende luz, á ver si duermo. No, imposible que yo descanse... Por vida de... ¡cuánto me molesta ese bicharraco estúpido!

—Déjalo—dijo Dulce, riendo de los insultos que Angel siguió dirigiendo al pobre insecto;—ya procu-

raré yo quitarle de en medio. Verás... Acuéstate ahora.

Cerró las maderas y encendió luz, figurando la noche en la reducida sala, y acto continuo pasó á la alcoba para arreglar la cama, que era grande, dorada, la mejor pieza de todo el mueblaje. Después ayudó al herido á quitarse la ropa. Mejor será decir que le desnudó; condújole al lecho, le acostó, arreglando los almohadones de modo que pudieran sostener el busto en posición alta, y colocándole el brazo sobre un cojín de la manera menos incómoda.

—Antes que se me olvide—le decía Guerra al acostarse:—recoge toda la ropa ensangrentada y lávala de prisa y corriendo... Otra cosa. Cuando salgas á la compra, tráeme periódicos, aunque sean monárquicos. ¿Qué hora es? ¿Dices que la vecindad no nos conoce? Bien puede ser, porque sólo hace ocho días que habitamos en este escondrijo, y nadie lo sabe más que tu familia, de la cual, acá para entre los dos, no me fío ni me fiaré nunca.

—No pienses mal de mis pobrecitos hermanos ni del infelizote de papá.

—¡Pobrecitos, sí!—*(con cruel ironía.)*—Serían capaces de venderse á sí propios el día en que no pudieran vender á los demás. Más tranquilo estaría yo si supiera que ignoran donde me encuentro... ¡Ay, Dulce de mi vida, procura matar á ese moscardón del infierno, ó yo no sé lo que va á ser de mí! Mis nervios estallan, mi cabeza es un volcán; yo reviento, yo me vuelvo loco, si ese condenado no se va de aquí. Acéchale, pónte en guardia con una toalla ó cualquier trapo... Aguantas el resuello, te vas aproximando po-

quito á poco, para que él no se entere, y cuando le tengas á tiro ¡zas! le sacudes firme.

Procedió Dulcenombre, bien instruída de esta táctica, á la cacería del himenóptero; pero él le ganaba, sin duda, en habilidad estratégica, porque en cuanto la formidable toalla (graves autores sostienen que no era toalla, sino un delantal bien doblado y cogido por las cuatro puntas, formando uno de los más mortíferos ingenios militares que pueden imaginarse) se levantó amenazando estrellarse contra la pared, el abejón salió escapado hacia el techo burlándose de su perseguidora.

La cual, desalentada por la ineficacia de su primer ataque, volvió al lado de su amigo, diciéndole:—Pues no debes temer nada de los míos. A tu casa irá probablemente la policía, y tu madre dirá que no sabe dónde estás... como que, en efecto, no lo sabe ni lo puede saber.

Al oir nombrar á su madre, obscurecióse el rostro de Guerra. De lo que murmuraron sus labios, hervor del despecho y la ira que rescoldaban en su alma, solo pudo entender Dulce algunas frases sueltas.

«¡Pobre señora!... Disgusto horrible cuando sepa...» Y luego, queriendo descargar con un suspiro forzado, que parecía golpe de bomba, la pesadumbre y opresión que dentro tenía, añadió esto:—Despedíme de ella hace cuatro días, diciéndole que iba de caza á Malagón... ¡No es mala cacería!... Cazado yo.

Tan abstraído estuvo, que el zángano pasó dos veces por encima de las almohadas, reforzando su infernal *trágala*, y Guerra no se dió cuenta de ello. Fué preciso que por tercera vez pasara el maldito, casi to-

cándole la punta de la nariz, con lo cual se evidenció que la burla rayaba en procaz insolencia, para que el otro lo notara y se revolviera airado contra *la fiera*, gritándole: «Canalla, trasto, indecente, si yo no estuviera amarrado en esta cama, verías.» Poco faltaba para que en la excitada imaginación de Guerra se representase el zumbador insecto como animal monstruoso que llenaba todo el aposento con sus alas vibrantes. Emprendió Dulce de nuevo la persecución, y eran de ver su agilidad y tino, las cualidades estratégicas que en la desigual lucha iba desarrollando; cómo se aproximaba quedamente; cómo blandía el arma formidable; cómo seguía el vuelo curvo del enemigo en sus rápidos quiebros, adivinándole las retiradas y anticipándose á ellas; cómo, en fin, se prevenía contra su astucia, embistiéndole por el flanco menos peligroso, que era aquel en que no la delataba su propia sombra... Por último, uno de los muchos disparos con el lienzo insecticida fué tan certero, que el monstruo, sin exhalar un ay, cayó al suelo con las patas dobladas, las alas rotas.

—Pereció—dijo Dulce con la emoción de la victoria, inclinándose para verlo hecho un ovillo negro y peludo. En su agonía, parecía comerse sus propias patas y hundir la cabeza en la panza turgente.

—¡Maldita sea su alma!—exclamó Guerra con júbilo.—Así quisiera yo ver á otros que zumban lo mismo, y merecen también un toallazo... Ahora, paréceme que dormiré.

Vencido del cansancio, no tardó en caer en un sopor, que más bien parecía borrachera.

II

De la cual salió súbitamente, y como de un salto, media hora después, porque no vale que el cuerpo tome la horizontal, cuando las ideas se obstinan en ponerse en pie; ni vale que los músculos fatigados se relajen y apetezcan la quietud, cuando la sangre se desboca y los nervios se encabritan. Lo primero de que el herido se hizo cargo fué de la soledad en que se encontraba, pues Dulcenombre había salido. Sintió en torno suyo la impresión triste de la ausencia del sér que á todas horas llenaba la casa con su tráfago diligente y amoroso.

«¡Qué buena es esta Dulce—pensó,—y qué vacías, qué solas, qué huérfanas quedan las cosas cuando ella se va.» Al pensar esto, como volviera á sentir el zumbido del insecto, se inflamó de nuevo en ira y deseos de destrucción. «O ha resucitado ese miserable—se dijo,—ó ha venido otro á ocupar la plaza.» Mas era un ruido puramente subjetivo, efecto de la debilidad y de la excitación de los nervios acústicos. El reloj de San Antón dió las ocho, y Angel, después de contar cuidadosamente las campanadas, quedóse con la duda de haber acertado en la cuenta. Los rumores de la calle se desfiguraban y acrecían monstruosamente en su cerebro: el paso de un carro se le antojaba rodar de artillería, y los pregones alaridos de combate, los pasos de los vecinos en la escalera, movimiento de tropas que subían á ocupar el edificio. Felizmente, el chirrido del llavín en la puerta anun-

ció el regreso de Dulce. Alegróse Guerra al oirlo, como niño abandonado que se ve de nuevo en brazos de la madre.

—Hija mía—la dijo al verla entrar con su pañuelo por la cabeza y su mantón sobre los hombros.—Si no vienes pronto, no sé qué es de mí. Me abrumaba la soledad.

—Te dejé dormido, monín—replicó ella, abalanzándose sobre la cama para acariciarle con ternura.—¿Por qué has despertado? ¿Qué tal te encuentras? Y el bracito, ¿te duele?

—El brazo está como dormido, como muerto; no siento más que unas cosquillas... que suben hasta el hombro... y la sensación de que la parte herida es grande, tan grande como todo mi cuerpo. Tengo fiebre, y bastante alta, si no me equivoco.

En el mismo instante, una galguita esbelta cuyas patas parecían de alambre, saltó sobre el lecho y empezó á acariciar al herido. Dulce cuidó de que el inquieto animal no lastimara el brazo enfermo, para lo cual le dirigió una admonición muy expresiva y graciosa. Por segunda vez apuntó la idea de traer un médico; pero Guerra se opuso terminantemente, quitando importancia á su herida. En cambio, pudo convencerle de que aquella fingida noche en que estaba, con las maderas cerradas y la luz encendida, más propicia era á la tristeza lúgubre que al descanso reparador. Y se apagó la vela y se abrieron las maderas; pero con la claridad solar, Guerra se excitó más, monstrando ganas de levantarse y apetito insaciable de charla. Mucho le contrariaba que Dulce no le hubiese traído periódicos, y ella prometió bajar más

tarde, en cuanto los sintiera vocear. La pobrecilla se hubiera partido en dos de buena gana para poder atender á la cocina y á la alcoba, al puchero y al hombre. Iba y venía con celeridad no inferior á la de la galguita, y después de trastear allá dentro, volvía, para engolosinar á su amigo con una palabra cariñosa, para arroparle y acomodar el brazo sobre el cojín. Al pasar por la salita, no dejaba de dar un enpujón á las butacas y sillas, poniéndolas en su sitio; de arreglar lo que desde la noche anterior permanecía revuelto; de pasar rápidamente un paño por lo más cargado de polvo, y sintiendo mucho no poder hacer limpia general, corría á la cocina, donde diversas faenas la reclamaban. Dígase de paso que la habitación era pequeñísima, que no tenía gabinete, sino tan sólo sala de un balcón, y alcoba separada de aquélla por puerta de cristales; que estas dos piezas uníanse por pasillo nada corto á la cocina y comedor, cuyas ventanas daban al corredor del patio. La casa era de estas que pueden llamarse mixtas, pues en la fachada había cuartos de mediana cabida, de ocho á diez duros de inquilinato; en el fondo, patio con corredores de viviendas numeradas, de cincuenta á ochenta reales. Una sola escalera servía el exterior como el interior de la finca, situada en la corta y solitaria calle de Santa Agueda, que comunica la de Santa Brígida con la de San Mateo.

Dulcenombre consiguió de Angel que consintiese en estar encerrado un rato para poder abrir el balcón de la sala, y barrer, limpiar y ventilar ésta. Concluída la operación en un periquete, la joven, escoba en mano, fué á dar un poco de palique á su amante:

—¡Ay, hijo mío, qué cosas decían en la plazuela! que habéis sido unos tontos, y que no sabéis hacer revoluciones.

—Dicen la verdad; unos por inocentes, otros por traidores, todos merecemos el desprecio de las placeras.

—Pues anoche, á eso de las diez y media, toda la vecindad del patio salió de los cuartos, como las hormigas en tiempo de calor, porque se corrió la voz de que había gran trifulca. Yo me asomé á la escalera, y uno decía que verdes, otro que maduras. Contó no sé quién que la caballería sublevada había pasado por la calle de la Puebla dando gritos, con un oficial á la cabeza, que, revólver en mano, se desgañitaba diciendo que viviera la República. ¿Es verdad esto? Pues luego cada persona que llegaba á la casa traía una papa muy gorda. Uno que Palacio estaba ardiendo por los cuatro costados, otro que diecisiete generales se habían echado á la calle...

—¡Diecisiete rayos!—exclamó con furor el enfermo.—Alguno había comprometido, es verdad; pero estos comodones se quedan detrás de la puerta viendo la función, y si sale bien se llaman á la parte, si sale mal corren á presentarse al ministro de la Guerra.

—En medio de aquel barullo, yo me hacía la tonta, como si nada supiera, y me asombraba de cuanto me decían. Hoy, en la plazuela, he oído que fracasásteis antes de empezar, y que no habéis hecho más que chapucerías.

—¡Chapucerías! Voy creyendo que en la plazuela nos juzgan como merecemos. Mira, Dulce, si no nos hubieran faltado los de los *Docks*, qué sé yo...

—El tío Pintado, el escarolero... tú no le conoces... aquel vejete que tiene su cajón al lado de San Ildefonso... Pues me contó que él ha sido tremendo para estas cosas de revoluciones, y que el cincuenta y tantos y el no sé cuantos, él solo con cuatro amigos cortó la comunicación de la Cava Baja con la calle de Toledo, y que la tropa tuvo que romper por dentro de las casas. En fin, te mueres de risa si le oyes ponderar lo héroe que es. En su cajón había esta mañana un corro muy grande, y él, con ínfulas de maestro, os criticaba, porque en vez de encallejonaros en la estación de Atocha, debisteis iros á la Puerta del Sol y apoderaros del Principal.

—Tiene razón. ¡Si es de sentido común...!

—Dijeron allí también que habíais matado tontamente á dos generales ó no sé qué, y que los patriotas de hoy no servís más que para ayudar á misa.

—También es verdad. Merecíamos ser apaleados por los de Orden Público, ó que los barrenderos de la Villa nos ametrallaran con las mangas de riego. ¡Desengaño como éste...! Paréceme que despierto de un sueño de presunción, credulidad y tontería, y que me reconozco haber sido en este sueño persona distinta de lo que soy ahora... En fin, el error duele, pero instruye. Treinta años tengo, querida mía. En la edad peligrosa, cogióme un vértigo político, enfermedad de fanatismo, ansia instintiva de mejorar la suerte de los pueblos, de aminorar el mal humano... resabio quijotesco que todos llevamos en la masa de la sangre. El fin es noble; los medios ahora veo que son menguadísimos, y en cuanto al instrumento, que es el pueblo mismo, se quiebra en nuestras manos,

como una caña podrida. Total, que aquí me tienes estrellado, al fin de una carrera vertiginosa... golpe tremendo contra la realidad... Abro los ojos y me encuentro hecho una tortilla; pero soy una tortilla que empieza á ver claro.

Al llegar á este punto, sintió el herido gran debilidad, que reparó con un poco de café. Como sintiese tambien alguna molestia en el brazo, no quiso diferir la aplicación del emplasto. Dulce salió en busca de la medicina, tardando como una media hora, y al volver se trajo un rimero de periódicos, que Angel desfloró, recorriéndolos con ansiosa y superficial lectura, para cazar la noticia verdadera en aquella selva de informaciones precipitadas. Como tenía más fiebre que apetito, y parecía natural que al enfermo le sentara mejor el buen caldo que los periódicos, Dulce cortó la ración de éstos y activó el puchero, que era substancioso, riquísimo, con su poco de gallina, su jamón y vaca con hueso. Deslizóse toda la mañana, sin que nada ocurriese de particular. Después de recorrer ligeramente parte de la prensa, sintióse Angel fatigado; mas sus intentos de dormir fueron inútiles. Cerraba los ojos, y en vez de aletargarse, el cerebro reproducía fielmente las escenas de la tarde anterior, precursoras de la descabellada intentona de la noche. Veíase en el cafetín de Nápoles, concertando con el capitán Montero ciertos detalles del plan, fijando la hora exacta. El, Guerra, secreteaba á su amigo las órdenes del brigadier Campón, que había de ponerse al frente de los sublevados. Montero respondía de los sargentos; pero ponderaba la dificultad de sacar del cuartel las tropas, burlando al coronel y á los oficiales.

Todo dependía de la temeridad y arrojo del capitán, que era de la piel del diablo.

Abría Guerra los ojos, y de la representación del hecho pasaba su pensamiento bruscamente al desairado fin de su aventura. «Todo es humillante—decía,—en este fracaso, hasta la herida que he recibido. La muerte ó una herida grave hubiera correspondido á la intención; pero esta puntada en el brazo no me permite considerarme víctima, ni héroe, ni nada. Para que todo resulte chabacano, hasta mi herida... apenas me duele... Y ahora se me ocurre: ¿qué habrá sido de aquel desdichado Campón? Los periódicos dicen que abandonó el tren, al saber que tampoco los de Alcalá respondían, y á estas horas andará fugitivo, dado á todos los demonios, hasta que le cacen los monárquicos. Le fusilarán, por no haber sabido escurrir el bulto cuando vió venir la mala. ¡Pobre Campón! No me atrevo ya á decir que es glorioso dar la vida por esta idea; no me atrevo á clamar venganza. La idea está tan derrengada como sus partidarios, y no puede tenerse en pié.»

III

La debilidad de su cuerpo y la ebullición mental se manifestaron de improviso en el terreno de la ternura. Llamaba á su compañera para decirle con pueril afán: «Dulcísima, ¿me quieres? ¿Pero me quieres de verdad?» Ella respondía que sí con efusión del alma, añadiendo á la palabra demostraciones materiales que restallaban en la alcoba, porque entre otras particularidades fisiológicas, tenía la de besar de una manera ruidosa y descompasada. Queriendo arrancarle confe-

siones de más valía, Angel la interrogaba así: «¿Me quieres por encima de todos y de todo? ¿Me perdonas que te arrancara á tu familia, juntándote con un hombre que está fuera de la ley y que puede dar con sus huesos en el destierro ó en el patíbulo?

Dulcenombre se echó á reir, diciendo que para ella no había más familia que él, ni más leyes que la voluntad del hombre amado, y que le seguiría á cuantas aventuras se quisiera lanzar. Agregaba que el dejar á su familia no era un mérito, pues cualquier género de vida, aun el más deshonroso, valía más que vivir con sus padres y hermanos.

—En eso estamos conformes—dijo Guerra,—y al sacarte de tu casa, te saqué de una leonera; pero si allí no eras más honrada, estabas más libre.

—No me gusta la libertad—se apresuró á decir Dulce.—Me siento mejor sometida, y con el cuello bien amarrado al yugo de un hombre que me gusta por el alma y por el cuerpo. Obedecer queriendo es mi delicia, y servir á mi dueño, siendo también por mi parte un poco dueña de él, quiero decir, esclava y señora... Pero déjame ir un momento á la cocina, que se nos quema el puchero.

Al quedarse solo, Angel reflexionaba diciéndose: «En medio de tantas desgracias y caídas, tengo el consuelo de poseer esta leal amiga, dechado de fidelidad, paciencia y adhesión, que cogí como con lazo en una selva obscura. Mi vida no es tan triste y desastrada como he podido creer, porque esta mujer me la ennoblece, y me colma de consuelos espirituales.»

Acordábase al punto de su madre y de su hija, y si el recuerdo de la primera causábale cierto terror, al

pensar en la segunda se desbordaba en su alma la ternura. Urge decir que Angel Guerra era viudo, y tenía una niña de siete años llamada Encarnación, á quien amaba con delirio. Su mayor pena en la encerrona á que se veía condenado, y á la cual probablemente seguiría larga proscripción, era verse alejado por tiempo incalculable de su inocente hija; y también le inquietaba la idea de una definitiva ruptura con su madre, á quien respetaba y quería, no obstante la infranqueable diferencia de opiniones entre ambos. Almorzó aquel día sin gana, fumó más de lo conveniente, pidió sus libros, en los cuales leyó algunas paginas sin enterarse de nada, y hastiado del tabaco y de las letras, renegó de su suerte y de los motivos de tan fastidiosa esclavitud. Dulce le consolaba desde la sala con palabras festivas y amorosas, mientras se peinaba sentada frente al armario de luna. Conviene ahora decir que Dulcenombre era bonita, y que lo habría sido más si su natural belleza, hubiera tenido el adorno de las carnes lozanas, que por sí solas decoran y visten una figura de mujer. ¡Lástima que fuese, más que delgada, flaca, y tan esbelta, que la comparación de su cuerpo con un junco no resultaba hipérbole! Era su rostro de una nobleza indiscutible, el perfil muy acentuado en el corte de la distinción y espiritualidad, cara y silueta dignas de lucir en un teatro con trajes históricos, dignas también de un bajo relieve de alabastro ahumado por el tiempo. Por esto Angel Guerra bromeaba con su querida, diciéndole que parecía una princesa borgoñona ó italiana, sacada de su sarcófago y rediviva por conjuros del diablo. Su mal color, como de leche

y miel de caña mezcladas en buena proporción, abonaba aquel juicio. Tenía entonces veinticuatro años, y representaba treinta, señal de que su hermosura y su juventud tendían á consumirse pronto, como candelas con doble pábilo, y antes de que se acabara en ella la mujer, ya se estaba anunciando la momia.

Nadie pareció por la casa en todo el día. La soledad y abandono en que vivía la pareja fueron de grandísimo consuelo para el revolucionario, que empezó á tener confianza en la impunidad. Su mayor recelo era que Arístides y Fausto, hermanos de Dulcenombre, llamasen á la puerta.

—No vendrán—dijo ella.—¿A qué cuento habrían de venir ahora, si no vienen casi nunca?

—No conoces á tus hermanos, hija mía. Vendrán sólo por el gusto de fisgonear, de molestarme y de venderme, si hubiera quien les diese algo por mí.

—Estáte tranquilo. Sólo vendrían en el caso de que yo tardara muchos días en ir allá. Para evitar que nos visiten, pasaré esta noche ó mañana si te parece.

—Sí, sí. Y llévales algo para que el mal humor, hermano gemelo de la penuria, no les ponga en ese estado particular del espíritu que engendra el dolo y las traiciones.

Quedó convenido esto, y Guerra descansó largo rato hasta la tarde. Ya de noche, después de comer cuando Dulce había encendido la lámpara, disponiéndose á emplear un par de horas en el arreglo de su ropa, el herido se animó considerablemente. No podía estarse quieto; sus ganas de hablar rayaban en frenesí, y como era aquella la hora de la cháchara y de las disputas con los amigos en el café, ó en algún

círculo más ó menos público, la costumbre imponía su fuero, y el hombre habría charlado consigo mismo, si no tuviera á su querida para componerse un auditorio. Hízola pasar de la sala á la alcoba, llevando la luz, la silla baja, la cesta de ropa y una caja en que tenía los chismes de costura, la cual puso sobre la cama por no haber sitio más apropiado. A la cama saltó también la perra; la lámpara fué puesta sobre la mesa de noche, para que dominara con su claridad todo el grupo, que resultaba simpático. Angel sentía febril apetito de contar las ocurrencias de la noche anterior, en las cuales había sido actor ó testigo, y añadir los comentarios propios de sucesos tan graves. Por momentos se figuraba tener delante á su trinca del *Círculo Propagandista Revindicador*, y que alguien le contradecía, excitándole más. Cuando un hombre ha presenciado sucesos que pasan á la Historia, aunque sea de contrabando, y que acaloran la opinión, natural es que sienta el prurito de contarlos, de rectificar errores, y de poner cada cosa y cada persona en su lugar. En Guerra hablaban aquella noche el orgullo del testigo que sabe lo que los oyentes ignoran, el amor propio del narrador bien imformado, y el coraje del revolucionario sin éxito.

Atención.

—Mira tú, querida, yo te aseguro que el general Araña estaba comprometido, aunque con reservas. Un amigo suyo, paisano, fué á nuestras reuniones de la calle de la Estrella y de la calle de la Fe, y nos dijo: «Señores, si el general Araña, al estallar el movimiento, se presentara ¿qué harían ustedes?» A lo que respondió Campón: «Pues nos pondríamos todos á

sus órdenes.» A pesar de este ofrecimiento, no contábamos con el general Araña, ni con el general Socorro, á no ser que desde el primer momento tuviéramos asegurado un triunfo indiscutible.

Pues verás otra cosa. Los periódicos censuran el movimiento por descabellado, fíjate bien, y dan por cierto que lo realizaron los ochenta hombres á caballo de *Simancas* y las dos compañías de infantería de *Cerinola.* Lo que hay es que estos infelices fueron los únicos que tuvieron arranque para cumplir lo pactado. Yo te aseguro, como si lo hubiera visto, que en un patio del cuartel de la Montaña estuvo formado el batallón de *Andujar*. Los sargentos y los oficiales nuestros lo habían arreglado bien; pero... lo que pasa en estos casos... entra el coronel, y ya tienes perdida toda la fuerza moral de los sargentos. «¿Qué es esto, voto al rayo?» «Nada, mi coronel, que supimos que había jarana, y estábamos preparando á los chicos para salir á sostener el orden.» *(Estupefacción de Dulce.)* Pues verás otra mejor. En los *Docks*, teníamos conquistada la artillería. ¿Recuerdas que, cuando vivíamos en la calle de San Marcos, fué un domingo por la tarde á casa un muchacho, militar, y al otro día otro? A tí te chocó que habláramos solos más de una hora, y te enojaste porque no te quise decir de qué habíamos hablado. Pues eran sargentos de artillería. Yo les trabajé lo mejor que pude. Otros había que de meses atrás venían catequizados por amigos nuestros. Me consta que desde las diez, los sargentos habían hecho vestir á los chicos, y les tenían acostados en sus camas, bien tapaditos con las mantas, esperando la hora. Pero... la de siempre, hija mía, resultó lo mismo

que en la Montaña, los oficiales se impusieron, y allí no se movió nadie.

—Pero díme—le preguntó Dulce,—¿estabas tú en todas partes para saber lo que en todas partes pasaba?

—Lo que yo cuento á ustedes, señores—dijo Guerra con solemnidad, desvariando,—es el Evangelio... Perdona, hija, creí que hablaba con... aquellos. ¡Cómo me echarán de menos esta noche... y qué de mentiras se contarán en el corrillo!

Dió un gran suspiro, para volver de nuevo á su febril y desordenada relación del suceso.

IV

¿Que dónde estaba yo? ¡Caramba! en donde estar debía... Por la tarde, en la redacción de *El Palenque;* al anochecer, conferenciando con Montero, el cual me dijo que necesitaba redoblar su audacia para sacar las tropas de San Gil, porque ayer mismo le dejó el Gobierno de reemplazo. La suerte suya... ahora bien podré decir la desgracia... pues la suerte suya fué que, no habiéndose corrido ayer las órdenes para quitarle el mando, podía entrar en el cuartel cuando quisiera. A las siete comimos en el café de Nápoles; Montero no tomó más que media chuleta de cerdo y una botella de vino, sin probar el pan. Yo, que no pierdo el apetito en ninguna ocasión, comí bien, y luego tomamos un coche de alquiler para ir á avistarnos con Campón, que vive en la calle de Silva. Le encontramos dispuesto á salir, risueño y con esperanzas. Vestía de paisano, llevando el fajín de brigadier tapado con el chaleco, y nos dijo que pensaba ir al

café de Aragón, donde tenía la tertulia, para que su ausencia no despertara sospechas. En la reunión que tuvimos por la mañana, se había determinado que las tropas de San Gil y las de la Montaña atravesarían por Madrid en dirección á los *Docks*. Allí se unirían los artilleros, y... ¿Qué? ¿Te parece descabellado este plan? *(Dulce no decía nada.)* A mí también me lo pareció. Reunirse en Atocha, para subir luego á dar el ataque á las tropas monárquicas, ó esperarlas en aquella hondonada, parecíame á mí una gran pifia. Pero no me atreví á contradecir á los militares. Campón nos dijo: «En cuanto yo me entere de que los de San Gil *se han echado*... y todo Madrid ha de saberlo al instante, porque la noticia correrá como un relámpago... me despido de mis amigos del café, como que voy á curiosear, y me bajo tan tranquilo por mi calle de Atocha. En la estación tomaré el mando, si no se presenta el amigo Araña, como algunos creen, y yo también.» Sobre esto bromeamos un instante. «Usted cuídese de que todo vaya bien, y entonces tendremos general Araña y cuantos generales queramos. Pero si se nos tuerce, créame usted, querido Campón, que nos harán *fu*, llamándonos *la hidra demagógica* y *la ola revolucionaria*... Bajábamos los tres, y en la escalera encontramos á Díaz del Cerro. Hablamos brevemente los cuatro, y acordamos no salir juntos. Montero y yo salimos los primeros, y allá se quedaron los otros dos, que, según supe después, trataron de lo que debían hacer los paisanos armados... ya puedes figurártelo... pues situarse en las inmediaciones de los *Docks*, para impedir á los jefes de artillería llegar al cuartel.

—Me parece—dijo Dulce,—que hablas demasiado, y que te excitas, hijo mío, te encandilas más de lo conveniente. Lo que queda me lo contarás otra noche.

—Como quieras; pero cuando uno ha tomado parte en hechos tan graves, cuando tiene uno la verdad metida en la mollera, como algo que le congestiona, ó revienta ó ha de vaciarla. Esto no lo contaría yo á nadie más que á ti, porque sé que no has de venderme.

—Lo demás me lo figuro. Que fuísteis Montero y tú á sacar á los de San Gil...

—¿Ves, ves como adulteras los hechos? *(exaltándose.)* Eres como la prensa, que toma las cosas á bulto... y así traen los periódicos cada buñuelo...! Yo no fuí á San Gil, porque no tenía para qué. No quiero atribuirme glorias que no me corresponden... ¿A que sostienes que fuí á San Gil...?

—No, hombre—replicó Dulce, dando á entender en el tono y en la sonrisa que el hecho en cuestión carecía de importancia;—si yo no sostengo nada. Ten por cierto que cuando se escriba la historia de esta tracamundana... pues yo creo que algún desocupado ha de escribirla... no te han de nombrar para nada. Que fueras tú á San Gil ó no fueras, lo mismo da.

—Convengo en que no han de nombrarme. Mejor. Pero conste que Montero se separó de mí en la Plaza del Callao para ir á San Gil, á eso de las ocho y media. Fuí entonces en busca de Gallo, que ya estaba esperándome en la puerta de la redacción, y...

—¿Quién es ese? ¿El rubito, de anteojos, ese que habla tanto y todo lo encuentra fácil?

—Gran corazón, muchacho excelente: Si hubiera

muchos Gallos como éste, otro gallo nos cantara... Pues nos fuímos hacia el Prado... hacia el Prado, fíjate bien. Conste que no estuve en San Gil, y que si sé lo ocurrido allí, fué porque me lo contó Montero en cuatro palabras, cuando la llevamos á la calle del Peñón para esconderle, porque se estropeó un pie y no pudo seguir á los compañeros... ¿Ves? Tampoco sabías este detalle. ¡Si te digo que no se puede juzgar un caso como el de anoche sin estar en todos los pormenores!...

Dulce sonreía, fijando más los ojos en su costura que en la expresiva cara del historiador, el cual daba lumbre y vida al relato con la animación fulgurante de su cara.

«Pues al Prado fuimos Gallo y yo, y allí nos encontramos á otros. Cuidando de no formar grupos numerosos, nos dividimos en parejas. Paseo arriba, paseo abajo, acechábamos á una y otra parte. Ojo á la Carrera de San Jerónimo y á la calle de Atocha, pues por una ó por otra habían de aparecer los de San Gil. Ojo á los *Docks*, y más que ojo, oído por si algún rebullicio sonaba allí. Pero no puedes figurarte que silencio tan dormilón envolvía el condenado cuartel. Yo me desesperaba, y empecé á recelar que los artilleros se llamaban Andana. También nos corrimos del lado de la Ronda de Embajadores, para comunicarnos con otros paisanos, que debían soliviantar los barrios del Sur en cuanto el movimiento estallase... Pues señor, en una de aquellas vueltas, cuando Gallo y yo nos replegábamos hacia acá, sentimos un rum rum hacia la Carrera de San Jerónimo. Era como el viento que precede á la lluvia, un no sé qué, chica, un

hálito... «Ya están ahí.» ¡Qué emoción! Pocas veces he tenido una alegría semejante... ¡Ay de mí! En efecto, el tumulto bajaba hacia el Prado, y nosotros, con un instinto de organización adquirido por la fuerza de las circunstancias, corrimos á prevenir á los de los *Docks*. «Los artilleros no se mueven—me dijo Gallo,—hasta que no vean llegar la caballería y la infantería. No hay tal traición; es que esta primera piedra es muy pesada de tirar. Verás cómo ahora salen...» Pues señor, llegamos... ¿No lo dije? La puerta del cuartel cerrada á piedra y barro. Gallo, con un coraje que le envidié y le envidio, aplicó la boca al agujero de la llave y gritó: «¡Gaspar, Gaspar!» Este Gaspar es un sargento machucho, á quien habíamos metido de hoz y de coz en la conspiración, muy amigote de Gallo, hombre bien dispuesto para todo, pero que...

—No sigas—dijo Dulce.—Me figuro el resto. Ni la puerta se abrió, ni ese Gaspar respondió desde dentro.

—¿Qué había de responder?... Sordo como un cañón... Llegó Montero con los de San Gil, y como si nada.... Yo fuí el primero que perdí las ilusiones de contar con la artillería. Campón, que ya se había presentado, llamó también á la puerta; pero los de dentro le hicieron el mismo caso que á Gallo y á mí. Empieza el desaliento... el barullo... el pánico... «A la estación, á la estación.» El uno gruñe, el otro jura, este bufa, trinan muchos.... Aún esperaba alguien que los artilleros salieran á unirse con los caballos de Simancas y la infantería de Cerinola. ¡Qué inocencia! La revolución era ya un verdadero adefesio. Tú dirás que á qué iban los sublevados á la estación. Te lo ex-

plicaré, te lo explicaré, para que concuerdes conmigo en que plan más disparatado no podía imaginarse. ¿Quién de los que me escuchan se atreverá á sostener que en el plan había siquiera asomos de sentido común?

Dulce le miró alarmada, porque en aquel punto el narrador llevaba trazas de trastornarse. Movía los pies entre las sábanas, como si quisiera pasearse por ellas. Se embriagaba con el vapor dramático que de los hechos referidos se desprendía, y como si alguien sostuviese delante de él que el plan era un modelo de habilidad estratégica, se enardeció más, sosteniendo y recalcando su acerbo juicio.

Al que me defienda el plan—añadió,—le declaro caballería. Fíjate tú bien para que juzgues, porque, sin entender de estas cosas, tienes bastante buen sentido para apreciarlas. «Contamos, decían ellos, con tales y cuales regimientos de Madrid y tales y cuales de Alcalá. En Madrid damos la batalla al Gobierno, y si la perdemos, trincamos el tren en Atocha para trasladarnos á Alcalá, donde nos reuniremos con los sublevados de allí para volver juntos sobre Madrid.» Esto es desconocer la influencia decisiva de la fuerza moral en los casos de sedición. Derrotados aquí, no había que contar con apoyo en ninguna parte. En estos casos, todo lo que no se haga en un momento y por sorpresa, con esa improvisación de la temeridad y del fanatismo, es trabajo perdido. La sublevación militar, ó triunfa en media hora apoderándose de los centros de autoridad, ó en media hora se deshace. ¡Ay! creíamos tener una bandera entre las manos, y nos encontramos con que sólo teníamos un estropajo.

Dulce convino en ello sin ningún esfuerzo, insistiendo en que, pues la intentona había fracasado, á nada conducía devanarse los sesos por si las cosas pasaron de este ó del otro modo. ¡Ay! la pobre Dulce, mujer sencilla y casera, no comprendía el interés de la Historia, la filosofía de los hechos graves que afectan á la colectividad, interés á que no puede sustraerse el hombre de estudio, máxime si ha intervenido en tales hechos. Dulce creía que era más importante para la humanidad repasar con esmero una pieza de ropa, ó freir bien una tortilla, que averiguar las causas determinantes de los éxitos y fracasos en la labor instintiva y fatal de la colectividad por mejorar modificándose. Y bien mirado el asunto, las ideas de Guerra sobre la supremacía de la Historia no excluían las de Dulce sobre la importancia de las menudencias domésticas, pues todo es necesario; de unas y otras cosas se forma la armonía total, y aún no sabemos si lo que parece pequeño tiene por finalidad lo que parece grande, ó al revés. La humanidad no sabe aún qué es lo que precede ni qué es lo que sigue, cuáles fuerzas engendran y cuáles conciben. Rompecabezas inmenso: ¿el pan se amasa para las revoluciones ó por ellas?

V

«Pues como te decía—continuó Guerra,— el pobre Campón, viendo que los de los *Dochs* no daban lumbre determinó marchar á Alcalá *á por almendras*, como decía un soldado de Cerinola que con instinto seguro veía claro el fracaso y la desbandada. Los paisanos ¿qué hacíamos? ¿No te lo dije ya? Impedir que los

oficiales de artillería acudieran al cuartel. Temíamos que los cañones que no quisieron salir para ayudarnos, salieran para ametrallar á los sublevados antes de coger el tren. Yo no bajé á la estación. ¿A santo de qué? Gallo y Mediavilla llevároname hacia donde estuvo la fuente de la Alcachofa, á punto que veíamos las tropas descender en tropel hacia el ferrocarril. Cuando llegamos, un grupo detenía á un jefe de alta graduación. Me parece que le estoy viendo: no muy alto, moreno, bigote negro, perilla entrecana, uniforme de artillería. Paréceme que veo aún las granadas de oro bordadas en el cuello. Atrás... ¡que sí, que no! Diga usted *viva la República*... que no... Canallas.. pim, pam... fuera... Hombre al suelo... boca abajo.

—¿Tú...?—preguntó Dulce sin atreverse á formular redondamente la interrogación.

—¿Yo? No sé decir que sí ni que no. Admitamos que sí... Recuerdo haber hecho fuego con un revólver que pusieron en mi mano... El delirio en que estábamos no nos permitía ver la atrocidad del hecho. Eramos los menos ocho contra aquel hombre que no llevaba más arma que su espada. Pero las luchas civiles, las guerras políticas ofrecen estos desastres, que no pueden apreciarse aisladamente. El pueblo se engrandece ó se degrada á los ojos de la Historia según las circunstancias. Antes de empezar, nunca sabe si va á ser pueblo ó populacho. De un solo material, la colectividad, movida de una pasión ó de una idea, salen heroicidades cuando menos se piensa, ó las más viles acciones. Las consecuencias y los tiempos bautizan los hechos haciéndolos infames ó sublimes. Rara vez se invoca el cristianismo ni el sentimiento humano.

Si los tiempos dicen *interés nacional*, la fecha es bendita y se llama *Dos de Mayo*. ¿Qué importa reventar á un francés en medio de la calle? ¿Qué importa que agonice pataleando, lejos de su patria y de los suyos?... Si los tiempos dicen *política*, *guerra civil*, la fecha será maldita y se llama *19 de Septiembre*. Considera que, en el fondo, todo es lo mismo. No quiero decir que yo disculpe... Acaso puedo decir que fuera yo. Mi conciencia oscila.. Realmente, no fuí yo solo, y aunque lo hubiera sido... Aun ahora, no me doy cuenta de cómo fué. Yo estaba ciego de coraje... El toro huído, derrotado por su semejante, arremete con furia contra lo primero que encuentra... Un vértigo de sangre, de odio, de vengaza, me sobrecogía.. Lo peor fué que entre aquel chaparrón de disparos contra un solo hombre, una bala del revólver de Mediavilla me atravesó al antebrazo... Creo que ni siquiera entendí que estaba herido hasta mucho tiempo después, al sentir escozor y la humedad de la sangre que me corría por la muñeca. No me hacía cargo del tiempo que transcurría, ni de la hora... Noche obscura, cortísima... Recuerdo de una manera confusa que Mediavilla me dijo que debíamos huir y ocultarnos, que somos todos unos grandes majaderos, y que el mayor disparate que podía haber hecho Campón era empaquetarse en un tren... Hacia la Ronda de Embajadores, nos encontramos á Montero, que se había estropeado un pie, y se retiraba con Zapatero y otros, para esconderse en una casa de la calle del Peñón. Faltaba, pues, el hombre arrojado, el loco de la sublevación, y ya tú has reconocido que estos actos de temeridad no se realizan sino por la iniciativa de un de-

mente. ¡Lo mismo que la broma de sacar las tropas de San Gil!... Te lo contaré tal como lo oí, de boca del mismo Montero, cuando le llevábamos cojeando... cojeando él, digo... ¡Hombre de más temple!... Tan exaltado estaba, que no podíamos conseguir que hablase bajito. Pues fué un acto de esos que se llaman insensatos cuando salen mal, y heroicos cuando salen bien. Figúrate que, hallándose la tropa en las cuadras, y no pudiendo salir por la puerta...

—Salió por la ventana.

—Por la ventana, no; por un boquete que abrieron precipitadamente, horadando el muro que da al patio. De este modo evitó Montero que el coronel y los oficiales contuviesen á los soldados. Figúrate: la oficiadad les encerraba... el coronel, avisado del peligro, llegaría por momentos. Ganando minutos, fué abierto el boquete, y se precipitaron en el patio, y de aquí á la calle, antes de que los jefes pudieran evitarlo. Esto se llama empuje. Con muchos como este Montero, pronto dábamos cuenta de toda la farsa legal. Pero no son todos así. ¿Ves al Mediavilla que tanto charla, y se quiere comer las instituciones crudas? Pues no vale para nada. Mucha fe, mucho optimismo, cándida confianza en los demás, y la falsa idea de que todos van de buena fe como él. Habla, proyecta, divaga, delira... y después nada. Cuando pierde las ilusiones, cae como en un pozo, y echa la culpa á la casualidad. De estos hay muchos, casi todos... ¡Ah, qué prueba esta, y cómo nos abre los ojos! ¡Cuánta ineptitud, cuánta miseria y qué desproporción entre las ideas y los hombres!

Creyendo que debía poner término á la charla fe-

bril de su hombre, levantóse Dulce y entre abrazos y caricias le pidió por todos los santos del cielo que procurara tranquilizarse. Pero como no había llegado el agotamiento de la fuerza espasmódica, Angel se rebelaba contra su cariñosa amiga, y en vez de aquietarse, la emprendió con los apoçados y traidores que no habían querido pronunciarse, y les amenazó y vituperó tan á lo vivo cual si se hallaran presentes. Poco después, incorporándose, abiertos los ojos, hablaba y gesticulaba cual si estuviera soñando. «Señor coronel—decía,—aquí no hay más honor que el de la República. Envaine usted esa espada, ó le levantamos la tapa de los sesos.» Y después: «Mírale, mírale en el suelo, los ojos en blanco, la boca fruncida... Aprieta los dientes, como si tuviera entre ellos á uno de nosotros. La maldición que echó al caer se le ha quedado entre los labios negros, media palabra dentro, media palabra fuera... ¡Llamarnos canallas! Servimos á la patria, y si matamos, también nos exponemos á que nos maten. Millares de hombres como nosotros han perecido por capricho de tu amo... Nosotros no reconocemos más amo que la idea... ¿Qué querías tú? ¿Sacar los cañoncitos del cuartel para ametrallarnos? Fastídiate, muérete... no vayas diciendo á la muy pua de la Historia que te hemos asesinado. Grita lo que gritamos nosotros, y te haremos ministro de la Guerra...»

Sosegábase un poco, cerrando los ojos como si se aletargara, y de improviso despertaba inquieto, azoradísimo; se inclinaba sobre un costado, alargando el cuello como para buscar en el suelo algo que se le hubiera caído, y con voz descompuesta decía: «Dulce,

por Dios, hazme el favor de quitar de ahí ese cadáver.»

—¿Qué cadáver? Pero tú estás soñando... Despierta.

—¿No lo ves tú...? El de las granadas en el cuello. La cabeza no la veo, porque cae debajo de la cama; veo el cuello con las granadas, el cuerpo de paño azul, y luego las piernas, las piernas larguísimas con franjas rojas, y los pies con espuelas, que caen junto á la puerta de cristales. Arrástralo. Me incomoda, me pone triste. No es que yo le tenga miedo. Yo no le maté, ¡caramba! Fuimos varios, muchos; y no es justo que siendo de todos la culpa, el cadáver se meta en mi casa. Yo, si pudiera, te lo digo con sinceridad, si pudiera devolverle la vida, se la devólvería. No gusto de matar á nadie, ni al abejón que tanto me mortificaba... *(Volviendo á mirar al suelo y asombrándose de no encontrar lo que creía.)* Pero ya no está. Le has arrastrado fuera, tirando de los pies... ¡Ay! hija, no hemos adelantado nada con sacarle de aquí. Ya le siento en la sala; ha remontado el vuelo, y zumba chocando en las paredes y dándose testarazos contra el techo. Mira, mira lo que tienes que hacer: coges una toalla ó una chambra ó un pañuelo grande, y lo agarras por un extremo... También puedes emplear una zapatilla. No hay arma más terrible. Con ella aplastaremos otro día á todos los coroneles monárquicos que se nos pongan por delante... Pues te preparas bien, el arma levantada, hasta que veas que el cadáver se posa; te vas acercando poquito á poco sin respirar, y cuando estés á tiro ¡fuego! le descargas el golpe, y verás cómo no le valen ni las granadas que lleva en el pescuezo ni las espuelas que lleva en los pies.

Por fin tuvo Dulce que hacer la comedia de perseguir al abejón, dando zapatazos en las paredes, hasta que en una de éstas figuró haber alcanzado la victoria, y que el enemigo pataleaba en el suelo, con espuelas y todo. No se dió por convencido Guerra, y poco después murmuraba: «Verás, verás tú cómo resucita... Sus labios fruncidos, sus ojos echando chispas, la perilla negra con puntas blancas, la mano nerviosa empuñando la espada andan por dentro de mis ojos, y cuanto más los cierro, más veo... Supongo que á estas horas Campón ¡habrá pegado fuego á media España. ¿Qué piensas tú? Tonta, no te interesas por estas cosas tan graves. Ni siquiera se te ha ocurrido traerme los periódicos de la noche.

—Los periódicos de la noche dicen que no ha pasado nada.

—Nada, nada. Un poco de ese bálsamo consolador, la nada, me vendría bien ahora, el santo sueño que nos da los consuelos de una muerte temporal. ¿Crees tú que no descanso yo porque no quiero? Mientras las ideas están despiertas y sublevadas dentro del cerebro, no hay que pensar en dormir. Si ellas se durmieran ó se echaran á la calle, descansaría yo. Pero verás tú cómo no se van las muy perras.. Sería cosa de echarlas... ¿sabes cómo? Metiendo en el cerebro un sin fin de números. Las ideas son enemigas de los números, y en cuanto los ven salen pitando.

—Eso es—dijo Dulce con esperanza.—Ponte á contar hasta una cifra muy alta, y verás cómo te duermes. Yo lo he probado. También es bueno rezar.

—Yo no rezo. Se me han olvidado las oraciones todas. Mejor será meter guarismos... Vengan cantida-

des. Busquemos el número de reales que tienen once onzas y media... Andando. En cuanto empiece á multiplicar, será como si me rociara los sesos con ácido fénico. Las cucarachas, ó sean las ideas, saldrán de estampía y me dejarán en paz.

VI

Hasta hora muy avanzada de la noche duró esta fatigosa lucha; pero la fiebre remitió al fin, y Guerra pudo descansar. No así Dulce, á quien el trastorno moral, más que el estado físico de su amante, ponía en grandísima inquietud, robándole en absoluto el sueño. Ya le veía perseguido por la policía y embarcado para Filipinas en rueda de presos; ya se imaginaba que era condenado á muerte y fusilado junto á las tapias del Retiro, como los sargentos del 66, hecatombe que había oído referir al propio Angel. Toda la mañana se la pasó en estas cavilaciones, junto al lecho del herido, observándolo y poniendo especial atención en su manera de respirar; y no parecía sino que las ideas expulsadas del cerebro del revolucionario desengañado se habían pasado al de ella, porque despierta, y bien despierta, no veía más que fusilamientos, sangre, y escenas de destrucción y venganza, el castigo y las represalias del pronunciamiento vencido. Tales imágenes, encendiendo en su mente recelos mil, y desconfianza y temor, tuviéronla desvelada hasta el romper del día, hora en que silenciosamente, para no molestar á Guerra, que dormía, se recostó vestida en el lecho, y se durmió también.

Avanzado el día, depertaron ambos, y se saludaron con gozo y cariño, como si no se hubieran visto en mucho tiempo. En la voz, en la animación de su cara revelaba el enfermo que iba mejorando y que el sueño había reparado en gran parte su debilidad. Casi limpio de fiebre, quería levantarse; lo primero que hizo fué tomar un buen desayuno, y curarse el brazo. Mandó á Dulce á la botica por una disolución fenicada, y lavando con ella la herida para evitar la supuración, se volvió á poner el aglutinante. Dulce le hizo cabestrillo con un pañuelo de seda; y después de mucho discutir, convinieron en que no debía levantarse, porque la enorme pérdida de sangre le tenía extenuadísimo, como lo demostraba la blancura mate de su rostro, haciendo resaltar la barba y cabello, que parecían más negros por el vivo contraste.

Era Guerra uno de esos tipos de hombre feo que revelan, por no sé qué misteriosa estampilla etnográfica, haber nacido de padres hermosos. Bien se veía en sus facciones la mezcla de dos hermosuras de distinto carácter. Nariz, ojos y boca carecían en conjunto de belleza, á causa sin duda de que la nariz pertenecía á una cara, y los ojos á otra. La unión no resultaba, y algunas partes se habían quedado muy hundidas, otras demasiado salientes. A primera vista, no ganaba las voluntades, pues era el rostro ceñudo, áspero y de ángulos muy enérgicos. Pero el trato disipaba la prevención, y mi hombre se hacía simpático en cuanto su palabra calurosa y su leal mirada encendían y espiritualizaban aquel tosco barro. El cabello no era menos áspero y rebelde que la barba, las manos fuertes, velludas y de admirable forma, la figura

bien plantada y varonil, aunque algo rechoncha, el andar resuelto, la voz metálica y sonora, con toda la variedad de timbres para expresar desde la ira ronca á la más suave modulación de ternura.

Aquel día, la fuerte impresión de desengaño que había en su alma, le llevó, por ley de compensación espiritual, á fomentar y estimular el sentimiento, método inconsciente de consolarse en los fracasos del amor propio. Como sucede siempre, el alma, combatiente rechazado en una empresa de la vida pública, buscaba el desquite de su derrota en la ternura y alegría de la privada, por lo cual Angel Guerra se recreó todo aquel día en Dulce, en ponderar su mérito y en congratularse de poseerla. No cesaba de echarle requiebros ni de manifestarle su amor de la manera más hiperbólica.

—Ya sé yo por qué te da tan fuerte—le dijo ella.—Me quieres tanto más cuanto más desgraciado eres en lo que emprendes lejos de mí. Debo alegrarme de que las revolucionos salgan mal, y de que eso que llaman la cosa pública te ponga la cara fea, para que te guste más la mía. Yo, como no tengo nada que ver con la cosa pública ni me importa, te quiero y te querré siempre lo mismo.

—Bendita sea tu boca—replicó Guerra con calor.—A veces pienso que debo tenerme por muy feliz con poseerte. El día que te pesqué fué sin duda el más afortunado de mi vida.

—No exageres, no exageres—decía ella, tomandolo á broma.—Tengo miedo á tu impresionabilidad.

—No hay exageración. Eres tan modesta, que aún no te has enterado de lo mucho que vales. ¿Quieres

que te lo diga? A tí se te pueden echar flores sin tasa, porque no tienes vanidad... hasta eso. Crees que eres como todas, y no hay ninguna como tú, al menos yo no he conocido á ninguna.

—No te fíes, no te fíes. *(Tomándolo á broma.)*

—Me fío, y me fiaré. Quiero cegarme contigo. Si me salieras mala, creería que todo el orden del Universo se había alterado.

—¡Ave María Purísima! No hay que correrse tanto en la confianza, No valgo yo lo que tú crees. Lo que hay es que me ha dado por quererte... debilidad... el sino con que nacemos. Y tan segura estoy de no poder querer á ningún otro hombre, que le pido á Dios que me muera yo primero que tú. Así estoy más descansada, porque si tú te murieras, quedándome yo viva.. me faltaría razón para vivir.

Guerra tuvo que callarse, conmovido y meditabundo. Un año hacía que vivía con aquella mujer, tiempo quizá bastante para apreciar la firmeza de su cariño y su adhesión incondicional, probada de mil modos decisivos, de esos que no dejan lugar á ninguna duda. En aquel año, los dos amantes habían sufrido adversidades, por motivos que más adelante se dirán, y en los días adversos, Dulce fué siempre la misma que en los prósperos. Igualdad de ánimo más perfecta no se vió nunca, ni conformidad más santa con las cosas de la vida, vinieran como viniesen. Para ella no había más familia ni más mundo que él, fenómeno inaudito, no hallándose unida la pareja por el lazo matrimonial. Algún malicioso que observara la paz envidiable de aquella casa y la fidelidad sin par de Dulce, podría creer que el comportamiento de ésta

obedecía al cálculo más que al amor, como un plan habilidoso para conseguir que Guerra se decidiera á casarse. Pero quien tal creyese no acertaría, porque si bien es cierto que al principio de aquel vivir ilegal, Dulce tuvo aspiraciones matrimoñescas, estas ideas se borraron pronto de su mente, y rarísima vez se acordaba de que hay bodas en el mundo. Las ideas revolucionarias de Guerra sobre este particular se habían ido infiltrando en ella, y el trajín de la vida, siempre llena de ocupaciones, no le dejaba tiempo para pensar en lo que aquella situación tenía de anómalo. Que Angel estuviese contento, que fueran de su gusto las comidas que ella le hacía, que no se recogiera tarde, que tuviese salud, y guardase á su mujer postiza los miramientos y la fidelidad que ella se merecía, era lo que privaba en su mente. La verdad es que si Guerra vivía contento de su compañera, ésta no se hallaba menos satisfecha de él.

Los días que siguieron al del fracaso de la revolución, hallándose Guerra imposibilitado de salir, á causa de su herida y del miedo a los polizontes, hubo instantes placenteros, horas de común alegría. Pasaba él algunos ratos leyendo, y la reclusión llegó á serle grata. El desengaño de las cosas políticas labraba surco profundo en su alma, que se sentía corregida de ilusiones falaces. Solía coger á Dulce por la cintura, sentarla á su lado, hacerle mil caricias, diciéndole: «Mientras te tenga á tí, ¿qué me importa que al país se lo lleven los demonios? Bien mirado, es tontería apurarse por esa entidad obscura y vaga que llamamos el país y que no se cuida de los que se sacrifican por él.»

El temor á las indagaciones policiacas fué disipándose cuando pasaron algunos días, y Guerra hablaba con desprecio de la autoridad gubernativa, pero haciendo propósito de no mostrarse de día en la calle durante algún tiempo. Comunicación con sus amigos y compinches de jarana no la tuvo entonces, y su fanatismo se había enfriado tanto, que apenas se inquietaba por la suerte de sus cómplices. A veces decía: «¿Qué habrá sido de Mediavilla? ¿En dónde se habrá metido el bueno de Gallo? Sin duda estará ya en Portugal ó en Francia.» Con mayor interés siguió las peripecias de la captura, encierro y procesamiento del desdichado Campón, y al pensar en el trágico fin que á tener iba su aventura, clamaba contra la ordenanza histórica, estableciendo amargas comparaciones entre el diverso término de las rebeldías militares, pues las hay en nuestra historia, para todos los gustos, algunas castigadas, premiadas las otras, y con el premio gordo por añadidura. Pensamientos de un orden muy distinto le intranquilizaban á ratos, turbando la placidez soñolienta de su encierro. Siempre que nombraba á su madre, tanto él como Dulce sentían que su espíritu se nublaba, porque la tal señora era severísima con su hijo, y muy contraria á la manera de proceder de éste, así en el terreno público como en el privado. Dulce, por su parte, no ignoraba la antipatía ardiente que inspiraba á su *suegra*, la cual, sin conocerla, hacíala responsable de todos los extravíos de Angel.

—Deseo ver á mi madre—dijo éste sombríamente,—y me aterra la idea de presentarme á ella. Tardaré todo lo que pueda en ir allá, para que el tiempo

desgaste su enojo. Iré preparando lo que he de decirle, y las razones con que debo disculparme.

—Tu mamá—indicó Dulce, que sabía por referencias el genio que gastaba la buena señora,—cuando te presentes á ella, te tirará á la cabeza lo primero que tenga á mano, y te maldecirá, como acostumbra, desahogando su ira conmigo, á quien tiene por la más mala mujer del mundo, causa de tu perdición y de la perdición de todo el linaje humano... Pero como quiera que sea, allá tienes que ir, y vete aprendiendo la lección.

VII

Al duodécimo día, Guerra, sin fuerzas aún para arrostrar la presencia de su terrible mamá, deseaba tener noticias de ella, porque la última vez que la vió padecía la buena señora un fuerte ataque de su asma crónica. Al propio tiempo anhelaba ver á su hija, que con la abuela vivía, ó al menos, ya que verla era difícil, saber de ella y hablar con alguien que la hubiese visto. Dulce se encargó una tarde de esta comisión, que no era la primera vez que desempeñaba, y se puso á rondar el caserón de los Guerras, en la calle de las Veneras. No estaba tranquila la joven, pues aunque no había tratado nunca á doña Sales, temía que ésta la conociese por adivinación y le soltara alguna inconveniencia. Pero no la vió entrar ni salir en toda la tarde. Aguardó un poquito, esperando ver á la niña, y en esto fué más afortunada, pues al anochecer pasó con su haya. A Dulce se le iban los ojos detrás de la chiquilla, y la hubiera detenido para comérsela á be-

sos, porque era preciosísima y muy salada; pero no se atrevió. No queriendo volver al lado de Angel sin llevarle alguna noticia concreta de su madre, siguió rondando, con esperanza de ver entrar ó salir á Lucas, criado de la señora de Guerra, y la única persona de la casa á quien trataba, por haberle utilizado Angel secretamente en varias ocasiones para comunicarse con su querida. Lucas recaló al fin, presuroso, llevando una botella que parecía ser de botica. Dulce le detuvo para preguntarle por la señora, añadiendo, por vía de precaución, que el señorito Angel *andaba por el extranjero* desde la tremolina del día 19; y de boca del criado supo que doña Sales estaba en cama, aunque no de gravedad. Volvió corriendo la joven á su casa, y contó á Guerra el resultado de sus averiguaciones: la señora enferma, la niña buena y sana.

—¿Reparáste bien si tenía buen color?

—Como el de una manzana. Iba tan risueña y saltona, que bien á las claras se veía su perfecta salud. ¡Se me pasaron unas ganas de detenerla y darle un par de besos...! ¡Qué mona es!

—¡Ay, no lo sabes tú bien!—dijo Guerra con efusión, abrazando á su querida.—Díme: si alguna vez la traigo á vivir con nosotros, la querrás como la quiero yo?

—Lo mismo que si fuera hija mía, puedes creerlo. La adoro sin haberla tenido nunca en mis brazos, ni haber oído de cerca su vocecita, que parece el gorjeo de un ángel.

—¡Qué me gusta oirte hablar así! Mi *Ción* te querrá seguramente como si fueras su madre. No puedes formar idea de lo encantadora que es esa chiquilla ni

del talento que tiene. Dime ¿iba con ella su maestra?

—Sí, y se reía de algo que la pequeña le contaba.

—¡Pobre *Leré!*, su verdadero nombre es Lorenza; pero como mi hija la llama *Leré*, así se ha quedado, y en la casa nadie la nombra de otro modo. Es una infeliz, y sabe muy bien su obligación. Ay, Dulce, siento un afán loco por abrazar á la niña, por oir su charla deliciosa y verla enredar al lado mío. No tienes idea de su precocidad, ni del donaire de sus travesuras. Mi vida esta incompleta, y para redondearla necesito que mi *Ción* venga aquí, con nosotros. A entrambos nos hace falta, ¿verdad?

Dulce suspiraba, y no decía nada. Guerra, por natural engranaje de las ideas, pensó luego en su madre, y sombríamente dijo:

—Ay, mamá sí que no se reconciliará jamás contigo. No la conoces; no puedes comprender, sin haberla tratado, su intransigencia, su temple varonil, y la rigidez con que se encastilla en sus ideas. Me quiere y la quiero. Pero no logramos ponernos de acuerdo en muchas cosas de la vida. Lo intenté mil veces... Imposible, imposible. ¿Y qué te dijo Lucas? ¿que está en cama?

—Sí; pero sin gravedad.

—Eso sí que no puede ser. ¿Mi madre en cama, y sin gravedad? ¡Qué absurdo! Eso lo creerá quien no conozca su tesón, su resistencia, su desprecio del mal físico. Mi madre se morirá en pie, mandando y haciéndose obedecer de cuantos viven á su lado. Si guarda cama, sin duda su enfermedad es gravísima...

Con las noticias que le trajo Dulce aquella tarde, cesó la tranquilidad que Guerra disfrutaba en su for-

zada reclusión. El deseo de ir á su casa se confundía en angustioso enredijo con el temor de ir, no sólo por el peligro de abandonar la madriguera, sino porque la idea de presentarse ante su madre llenaba su espíritu de turbación. En los últimos años, su única defensa contra el despotismo materno había sido la fuga, la ausencia temporal del hogar; pero sus correrías de hijo pródigo tenían siempre un término preciso dentro de corto plazo, por ley de la necesidad quiero decir, que en cuanto se le acababa el *cumquibus*, no tenía el hombre más recurso que acudir á la casa materna y afrontar los rigores del tirano que en ella moraba. La penuria, como al lobo el hambre, le expulsaba de su cueva, lanzándole en busca de carne. En la ocasion que aquí se describe, en aquel caso grave de emancipación y de aventuras revolucionarias, cuando la penuria empezó á manifestarse, se defendió Guerra algunos días, ya con el admirable arreglo y la casi milagrosa economía de Dulce, ya empeñando lo menos indispensable. Pero al fin las energías se agotaban, y pronto había de sonar la hora de la rendición. La lectura que en otro tiempo era su encanto, ya le causaba hastío. Sus autores favoritos, yacían olvidados sobre la cómoda. Leía tan sólo periódicos, para seguir en ellos todos los trámites del proceso de Campón, y si cuando le creyó condenado irremisiblemente á morir, se encendió en ira y deseos de venganza, al saber lo del indulto su alegría fué grande, y su fanatismo, por la acción antipirética de la alegría en la física revolucionaria, se enfrió hasta llegar á cero.

Algunas noches iba Dulce á casa de sus padres, más

que por gusto de verse entre su familia, por tomar el pulso á la opinión de aquella gente, y ver de qué pie cojeaba, pues sólo por aquel lado había desconfianza y el recelo de una delación. La familia de Dulce, padre, madre, hermanos, tío y primos, es digna de pasar á la Historia; pero el narrador necesita curarse en salud, diciendo que *los Babeles* (que así se llama aquella chusma), son de todo punto inverosímiles, lo cual no quita que sean verdaderos. Queda, pues, el lector en libertad de creer ó no lo que se le cuenta, y aunque esto se tache de impostura, allá va el retrato con toda la mentira de su verdad, sin quitar ni poner nada á lo increíble ni á lo inconcuso.

II

LOS BABELES

I

Residencia: *Molino de Viento, 32 duplicado*, cuarto que llamaban segundo con efectividad de quinto, escalera sucia y menos obscura de noche que de día, casa nueva, de estas que á los diez años de construídas parecen pedir que las derriben. El interior resultaba digno molde de la inverosímil familia, porque al entrar lo primero que daba el quién vive era la cocina. La sala hacía de comedor, y el comedor de alcoba, y una de las alcobas habría parecido despensa si tuviera víveres.

Jefe supremo de la casa de Babel: D. SIMÓN GARCÍA BABEL, nacido en Madrid, del 20 al 23, y criado en humildes pañales, bien conservadito en sus sesenta y pico de años, de rostro más simpático que venerable, bigote militar prolongado, como el del general León, de insinuante palabra, y muy dispuesto á familiarizarse con toda persona con quien trabase conocimiento; tan expansivo y pegajoso en sociedad, que á veces había que huir de él como de la peste; excomisionado de apremios, exinvestigador del subsidio industrial y del timbre, exdelegado de policía; hombre de ideas extremadas en todos sentidos, hacia atrás y hacia adelante según los casos, y el mayor fantasmón que han visto los siglos.

Esposa: DOÑA CATALINA DE ALENCASTRE, descendiente en línea recta, pero muy recta, de un hermano de la reina doña Catalina, mujer de D. Enrique III de Castilla, *de dulce memoria*... Aquí surge el temor de que esto no ha de creerlo nadie; más presentado el caso en otra forma se entenderá mejor. El verdadero apellido de doña Catalina era Alonso Castro, y había nacido la tal señora de padrés hidalgos en Vargas, pueblo de la provincia de Toledo. En su casa hubo mucho trigo, pero mucho, y dieciseis pares de mulas empleadas en la labranza. Además poseía su padre dos molinos, y una cantidad de cabezas de ganado que variaba según el estado psíquico de doña Catalina en el momento de contarlo. Cómo pasó de tantas grandezas á la mezquindad de su entroncamiento con García Babel es cosa que se ignora. Lo cierto es que cuando pasó de los cuarenta y cinco, y sus hijos fueron hombres y sus hijas mujeres, doña Catalina mostró una lamentable propensión á chiflarse, lo que ocurría en ocasiones de disgusto grave ó de altercado, es decir, casi todos los días del año. Entrábale á la buena señora una vibración epiléptica, un impulso de risas con lágrimas, y un braceo y un bailoteo tales que parecía la estampa del movimiento continuo. Siempre que D. Simón le llevaba la contraria, estallaba el trueno gordo entre marido y mujer, y después de tirarse recíprocamente á la cabeza lo que más á mano habían, fuese copa ó tijeras, zapatilla ó tubo de quinqué, Babel salía bufando por un lado, y doña Catalina saltaba con su manía nobiliaria, echando con gritos desaforados el siguiente pregón: «Yo soy descendiente de Reyes; yo me llamo

doña Catalina de Alencastre, y mi tía está enterrada en la capilla de Reyes Nuevos, al lado del tío Enrique y otros tales, coronados. ¡Qué mengua para mi linaje haberme casado contigo, que eres un pelele, un sopla-ollas, un *mêndigo*... Zape de aquí, mequetrefe, que me apestas la casa...» Dicho esto, doña Catalina solía ponerse una toquilla encarnada por la cabeza, del modo más carnavalesco, y salía de refilón por los pasillos, chillando y braceando, hasta que sus hijas la volvían á la razón haciéndole tomar tila y dándole friegas por el lomo.

Añádase que doña Catalina había sido una real moza, y conservaba en su edad madura rasgos de belleza y aún de cierta distinción nativa. En Toledo tenía parientes, y desmantelados restos de hacienda, ruínas de castillos, alcázares, ó cosa por el estilo, y todo su afán era que destinaran á D. Simón á la ciudad imperial para trasladarse á ella con toda la familia, y ver de reconstruir el patrimonio de los Alencastres. Acompañada de alguno de sus hijos, solía pasar allí breve temporada al amparo de parientes que no nadaban en la abundancia, pero que á los ojos exaltados de doña Catalina eran poco menos que príncipes y princesas de una dinastía cesante. Reíase don Simón de los disparates de su consorte sin caer en la cuenta de que los suyos no eran de inferior calibre, pues cuando estaba de vena solía decir: «Si no es por mí, no llama la Reina á O'Donnell el 56... porque, verán ustedes... Estábamos Escosura y yo en Gobernación, cuando...» y en seguida lo contaba, si había cristiano con bastante paciencia para oirlo.

Hijos: I. Arístides, primogénito, de treinta y seis

años en la época á que refiriéndome voy, bien parecido, de tipo noble, que era, aunque parezca mentira, el tipo de toda la familia. De muchacho, su perfil fué comparado por alguien al de un heraldo de los que se ven en los escudos de la casa de Austria, ó en los monumentos de la época Isabelina, entre yugos y flechas. Envejecido antes de tiempo, peinaba canas en la barba y pelo, y habría llevado el hábito de Calatrava ó de Santiago mejor que muchos que lo ostentan como si se cubrieran con una sábana. Que la vida de este hombre fué siempre algo misteriosa, vida de aventurero y de frustradas ambiciones, revelábase en su rostro, marcado con un sello de melancolía y cansancio, como de quien ha consumido sus fuerzas en estériles batallas. Contrastes horribles dejaba ver á cada instante en su ser moral é intelectual, pues si á veces desplegaba en la conversación entendimiento soberano y un ingenio agudísimo, de repente caía en las mayores simplezas y estulticias que es dado imaginar. Su juventud sería sin duda materia curiosa para quien pudiera estudiarla con datos seguros, porque otra más accidentada, más movida y dramática no creo que exista. Sin oficio, profesión ni carrera, obedeciendo en esto á la ley de todos los Babeles de tres generaciones, que siempre hicieron ascos al estudio, había huído muy joven de la casa paterna, afiliándose á una compañía de cómicos; volvió inopinadamente titulándose *Contratista de forrajes para la caballería portuguesa*. Obtuvo un empleo, fué á Cuba, se casó y enviudó á los cinco meses; huyó por causa de un desfalco, y á poco fundaba un periódico en Costa Rica. Sus alternativas de riqueza y miseria

fueron extremadas: una vez se presentó en Madrid poseyendo valiosísimas alhajas; otra tuvo que salir perseguido por la justicia, á causa de haber cedido en Bolsa una letra, que resultó ser más falsa que Judas. Como detalle revelador de la vanidad heredada de su madre, conviene indicar que en Costa Rica usó tarjetas que decían textualmente:

ARÍSTIDES GARCÍA BABELLI

Barón de Lancaster.

Existe la muestra, y al que no crea esto, se le restregará en los hocicos la cartulina. Hay más, en el periódico que tuvo por allá solía firmar: *D. García de Lancaster*.

II. FAUSTO, de tipo un poco menos noble que su hermano mayor, pero más fino, es decir, más afilado, tirando algo al hocico del zorro, muy inteligente, aunque sin puntos de vista generales, como Arístides, sino concretando, ciñéndose á los hechos, observador sagaz, burlón en ocasiones, de mirada penetrante y oído muy sutil. Su juventud entrañaba también algún misterio. Había servido en Correos; pero le echaron por actos de infidencia. Los pormenores de esto eran muy conocidos; no así la causa de su cojera, semejante á la de Lord Byron, pues ni su familia ni sus amigos supieron nunca de dónde le vino aquella deformación del pie, ni él supo dar explicación razonable de ella, cuando le preguntaban. Durante breves temporadas vivió en Toledo oscuramente, ó en Madrid, separado de sus padres, metido en trabajos de

caligrafía superior, que era su principal habilidad. Hacía ejecutorias de nobleza, diplomas y *Mesas revueltas*, y remedaba con primor toda clase de caracteres, antiguos y modernos, de donde le vino su desgracia, porque un día le acusaron de haber desplegado sus talentos en la imitación de todos los perfiles y rúbricas de un billete de Banco, y el infeliz lo pasó muy mal, pues aunque nunca se le pudo probar el delito, ello es que por sí ó por no estuvo á la sombra como unos tres años, y el sobreseimiento le dejó en situación harto dudosa. Desengañado de la industria caligráfica y con inclinaciones á otros ramos del saber, por ejemplo, la Química, empezó á estudiarla experimentalmente, pasando largas horas en descubrir reactivos que sirvieran para borrar lo escrito, dejando el papel como nuevo y virgen. De este modo daba realidad á su aborrecimiento de la escritura, causa de su deshonor y de los malos ratos que pasó en la cárcel. Ultimamente se daba también á lo que podríamos llamar la *cábala lotérica*, ó sea el cálculo de las probabilidades de premio, armando unos rompecabezas capaces de trastornar al Verbo.

Hijas: I. Cesárea, muy guapa, inteligente, hacendosa. A los veinte años se cansó del desorden de su casa, de las estulticias hueras de su papá, de oir en boca de su madre la lista de los soberanos de que descendía y obedeciendo, aunque parezca fábula, á un secreto estímulo de formalidad y honradez, se fugó con un cochero, digo, con un joven, cuyos padres tenían el servicio de coches de Buitrago, y se casó con él, constituyendo una familia decente. Esposa fiel y madre de no sé cuantos chiquillos, se trataba con

sus padres lo menos posible. Figura poco en este relato.

II. Dulcenombre, más joven que Cesárea, y menos que Fausto, la más morena y la más flaca de los cuatro, pero acentuando muy bien en sus facciones el tipo noble, que, por un sarcasmo etnográfico, era el cuño de aquella singularísima raza. Doña Catalina, que siempre fué opuesta á que en su familia hubiese nombres vulgares, y aborrecía los Pepes y Juanes por su tufillo plebeyo, estuvo muchos días vacilando acerca del nombre que pondría á su hija. Ocurrióse le Diana, Fedra, Berenice, Violante, sin decidirse por ninguno, hasta que, la noche anterior al día del bautismo, soñó que se le aparecía un ángel con borceguíes colorados, enaguas de encaje y dalmática con collarín, como los clérigos que cantan la epístola, y encarándose con ella de la manera más familiar, le recomendó que pusiera á la niña el *Dulce Nombre de María.* Doña Catalina no necesitó que se lo dijera dos veces, y con entusiasmo aceptó la idea, haciendo de las cuatro palabras una sola. En aquella época, la buena señora, tan inconstante como vehemente en sus aficiones, se había dado un poquitín á la religión, rezaba más de lo ordinario, y leía vidas de santos. Muy satisfecha se quedó del nombre de su hija, el cual le parecía á un tiempo místico y romántico, nombre que por su sola virtud habría de traer felicidades mil á la persona que lo llevaba.

II

Desde el día de su bautizo hasta que cumplió los veinte años, nada nos ofrece en su existencia Dulcenombre que digno sea de ser contado, salvo algunos accidentes de su educación. Tuvo la suerte de que la alcanzara, allá por los catorce ó quince años, una de las etapas más florecientes de la carrera administrativa de D. Simón, quien, investigando el Timbre ó el Subsidio Industrial, traía bastante dinero á casa; y gracias á esto la muchacha concurrió algún tiempo á la escuela de Institutrices, donde le enseñaron porción de cosas que no saben la generalidad de las niñas. Pero como las rachas favorables duraban poco, á lo mejor tenía que suspender sus estudios por no ser posible atender al gasto de libros y matrículas, ni tener traje y calzado con que presentarse en la clase. Por esto su saber era incompleto y de retazos; lástima grande, porque disposiciones no le faltaban, ni ganas de instruirse, con la noble ilusión de obtener título y procurarse algún día posición independiente y honrada.

Pero su torvo destino se gozó en echar por tierra aquella ilusión y pisotearla cruelmente, porque tras las breves temporadas de prosperidad vinieron otras larguísimas de miseria y angustia. Hubo meses de espantosa escasez, días de hambre Ugolina, horas terribles en que doña Catalina invocó bramando y corriendo por los pasillos, á todos los Reyes de su tronco dinástico. La familia navegaba por el mar de la vida en

medio de un deshecho huracán, y á cada instante tenía que arrojar al agua parte del contenido de la nave para que ésta no se hundiera. Tras de los muebles menos útiles, iban camas, colchones, sábanas, y tras la ropa de abrigo, la que sin serlo sirve para cubrirnos y diferenciarnos de los animales. Ofrecía la casa un cuadro de miseria y desastre, cuyas tintas siniestras y accidentes luctuosos traían á la memoria las ruínas de ciudades, las pestes y hambres épicas cantadas por la musa antigua, sin que faltaran, en medio de tan lúgubres episodios, rasgos cómicos de esos que hacen llorar. Llegaron días en los cuales, habiendo los Babeles vendido ó empeñado hasta las camisas, ya no les restaba nada que empeñar ó vender. En aquella progresión pavorosa, después de la última prenda de ropa, que por ser la última es la primera guardiana del pudor, ya no quedaba más que el pudor mismo. «Gran cosa es la honra»—pensaba en silencio D. Simón y doña Catalina, aunque no se comunicaban su atrevida idea.—Pero ante la materialidad del vivir, ante el terrible clamor de la sangre, de los huesos, del tejido, pidiendo nutrición, ¿qué significaba la ley aquella indecisa y cuestionable de la honra, adorno, lujo más bien, de las personas cuyos estómagos no están nunca vacíos?

Sucedió, pues, lo que por un fenómero de gravedad tenía que suceder. Lo moral hubo de sucumbir ante lo físico. La egregia doña Catalina lloró mucho, justo es declararlo, el día en que no tuvo más remedio que acceder á ciertas proposiciones que se le hacían referentes á Dulce, y doliéndose con medio corazón de lo que ésta perdía, con el otro medio saboreaba

el alivio de sus angustias, pagando al panadero, á toca teja, tres meses de suministro, al carnicero cuatro, y rescatando algunas ropas cautivas.

Etapa de relativo desahogo. Emperegiladita con ropas tomadas á plazo, que poco á poco iban siendo suyas, Dulce salía de casa algunas tardes y noches, como quien va á su negocio, á veces con cara sombría, á veces contenta. La familia vivía, y la nutrición dejó de ser un concepto teórico en aquel grupo de seres infelices. Días hubo en que hasta se notaban en la casa señales de abundancia, porque, eso sí, los Babeles (era en ellos vicio constitutivo, incapaz de reforma), en cuanto tenían un respiro, echaban la casa por la ventana.

Imposible fijar lo que duraron estos tratos y estos trotes. Lo que sí se sabe es que una noche entró don Simón en su casa con Angel Guerra, el cual iba á tratar con él (no conociéndole todavía como le conoció más tarde) de ciertos detalles de conspiración, pues García Babel y su hijo Arístides hallábanse entonces muy metidos en la política rabiosa y desesperada, por no serles posible arrimarse á ninguna otra. Vió Guerra á Dulcenombre, y recíprocamente se agradaron; volvieron á verse á la noche siguiente en otra parte, y la simpatía recíproca se avivó más. El amor, como rara vez sucede, nació de la simiente del vicio, y á los dos días de conocimiento, Angel propuso á Dulce irse con él, abandonando un modo de vivir que no cuadraba á su complexión moral. Propuesto y aceptado. La joven desapareció de la casa paterna con gran consternación de los Babeles, que la estuvieron buscando desatinados por todo Madrid du-

rante una semana. Por fin, la fugitiva, que al lado de Guerra tenía lo que puede llamarse una posición, tendió la mano á su familia; restablecióse la cordialidad entre el raptor y los Babeles, gracias á lo cual éstos recibían los socorros indispensables para matar el gusanillo. Pasó un año en esta conformidad, y al cabo de él, á poco de mudarse los dos tórtolos de la calle de San Marcos á la de Santa Agueda, ocurrió la absurda intentona revolucionaria, la herida de Guerra, su reclusión, etc... Adelante con los Babeles.

III

Rama segunda.

Hermano del D. Simón: Don Pito, hombre muy pasado por agua, más joven que su hermano, pero con apariencias de más viejo, por los grandes trabajos que sufrido había en empresas arriesgadas de mar y costa. Su nombre era Luis Agapito; pero nadie, ni aun su familia, le llamaba sino con la mitad del segundo nombre. A muy diferentes destinos parecían llamados Simón y Pito, porque ya desde el nacer se marcó en la vida de ambos dirección distinta. Simón vió la luz en Madrid, Pito en Cádiz, en ocasión que fueron allá sus padres con objeto de establecer una pastelería. El uno, nacido al amparo de Cibeles, debía ser memorable en las cosas terrestres, el otro, encomendado al movible Neptuno, en las marítimas. Recogióle de corta edad un tío suyo que hacía viajes á América, y marino fué de vocación decidida y de gran resistencia física y moral para las fatigas de oficio tan rudo. No se ha escrito ni se escribirá la historia de sus ha-

zañas y sufrimientos como capitán de derrota en innumerables expediciones á las Américas, á las Africas y á las desparramadas islas de Oceanía, y tan hiperbólico era él como cronista de sí propio, que resultaba el mundo mayor de lo que es, y con un par de continentes más. Llena está, en efecto, su vida, de los veinte á los cincuenta, de hercúleos esfuerzos, de atrevimientos brutales, y también de inauditos contrastes pecuniarios. A poco de guardar las onzas en espuerta, D. Pito daba sablazos de media onza en el muelle de la Habana, contraste en verdad muy lógico, pues el tráfico á que se dedicaba tuvo su época feliz, y una decadencia ocasionada á grandes desastres. Ello fué que le cogieron de medio á medio los últimos tiempos de la trata, y en uno de aquellos paseítos que dió por el golfo de Guinea, me le atraparon los ingleses, le soplaron en la isla de Santa Elena, y en un tris estuvo que tuviera el honor de entregar la piel donde mismo la entregó Napoleón el Grande. Ya viejo, enseñaba con orgullo y fanfarronería las huellas que habían dejado en sus muñecas las esposas y en sus pies los grillos. Puesto en libertad, intentó alijar otro cargamento; pero se le averió el negocio en la misma costa de Cuba, proporcionándole hospedaje por diez meses en la Cabaña. Después de esto, mandó vapores costeros y de altura durante quince años, al cabo de los cuales, por su mala cabeza, sus vicios y su informalidad, se encontró sin blanca; vino á España con su familia, y no pudiendo vivir en Cádiz, porque su reputación le perseguía con más crueldad que antes la justicia, se corrió á Madrid, donde le hallamos viejo, reumático, remolcando

la pierna derecha, maldiciendo su suerte, consolándose de la nostalgia de la mar con el dejo amargo y embriagador de sus trágicas aventuras.

Consigo trajo acá dos alhajas de hijos; pero no se tienen noticias claras de su mujer, pues hay quien la supone confitera, hay quien sostiene que fué tratante en carne, como su marido, aunque no negra, sino blanca y muy blanca. El uno importaba ébano y la otra marfil. También hubo dudas sobre si aquella señora vivía, y sobre si fué legítima esposa del gran don Pito, cuyos hijos, nacido el uno en Matanzas y el otro en Cádiz, no la nombraban nunca. En su triste vejez, lejos de su elemento, y viviendo de limosna, el asendereado capitán no tenía más propiedad que glorias nefandas y sus años achacosos. Todo lo había perdido, hasta su doble reputación, pues en Madrid no le conocía nadie, y se dice doble, porque en lo tocante á la marina fué muy celebrado por su pericia, valor y dotes de mando, mientras que en todo lo independiente de la mar y sus fatigas era el hombre más desconceptuado del mundo.

Hijos del precedente: I. Matías, hombrachón que no cabía por la puerta, espeso, perezoso, tardo de lengua y más de pensamiento, de facciones correctas, pero inexpresivas y dormilonas, colores vivos en las mejillas, por lo cual y por su falta de agudeza y prontitud, desmentía la complexión característica de la raza Babélica. Sus primos le pusieron, en cuanto vino á Madrid, el mote de *Naturaleza*, y por *Naturaleza* se le conocía dentro y fuera de casa. De salud inalterable como la de un sillar de berroqueña, se pasaba en vela un par de noches, si era menester, y después dor-

mía cuarenta horas de un tirón. Comía por cuatro, si había de qué, y no se enteraba de las funciones digestivas. Era maestro confitero, y su objeto al venir á Madrid fué montar un establecimiento de dulces á estilo gaditano; pero ya por falta de capital, ó sobra de timidez, ya porque siempre llegaba tarde á todas partes, ni la confitería pasó de proyecto, ni logró que le dieran ocupación constante en parte alguna. Contados días trabajó en la especialidad de azucarillos ó en la de merengues, ambas muy de su competencia; pero no sé qué maña se daba el maldito, que á poco de empezar le despedían á cajas destempladas. Todo lo hacía bien; pero se le paseaba el alma por el cuerpo, harto grande para tan pequeño inquilino, y á la hora señalada para concluir no se había decidido á comenzar. *Naturaleza* practicaba la filosofía de que lo mismo es ahora que después, y de que no conviene acelerar nuestra corta existencia, acumulando sobre los afanes de la hora actual los de la hora subsiguiente. Creía que una de las invenciones más tontas del ingenio humano es la de los relojes, que nos han traído las estúpidas ideas de temprano y tarde, quitando al tiempo su dulce indeterminación, y la vaguedad soñolienta que tanto le asemeja á su hermano el caos.

II. POLICARPO. El reverso de su hermano, ágil, resbaladizo, soñador más que durmiente, flexible de espinazo y de espíritu, Babel de marca fina, en una palabra. Alguien sostenía que éste y Matías no nacieron de una misma madre, pues en nada se parecían, y otros aseguraban lo contrario, es á saber, que á entrambos les llevó en su seno la desconocida señora de

don Pito, pero que éste no *tenía culpa* más que de Policarpo, y que *Naturaleza* fué sacado de la mente divina cuando el valeroso Argos andaba en tratos con los caciques de la costa de Africa. No son del caso estas averiguaciones, y adelante. Aunque sin oficio ni beneficio, tenía Poli habilidad y disposición para cualquier industria, especialmente para la cerrajería. Su primo le iniciaba en las artes de cábala y alquimia, y él, agradecido, enseñaba al otro los secretos de la mecánica recreativa. En la habitación, que bien podemos llamar laboratorio, atestada de frascos, piedras litográficas, buriles, prensas de mano, y un pequeño torno para metales, se encerraban los dos largas horas. Poli fabricaba una llave con facilidad suma, y hacía difíciles composturas de armas de fuego. A pesar de su holganza é informalidad, solía llevar dinero á casa y dárselo á su padre, dinero ganado no se sabe cómo. Lo único cierto es que frecuentaba garitos de mala especie, entre los peores galopines de Madrid. Pero como la tolerancia reinaba en aquella casa, D. Simón y doña Catalina, y el mismo D. Pito, perdonaban al muchacho su mala conducta en gracia de su buena sombra, pues era bien parecido, servicial, dicharachero y dispuesto para todo.

Cuando doña Catalina se hallaba en el último paroxismo del ahogo pecuniario, lo que sucedía todas las semanas; cuando no sabía la señora infeliz á quien volver sus atribulados ojos, el único de la familia que la confortaba, discurriendo sútiles arbitrios para recaudar fondos era Policarpo. Notábase por su habla andaluza con toda la afectación flamenca, propia de su vida callejera, tabernaria y disoluta, como hombre

de *juergas* de *bebía*, de los de mechón en oreja y faca en cinto.

Nota. Cuando D. Pito y sus hijos dejaron los muros gaditanos para establecerse en Madrid, los Babeles de acá recibiéronles con los brazos abiertos, sencillamente porque pensaban que traían *monises*. Doña Catalina temblaba de emoción al ver entrar en la casa un baul grandísimo con flejes de hierro y reluciente clavazón dorada, y creyó, juzgando por el peso, que venía lleno de onzas. Pronto hubo de ver que no había más peluconas que los clavos dorados que el cofre ostentaba por fuera; mas al perder la buena señora, lo mismo que su marido, aquella ilusión, no se les ocurrió echar de su casa á la rama segunda, cuya pobreza igualaba ó quizás excedía á la de la rama primera. Porque ha de saberse que los Babeles, en medio de sus garrafales defectos, tenían la cualidad de avenirse á todo, de conformarse con la suerte, y de prestarse mutuo auxilio en la adversidad dispuestos á partir los bienes si algunos hubiera. Pronto reinó entre las dos ramas venturosa concordia, y una comunidad de intereses positivos y negativos que era la bendición de Dios. Lo perteneciente á uno, á todos pertenecía, y aquello que á uno faltaba convertíase pronto en carencia total.

IV

Aquella noche, cuando Dulce entró en la guarida de los Babeles, la primera persona que vió fué su madre, que salía de la cocina, encendido el rostro, desgreñada la blanquecina crencha, y con todas las tra-

zas de haber paaecido recientemente uno de aquellos arrechuchos que perturbaban su claro juicio. Alegróse la pobre señora de ver á su hija, más que por verla por recibir de ella el socorro que esperaba, y antes de que la joven acabara de sacarlo de su portamonedas, ya doña Catalina estaba echándole las uñas.

«¡Ay, hija de mi alma, qué á tiempo has venido! Estamos con el chocolatito de esta mañana... ¡Y ese farfantón, ese hombre ordinario, que no fué persona hasta que le casaron conmigo, se atreve á ponerme unos morros así, porque no le mantengo el pico!... ¿Pero de dónde he de sacarlo yo, si él no lo trae, el muy gandul?... Te digo que así no se puede vivir. Me puse muy mala, y todavía me duran los temblores... ¿ves? Lo que yo le digo: siendo él quien es, hijo de unos miserables pasteleros que tenían un tenducho ahí... ¿sabes? en la rinconada de la calle del Pez, gente tan desconceptuada que por allí no parecía un alma á comprar; siendo yo quien soy, y teniendo por parte de papá la parentela que todo el mundo conoce, tanto que me casaron por engaño, eso es sabido, aquellos infames tutores... en fin, ¿á qué recordar?... pues digo, que siendo cada cual quien es, debiera ese puerco echarme memoriales para dirigirme la palabra. Pues no señor. ¿Sabes lo que me ha llamado esta noche? Me ha llamado *doña Urraca,* la *Reina de Bastos* y qué sé yo... y ha dicho que ojalá me muera mañana... Allá están él y Pito arreglando el país con el vecino ese, D. José Bailón...

Desde el pasillo miró Dulce á la sala, que hacía de comedor, y oyó las voces de su padre y compañeros de tertulia, los tres gritando como demonios. Densa

y pestífera humareda de tabaco llenaba la habitación.

«No entres ahí, que te asfixiarás—le dijo su madre, conduciéndola á un gabinete próximo.

—Y Arístides, ¿está?—preguntó Dulce.

—¡Esperándote como agua de Mayo, el pobrecillo! Le prometiste darle siquiera para cigarros... ¡Pobre hijo, con tanto talento, tantísima disposición para todo... verle así, imposibilitado de brillar!... Como que podría ser gobernador, y hasta mayordomo de Palacio, si no estuviéramos dejados de la mano de Dios... Anda tan mal de ropa que ni se atreve á salir á la calle. Parte el corazón verle así... y considerar que hay tanto necio y tanto mamarracho con el dinero de sobra.

En el gabinete donde entró la joven, dos hombres yacían en sendos camastros. El uno, Arístides, se levantó súbitamente al verla. El otro continuó tendido, roncando panza arriba, la boca abierta, los mofletes encendidos y sudorosos; era el propio *Naturaleza*.

«Hola, Dulce—dijo Arístides abrazando á su hermana.—¡Qué cara te vendes!

Entre tanto, doña Catalina trataba de despertar al otro durmiente, empleando tirones de orejas, pellizcos, bofetadas, y por último cosquillas. Se desperezó el coloso, bostezó abriendo un palmo de boca antes de abrir los ojos, estiró á un tiempo las cuatro patas, y por fin trató de ponerse vertical.

«Dromedario, levántate, que tienes que bajar á escape á la tienda. Mira, entérate bien, fíjate... Pagas estos dos duros á cuenta de lo que se debe, y te traes dos latas de sardinas, medio kilo de jamón, seis huevos,

cuatro panecillos, y de la taberna una botella de Valdepeñas, para que esos borrachones no tengan nada que decir... Anda, despabílate, que ya nos falta poco para dar las boqueadas.

Arístides *(á su hermana, tomando lo que esta le dió y mirándolo á la luz de la lámpara.)* ¡Cuánto te lo agradezco, chica! Me sacas de un gran conflicto. Dios te lo pague. No sé yo qué pasaría en esta casa si no hicieras tú en ella las veces de Providencia. Creo que nos devoraríamos los unos á los otros... Gracias, vuelvo á decirte. Pero espero de tu bondad que harás un esfuerzo para ponerme en situación de emprender algo... Ya ves... mi ropa en *Peñíscola*... Así no se puede intentar nada, ni pretender un empleo, ni siquiera acercarse á los que los dan.

Por ahora no puedo, hijo: ten paciencia, y veremos.

—Angel es rico *(clavando en su hermana una mirada penetrante.)* Si lo disimula contigo es por avaricia.

—No tenemos más que lo preciso para vivir.

—Porque él quiere... Su mamá es inmensamente rica... Pero ya sé que la madre y el hijo no se llevan bien. Como que la buena señora no le perdonará nunca su última barrabasada. Díle que toda precaución es poca, que le andan buscando, que han cogido á Mediavilla.

—Por falta de precauciones no será—replicó Dulce cautelosa.—Hemos dejado la casa en que vivíamos, y nos hemos ido á un tejar...

—¿Dónde?

—No digo las señas ni á Dios. Tengo miedo de todo el mundo, hasta de ti y de papá.

—¡De mí! ¿Crees que yo...?

Doña Catalina, después que logró despachar á *Naturaleza*, avivó la luz de la lámpara, que estaba muy mustia, y las caras de Dulce y Arístides se iluminaron. En pie, junto á la cómoda, ambos revelaban cavilosa tristeza. La de Alencastre preguntó á su hija por Angel, y ella repitió el embuste.

«¡Por Dios, iros á un tejar...! Estaréis muy mal. ¿Por qué no os venís aquí? Nadie le descubriría.

—Toda precaución es poca, mamá... ¡Venirnos aquí!... ¿Para que Policarpo y el tío Pito salieran diciéndolo á todo el mundo? Pronto lo sabrían los periódicos, y me cogerían á mi pobre Angel como en una ratonera.

Arístides empezó á preparar la ropa que había de ponerse para salir, y su cara, durante la operación de sacudirla y cepillarla, era como espejo en que se reflejaba la mala disposición de aquellas gastadas prendas.

«Mira qué cuello de este gabán—dijo á su hermana mostrando uno de color claro y muy raído.—Pues no tengo más remedio que apencar con esta miseria, mientras tú no me rescates el mío. Nada quiero decirte de este pantalón (también era claro, moldeado á las piernas y con flecos por abajo) que es todo rodillera, y en cuanto me siento se me sube á las canillas. Y gracias que me lo ha prestado Policarpo, que si no, tendría que salir como alma en pena.

Doña Catalina y su hija se miraban cambiando mudamente su amargura, y contestando con un suspiro á cada observación del desdichado *barón de Lancaster*. El cual se atusó barba y cabello, y al encajarse aque-

llas vestimentas que el mismo Rastro desdeñaría, se miraba en un roto y deslucido espejo pendiente de la pared, consultando con él por rutinas de hombre que había sido elegante y que aún con tales andrajos no renunciaba totalmente á serlo.

«¡Lástima de figura, hijo, lástima de cara!—dijo con lamento jeremiaco doña Catalina.—¡Tenerte Dios así, en esa desnudez, cuando podrías... qué sé yo...! Ministros hay que han llegado á serlo por lo bien apañaditos que van siempre, aunque rasos de talento. Verdad que tu padre y tú tenéis bien merecido lo que os pasa por vuestra mala cabeza. Todo el pelo que se puede echar en España con las revoluciones, lo echaron los del 68, y ya no hay más pelo que echar por ese lado. Los tiempos han cambiado: yo os lo digo. Emplead vuestro talento en hacer la felicidad del país, afianzando las instituciones, como dice D. José Bailón, y abrid la boca á ver si cogéis el *higuí*...

Arístides contestó á su madre con una sonrisa desdeñosa, y mirando á su hermana, que no chistaba, dijo gravemente:

«No parece, sino que podemos escoger el terreno en que nos toca luchar por la vida. No; cada uno pelea donde le ponen las circunstancias, y á mí me han puesto en el peor de todos los terrenos. ¿Es culpa mía? No. Tráiganme mi gabán, y seré otro. La ropa es el 75 por 100 del ser humano. Pero con esta facha, ¿creen ustedes posible que un español haga cosa de provecho? No está en mi carácter lanzarme á la calle trabuco en mano, en día de asonada. No sirvo para eso. Los tiros me ponen nervioso. Mi papel revolucionario está reducido á formar en los corros de la oja-

latería más imbécil, abrir la boca y exclamar: «¡cuándo vendrá!» y á profetizar triunfos que nunca llegan, y calcular todas las maravillas que haremos cuando vengamos.. .Vístame yo, y hablaremos. Ya me buscaré un terreno mejor, que los hay, vaya si los hay... ¿Creen ustedes que si yo tuviera ropa, como Guerra, iría á sacar los sargentos del cuartel, ofreciéndoles hacerles oficiales?... En fin, no hablemos más. Buenas noches.

Caló el sombrero hongo y se fué, sin hacer caso de las exhortaciones de su madre, que le instaba á quedarse para cenar de lo que *Naturaleza* traería pronto. No hacía medio minuto que hija y madre se habían quedado solas, cuando sonó un terrible estruendo en la sala próxima, y ambas corrieron asustadas á la puerta del gabinete para saber qué demonios ocurría. Don Simón, D. Pito y D. José Bailón, el cura renegado (*), vecino de la casa, y el más asiduo concurrente á la tertulia de los Babeles, habían armado tal gresca, que daba miedo oirles. El jefe de la familia se había levantado de su asiento junto á la mesa, y cogiendo una silla, golpeaba con ella el suelo, vociferando como un demente, mientras Bailón, sentado, acariciaba la botella de cerveza medio vacía, bufando de ira, rojo como un pimiento. Y D. Pito, repantigado en una silla, con las piernas estiradas sobre otra, y echando la cabeza atrás, increpaba al techo con expresiones burlescas y roncas, que en medio de la infernal bullanga de los otros dos apenas se entendían.

(*) Véase *Torquemada en la Hoguera*.

Don Simón. Eso es una imbecilidad, eso es desconocer la historia; y los que tal sostengan están vendidos al oro borbónico.

Don José. Sópleme usted esa mosca ¡pateta! Usted no sabe lo que dice, y se lo probaré... y le enseñaré lo que es una Constitución, que no lo sabe.

Don Simón. Como no me enseñe usted las narices... ¡qué cuerno! Le digo á usted que no sabe dónde tiene la mano derecha.

Don Pito. ¡Carando!... por vida del tío Carando, y de la tía Yemas, yo sostengo que ninguno de los dos sabe una patata del asunto.

Dulce y doña Catalina, que entraron á poner paz, no pudieron enterarse de la causa del alboroto, la cual fué que el cura renegado sostuvo que, al triunfar la revolución, debían reunirse Cortes Constituyentes, y Babel se pronunció rabioso contra esta idea, afirmando que la Constituyente no era práctica, y que la transformación de la sociedad debía hacerse en la *Gaceta*, por simples decretos dictatoriales. Y la disputa se agrió, arrojándose uno á otro dardos envenenados, hasta llegar á un punto en que parecía inminente la colisión, y poco faltó para que la botella de cerveza saliera volando por los aires, al encuentro de una silla de Vitoria.

V

Dos cosas calmaron el coraje homérico de D. Simón García Babel: la presencia de su hija, que solía ser nuncio de una era de provisiones, y estas palabras de doña Catalina, que cayeron en medio del campo de

Agramante como una bomba de paz: «Ea, Simón y Pito, estúpidos, no os sofoquéis, que vamos á cenar.»

Esta frase sublime determinó en la cara del inválido marino una iluminación singular. El resplandor indeciso de sus ojos azules parecía llamarada de alcohol flotando sobre la aspereza del corcho insensible. Cara más áspera, más amojamada no se podía ver, comparable quizás, más que al alcornoque, á una esponja vieja y reseca, surcada de cortes y desgarraduras profundísimas. Era su frente cuarteada, como la piel del cocodrilo; su pescuezo como un manojo de raíces de droguería; sus manos, forzudas aún, revelaban parentesco con el cabo de filamento de coco; sus barbas blancas á trechos, á trechos verdosas, crecían entre las grietas de la piel como el escaramujo en un casco que ha navegado largo tiempo sin entrar en dique.

Don Simón, acariciando á su hija y desenojándose súbitamente, le dijo: «¿Has visto ese majadero de Bailón? ¡Proponer que haya Cortes Constituyentes! Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca.

Y el cura renegado, saludaba familiarmente á doña Catalina, diciéndole: «A su marido de usted, á ese chiflado, hidrófobo, hay que ponerle un bozal. ¡Defender la dictadura! Yo quiero que la ley vaya siempre delante, y que todo se haga conforme á derecho.

—Dulce, hija de mi alma—dijo D. Pito á su sobrina, sin abandonar su posición indolente,—ven acá, da un abrazo á tu pobre tío, que está con el cigüeñal roto, los fuegos apagados... ¡Ay, no me puedo mover! La pierna de estribor no gobierna, chica, y el mamparo éste (la boca del estómago) parece que se me

quiere subir á la escotilla. Tú siempre tan simpática. ¿Nos traes auxilio? Si no fuera por tí, ¡qué sería de estos pobres cascos...! ¡Carando...! Cuéntame, ¿qué es de tu vida? ¿Y ese pobre Guerra...?

La entrada de *Naturaleza* aplacó los ánimos irritados, y hasta D. Simón parecía transigir con que hubiera Cortes Constituyentes. Llegóse á su amigo, y mediaron nobleś explicaciones sobre los *voquibles* pronunciados en el hervor de la patriótica contienda. La de Alencastre fué á la cocina, mientras su hija ponía la mesa, entendiéndose por esto el tender un mantel de tres semanas y colocar sobre él unos cuantos platos y cubiertos, salero, y un perrito de porcelana, sin cabeza, en cuyo lomo se clavaban los palillos. Dulce era condescendiente y amable con todos, y el único á quien no tragaba era Bailón, porque en verdad no parecía bien que aquel gorronazo, que pasaba por rico en la vecindad, y prestaba dinero con usura, se convidase á cenar, consumiendo parte no floja de la exigua pitanza. La conversación se reanudó en tonos templadísimos, y las ideas de tolerancia y mútua consideración flotaban sobre la mesa, como las nubecillas de un cielo sereno sobre campo en que se ven señales de buena cosecha.

Don Simón tiene la palabra:

«Venga la revolución de cualquier manera, que es lo que importa. Tabla rasa, y después veremos. Yo le escribí á D. Manuel el mes pasado, á raíz del fracaso, y le decía: «No hay que desanimarse... Esto se derrumbará por sí solo, y se deshará como un azucarillo rociado con agua. Después, los que nos sabemos al dedillo las necesidades del país, por habernos que-

mado las cejas estudiándolas, le daremos á usted los materiales para que los vaya mandando á la *Gaceta*. Nada de Parlamentos, ni discursos, ni vocinglería. *Gaceta*, *Gaceta* y *Gaceta*. En ocho días, España del revés, como se vuelve un calcetín.» Y á vuelta de correo me contestó...

Aquí estuvo á punto de reproducirse la anterior tempestad, porque Bailón, soltando la carcajada, dejó al otro con la palabra entre los dientes. En un tris estuvo que el clerizonte le dijera: «No sea usted mamarracho. Ni usted ha escrito á D. Manuel, ni el D. Manuel ese le hace á usted maldito caso.» Pero no quiso exacerbar á su amigo, y todo quedó en un tiroteo de frasecillas irónicas.

—Como quiera que sea, Simón—apuntó D. Pito,—arréglalo pronto, que más perdidos de lo que estamos no podemos estar. Soy modesto en mis aspiraciones. Me contento con una ayudantía de Marina en cualquier puerto de tercera clase.

—¡Pero qué simple es usted!—le dijo Bailón.—¿Cree que entonces habrá ayudantías, ni marina, ni siquiera puertos?

—Señor de Bailón—saltó Babel entre despreciativo y amenazador,—¿usted qué sabe lo que habrá ni lo que no habrá? En otras manos está el pandero. Descuide usted, que hablará la *Gaceta*, y entonces sabrán todos cómo se corta el queso. Lo que puedo anticiparle, y usted me cree ó no me cree, según le convenga, es que las Clases Pasivas se liquidarán con un papel que crearemos al efecto; que el ejército nuevo costará la décima parte que el antiguo; que las misas páguelas quien las oiga, y que no se permitirá rete-

ner los sueldos de los empleados civiles ni militares... Por ahí le duele á usted. ¡Ah! por eso quiere Cortes constituyentes, y discurseo, dictámenes y líos, y patetas, con el fin de empapelar la revolución, para que todo siga como ahora está.

—No, si yo no quiero nada, mi amigo señor don Simón—dijo el cura renegado echándose á reir.—Que haya orden y moralidad es mi único deseo.

—Moralidad, eso...—exclamó D. Pito dando puñetazos sobre la mesa.

—¡Moralidad, moralidad!—repitió Babel atusándose los bigotazos.—De eso se trata. Pues vea usted: yo sostengo que la revolución no hará la moralidad de golpe y como por ensalmo, pues en país tan corrupto como el nuestro, donde la máquina está oxidada, no es fácil limpiarlo todo en un día, ni en dos... pero ni en tres... Se hará lo que se pueda. ¿Cómo? ¡Ah! No lo debo decir.

—Lo primero que tenéis que hacer—propuso don Pito,—es colgar de una verga á tantísimo tunante y tantísimo ladrón. Que la paguen, que la paguen, y así los que vengan detrás aprenderán á andar derechos. Y yo pondría en cada oficina un contramaestre armado de un buen bejuco, y á rebencazo limpio les haría trabajar á esos gandules de empleados... Al que faltara ó me hiciera algún chanchullo... á ver, trincarme á ese... un *boca-abajo*... doscientos palos, sal y vinagre en las heridas, y á otro... ¡Ah, qué administración tendría yo si me dejaran! Daría gusto verla, y el país agradecido me llamaría su padre, padre de la patria. Sí, no hay que reirse ¡yema! Y á los diputados les haría andar más derechos que un palo macho. Al que di-

jera algo contra la libertad, ó al que me armara intrigas y enredos, ¡listo! codo con codo á las islas Marianas. Desengañaos, es el gran sistema. A la pillería de este país, no hay quien la baraje sino con la ley del *componte*. ¡Eh! Sr. Cánovas, ó Sr. Castelar, ó señor Sagasta: ¿qué me dice usted ahí? ¿Qué los derechos y qué la prerrogativa, y que sí y que no, y qué pateta? Póngase usted boca abajo, que le voy á explicar mis doctrinas constituyentes y el alma pastelera del tío Carando... Veríais cómo andaban todos derechos. Si no hay otra manera, desengáñense, no la hay... ¡Conozco á la humanidad, porque he bregado mucho con ella, y sé que es un animal feroz si no se le sabe domesticar!...

La conversación siguió en estos tonos, de grotesco humorismo. Servida la cena, toda la familia cayó sobre ella con alegre voracidad, no siendo el intruso Bailón el menos aplicado á despacharla. Dulce fué á llamar á su hermano Fausto y á su primo Policarpo, que abstraídos en misteriosa faena dentro de la estancia llamada laboratorio, no hacían caso de los repetidos llamamientos de doña Catalina para que fueran á cenar. Se habían encerrado por dentro, y Dulce tocó una y otra vez en la puerta, hasta que al fin abrieron; pero no pudo la joven satisfacer su curiosidad, pues antes de abrir ocultaron todo, cubriendo con periódicos los objetos diversos que sobre la mesa tenían. El aposento era pequeño, con ventanas á un fétido patio, y de la pared pendían formas extrañas, figuras de Guiñol, de estúpida cara, una cabeza de toro disecada, un estantillo con varios frascos de reactivos y barnices; libros viejos y sucios; en el suelo

piedras litográficas, montones de periódicos, herramientas diversas, todo en el mayor desorden, mal oliente, pringoso, polvoriento.

—Pero ¿qué demonios hacéis?—les dijo Dulce, tapándose la nariz.—¡Qué asco! No sé cómo respiráis en esta sentina.

El uno se restregaba los ojos, encendidos por la fatiga de un largo trabajo con luz artificial, y el otro limpiaba unas plumas, guardándolas cuidadosamente.

—Primita—dijo Policarpo con insinuante voz,—¿por qué no te corres con un par de pesetillas? Ten compasión de estos *esgalichaos*.

—Pero ¿qué hacéis? ¿en qué os ocupáis? decídmelo—replicó Dulce sacando su portamonedas.

—Se lo diremos para que no crea que es cosa mala—indicó Fausto, limpiándose las manos con un trapo más sucio que ellas.—Hemos hecho unas aleluyas políticas... cosa de gracia, y ahora estamos con *el lapicero mágico*, porque el juguetillo del gato y el ratón ya no hay quien lo compre. Fabricamos chucherías que se venden en la Puerta del Sol á perro chico. Miseria, hija, miseria. Pero, verás, con el *Cálculo infalible de las jugadas á la lotería* que estoy inventando ahora, hemos de ganar muchísimo dinero.

Dulce les dió la limosna, que ellos agradecieron mucho. Por cierto que si se descuidan en ir á cenar, no encuentran más que los platos vacíos porque los manjares, á saber, tortilla, salchichas, jamón, arenques, etc... volaban que era un gusto de los platos á las bocas, y los comensales semejaban maestros de prestidigitación, por la rapidez con que hacían desaparecer la comida. El general apetito mataba la plá-

tica, y solo se oía el ruído de masticaciones diferentes, y el picoteo de los diestros tenedores, cogiendo la ración. Por derecho consuetudinario, la botella estaba bajo la jurisdición y custodia de D. Pito, quien no escanciaba en los vasos sino raciones muy medidas, teniendo algo que rezongar cuando se le pedía parte de lo que él estimaba de su exclusiva pertenencia. *Naturaleza*, siempre humilde tomaba lo que le daban sin permitirse reclamar. Los desperdicios eran siempre para él, y es fama que en cierta ocasión se contentaba con los huesos de las aceitunas, aunque el caso no está comprobado. Fausto y Policarpo devoraban, el jefe de la familia cumplía como bueno, y doña Catalina no comía más que pan pringado, entreverando las degluciones con suspiros, que sacaban pedazos del alma, á medida que iban entrando pedazos de alimento.

Terminada la cena, despedíase Dulce de su madre en la puerta de la cocina, cuando vió venir por el pasillo adelante, arrastrando la pata derecha, al gran don Pito, auxiliado de un bastón, eructando y echando maldiciones contra el reuma. Al verla se regocijó, como siempre, y la invitó á pasar á su cuarto, donde la obsequiaría con una copa de *lo que resucita á los muertos*.

—Ya, ya van al aguardentazo—dijo doña Catalina furiosa.—No hay mayor perjuicio que dar de comer á estos borrachones, que no pueden digerir si no se llenan el cuerpo de esa ponzoña.

Don Simón apareció en seguimiento de su hermano, tarareando aquello de *cuatro boqueroncitos*, y al oir las expresiones de su cara mitad, tomó el tonillo

zumbón para decirle: «Prenda mía, ya sabes que yo no empino. Mi hermano es el que se encandila. Yo no lo cato, por no ofenderte, y aquí me tienes rendido, y dispuesto á besar tu real pata.

—Anda, gandul, mejor emplearas en trabajar ese talento, ese pesquis que maldito para qué te sirve.

—Camarera—gritó D. Pito entrando en su cuarto, próximo á la cocina,—no se incomode usted. Yo solo bebo, pero es para abrigarme por dentro, tapándole las rendijas al frío. Entra tu, Dulcenombre, y lo probarás.

—¿Yo? ¡qué asco!

El cuarto del capitán de barco no tenía más que el tamaño suficiente para una angosta cama, una percha, rinconera que hacía de mesa de noche, y lavabo de trípode de hierro, en cuya jofaina difícilmente cabía un azumbre de agua. Más que cuarto parecía camarote. Sobre un estantillo de mala muerte veíanse los planos arrollados y sucios, el sextante cubierto de cardenillo, y la caja vacía de los cronómetros; de un clavo pendía el capote de agua; el baul claveteado, que hacía las veces de silla y de sofá, guardaba un aneróide roto, algunos libros de derrota y otros restos del ajuar del marino. Sentóse éste en la cama, después de haber sacado de los bolsillos del capote de agua (que de alacena le servían) una botella y una copa, y allí, ante su sobrina y cuñada, se sirvió ración bastante para tumbar á cualquier cristiano. Pero el maldito tenía la cabeza hecha á las fuertes presiones, y sólo se ponía un poquitín alegre, y le entraba una especie de ternura humanitaria, perdonando á los que antes quería matar á latigazos. Su hermano se obsequió

con media copa, y tanto instaron ambos á la noble doña Catalina, que probó la ginebra, haciendo mil visajes, y carraspeando. Hasta el comedor donde Bailón preparaba el tablero de damas, llegó el olorcillo, y el clérigo acudió á las voces que le daba D. Pito: «Capellán, capellán, que estamos pasando la línea, y hay que remojarla.» Y acudía el capellán para alumbrarse un poco, y como quisieran hacer lo mismo Policarpo y Fausto, su madre les despachaba con un bufido: «¿También vosotros? A la calle, bigardones. Harto hacemos con llenaros el buche.» Salían ellos refunfuñando, y los demás se convocaban en la sala, con júbilo febril, dispuestos á charlar y disputar, riendo como locos hasta más de media noche. Doña Catalina se dormía como un cesto.

Salió Dulce de la leonera con el corazón oprimido, llorando mentalmente y presagiando desdichas, calamidades y tragedias.

III

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO

I

Sin quitar ni poner nada, contó á Guerra su amante lo que había visto y oído aquella noche en la cueva de los Babeles, y si algunas cosas, de puro carácter sainetesco, les movieron á risa, en general la situación de la familia sin ventura despertaba en ambos compasión muy viva. Dulce se angustió considerando que el problema vital se presentaba en aquella casa con peor cariz cada día, y Guerra habló de los peligros que podía correr su seguridad personal, si alguno de los Babeles daba en la tecla de denunciarle, y aunque Dulce porfiaba que su padre y hermanos no le venderían nunca, él no las tenía todas consigo. «De D. Pito no temo nada. De tu padre estoy menos seguro, y en tu hermano Arístides no tengo maldita confianza. Esa miseria desesperada y rabiosa, esa limpieza de bolsillos, esa falta de ropa en persona acostumbrada á vestir bien y á darse buena vida, son muy de temer. En tales condiciones, un hombre de su temperamento y de sus hábitos me asusta como un animal venenoso. Luego, no puedes figurarte entre qué clase de gentes anda, lo más perdido y desastrado del mundo. ¿Crees tú que se pasa las noches conspirando y que le desvela la política? ¡Quiá! Nosotros, los que anduvimos en las correrías

del mes pasado, no le hemos visto por parte alguna, ni sabemos que se haya comprometido en nada. ¿Sabes dónde está en este momento? En un garito que hay en la escalerilla de la Plaza Mayor, junto al café de Gallo. Allí le tienes de punto fijo, viéndolas venir. En cuanto á tu ilustre papá, ya sabes que con todo ese republicanismo de cháchara y la farsa de cartearse con D. Manuel, se pasaba las mañanas adulando á don Basilio Andrés de la Caña, ese que está en Hacienda, para que le vuelvan á nombrar inspector del Timbre... Y por si no cuaja, marea también á Juan Pablo Rubín, el de Gobernación, para sacarle una placita de la ronda secreta.

En los días que siguieron á la mencionada visita á los Babeles, los recursos pecuniarios de la pareja ilegal fueron mermando hasta ponerla en situación dificilísima. Dulce, como antes se ha dicho, hacía milagros de administración, y nadie sabe el partido que sacaba de una peseta. Si Guerra hubiera tenido fe y hábitos religiosos, habría dado gracias á Dios por el hallazgo de aquella mujer incomparable, tan bien cortada para la adversidad, que no sólo parecía resignada, sino satisfecha con la pobreza, y daba siempre una acentuación humorística á sus cálculos para estirar el dinero ó para aprovechar los víveres, como los aprovecharían los náufragos refugiados en una balsa en medio de las olas, esperando ver pasar un buque. Su temple era siempre el mismo, y su natural bondad y dulzura mayores quizás en aquella vida de prueba.

Pero llegó un día, ya muy entrado Octubre, en que vió Angel la necesidad imperiosa de salir de su

guarida en busca de recursos. Ya no podía dilatar más tiempo el trámite imprescindible de acudir á su madre. Temblaba de pensarlo. ¿Cómo le recibiría? De fijo muy mal. El carácter inflexible y los modos autoritarios de la buena señora presentábanse en su viva imaginación con caracteres aterradores. Una noche decidióse á salir, no con ánimo de entrar en su casa, sino de rondarla, imaginándose que este modo se familiarizaría con la idea terrible de hacer frente al tirano que la habitaba. Disfrazóse lo mejor que pudo, y como las noches empezaban á refrescar, pudo echarse la capa para ocultar el brazo que llevaba en cabestrillo; encasquetóse una gorra de pelo y á la calle. Era la primera vez que salía después de la famosa noche del 19 de Septiembre, y todo le parecía extraño, los escaparates, los tranvías, las personas, hasta los perros.

No tardó en llegar á su barrio natal, que es aquel olvidado rincón de Madrid comprendido entre la plaza de las Descalzas, la costanilla de los Ángeles, las calles de la Flora y de Preciados. Pasó por su casa, situada más arriba de la plazuela de Trujillos, con vuelta á una de las estrechas y solitarias calles que parecen prestadas por la parroquia de San Pedro á la de San Ginés. La urbanización novísima las envuelve sin penetrar en ellas, y la soledad y paz de aquella isla apenas son turbadas por el rumor de las corrientes que pasan lamiéndola por un lado y otro. La casa de Guerra es de fines del siglo XVII, restaurada, de un carácter arquitectónico muy madrileño, toda de ladrillo, menos la holgada puerta rectangular, de jambas almohadilladas y dovelas enormes; los balco-

nes de hierro sostenidos por palomillas del propio metal, retorcido y moldeado. La restauración moderna de este edificio concuerda en carácter pintoresco con su severa fábrica antigua. Los paramentos altos hállanse pintados de rojo imitando ladrillo descubierto, y en las ventanas y machones se ha simulado también con pintura bastante hábil un almohadillado de piedra semejante al de la puerta. El piso bajo imita sillares berroqueños, y sus huecos hállanse defendidos por colosales rejas. Este tipo de fachada, tan comun en el Madrid antiguo, no carece de elegancia y grandeza, y aun con su deleznable pintura, decora y urbaniza mejor que esas antipáticas fachadas modernas de labrada escayola, todas afectación, petulancia y fragilidad.

Después de pasar varias veces por delante del portal sin ver á nadie, observó Guerra atentamente los balcones de las dos fachadas, por si algo se descubría en alguno, de donde pudiera colegirse lo que dentro pasaba. Ni en el cuarto de la señora, ni en el de Leré se veía luz. Todo cerrado á piedra y barro. Ningún indicio, ningún dato, ninguna claridad. Sólo en uno de los balcones vió colgada ropa blanca, que debía de ser de la niña. Verificada esta inspección, empleó largo tiempo en recorrer las inmediatas calles de la Sartén, las Conchas, las Veneras, la Ternera. Érale tan familiar aquel trozo de Madrid como el interior de su propia casa, y conocía de vista y de trato á casi todos los vecinos de las tiendas y prenderías. En la puerta de la taberna de las Conchas estaba el tabernero hablando con la dueña de la pollería, y ninguno de los dos le conoció; tan bien disimulaba su

persona con la peluda gorra hasta las orejas y el embozo de la capa hasta los ojos. Iba y venía, y á nadie llamaba la atención aquel rondador nocturno, pues es cosa corriente encontrar en cada esquina de Madrid algún entapujado de tal catadura, el cual suele ser Tenorio de menor cuantía, que ojea doncellas de servir ó Maritornes inservibles.

No decidiéndose á entrar, Angel acechaba al criado aquel que dió noticias á Dulce pocos días antes, y se admiraba de que habiendo vigilado tan cuidadosamente las calles que á su casa conducían, no hubiera tropezado ya con aquel demonio de Lucas. Imposible que en tanto tiempo dejase de salir con alguna comisión ó recado. Era además hombre muy callejero *per se*, y en cuanto concluía los quehaceres más perentorios, bajaba á tomar el fresco y á charlar con las lecheras de la esquina de enfrente. ¿Qué diantres le pasaba aquella noche, para contravenir sus hábitos de toda la vida? Esto pensó Guerra, metiéndose y sacándose por las calles, y fatigado ya de tantas vueltas y remolinos. Por fin, cuando no se acordaba ya del criado, al desembocar de la calle de la Sartén... paf, ¡Luquitas! Este no le conoció. Fuése tras él su amo y le agarró por el pescuezo.

—¡Ay, Dios mío, el señorito aquí!... Le creíamos en Francia ó qué sé yo dónde... ¡Ni siquiera escribir para dar noticias de si vivía ó moría... ¿Qué hace que no entra corriendo á ver á la señora, que está...?

—¿Cómo está mi madre?

—Muy mala; pero muy mala. Mañana, junta de médicos. Vengo de llevarles los avisos de parte del señor don Alejandro Miquis.

—No me engañes, Lucas. Me cuentas eso, para que entre... Mira que te pego sino me dices la verdad. Mi madre no está tan mala como dices.

Con estas palabras artificiosas quería Guerra envalentonarse, y pasar hacia abajo el nudo que se le había puesto en la garganta y que no le dejaba respirar.

«Entre y véala... Pero qué, ¿será capaz de no entrar? ¡Valiente disgusto le ha dado á la señora! ¡Qué días y qué noches está pasando la pobrecita!... con aquel ahogo que le corta la respiración, y aquellos letargos que le dan... Lo que hay es que como tiene tanto coraje y tanto tesón doña Sales, sino fuera por lo que se desmejora, no se le conocería la procesión que le anda por dentro.

Á Guerra sí que le andaba por dentro procesión de las más lúgubres, al oir tales cosas.

—Dices que... ¿junta de médicos?

—Sí, señor; y ha venido de Toledo el señor canónigo Pintado á *administrarla*.

—¿Y qué más, hombre? ¿Qué más noticias malas tienes que darme? Te estrangulo si me engañas... Di otra cosa. ¿Y mi hija?

—La niña tuvo un resfriado; pero ya está bien, gracias á Dios. Pregunta cuándo viene de Francia su papá, y á todos nos vuelve locos con sus monerías y con lo mucho que sabe.

—Otra cosa. ¿Quién está ahora en casa?

—Cuando yo salí no había nadie más que D. Braulio, que desde que la señora se agravó, duerme aquí todas las noches. Estuvieron las señoras de Santa Cruz, de Medina y la marquesa de Taramundi. El

canónigo don León vive también en casa; pero por las noches, después de comer, suele ir á la tertulia de los señores de Bringas. No vuelve hasta las once dadas. Pero, en fin, ¿entra el señorito ó no entra?

Guerra dió algunos pasos hacia el portal con resolución firme; después otros tantos en dirección contraria; se detuvo, volvió á ponerse en movimiento. Su mismo propósito de entrar impulsábale á ponerse lejos, como si la puerta de su vivienda fuese un trampolín, y necesitara tomar carrera para saltarlo.

II

—Ya ves, Lucas, mi situción es muy desagradable. Ausente tanto tiempo... mamá enferma... Entraré, ¿pues no he de entrar? Pero necesito preparar el ánimo... pensar las disculpas que debo darle... En fin, déjame aquí, vuelve tu á casa, y si está allí Braulio dile... No, no le digas nada. Entraré sólo... Y mamá, ¿duerme ahora? Descansará tal vez, y no conviene que me vea hasta mañana. Pero si está despierta, bueno sería que Braulio la preparase, diciéndole que ando por Francia, que he escrito, que me he puesto en camino al saber la enfermedad, que deseo me perdone... que llegaré por momentos...

Comprendiendo Lucas la penosa incertidumbre del hijo de su ama, discurrió que para capturarle convenía la intervención de persona más autorizada, y obrando con la pres⁺eza que el caso exigía, se internó en la casa. No habían transcurrido diez minutos cuando apareció de nuevo, acompañado de un señor

obeso, el cual precipitadamente se abalanzó hacia Guerra, y abrazándole le dijo:

—¡Angel, gracias á Dios!... ¡Qué alegría tan grande!

Y sin darle tiempo á responder ni á decir nada, le empujó hacia la puerta. Como Guerra se desembozase en aquel momento, el gordo notó que tenía un brazo en cabestrillo. «¿Qué es eso, hijo? Poca cosa, sin duda. ¡Ay, qué alegrón, pero qué alegrón!... ¡Y doña Sales que había perdido la esperanza de volverte á ver...!»

Cogiéndole de la mano sana y estrechándosela con cariño, le llevó por el portal adentro, sin que el otro hiciera resistencia. Los porteros, viejo y vieja, que desde el año 53 vivían dentro del garitón situado á la derecha, conforme entramos, salieron presurosos á ver la captura del señorito de la casa, pero sin atreverse á expresar con un solo gesto su satisfacción. El portal es bastante ancho, con suelo de empedrado fino: en el fondo, dos arcos de fábrica revocada dan ingreso á la escalera, de peldaños de pino reforzados en la huella con flejes de hierro. De abigarrados azulejos es el zócalo, y el barandal de hierro pintado de verde obscuro. Cuelga del alto techo un inmenso farol prismático y sin ningún adorno, especie de cajón de cristales, dentro del cual colea en forma de media luna la llama del gas. Más arriba, en el rellano del principal, hay otra luz, próxima á la puerta de cuarterones, por donde se entra en la habitación de los Guerras. Al penetrar en el portal y subir á la escalera, la opresión que Angel en su pecho sentía se disipó de súbito, dejando espacio á una impresión de de descanso y alivio. La casa en que había nacido,

aquellas nobles paredes, con las cuales su niñez y su juventud parecían formar un todo indivisible, le habló ese tiernísimo lenguaje con que lo inanimado nos dice todo lo que sabe y puede decirnos. Una sirvienta anciana, que aguardaba en la puerta, echó sobre el hijo pródigo una mirada de tierna reconvención que le hizo bajar los ojos. Como Braulio entraba de puntillas, Guerra procuró no hacer ruido. Ambos se metieron en un despachillo próximo al recibimiento.

—La señora no duerme—dijo Braulio;—pero está descansando ahora de su ahogo, y una fuerte impresión le haría muchísimo daño. Verás á la niña si no se ha dormido aún. Pero quítate esa gorra, por Dios, que el pobre ángel se asustará de verte en semejante facha. Hace mucho calor aquí, ¿verdad?

Aquel Braulio, administrador de los cuantiosos bienes de Doña Sales, representaba cuarenta y cinco años; era grueso y rubicundo, usaba gafas de oro, y sus mejillas parecían dos rosas frescas, bañadas de rocío, porque en toda ocasión le veríais sudando y sofocadísimo, cual si volviera de una larga carrera; hombre, en fin, que siempre tenía calor de sobra, como estufa encendida al rojo, y que en invierno vestía de riguroso verano. Y no obstante la riqueza de su sangre, que parecía rezumársele por la piel, y encendérsele en llamaradas en los mofletes, su temperamento era frigidísimo y su carácter enteramente contrario á la prontitud y á la irascibilidad. Todo aquel lujo sanguíneo y aquella opulencia muscular servían de continente á la calma, á la paciencia, á la minuciosidad laboriosa y al método rutinario. Abanicándose

con su hongo, dijo al recién venido estas cariñosas palabras: «Doña Sales te perdonará; ten por seguro que te perdonará.»

Como Angel se levantara para salir del despacho, Braulio le detuvo diciéndole: «No te muevas, no hagas el más ligero ruído, que la enferma es capaz de oir el vuelo de una mosca. Conviene no turbar su descanso.»

Llegóse á Guerra en aquel instante la criada anciana que le había recibido en la puerta, y oprimiéndole la cabeza, le besó en la frente, diciendo en voz muy queda: «Al fin el Señor nos ha tenido lástima y te ha echado para acá.»

La buena sirviente tuteaba al señorito, á quien había visto nacer. El no le contestó nada. Su emoción no se lo permitía:

Secreteando, la vieja habló de este modo: «Ahora parece que está como traspuesta. Ha cerrado los ojos; pero no me fío, no, y sospecho que se hace la dormida para escuchar mejor. Hasta mañana no conviene que la veas, Angelín de mi alma, y antes habrá que prepararla.»

A esto asintió Guerra, y luego manifestó deseos de ver á su hija; pero la niña dormía en la alcoba inmediata á la de la señora, y no era prudente penetrar en ella.

En esto apareció la que llamaban Leré, quien ya sabía la vuelta del hijo pródigo, y le saludó desde el pasillo, sonriendo y llevándose el dedo á la boca, con lo cual, al mismo tiempo que expresaba la felicitación por la llegada, ordenaba silencio absoluto. Por indicaciones de la misma Leré, hechas también á

usanza de sordomudos, Braulio y Angel pasaron al comedor andando de puntillas, y allí pudieron expresarse con más libertad, pero siempre moderando la voz.

Ibase Guerra adaptando á su nueva situación; disipábanse su temor y vergüenza, y la casa natal le sonreía con amoroso agasajo. En el comedor no se habían alzado aun los manteles, y por la disposición de los cubiertos, así como por los esparcidos residuos de postres, se echaba de ver que habían comido allí cuatro personas. Intacto permanecía el puesto de doña Sales. El que ocupó su hijo durante tantos años, revelaba haber pertenecido aquella noche á la considerable personalidad del canónigo de Toledo. Guerra lo conocía, y se hubiera atrevido á jurarlo.

Entró Leré en el comedor, y después de reñir suavemente á Lucas y á una de las criadas, por no haber levantado los manteles, se llegó al señorito para preguntarle por aquel desperfecto del brazo. Contestóle Angel que no era nada, y con la mano sana dió un puñetazo en la mesa, diciendo. «¡Vaya que estar en mi casa y no poder ver á mi hija!...»

—Quien se ha pasado un mes sin verla—dijo Leré entre severa y bromista,—bien sabrá esperar una noche. La señora no puede conciliar el sueño, y al menor rebullicio se altera y le entra la congoja. Tenemos á Ción en el cuarto próximo. La puerta abierta. Sólo con que yo la cerrara, ya tendría la señora para calentarse la cabeza toda la noche. Pues digo, si ¡llega á sospechar que usted ha venido...! Dios mío, impresión tan fuerte, en su estado delicadísimo, podría perjudicarla... No, no; vayamos con tiento... Ahora cuan-

do yo entre, si está despabilada, como es de creer, le diré: «Señora, noticias del perdido... A don Braulio le han dicho que le vieron en París la semana pasada.» Y mañana se le dirá que hay telegrama... En fin, yo me entiendo.

Con estas cosas se arreciaba el tumulto que Guerra sentía en su conciencia. Al propio tiempo, le mareaban los ojos de Leré, acerca de los cuales conviene dar una explicación.

III

Ante todo, la joven aquella, cuya edad no pasaría de veinte años, soltera y natural de Toledo, había entrado en la casa con el caracter de institutriz ó aya de la niña de Angel, y tales aptitudes y cualidades reveló al poco tiempo de estar allí, que sus funciones se fueron multiplicando, y doña Sales le tomó vivísimo afecto, concediéndole su confianza en unión de Basilisa, la criada veterana; pero como más inteligente que ésta, tenía Leré atribuciones de mayor importancia en el gobierno doméstico. En aquellos días oficiaba también de enfermera, sin olvidar sus demás quehaceres, ni el cuidado engorroso de la chiquilla. En la casa la querían todos, altos y bajos, y su autoridad no fué nunca molesta, por el tacto singularísimo que siempre tuvo para imponerla dulcemente y sin humillación de nadie. Su actividad era tal, que no se concebía hiciese tantas cosas y desempeñara funciones tan distintas con un solo cuerpo. Iba y venia de estancia en estancia, ligera, sin que se le sintieran los pasos, y la servidumbre inferior se acos-

tumbró pronto á no verse nunca libre de su incansable vigilancia.

Comprometido se vería el definidor de bellezas á quien mandaron poner á Leré en el grupo de las feas ó en el de las bonitas, porque era su cara de las más enigmáticas que pueden verse, ininteligible ó expresiva por todo extremo, según por donde se empezara á deletrearla. El blanco marmóreo de su tez contrastaba con lo negro de su pelo y de sus cejas, las cuales parecían dos tiritas de terciopelo pegadas en la piel. Mal figurada la nariz y no muy correcta la boca, blancos y desiguales los dientes, resultaba un conjunto dudoso, de esos que deben entregarse al personalismo estético y al capricho de los hombres. Además, sus ojos verdosos con radiaciones doradas hallábanse afectados de una movilidad constitutiva, de una oscilación en sentido horizontal, que la asemejaba á esos muñecos de reloj, que al compás del escape mueven las pupilas de derecha á izquierda. Cuentan que la causa de tal afección nerviosa fué que, hallándose su madre embarazada, tuvo un gran susto y la criatura salió con aquella vibración de los nervios ópticos, que científicamente se denomina *nistagmus rotatorio*. Como si esto no fuera bastante, contrajo, ya grandecita, el *tic* ó maña de pestañear incesantemente, más á prisa cuando redoblaba su actividad en cualquier asunto, ó cuando por diferentes motivos se excitaba; y de la oscilación horizontal de sus pupilas, junta con aquel abre y cierra de las pestañas largas y negras, resultaba un cruzamiento y enredijo tal de destellos y sombras, que, al hablar con ella, no se le podía mirar atentamente sin marearse. Á veces ocurría el fenóme-

no extrañísimo de que, por efecto de un contagio nervioso, el interlocutor de la muchacha, si era la conversación algo viva, á poco que se fijase en los ojos de ella empezaba á tartamudear. Hasta que no se iban acostumbrando al cabrilleo de los ojos de Leré, las personas que con ella vivían pasaban muy malos ratos. De cuerpo era bastante esbelta, de mediana talla, el seno más abultado de lo que á su edad correspondía, la cintura delgada y flexible, el andar más que ligero volador, las manos listas y duras de tanto trabajar.

—Sí, prepárala gradualmente—le dijo Guerra.—Hazlo tú como te parezca mejor, y Braulio ayudará. ¿Está muy incomodada conmigo? Yo reconozco que no faltan motivos; pero también habrá algo que me disculpe... Mira, Leré, hazme el favor de no pestañear tan vivo, que me mareas. Había ya perdido la costumbre de ver tus ojos, y créeme que es como si estuviese viendo el reflejo del sol en el agua movible.

Leré se echó á reir, y mirándole sin pestañear, abría mucho los ojos, cuyo movimiento oscilatorio no cesaba, porque era superior á su voluntad.

—¿Y no podrías—añadió Angel—corregirte ese bailoteo de los ojos? Francamente, temo mucho que se le pegue á mi Ción...

—No se le pegará... Esto lo tengo porque mi madre...

—Sí, sí, ya sé la historia... Hablemos de otra cosa. ¿Y dices que mamá no duerme esta noche?

—Si acaso, algunos ratos, muy breves. No puede acostarse, y la tenemos en el sillón, derecho el cuerpo entre almohadas. Ayer estuvo tan bien que nos dió

esperanzas; pero esta tarde ¡ay, qué tarde! Creíamos que se ahogaba.

—El médico—apuntó Braulio, considerando que debía decir á Guerra toda la verdad,—se muestra muy reservado, y teme mucho que las impresiones morales influyan de un modo funesto.

—Me oprimís el corazón con vuestro pesimismo—dijo Angel dominando su inquietud.—Mamá tuvo siempre una salud vigorosa. Si me dáis á entender que los disgustos que yo le doy han podido, para destruirla, más que su naturaleza para defenderla, no tendré consuelo, y si ocurre una desgracia... No, no me digáis que mamá se muere. No, no me digáis eso: sed indulgentes. Mi maldad no es maldad, es fanatismo, enfermedad del espíritu que ciega el entedimiento y dispara la voluntad. Mi madre y yo pensamos y hemos pensado siempre de distinta manera. No es culpa mía... Cierto, ya sé lo que me váis á decir, cierto que yo debí, ya que no subordinar mi pensamiento al suyo, por lo menos contemporizar, disimulando... Pero no supe, no pude hacerlo, ni puedo. Mi fanatismo ha sido más fuerte que yo, y dado el primer paso, los acontecimientos me han llevado más lejos de lo que creí... Nada, nada, confiésame tú, Braulio, y tú también, Leré, que mis faltas no son de las que deshonran. Llamadlas, si os parece bien, imprudencia temeraria, desvanecimiento, exaltación política, tontería si queréis, pero no me digáis que soy un hombre de quien se debe huir como de un apestado. Eso no, eso no.

Leré contestaba suspirando, y en cuanto oyó la exculpación del hijo pródigo, se fué del comedor, lla-

mada por sus quehaceres. Braulio, al quedarse solo con Angel, le dijo en voz confidencial: «Mira, hijo, lo que más disgustó á tu mamá fué... Quizás sea mentira; pero me consta que se lo dijeron. Aquí no lo hemos inventado... Pues alguien le dijo que fuiste tú de los que mataron á ese pobre coronel conde de...

—¡Yo!... ¿quién ha dicho eso? Bah, bah. *(Turbándose visiblemente.)* Pues aunque lo fuera, quiero decir, aunque, por una fatalidad de pura táctica, de pura posición polémica ¿me entiendes? quiero decir, suponiendo que el deber, un punto de honor... relativo me hubieran llevado á tomar parte en aquella escaramuza... ¿qué responsabilidad moral tendría yo? Porque hay que considerar estas desgracias como accidentes de una acción militar... Concedo que tratándose de guerra civil, de lucha política, el caso no es glorioso que digamos..., pero es guerra ¿sí ó no?, pues en toda guerra ocurren desastres y matanzas. No se pueden evitar... cae á veces lo mejorcito... no se repara... hay que matar para que no le maten á uno; hay que cerrar el paso á todo el que intente auxiliar al enemigo... Porque, fíjate bien, si dejamos que el enemigo se rehaga, estamos perdidos. Admitida la necesidad de la lucha, ó partiendo del hecho fatal de la lucha..., como tú quieras... tienes que concederme que las desgracias parciales son inevitables. De modo que... yo... ni sé quién cayó ni sé quién quedó en pie... Y francamente, Braulio...

No se mostraba éste muy atento á las excusas que con desordenado juicio daba el hijo de doña Sales, y con más ganas de dormir que de charlar, buscaba postura cómoda en dos sillas, abanicándose con *La Co-*

rrespondencia. Había pasado varias noches en claro, y su resistencia comenzaba á flaquear. Como el otro continuara defendiéndose, Braulio quiso llevar la cuestión á un terreno donde le fuera más fácil entrar en polémica.

—Has de saber que otro de los motivos del enojo de tu mamá es tu obstinación en vivir con esa chica de Babel, que es... lo que todos sabemos, y su familia un atajo de ladrones y tramposos. ¿Y esto no es deshonra, querido? y este escándalo ¿tiene alguna disculpa? ¿Te parece propio de una persona de tu posición y de tu nombre vivir de esa manera? ¡Y con qué apunte! Porque si al menos te hubieras echado una mujer de antecedentes regulares, nada más que regulares... Angel, Angel, lo primero que tienes que hacer cuando veas á tu mamá, y quiera Dios que puedas verla y hablarle, es manifestarte decidido á romper esas relaciones indignas... Mejor aún, anúnciale que ya las has roto, y esto será la mejor medicina para la pobre señora.

Tan agitado se puso Guerra, que no supo por dónde romper, y la ira y la compasión de sí mismo se disputaban su alma.

—Esa pobre Dulce...,—dijo al fin.—Nadie la comprende más que yo. ¿Y cómo convencer á los demás de que esto que parece error no lo es? ¡Fuerte cosa que no pueda uno vivir con sus propios sentimientos, sino con los prestados, con los que quiere imponernos esta imbécil burguesía, entrometida y expedientera, que todo lo quiere gobernar, el Estado y la familia, la colectividad y las personas, y con su tutela insoportable no nos deja ni respirar... No culpo á mi madre,

¡pobrecita! por su intransigencia en este asunto, como en el otro; culpo al antipático medio social en que ha vivido, y á la tiranía de la clase, á la cual no ha podido ella sustraerse.

Braulio, á quien hacía falta un tema de conversación que le sirviera de excitante contra el sueño, apoderóse gustoso de aquél, haciendo con los tópicos del sentido burgués, que fácilmente manejaba un sin fin de juegos dialécticos, á los que contraponía Guerra el aparato deslumbrador de sus ideas extremosas, cismáticas y anarquistas. Ambos contendieron sin que ninguno de los dos descubriese la falsedad de las ideas del contrario, por lo que la disputa fué un continuo saltar de lo mismo á lo mismo, ó una oscilación mareante de derecha á izquierda, como el espasmo de los ojos de Leré.

IV

A eso de las once corrieron voces por la casa de que la señora descansaba, con letargo que parecía más seguro que los de las noches anteriores, y todos se dispusieron á descansar también. Quiso Guerra ocupar su cuarto; pero Leré se lo quitó de la cabeza con esta observación: «El cuarto de usted está cerrado de orden de la señora. Yo tengo la llave y puedo abrirlo; pero estoy segura de que haremos un ruido infernal. La cerradura aquella suena como un tiro, y la señora se enterará, y la tendremos toda la noche cavilando y haciéndome preguntas.»

Convencido Angel por esta explicación, no quiso admitir de Braulio la cama que éste ocupaba en una

pieza próxima al comedor, ni consintió tampoco que le pusieran un catre de tijera en el cuarto de la plancha. Prefirió dormir en un sofá de los varios que en la casa había, mejor dicho, acostarse, pues dormir le sería difícil, por la fuerte excitación de su cerebro. Braulio metióse en su alcoba, que había escogido como lo más fresco de la casa; Leré y Basilisa se deslizaron como sombras hacia las habitaciones de doña Sales. En aquel momento entró D. León Pintado, que después de cuchichear en el pasillo preguntando por la señora, se coló en su abrigado gabinete, sin enterarse de la vuelta del pródigo. Cerróse la puerta principal; retiráronse los criados, y Angel se quedó solo, errante y sin lecho en su propia casa. Había dejado encendida la luz del comedor, y desde allí, para distraer el insomnio, hizo varias excursiones por todos los aposentos que estaban abiertos. Calzado con zapatillas que no chillaban, sus pasos eran como los de un ladrón. Conocía tan bien todas las vueltas de su casa y la disposición de los muebles, que andaba de aqui para allí en la penumbra sin tropezar en nada, y lo que sus ojos no podían ver, veíalo y apreciábalo con los del espíritu. Paseaba sus pensamientos de rebeldía y su alborotada conciencia por los mismos sitios en que había correteado de niño, cabalgando en un bastón; reconocía los lugares donde consumó alguna travesura, veinticinco años antes; el rincón donde su mamá le tomaba las lecciones ó le daba la azotaina; la estancia donde había pasado la convalecencia del sarampión; y con estas memorias acudían á su mente otras más próximas, dulces y amargas, referentes á la época de sus bodas, del naci-

miento de Ción, de la muerte de su esposa. La imagen de su madre se le había clavado en el cerebro como una idea fija, foco y raíz de innumerables ideas radiales, y la llevaba consigo en su ambulación nocturna, tan pronto atormentado como consolado por ella.

En una de aquellas excursiones fué á dar al salón de la casa, en el cual apenas veía por dónde andaba, á la escasísima claridad que del mechero del recibimiento venía por un montante; pero su memoria y su imaginación daban luz y cuerpo á todos los objetos. En aquella pared, el retrato de su madre, del tiempo en que se usaba el peinado de cocas, á esta otra parte el de su difunto papá, D. Pedro José Guerra, con una levita de esas que no se ven ya más que en los sainetes, prenda, además, que el respetable sujeto se puso muy pocas veces en su vida. Todo lo demás que en el salón había, íbalo viendo y reconociendo en la obscuridad, los floreros dentro de fanales, el reloj quieto y mudo, guardado también dentro de una redoma de vidrio, la sillería de damasco color de canario, los dos *confidentes* de caoba y rejilla, las cortinas y varios adornos de consola, Juana de Arco por un lado, las Parcas por otro. Pasó de allí, casi á tientas, al próximo gabinete, y reconoció con la memoria su propio retrato, pintado quince años antes, cuando sus compañeros de Instituto le llamaban Guerrita. «Estoy cargantísimo—decía,—con mi aire de niño aplicado, mis cuellos hasta las orejas y un librito en la mano.» Con grandísima cautela anduvo por allí, porque sólo un delgado tabique separaba aquel gabinete de la alcoba de doña Sales; se sentía el pene-

trante olor del éter, y á ratos las voces de Leré y Basilisa, que alentaban y consolaban á la enferma. La voz de ésta también llegó á los oídos de Angel, débil, oprimida, despedazada, como si en girones la sacara del pecho. Tan viva pena le produjo aquella voz, que se retiró de allí por no oirla, y vagando otra vez, fué á dar con su cuerpo en el cuarto de costura de doña Sales, donde la señora solía estar todo el día, aposento que más que ningún otro conservaba la impresión del ama de la casa y como su molde personal. Aquella era la sede de su autoridad doméstica, pues allí cosía, hacía media, repasaba la ropa, asistida de sus criadas, allí daba las órdenes á la cocinera, recibía á los chicos del tendero, pagaba las cuentas, y recibía en audiencia á su administrador. No era allí completa la obscuridad, pues por la ventana del corredor de cristales entraba la claridad de la luna llena. Angel reconoció el sillón de su madre, las enormes cestas de la ropa lavada, el pupitre en que la señora hacía sus apuntes, y en el cual tenía dos ó tres cestillos con plata menuda y cuartos, para el gasto ordinario. De aquellos cestucos sacaba las pesetas y medias pesetas que daba á su hijo los domingos por la tarde. Angel tenía la seguridad de que, buscando bien en los roperos de aquella habitación, se encontrarían restos de su juguetería de antaño, algún caballo sin patas, sus huchas rotas, el cinturón de hacer gimnasia, ó vestigios de la imprentilla de mano en que él y sus amigotes habían tirado los números de *La Antorcha Escolar*, periódico del tamaño de un pliego de papel de cartas, en verso libre y prosa más libre todavía.

Echóse en el sillón, que era blando, de gastados

muelles, pues la señora, hallándose muy cómoda en él, no quiso componerlo nunca, y allí la idea fija tomó tal fuerza en su espíritu y con tal vigor reprodujo su imaginación la persona de la madre ausente, que poco faltó para que sus ojos creyeran verla. Cabalmente, en tal sitio le había echado doña Sales grandes pelucas, de niño y de hombre. Tan bien conocía el genio de la buena señora, su manera de argumentar y los registros que usaba, que su fantasía se lanzó locamente á construir el tremendísimo responso que habría de echarle en cuanto tuviera salud y aliento, y aun antes, pues harto sabía él que la enérgica doña Sales, con sólo un hilo de voz moribunda, era capaz de abroncarle sin miramiento alguno. Como si la estuviera oyendo, sabía Guerra que su madre le hablaría de este modo:

«Yo creí que esta vez tendrías siquiera vergüenza. ¿Cómo te atreves á presentarte delante de mí? Yo no te he llamado; yo me había hecho á la idea de no verte más. ¿Qué buscas, qué esperas? Si sabes cómo piensa tu madre y cuánto abomina de ti, ¿qué quieres de ella? ¡Que te perdone! Perdonado otras veces, has vuelto á tus locuras con más ardor; has obrado villanamente conmigo, haciendo lo que sabes que me desagrada, dejando de hacer lo que sabes es de mi gusto. Yo te he criado con esmero, y he consagrado mi vida á tu felicidad; tú parece que vives para mortificarme y escarnecerme, porque tu conducta es mi sonrojo, y ni una sola vez me hablan de ti que no sea para avergonzarme. ¿Para qué he de hablarte del nombre de tu padre, si ni su nombre ni el mío significan nada para ti? Cuando tus locuras no consistían

más que en hacer el tonto, barbarizando entre otros tan majaderos como tú, podría tu madre ser indulgente contigo. Pero ahora que has pasado de las palabras á los hechos, y no así como se quiera, sino hechos criminales, perdonarte sería ponerme yo á tu nivel. No; no te arrimes á mí; acepta la responsabilidad de tus actos, y si la policía te coge, y te llevan atado codo con codo á cualquier presidio, no seré yo quien te compadezca. Olvidaré que eres mi hijo; no te reconozco como tal; los sentimientos de madre me los trago, los devoro y nadie verá en mi rostro señales de condescendencia ni debilidad. ¿Has oído? ¿Te has enterado bien?»

Esto lo diría doña Sales con su amenazador empaque, tiesa de cuerpo dentro de la férrea máquina del corsé, que daba á su busto la rigidez estatuaria, seca y altanera de lenguaje, inflexible en su orgullo y en la dignidad de su nombre. Pertenecía la tal señora á la renombrada familia de los Monegros de Toledo, en quien se cifraba, según ella, toda la honradez y respetabilidad del género humano. Sin pretensiones aristocráticas, doña Sales creía representar en su persona esa nobleza secundaria y modesta que ha sido el nervio de la sociedad desde la desamortización y la desvinculación. «Mis abuelos fueron humildes—decía,—mis padres se enriquecieron con el trabajo y los negocios lícitos. Somos personas bien nacidas, cristianas, decentes, y tenemos para vivir, sin haber quitado nada á nadie, sin tranpas ni enredos, sin que la maledicencia pueda poner tacha al buen nombre mío ni al de mi marido. No queremos suponer, ni echamos facha; no usamos escudos ni garabatos en

nuestras tarjetas; somos pueblo hidalgo y acomodado; pagamos religiosamente las contribuciones, y obedecemos á quien manda; nos preciamos de católicos apostólicos romanos, y vivimos en paz con Dios y con el César.» Esta profesión de fe salía de la autorizada boca de doña Sales siempre que se le presentaba ocasión de ello, recalcando en la hidalguía sin boato de los Monegros y los Guerras, en que jamás debieron un cuarto á nadie, ni tomaron nada que no fuera suyo, protestando de que en política permanecían siempre en los términos medios, y en los matices más incoloros de la gama. A su marido, el señor don Pedro José Guerra, le dominó siempre, amoldándole á su propia hechura, y gracias á esto, aquel buen señor fué toda su vida liberal tibio y pálido, persuadido de que lo decoroso para un hombre de bien es *no meterse en politiquerías;* sujeto tan medido en todo, que nunca prestó dinero sino á réditos módicos y racionales, y con sólida garantía, que jamás hizo cosa alguna que disonara en medio de la afirmación social; tan enemigo de la tiranía como de las revoluciones; religioso sin inquisición, liberal sin bullangas; amante del progreso material; pero sin entender ni jota de estas novedades ambulosas y enrevesadas, traídas acá por los estudiantes, los ateneístas y los que viven con ideas y gustos de extrangis.

V

Al exordio de su madre, Angel no contestaría nada. Sabia por larga experiencia que la contradicción la sacaba de sus casillas. Mejor era dejarla que se desfo-

gase, guardando las réplicas para cuando la elocuencia de ella principiase á desmayar. Después del estilo severo, la dama había de usar el sarcástico en esta forma: «Pero tú, ¿qué caso has de hacer de esta pobre mujer ignorante, que no ha ido á la Universidad, ni sabe leer esos libracos franceses? Claro; tú, destinado á reformar la sociedad, y á volverlo todo del revés, levantando lo que está caído y echando á rodar lo que está en pie, eres un grande hombre, un pozo de ciencia. No estoy á la altura de tu sabiduría. Verdad que hasta ahora no has hecho más que borricadas, vomitar mil blasfemias delante de otros tan tontos como tú, juntarte con lo más perdido de cada casa, y embaucar á los cabos y sargentos para que salgan por ahí como unos cafres y asesinen á sus jefes. ¡Vaya, que te estás cubriendo de gloria! Tenemos que ponernos vidrios ahumados para mirarte, porque el resplandor de tu aureola de gloria nos ciega, y de tu cerebro salen las llamaradas del genio, como de una fragua magnífica, en que se está forjando el porvenir de la humanidad. ¡Vaya, que me ha dado Dios un hijo, que no me lo merezco! Lo malo es que mientras la humanidad no se resuelva á dejarse arreglar por estos profetas de papel mascado, á mi hijo y á otros como él hay que mandarles á Leganés, ya que no hay encierro para los memos. ¡Lástima grande que esta sociedad tan tonta no os comprenda, y siga despreciándoos y teniéndoos por unos grandísimos imbéciles! ¡Ay, qué equivocación haberte dado crianza de caballero y haber puesto sobre tu cuerpo una levita! A estos grandes hombres hay que dejarles con su trajecillo corto y su baberito, para que estén más en carácter

cuando nos hablen de todas esas bienandanzas que nos van á traer... Lo que es en ésta os habéis lucido, y agradece á Dios que aquí no hay Gobiernos que sepan castigar. Si los hubiera, ya os arreglarían bien, y tendríais que guardar eso que llamáis dogmas y eso que llamáis el *credo*... ¡Valiente credo! para predicárselo á los salvajes del Africa.

«Otra cosa tengo que decirte. Por lo visto, te has decidido á ser revolucionario práctico, y á predicar con el ejemplo, porque todos esos ¡dogmas! que quieres meternos en la cabeza con ayuda de los militronches, no tienen maldito chiste sin la salsa del amor libre, y he aquí por qué el muy salado de mi niño vive amancebado con una princesa de la ilustre dinastía de los Babeles, cuya filiación puede verse en el Almanaque Gotha... ó *de la Gota*. Lo que nosotros llamamos escándalo, inmoralidad, pecado, estos redentores lo llaman *ley de humanidad* ¿no es eso? *anterior y superior á la ley escrita;* y aunque para los que vivimos en el mundo civilizado, de esto á volver á la edad salvaje no hay más que un paso, el sabihondo de mi hijo no lo ve así, y hace vida matrimonial con su tarasca, cuyos hermanos cuando no están presos los andan buscando. Claro, para regenerar la sociedad hay que empezar por lo de abajo, y buscar nuestra compañía en las barreduras sociales. Hay que enseñar el dogma, ¡vaya con el dogma! á la prostituta, al ladrón y al falsificador, y sacar de los presidios la sociedad que ha de ocupar los sitios donde hoy estamos las personas honradas. Eso, eso; suprime las leyes, así religiosas como sociales, destituye á Cristo crucificado, y al Papa, y al Rey, al Gobierno y á la Sociedad.

No seas tonto; puesto á ello, suprime también la vergüenza, que es otra de las antiguallas que estorban; y como vas á destronar las clases y los nombres y todo, empieza por abolir la ropa, introduciendo tú y tu querida la moda de salir á la calle con taparrabo.»

Al llegar á esta parte del discurso, ya Guerra no podría contenerse más tiempo en el silencio respetuoso, y diría: «Mamá, si tratas la cuestión de esa manera, y con tanta pasión y mala fe, no puedo contestarte. Me callo y te dejo con tus exageraciones, que, dándome con las mías, si lo son, y con mis errores pues reconozco que algunos hay en mí.»

Entonces doña Sales pasaría súbitamente al tercer período de su sermón, que era el de la cólera ciega y estrepitosa, sin admitir réplica; cólera acentuada con imponente mímica.

«Cállate, mal hombre; ya que no me consideres como madre, tenme el respeto que se debe á una señora. Estás envileciendo el nombre honrado de tu padre y el mío, y si aún tus actos no son mirados como vergonzosos, es porque las ridiculeces que hay en ellos dejan poco espacio á la vergüenza. No hables delante de mí; aquí vienes á oir y callar, y á someterte. Ya que no por mí, que soy vieja y me moriré pronto de los disgustos que me das, podrías enmendarte por tu hija, á quien transmitirás el nombre de un loco aventurero, de un estrafalario sin ley, sin honor, y sin formalidad. No consiento tus explicaciones, que son siempre las mismas, ni tus arrepentimientos, que son el principio de la reincidencia. No te nombran una sola vez nuestros amigos, los amigos de tu padre y de toda mi familia, que no sea para

sonrojarme. Me vas á matar... Pronto te quedarás solo y podrás campar por tus respetos, y harás cuanta tontería y cuanta barbaridad se te antoje. ¡Pobre Ción, pobre angelito, en tus manos...! Dime, ¿qué vas á hacer de esa pobre niña? ¿La vas á educar en las estupideces de tu escuela, sin Dios, sin ley, sin honor? Esto me vuelve loca... Te pegaría, estaría pegándote hasta que el palo se rompiera en mi mano; te pondría una mordaza; te encerraría en una prisión, hasta que te quedaras en los huesos, y abjuraras de tus disparates ridículos... No me quemes la sangre, no contradigas á tu madre, que se ha desvivido por educarte, por hacer de ti un hombre recto y juicioso como tu padre, y como todos los Guerras y Monegros del mundo... Si no te escucho; si no quiere saber tus razones estúpidas; si no cedo un ápice de mis convicciones; si eres un simple, y un loco, y un disoluto, y ante mí tu papel es callar y bajar la cabeza, y no hacer ni pensar sino lo que yo te mande que pienses y hagas... ¡Silencio!»

Con todo este poder imaginativo iba Guerra componiendo previamente la terrible filípica de su madre, calcada en las que infinitas veces había oído se sus labios. Tan seguro estaba de que doña Sales le hablaría conforme al patrón ó modelo de rúbrica, que lo hubiera escrito de antemano, por vía de prueba, seguro de que la realidad no habría de diferir de la ficción sino en palabra de más ó de menos. Pero al fin le venció el cansancio, y se quedó dormido con ese letargo tenebroso, abrumador y calenturiento, que parece el último período de una fuerte borrachera. Primeramente, soñó que andaba por los últimos pisos de

una casa en construcción, saltando de viga en viga, por entre las cuales se veían los pisos inferiores. Todo ello, á izquierda y derecha, era como inmensa jaula de maderos, algunos rodeados de sogas. Angel corría y saltaba, movido de un hondo afán inexplicable. De pronto le faltaba el piso, sus pies quedábanse en el aire, y caía, sin que la velocidad le impidiera razonar aquel viaje aéreo, contando los pisos que recorría, tercero, segundo, principal, bajo, y calculando rápidamente la manera de caer para no estrellarse. Pero esto no le salvaba, y con la violencia del choque las piernas se le embutían dentro del cuerpo, sentía los fémures penetrando al través del estómago y pulmones y saliendo por los hombros como charreteras...

Este sueño sin relación alguna con la vida real, solía tenerlo Guerra cuando su cerebro se excitaba por vivas impresiones deprimentes, caso muy común, pues cada persona tiene su manera especial de soñar, y su pesadilla que podríamos llamar constitutiva. Hay quien sueña que va por galería interminable, buscando una puerta que no encuentra nunca; hay quien se cae en un pozo, y quien corre desalado tras su propia sombra llevando los pies metidos en los bolsillos. Pero además de aquel sueño de la caída, Guerra solía tener otro, relacionado con una impresión real de su niñez, de la cual quedara profunda huella en su mente, como esas cicatrices que por toda la vida conservan en la piel la desgarradura del tejido.

Un día de Julio del 66, teniendo Angel doce ó trece años, se fué de paseo con otros chiquillos de su edad, compañeros de Instituto. Concluídos los exámenes, entretenían sus ocios en largas correrías por el Re-

tiro y Castellana, hablando pestes de los profesores, ó discurriendo alguna desábrida y fútil travesura, propia de la edad del pavo. ¿A dónde irían aquella mañana? ¿Qué había que ver aquella mañana? Pues nada menos que un espectáculo muy nuevo para ellos, el fusilamiento de los sargentos del 22 de Junio. Algunos sentían inexplicable terror; otros, entre ellos el intrépido Guerrita, votaron por la asistencia. Sí, era preciso ver aquello, que sabe Dios cuándo se volverían á ver. La ardiente curiosidad pueril pudo más que el instintivo recelo de las emociones demasiado fuertes. No había que vacilar, y allá fué la banda saltando de gozo. Averiguado que el acto se verificaría hacia la Plaza de Toros, pusiéronse en camino, y antes de llegar á la Cibeles supieron por el rumor público que los reos venían ya por la calle de Alcalá de dos en dos, en coches de alquiler, escoltados por parejas de la Guardia civil á caballo. Corriendo como exhalaciones, anticipáronse á la fúnebre procesión á fin de tomar sitio en el lugar del suplicio. La muchedumbre, no muy grande, que á la huzma del siniestro espectáculo acudía, fué detenida en la Cibeles por la Veterana; pero los chicuelos, burlando la orden de *atrás, atrás*, se escabulleron hacia arriba. Cerca del Retiro vieron pasar los coches... Guerra observó las caras de los sargentos... ¡Pobrecillos! Algunos llevaban ya la lividez de la muerte impresa en sus rostros atezados, los menos querían aparentar una serenidad que se les caía del semblante, como máscara mal sujeta.

Al parar los coches para que bajaran de ellos los reos, que eran veinte, atados codo con codo, la confusión era grandísima. Arremolinóse el gentío; la

tropa no pudo aislar á los reos sin repartir algunos culatazos; pero las mujeres, más intrépidas que los hombres, y los chiquillos, que se filtran por todas partes, pudieron acercarse por un momento á las víctimas. Guerrita vió á una mujer que, abriéndose paso á fuerza de empujones, ofrecía cigarros á los sargentos. Uno de éstos, que en el espantoso trance alardeaba de estoicismo, echóse á reir y despreció el ofrecimiento con palabras groseras: «¿Para qué... quiero yo cigarros ahora?» Colocóse también una aguadora, que intentaba vender vasos de agua fresca á las víctimas; pero hubo de salir á espetaperros. Angelito no se acobardó cuando la tropa empezó á despejar para formar el cuadro, y eso que su miedo era grande; le amargaba horrorosamente la boca; sentía dolorosa opresión en el pecho; pero la curiosidad pudo más que el instintivo terror, y se hubiera dejado pisotear por los caballos antes que renunciar á meter su hocico en la hecatombe.

Formóse el cuadro, y fuera de él la tropa seguía conteniendo á los curiosos; pero el gran Guerrita se coló, sin darse cuenta del procedimiento, por entre los caballos, por entre las piernas, por entre los fusiles. Sentíase más delgado que un papel, y tan difuso como el aire. Sin saber cómo, hallóse junto á un seco arbolillo en el cual pudo encaramarse, próximo á un montón de escombros, en el extremo superior del cuadro, junto á la tapia de la Plaza. Un hombre que parecía loco, logró escabullirse también en aquel sitio. Guerra le vió aparecer en el montón de escombros como si de entre las piedras y el cascote saliera. Ninguno de los dos se asombró de ver al otro. Imposible

apreciar ni sentir cosa alguna fuera del espectáculo terrible que se ofreció á los ojos de entrambos. El pavor mismo encendía la curiosidad del buen Guerrita, que olvidado del mundo entero ante semejante tragedia, miró el espacio aquel rectangular, miró á los sargentos, que eran colocados en fila por los ayudantes, como á un metro de la tapia... Unos de rodillas, otros en pie... El que quería mirar para adelante miraba, y el que tenía miedo volvía la cara hacia la pared... Un cura les dijo algo y se retiró... Inmediamente, las dos filas de tropa que habían de matar avanzaron... La primera fila se puso de rodillas, la segunda continuaba en pie. No se oía nada... Silencio de agonía. Nadie respiraba... ¡Fuego! y sentir el horroroso estrépito, y ver caer los cuerpos entre el humo y el polvo, fué todo uno. Caían, bien lo recordaba Guerra, en extrañas posturas y con un golpe sordo, como de fardos repletos, arrojados desde una gran altura. Todo fué obra de segundos, piernas por el aire, pantalones azules, cuerpos tendidos de largo á largo, otros en doblez, caras boca abajo, otras con la última vidriosa mirada fija en el alto cielo. Algún alarido estridente rasgó el silencio lúgubre, posterior á la descarga, y el humo se deshizo en girones pálidos... Olor á pólvora.

El desconocido que parecía demente salió otra vez de entre los escombros, los ojos desencajados, los cabellos literalmente derechos sobre el cráneo. Por primera y última vez en su vida observó Guerra que la frase del cabello erizado no es vana figura retórica. La cabeza de aquel hombre era como un escobillón, su rostro una máscara griega contraída por la mueca

del espanto... De su cuadrada boca salió, más que humana voz, un fiero rugido que decía: «¡Esto es una infamia, esto es una infamia...!» Angel se quedó sin movimiento, quiso huir del espectáculo terrible y del hombre aquel, y no pudo; se había quedado inerte, paralizado, frío. Aún vió algo más: algunos soldados se acercaron á rematar á los que aún vivían, disparándoles á quema ropa. Concluído el acto, avanzaron algunos señores, hermanos de la Paz y Caridad, y echaron sobre los cuerpos de las víctimas sábanas blancas. Más miedo le daba á Guerra el verlos así, que descubiertos. Echóse á llorar, quiso rugir también como el desconocido energúmeno, á quien no volvió á ver, por más que lo buscaba en el rimero de cascote con espantados ojos. Podría creerse que se habría escurrido entre las piedras.

No supo tampoco Guerra cómo se bajó del árbol, ni cómo se escabulló entre la tropa. En pocos segundos encontróse lejos del sitio en que vió lo que ya le pesaba haber visto... Recibiendo empujones fuertísimos por una parte y otra, avanzó buscando á sus camaradas; pero no les halló ni cerca ni lejos. Anduvo largo trecho sin dirección fija, arrastrando sus pies por el polvo, pues era tiempo de fuerte sequía... La impresión recibida era tan honda, que no se dió cuenta de los lugares por dónde iba ni de la gente que encontraba al paso. Dábase cuenta sólo de los toques de corneta que le rasgaban los oídos. Á lo mejor era empujado por una racha de gente que retrocedía ante los ginetes de la Guardia civil; poco después hallábase solo, frente á los yermos y solitarios campos del Este de Madrid. De repente empezó á sentir un

gran malestar físico, debilidad, opresión, náuseas, y fué acometido de vómitos violentísimos. Se sentía tan mal, que rompió á llorar, y pidió socorro... Por fin, andando á tropezones, y teniendo que sentarse de trecho en trecho para tomar aliento, pudo llegar al Prado, y de allí tardó lo menos una hora en ir á su casa, donde le recibió su madre con amor, no sin echarle una fuerte reprimenda, en cuanto se enteró de la función á que el diabólico muchacho asistido había.

Tres días estuvo en cama, y por las noches le atormentaba la opresora pesadilla, reproduciendo en toda su terrible verdad la trágica escena. Uno de los pormenores que con mayor viveza persistían en su mente, era el del hombre aquel desconocido, con cara de mascarón griego y cabellos como puas. En ninguna ocasión de su vida volvió á ver á semejante sujeto, por lo cual llegó á sospechar que carecía de existencia real, que era ficción de su mente, y forma objetiva que tomó su terror en aquel momento que jamás olvidaría, aunque mil años viviera.

VI

Como subsiste indeleble hasta la vejez la señal de la viruela en los que han padecido esta cruel enfermedad, así subsistió en la complexión psicológica de Angel Guerra la huella de aquel inmenso trastorno. Siempre que se destemplaba moralmente, confundiéndose en su naturaleza el acíbar de una pesadumbre con el amargor de la bilis, y se acostaba caviloso

y algo febril, despuntaba en su cerebro la terrible página histórica, alterada quizá conforme á ley del tiempo, pero sin que faltaran en ella ni el hombre del cabello erizado ni los infelices sargentos pataleando entre charcos de sangre. Y aquella noche, después de caído desde el piso más alto de la casa en construcción, y cuando otra vez lentamente subía ¡cosa extraña! con las piernas embutidas en el cuerpo, tuvo la siniestra visión... Su angustia y pavor eran los mismos que en los días de su niñez, cuando sobrecogido y temblando entre las sábanas, le atormentaba la reproducción de lo que había visto. El grado último, irresistible, de la opresión cardíaca determinaba el despertar. Lanzó un ay lastimero, y abrió los ojos, revolviéndose en el sillón. Al propio tiempo, alguien le tocaba al hombro. En aquella transición nebulosa de la falsa á la verdadera vida, vió al abrir los ojos, algo que le obligó á cerrarlos inmediatamente, un brillo tembloroso como de lentejuelas que se mueven al sol... Volvió á mirar, dudando si era ficticia ó real la impresión recibida, y...

—¡Ah! Leré... No creas, estaba despierto; sólo que...

—¿Quiere usted que le traiga chocolate?

—Ante todo, ¿cómo está mamá?—preguntó Angel restregándose los ojos.

—No ha pasado mala noche. Algunos ratitos de molestia. Ya sabe que anda usted por París, y que ha telegrafiado, y que va á venir á escape. Más tarde se le dirá que está en camino.

—Eso es, y que vengo por los aires... montado en una escoba.

—Lo que importa es evitarle un golpe, una sorpre-

sa peligrosa. De aquí al medio día, puede usted hacer el viaje de París á Madrid.

—Bueno, bueno; me someto á lo que queráis... Pero con la niña no necesitamos de esos estudios. Tráemela al momento.

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿Ya empieza el despotismo? *(Con gracejo y bondad.)* Dentro de un ratito la levantaré. Es muy temprano.

—Me la traes en seguida.

—Poco á poco. ¡Qué genio tan vivo! La niña es impresionable, como su papá, y además muy charlatana. Por mucho que se le predique, será difícil evitar que lleve á la abuelita el cuento de que su papá está aquí.

¿Pero qué farsa es esta? *(Sulfurándose.)* ¿También quieres impedirme que vea á mi hija? Leré, no me saques la cólera. Aquí mando yo, quiero decir, en lo que concierne á la niña, manda su padre. Obedéceme, ó te armo un escándalo.

—¡Ay, qué genio de hombre! Tenga usted calma. Yo lo arreglaré. Ante todo, ¿quiere café ó chocolate?

—¡Veneno... es lo que me das tú con tus prohibiciones estúpidas! *(paseándose por la habitación.)* Soy un extraño en mi propia casa, y me tratan como á un huésped importuno. Te digo que me traigas á Ción, ó voy por ella.

En esto entró Braulio, recien salido de las ociosas plumas, y quiso buscar una componenda.

«Vamos, Angel, hazte cargo de las circunstancias. Verás á la niña en cuanto haya estado un ratito con su abuela. Procuraremos entretenerla por acá, para que no nos estropee la comedia que hemos de repre-

sentar. Ven al comedor, donde ya tenemos á nuestro don León Pintado tomando su chocolate.

De muy mala gana pasó Angel al comedor, protestando de tanta disposición restrictiva, y de tanta traba y expedienteo, y allí tuvo el disgusto de ser abrazado por el canónigo toledano, quien, servilleta en pescuezo, se levantó para salir á su encuentro, diciéndole:

«Angelito de mis entretelas, ven acá. ¡Qué grata sorpresa, y qué medicina para tu madre! Eso del brazo no es nada ¿verdad? Siéntate, y... pecho al soconuzco. ¿Con que otra vez por aquí?... *Alleluia.* Has hecho bien, hombre, bien, bien, en venir á consolar á tu pobre madre y á reconciliarte con ella. *Alleluia.* Habrá indulgencia plenaria y olvido de lo pasado.

Aunque Pintado no le era simpático, agradeció Angel sus frases cariñosas y de concordia. Tenía el canónigo gran predicamento en la casa, y su actitud tolerante era señal de que las cosas irían por buen camino. Jamás, la verdad sea dicha, hicieron buenas migas el hijo y el confesor de doña Sales, pues aquel tenía de éste mediano concepto, juzgándole un vividor, amigo de arreglos y de no llevar nunca las cosas por la tremenda, más atento á su propio interés que al rigor de las ideas, y por esto le toleraba como un mal atenuado, que preservaba de mal mayor. Natural de Illescas, deudo y protegido de los Guerras y los Monegros, había sido capellán de las Micaelas en Madrid, y de esta posición obscura lleváronle las influencias de doña Sales y de sus amigos y parientes á la silla del coro metropolitano, en la cual vivía bien á sus anchas, pronto á plantarse en Madrid si su pro-

tectora manifestaba deseos de consultarle algo, ó en cuanto se empeoraba de sus males crónicos.

Era (como recordará quien conozca la historia de Fortunata) corpulento y gallardo, de buena edad, afable y conciliador, presumidillo en el vestir, de absoluta insignificancia intelectual y moral, buen templador de gaitas, amigo de estar bien con todo el mundo, mayormente con las personas de posición. Mejor tresillista que teólogo, sus admirables disposiciones para aquel juego, así como para el ajedrez, se habían desarrollado en la vida soñolienta y desocupada de la ciudad imperial. Por doña Sales tenía veneración, y habría dado cualquier cosa de precio, verbigracia, su mejor roquete, por reconciliarla definitivamente con el hijo, apretando en la cabeza de éste los tornillos que, según decía se le habían aflojado. Pero es el caso que las exhortaciones del capellán de la familia oíalas Angel como quien oye llover, y cuando se liaban en alguna controversia de política ó de moral, Pintado salía con las manos en la cabeza, aun cuando en muchas ocasiones la razón estaba de su parte. Pero, lo que pasa: así como á un combatiente no le vale de nada el arrojo si carece de brazos, á Pintado maldito de lo que le servía la razón, no teniendo razones.

Contestó Guerra con frases de pura fórmula á las afectuosas de D. León, y ambos esquivaron entrar en *el fondo del asunto*, como dicen los discutidores, pues los momentos no eran propicios para disputas graves. La llegada del médico concentró la atención de todos en la enfermedad de la señora. Augusto Miquis consideró que la vuelta del hijo pródigo podría influir li-

sonjeramente en el estado de doña Sales, siempre que se evitaran las emociones hondas y repentinas; y después de ver á la enferma, volvió al comedor, recomendando cariñosamente á Guerra que se presentase á su madre como dispuesto á variar de conducta, haciéndole en aquel trance delicado el sacrificio de todas las ideas que contrariaban á la pobre señora y afligían su espíritu.

«Bueno, bueno, bueno—decía Guerra media hora después, paseándose en el comedor, con las manos en los bolsillos.—Por sacrificios míos no quedará.

Y acordándose en aquel instante de la infeliz Dulce, lanzó al espacio un suspiro como un templo, en el cual envueltas iban estas ideas. «¡Pobrecilla!... borrada de mi mente desde que estoy aquí. No, no es justo que yo la olvide... ¡Qué iniquidad! ¡Maldita suerte mía! ¡Que me vea yo en este conflicto diabólico! ¡Que no pueda yo entrar en mi casa sin dejarme á la puerta ideas, sentimientos que no es fácil arrancar de mí! ¡Maldita suerte mía!»

Dijo esta última frase en alta voz y Braulio, que presente estaba, se alarmó. «Angel, ¿qué estás mascullando ahí?—le dijo.—¿No hemos convenido en que se acabó todo eso... todo eso que...?»

El buen administrador no pudo concluir la frase. Guerra, que fácilmente se enardecía, paróse ante él, diciéndole con desabrido tono: «Braulio, la vida no es fácil más que para los tontos. Bienaventurados los que tienen la cabeza vacía, porque de ellos es la felicidad. Si yo fuera una máquina, no me vería delante de estos problemas.

—¡Problemas!—exclamó Braulio con desdén, pues

no conocía más que los de la aritmética.—Pero ¿quién te mete á ti en... eso? Lo que dice D. León: hay que apretarte los tornillos de la cabeza... ¡Problemas! ¿de qué?

—De sentimiento, hijo, de razón, y de... Cuanto más discurro, más se me salen de su tuerca los tornillos estos. El que me los apretara, me haría un grandísimo favor, aunque me dejase más tonto que Pintado, que es cuanto hay que decir.

Disponíase Braulio á contestar, atacándole con las armas del sentido común, no tan al alcance de su mano como él creía, cuando oyeron ambos en el pasillo unas pataditas rápidas y sonoras. Guerra se lanzó á la puerta, y antes que Ción entrara, la cogió en brazos, dándola mil besos y estrechándola contra su corazón. Detrás venía Leré, el dedo en la boca, sonriendo y recomendando silencio y formalidad.

—Cuidadito, Ción con lo que te he dicho. No chilles ni alborotes. Tu papá te comprará el ajuarito de cocina, si eres buena.

En la exaltación de su cariño, Guerra, tan pronto besaba á la chiquilla, como á la muñeca que traía en sus brazos.

VII

Ción callaba, un tanto cohibida por las extremosas caricias de su padre, á quien no había visto en algún tiempo. Desproporcionada en su desarrollo intelectual, que aventajaba al del cuerpo, sus seis años, si parecían diez por la inteligencia, representaban cuatro por la estatura. Su precocidad manifestábase en

la inquietud ratonil, en el afán de apreciar por sí misma todas las cosas, tocándolas, revolviéndolas, examinándolas por dentro y por fuera, en el flujo de hacer preguntas por todo y para todo, ansia de saber, prurito de observación, reconocimiento del mundo en que se han abierto los ojos, y tanteo del terreno vital en sus diversas zonas morales y físicas. Era delgaducha, ojinegra, más graciosa que bonita; su cara diminuta, toda expresión, viveza, prontitud; su agilidad pasmosa, acortando lo más posible la distancia entre el deseo y el acto. Llenas de cardenales y arañazos estaban sus rodillas, las manos magulladas, resultado de aquel incesante rodar por el suelo, de aquel encaramarse en sillas y mesas, como si el instinto la impulsara ciegamente á baquetear su naturaleza, desgastando la sobrante energía vital.

Los niños olvidan pronto á los ausentes; pero también con prontitud reanudan sus familiaridades interrumpidas. Al cuarto de hora de hallarse sobre las rodillas de su papá, Ción le trataba como si no hubiera dejado de verle, y restablecía la antigua confianza y las libertades que con él solía tomarse. Ni un segundo se estaba quieta; si su padre no la sujetara, veinte veces se habría desprendido de su brazo para volver á trepar sobre él otras tantas, y no pudiendo moverse, se desahogaba con una granizada de preguntas y observaciones. «Papaíto, ¿por qué tienes el brazo colgando de ese pañuelo?... Papaíto, ¿por qué no has entrado á ver á la abuelita?... ¿Vás á comer hoy en casa? Come, sí, que Leré ha mandado traer pescadilla, que á ti te gusta tanto... Te enseñaré la sillería que me compró el marqués, verás... pero los cajones

de la cómoda no se abren, y las sillas están todas paticojas... Después voy á lavar este pañuelo. ¿No es verdad que tú quieres que lo lave? Dice Leré que me mojo, y qué sé yo qué... ¡Qué mentira tan grande! Yo no me mojo... Déjame, déjame, que voy á decirle á la abuelita que estás aquí. No lo sabe... Verás qué alegre se va á poner.

No había medio de sujetarla, y para entretenerla allí, Leré le trajo las muñecas, los mueblecitos y vajillas, ocupando casi toda la mesa del comedor. Su padre, que en todas ocasiones era complaciente con la niña, en aquella no ponía ninguna tasa á sus peticiones ni á sus caprichos. Leré trinaba contra Guerra al ver en manos de la chiquilla cuanto ésta deseaba. ¿Quería lavar? Pues le ponía delante una jofaina con agua. ¿Quería fregotear las sillitas hasta desteñirlas y echarlas á perder? Pues el padre se prestaba á la operación, ofreciendo también su ayuda para abrir en canal á una muñeca, y sacarle la estopa que formaba sus carnes. ¿A la niña se le antojaba armar un castillejo con las tazas y copas, no de juguete, que sobre la mesa estaban? Bien. ¿Que se rompían? Mejor. Y si Ción quería subirse sobre la mesa, él la ayudaba; y si quería arrastrarse por debajo de ella, también.

—Usted la pierde consintiéndole todo—dijo Leré reconviniendo con igual severidad al padre y á la hija.—Así, en cuanto usted llega, ya está otra vez la niña ingobernable.

Protestó Angel contra esto, y dejándose llevar de su carácter iracundo, la emprendió con Leré, diciéndole que no entendía palotada de educar niños; que

éstos necesitan moverse y ejercitar sus nacientes facultades; que el sistema de prohibiciones viene á ser como ligaduras que oprimen los músculos y detienen la circulación, y que el efecto de dichas ligaduras se ve en las anquilosis que se forman luego, así en lo físico como en lo moral. «Y en resumidas cuentas—añadía,—aquí mando yo, y quiero que Ción celebre mi vuelta recobrando su preciosa libertad, según los dictados de la Naturaleza. Yo pregunto: ¿qué importa que Ción rompa ese plato? Nada. ¿Qué importa que se haya mojado el delantal? Con ponerle otro, hemos concluído.

—Sí, y aquí estoy yo para pasarme todo el día quitándole y poniéndole delantales—dijo la maestra riendo.—Como si hubiera poco que hacer en casa.

—Nada, nada—dijo Guerra sin hacer caso de la exhortación muda que con su mirar severo le dirigía Braulio, suspendiendo la lectura de *El Imparcial*. Hoy, Ción, eres libre. ¿Qué quieres tú? Degollar la muñeca? Pues perezca esa bribona en castigo de sus culpas. ¿Qué más quieres? ¿Echarla de remojo para que se destiña toda, y luego secarla con la falda del trajecito? Muy bien, bien. Esa vajilla está muy usada. ¿Quieres majarla en el morterito hasta que sea polvo, y después echar agua y hacer un pisto y dárselo á comer al buey de cartón para que engorde? Muy bien pensado me parece. *Marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional.*

Incomodábase Leré, y para no ver el escandaloso espectáculo de la anarquía triunfante, emigraba del comedor. Braulio refunfuñó tímidamente una opinión contraria á tal sistema educativo, lo que enar-

deció más á Guerra, llevándole á extremar y generalizar sus argumentos.

—Desengáñate, tonto—decía mientras la niña, debajo de la mesa, arrancaba las patas de las sillitas para metérselas por los ojos al buey de cartón;—las prohibiciones, impidiendo el desarrollo, encanijan física y moralmente á los niños. Lo mismo pasa con las sociedades. Con tanta tutela y el *mírame y no me toques* del poder central, ¿qué resulta? Que los pueblos no se ejercitan, que no se educan, que se vuelven idiotas y lisiados, y desconocen sus propias energías.

Algo pasó aquella tarde que pudo extrañar á los que no estaban habituados á los rasgos de penetración de doña Sales; pero que á Pintado, al administrador y á Leré no les cogieron de nuevas. Sorprendida la señora de que Ción no pareciese por su cuarto, preguntó la causa de esta inexplicable ausencia. Diéronle varias versiones, que la astuta señora aparentaba creer. Al fin, para que no se calentara la cabeza, lleváronle á la niña, encargándole que no nombrase á su papá delante de la abuela, y empleando, para ganar su ánimo, promesas y caricias antes que amenazas. La chiquilla, que era más lista que la pimienta, hízose cargo de la situación, y al presentarse á doña Sales, cumplió fielmente la consigna. Pero al poco tiempo, como se dedicara con insano ardor á los mismos juegos inconvenientes de por la mañana, y doña Sales antes de reprenderla la llamase á sí, con la intención de amansarla con su cariño, la chiquilla se negó á obedecer diciendo con muy mal modo: «No quiero.» Entonces la señora, como quien recibe una

luz del cielo, se llevó las manos á la cabeza, y dijo con acento de profunda convicción:

—¿La niña se insubordina? Mi hijo está en casa.

El primer impulso de los allí presentes fué negarlo; pero sus contradictorias y vagas expresiones no convencían á doña Sales, quien repitió la frase, añadiendo: «A mí no me engañan. Anoche tuve como un presentimiento de que mi hijo estaba cerca. Le sentía sin oirle, y le adivinaba... no sé por qué. Luego, lo que me dijísteis de si había telegrafiado, si venía pronto, y qué sé yo... parecióme una farsa para prepararme. ¿Acierto?

—Pues bien, señora mía—dijo D. León Pintado con solemnidad, poniendo cara dulzona,—*alleluia*... Anoche llegó, por cierto arrepentidísimo de sus errores y dispuesto á corregirse.

—Pero tú, Leré, y tú, Braulio, os habéis pasado de precavidos. Bueno, os perdono esa diplomacia tan lenta y con tantos trámites, y me declaro en estado de perfecta preparación. Que entre ese loco, que ya me muero por verle y abrazarle.

VIII

Abrióse la puerta; pero quien entró por ella no fué *ese loco*, sino Basilisa, susurrando: «El Sr. de Miquis.» Éste apareció en seguida, y doña Sales le dijo riendo: «Estoy de enhorabuena, doctor. Ha parecido el prófugo. Esto me ha sentado mejor que los brebajes de usted, que saben á demonios, sobre todo, ese extracto de... no sé qué. Dígame: ¿vienen esos señores á la

consulta? ¿No sería mejor que antes viera yo á mi hijo?»

Miquis opinó que ante todo la consulta. «Los compañeros ya están ahí. Aguardan en la sala. No quiero que me la vean á usted bajo la influencia de una emoción fuerte.

—Si estoy serena, doctor; si me encuentro ahora muy bien.

—El estado general no es malo, mi querida doña Sales; pero se me ha puesto usted nerviosilla, y no será extraño que el corazón nos juegue una mala pasada. ¿A ver ese pulso? *(Tomándolo con profunda atención.)* Calma, calma, señora mía. Procure usted tranquilizar su ánimo. Al *Kronprinz* que aguarde en la puerta. Si quiere usted hacer extremos de sensibilidad con alguien; si siente usted arrebatos de amor, abráceme á mí, que estoy decidido á curarla para casarme luego con usted.

Doña Sales y todos los presentes se echaron á reir. Otro médico de mejor sombra que aquel Miquis, no lo había en Madrid. Consolaba á los enfermos con su carácter festivo y sus humoradas familiares; inspirábales confianza en el tratamiento, robusteciendo la moral, y encubriendo la aridez adusta de la ciencia con las flores más agradables del trato urbano. Por esto y por su saber y experiencia clínica tenía tanto partido. Doña Sales le apreciaba mucho, y cuando murió el Sr. Martínez de Castro, fué su heredero en la dirección médica de la casa el buen Miquis, discípulo y ayudante predilecto de aquel sabio eminente.

Era doña Sales señora muy mirada, muy atenta á las conveniencias sociales, cuidadosísima de su perso-

na, obedeciendo á cierta presunción decorosa, que más valiera llamar decencia. Aunque se estuviera muriendo, no se presentaba nunca al médico desgreñada y á medio arreglar. Según ella, si se viste á los cadáveres, también deben vestirse los enfermos. En esto era la señora la misma pulcritud, el decoro personificado, y aquella tarde de la consulta, considerando ésta como un acto de etiqueta en las relaciones del enfermo con la sociedad, se hizo peinar con exquisito esmero sus cabellos blancos, en *bandós;* se puso el corsé, prenda que no abandonaba sino cuando le era imposible soportarle, y la bata de las solemnidades, de raso, negra con listas blancas. Antes aguantaría sin chistar los mayores dolores y molestias, que presentarse en facha innoble delante de personas extrañas. El día que le dieron el Viático, se peinó y vistió de la misma manera, porque si rendía tributo á la idea religiosa, también acataba la sociedad y la ciencia, dando al César lo que del César es. Hallábase, pues, como he dicho, sentada en su sillón, muy tiesa, muy aseñorada, muy convencida de que lo enfermo no quita lo decoroso, y de que debemos padecer y morirnos con las formalidades correspondientes á la clase á que pertenecemos.

Había sido mujer de figura arrogante, que conservaba en sus años maduros, y de la cual hacía gala siempre, imponiéndose la disciplina del corsé, coquetería decente que merece respeto. Su cuerpo derecho y gallardo, su busto de formas abultadas por delante, su espalda sin curva, sus bien aplomados hombros y su carnoso cuello ofrecían, á los sesenta años largos, un buen ver que la señora cuidaba sin afeites, como

se cuida una buena casa de sillería, á la cual no hay que sostener con apeos ni revocos, y basta con que se vigile la trabazón arquitectónica. Mas si perfecta era la conservación de su cuerpo estatuario, no podía decirse lo mismo del rostro, en el cual el tiempo se había vengado de su impotencia para estragar el talle, pues de las facciones hermosas, aunque duras, de doña Sales, apenas quedaban vestigios. Cara de pocos amigos, ningunos tuviera si con la afabilidad de la palabra no conquistara en segunda instancia todos los que en la primera perdía. El pelo, con sus añadidos correspondientes, era todo blanco, y las cejas enteramente negras; la nariz de caballete, la piel pergaminosa, toda pautada de finísimas arrugas que modelaban las facciones; la boca armada de una magnífica dentadura postiza.

Nacida en Toledo, como su esposo, genuino *cigarralero*, en aquella provincia y su capital tenía fincas urbanas y rústicas, y parentela variada, quiere decir, rica y pobre. Rarísimas veces iba la señora á su pueblo, porque le desagradaba el moverse, y tenía aversión invencible al tren; pero conservaba relaciones constantes con personas de allá, principalmente con un señor de muchas campanillas, D. José Suárez de Monegro, primo suyo, á quien Angel solía llamar *Don Suero*. De él, así como de los parientes pobres, se hablará después.

Momentos antes de empezar la consulta, Miquis fué á la sala, donde Angel estaba, y llevándole á un rincón, le dijo: «Mala cabeza, fíjate bien en esto. Tu mamá está grave, no debo ocultártelo, y la gravedad de esta clase de lesiones no es independiente, en bue-

na doctrina fisiológica, del estado moral; de modo que éste puede influir en aquélla determinando cierto alivio, ó dándonos un disgusto cuando menos se piense. Mucho cuidado, Angelito. Si con tantas lecciones y fracasos, no estás decidido á corregirte para siempre de tus locuras, hazle entender á tu madre que lo estás. Dale este consuelo, bruto; ayúdame á combatir el mal.

—¿Puedes dudar que lo haré? Mala idea tienes de mi, Augusto!

—Y otra cosa. La primera entrevista, que sea natural, sin aquello de ¡madre mía, hijo mío! Nada de escenas de teatro. Yo me encargo de prepararos la anagnórisis, de modo que entres y la saludes como si la hubieras visto ayer. Siempre será difícil evitarle una emoción intensa; pero con tal que sea expansiva y ¡no nos vengan después fenómenos deprimentes, no importa. Cuidado, Angel, domina tu caráter, ponte un freno, y si es preciso un bozal; conviértete en el hombre más comedido, más burgués, más neutro y más anodino del mundo.

Guerra le contestó con un fuerte apretón de manos, y cuando Miquis y los dos médicos pasaron á ver á la enferma, quedóse en la sala, aguantando la visita de dos amigos íntimos de la casa, el marqués de Taramundi, inquilino del cuarto segundo, y D. Cristóbal Medina. Uno y otro son conocidos maestros, el primero como hermano del Amigo Manso, el segundo como esposo de María Juana, una de las tres casadas que dieron tanta guerra á nuestro amigo Bueno de Guzmán, y ambos eran tipos acabados de la ciudadanía correcta y sensata, del estado llano con pre-

tensiones directivas, hombres de menguada inteligencia y de instintos acomodaticios y vividores. Si Guerra les profesaba cordial antipatía, ellos miraban con el mayor desprecio al desgraciado hijo de doña Sales. En las conversaciones que solían entablar, Angel les *tomaba el pelo*, como vulgarmente se dice, ridiculizando las expresiones enfáticas de Taramundi, y los pedestres alardes de sentido común del bueno de Medina, con lo cual doña Sales se volaba, llevando muy á mal que su hijo bromease con personas para ella tan respetables y tan bien ajustadas al canon social. Taramundi, que andaba por aquellos años de puntas con el Gobierno, porque éste no había querido *traerle* diputado, no hacía más que lamentarse de lo mal que iban las cosas públicas, presagiando desdichas, y viendo en cualquier suceso una catástrofe nacional. Fáciles de contar eran sus pensamientos por lo escasos, su lenguaje pobrísimo y reducido á una escasa baraja de palabras, su tono hueco y retumbante como el de una zambomba. Usaba con abrumadora frecuencia de ciertas expresiones y figuras, y rara vez dejaba de decir: «¿Cuál es la meta á que todos nos proponemos llegar? Pues la meta no es otra que la nivelación de los presupuestos». Ó bien: «Yo entiendo que hay una meta en la cual el carro del progreso debe detenerse». Y con esto de la meta tenia tan mareados á todos los de la tertulia, que Angel no hablaba nunca con él sin sacar á relucir también, por chanza, su poquito de meta.

Medina hablaba un lenguaje ramplón, alardeando de campechana claridad y de sentido proverbial y refranesco. Creía que con dos palabras resolvía todas las

cuestiones y cortaba las más empeñadas disputas. Se jactaba de expresar la opinión neutra, y malquisto con todos los políticos, no argumentaba más que con los apuros del contribuyente. Limitadísimo en su dialéctica, no había quien le sacara de aquel terreno, y hasta para la cuestión más sencilla y más apartada de las cargas públicas, había de sacar mi hombre el espantajo del afligido contribuyente. Una noche, en trinca de hombres solos, se enfureció tanto Angel por la terquedad marrullera con que Medina defendía una tesis absurda, que no se pudo contener y le soltó esta barbaridad: «Sepa usted que me revientan las economías, y que me chiflo en el contribuyente».

IX

Ambos le saludaron y celebraron su vuelta, sin aludir explícitamente á los tristes sucesos del 19 de Septiembre, y, cada cual en su tonadilla, endilgaron una exhortación al revolucionario. No sé cómo se las compusieron, que en la de Taramundi salió la infalible meta, y en la de Medina el nefando peso de las contribuciones. Angel no quería chocar, y se resignó á oirles en calma.

Los dos doctores, que con Miquis constituían la facultad consultiva, pasaron á ver á la enferma. Gran contrariedad para ésta tener que despojarse de su corsé y someterse á las auscultaciones, palpaciones y al examen impertinente de la ciencia, amén de las enfadosas preguntas, algunas de tal calidad, que doña Sales tenía que afinar su delicadeza y discreción para

contestarlas. Durante mediano rato fué su busto guitarra ó pandereta de aquellos señores, que la tocaban por aquí y por allí, aplicando el oído, y observando cómo entraba y salía del corazón la sangre, y los ruídos que hacía por aquellos caños y tubos internos. Satisfecha la curiosidad científica, los sabios pasaron á deliberar al gabinete próximo, y Miquis reclamó la presencia de Angel, pues la consulta, en buena ley, debía verificarse delante de una persona de la familia. La discusión no fué en verdad muy larga. El más viejo de los tres, el Sr. Carnicero, glorioso veterano de San Carlos, sostenía que la insuficiencia aórtica, perfectamente apreciable á la auscultación y al tacto, era esencial, mientras que el otro, Moreno Rubio, teníala por fenómeno sintomático, y calificó el mal esencial de endocarditis, originada por accesos reumáticos sucesivos, que habían ido lesionando paulatinamente el tejido del corazón y disminuyendo su energía. Señal de la endocarditis era la palidez del rostro de la enferma, sin perjuicio de su robustez, la hinchazón de las piernas, y los dolores pungitivos en la región precordial. Por virtud de la misma insuficiencia aórtica dilatábanse los ventrículos, produciendo la compensación. Pero había el gravísimo peligro de que se rompieran las sinergias. Moreno Rubio, algo aficionado á emplear figuras en sus deliberaciones, completó su pensamiento en esta forma: «Si nos faltan las sinergias, mi querido Sr. Carnicero, si esas activas mediadoras entre el sistema nervioso y la función cardíaca nos presentan la dimisión, un breve síncope puede traernos un desenlace muy funesto».

Oyó el anciano con expresión de incredulidad benévola el dictamen de su compañero, que había sido discípulo, y le faltó tiempo para calificar la enfermedad de asma esencial, explicando, en apoyo de su opinión, el proceso de la esencialidad, que Moreno Rubio y Miquis habían oído mil veces de boca del maestro, así en la cátedra como en las consultas, y casi casi lo podían repetir de memoria sin equivocarse ni en una sílaba. Firme en su doctrina, propuso el Galeno del antiguo régimen las emisiones sanguíneas y los derivativos. Moreno Rubio se manifestó contrario en absoluto á las sangrías, ventosas y sanguijuelas, y recomendó la *convallaria*, los tónicos, la digitalina y el uso constante de los bromuros, indicando para los accesos de disnea inhalaciones de oxígeno.

En cuanto á Miquis, más avanzado aún que su compañero, si aceptaba el diagnóstico de éste, no estaba de acuerdo con él en el tratamiento, y era partidario de la menor cantidad posible de medicación farmacéutica. De Carnicero aceptó los purgantes, de Moreno la cafeína; pero rechazó la digitalina, prefiriendo la preparación de la digital á estilo casero, cociéndola y administrándola en infusión. En cuanto á las sangrías, no había que pensar en semejante cosa.

Luminoso fué el debate, y muy bonito para cualquier academia, aunque para la salud de doña Sales resultaba de una esterilidad manifiesta, pues ya fuese el mal como lo describía el uno, ya como el otro lo pintaba, el peligro era indudable, y así lo reconocían ambos desde sus respectivas posiciones científi-

cas, acordes también en el desastroso efecto que había de producir en la enferma toda impresión moral demasiado fuerte. La paz del ánimo era el auxiliar más positivo de la acción terapéutica, mucho reposo, y ninguna contrariedad. Hermanando con arte supremo la psicología y la medicina, Miquis les explicó el carácter entero y tozudo de doña Sales, su propensión á la inflexibilidad y á las resoluciones inquebrantables. No había más remedio que evitarle la contradicción, y procurar en todo caso que su rígida voluntad no tuviera que romperse ni doblarse. Esto se lo dijo á sus compañeros para que lo entendiera Angel, que escuchaba todo con atención profunda.

Terminada la consulta, volvieron los tres al lado de doña Sales (ya nuevamente aprisionada dentro de su corsé y en postura de besamanos), para despedirse de ella y darle consuelos y esperanzas, asegurándole con la hipocresía más caritativa que se hallaba muy bien. Contestóles la paciente con gratitud, y también les endilgó su poquito de farsa hipócrita, diciéndoles que se notaba mejoradísima, y que la consulta le infundía una confianza y una seguridad á prueba de disneas y síncopes. Siguieron unos toquecitos de broma por parte de Miquis, y se disolvió la junta, siendo Carnicero el primero en desfilar. Partió después Moreno Rubio, á quien el marqués de Taramundi ofreció su coche, y en la sala quedaron Augusto, Angel y D. Cristóbal Medina, que pretendía pasar á saludar á la enferma. Hízolo con permiso del médico, y en tanto Miquis y Angel hablaron brevemente.

—Ya lo has oído, querido Angel. Tu madre puede vivir ¿quién lo duda? si conseguimos restablecer la

regularidad circulatoria, ayudados del reposo moral. ¡Lo moral, el espíritu!... Maldita llave. Como se destemple, cuenta que se te desafinarán todas las notas de la gaita. No sería yo médico si no fuera un poquillo psicólogo, y no veo salvación para tu madre si no conseguimos equilibrar su temperamento. Considera que tus lamentables desacuerdos con ella, de diez años acá, han contribuído no poco á las averías de su trastornada mecánica vascular. No echo sobre ti toda la culpa; la reparto por igual entre los dos. Si tú eres terco y absoluto, absoluta es ella y de una pieza. Pero tú no estás enfermo y ella sí. Á ti te corresponde ceder, transigir, quitar de en medio todas esas diferencias de apreciación y de conducta, aparecer... digo *aparecer* porque no me atrevo á mayores pretensiones, aparecer en completa concordancia con ella, dispuesto á someterte á su voluntad y á vaciarte en el molde de sus opiniones.

Impresionado por la consulta, y por la situación de su madre, cuya gravedad entendió tan bien como los médicos, Guerra no decía nada, mostrando su conformidad con enérgicos movimientos afirmativos de cabeza, resuelto á poner en ejecución lo que su amigo le recomendaba, por creerlo no sólo conveniente, sino justo y profundamente humanitario.

Pasó después Augusto al cuarto de doña Sales, á quien halló en gran parla con Medina, muy animada y risueña. Leré le preparaba la mesita para comer, ayudada por Ción, la cual mostraba en este trajín doméstico una oficiosidad graciosa y una diligencia que solía concluir con romper algún plato. Lo primero que hizo Miquis fué alejar á Medina, diciendo

que la conversación, aun con persona tan juiciosa, perjudicaba á la enferma; despidióse el otro; sirvió Leré la comida, y mientras doña Sales despachaba con mediano apetito una sopa tapioca y un alón de pollo, con medio vaso de vino en agua de seltz, el médico psicólogo la preparó para el paso crítico de la entrevista, empezando por asegurar que Angel no parecía el mismo, tal mudanza habían hecho en él los desengaños. Convenía, pues, en provecho de todos, que el delincuente arrepentido fuese tratado con consideración, no abroncándole con el recuerdo de sus botaratadas. Si se comprometía doña Sales á pasar una esponja sobre todo lo pasado, Augusto salía garante de la sumisión incondicional del hijo.

La enferma creyó, ó afectaba creer lo que su médico le decía, y á todo se avino, luciendo aquel formulismo social que tan magistralmente manejaba. Miquis empleó su viva imaginación y su fácil palabra en un ingenioso trabajo sugestivo para incrustar, digámoslo así, en la mente de doña Sales la idea de que no debía permitirse la emoción más leve ante su hijo, recibiéndole como si le hubiera visto aquella misma mañana y todos los días. En suma, pretendía crear en la enferma un estado psíquico normal, y con tal arte presentó la cuestión, que la señora, echándose á reir, se dió por bien sugestionada y le dijo: «Sí, si estoy convencida de que Angel no ha faltado de casa un solo día... Basta de brujerías, doctorcito. No necesito que me manipule usted más. Quedamos en que no ha pasado nada extraordinario, en que le recibiré como si le hubiera visto hace una hora y viniese de una corta diligencia en la calle, por ejem-

plo, de preguntarle á usted si tomo la digital dos veces ó cuatro durante la noche. Y para concluir, si ese tonto está oyéndonos detrás de la puerta, que entre de una vez. No, si no me altero, si estoy tranquila... Entra, bobo, y basta ya de comedia.»

X

Entró, y á pesar de todas las preparaciones, tanto él como doña Sales experimentaron al verse frente á frente, una emoción que no por bien reprimida dejaba de traslucirse. Angel, sombrío y balbuciente, dijo á su madre: «Mamá, estoy aquí... deseando agradarte... y si eres indulgente... como creo...

—¿Qué es eso de indulgencias?—rectificó Miquis prontamente.—Tú entras diciendo que yo ordeno y mando que tome la digital cuatro veces por la noche.

En el rostro de doña Sales fluctuaba una sonrisa, tan pronto iniciada como desvanecida y vuelta á iniciar sobre sus labios incoloros. Hizo sentar al reo en la butaca próxima, y con aparente tranquilidad le dijo: «He estado bastante malita... es decir, muy mal, lo que se llama muy mal, no, ya me siento bien.»

Acerca del brazo enfermo de Angel, no pronunció una palabra. Observaba callando. El hijo en tanto no sabía qué decir, y su situación era la de un menor de edad que vuelve de cumplir condena en el colegio por desaplicación ó travesura grave. Habló del tiempo y de las enfermedades que asolaban á la familia de su amigo D. Cristóbal Medina. «María Juana—dijo,—no levanta cabeza hace tres meses, y su tío

don Serafín tiene paralizado todo el lado izquierdo.» Después expresó risueñas esperanzas respecto á su propia curación, alentada por Miquis, que le aseguraba podría andar por toda la casa la semana próxima, metiendo en cintura á todos sus sirvientes. El médico se retiró intranquilo, con el recelo de que, cuando él no estuviera delante, no irían las cosas tan á la buena de Dios. Confiaba en la prudencia de Guerra, quien, como culpable, carecería de vigor ofensivo y defensivo; pero temía que la iracunda doña Sales no pudiera contenerse y se disparara. Al despedirse de Angel en la puerta, le recomendó que en caso de altercado evitara toda réplica descompuesta, y añadió que si algo ocurría, se le avisase sin pérdida de tiempo. Vivía muy cerca de allí.

Mandó á Leré su ama que abriese el cuarto de Angel. Ya la muchacha se había anticipado á esta orden, y el señorito tenía su habitación dispuesta para dormir. Pero él declaró que se quedaría en vela, acompañando y cuidando á su madre, pues Leré y Basilisa debían de estar rendidas. «Más lo estarás tú, hijo—le dijo la enferma,—que acabas de llegar, y anoche no dormiste en cama.» Como él insistiera, doña Sales no quiso llevarle la contraria. Después de acostar á la chiquilla, Leré preparó á la señora para el descanso nocturno, quitándole el corsé, colocando las almohadas bien mullidas en la *silla larga* donde dormía, pues no se acostaba en cama desde que se le agravó la enfermedad, liando en su cabeza un pañuelo de seda, envolviéndole los pies en bayetas. Explicó al señorito los medicamentos que se habían de administrar, añadiendo que á la menor duda la

llamase, pues ella tenía el sueño muy ligero y acudiría con prontitud. Puesta en el lavabo la lamparilla enfermera, con pantalla, retiróse Leré, y se acostó vestida en su cama por orden de la señora. El sosiego y la calma reinababa en la alcoba y tcdo hacía creer que la enferma pasaría bien la noche.

Al quedarse solos, la madre y el hijo se contemplaron sin hablarse. «Si me dice algo fuerte—pensaba Angel,—ó me callaré como un muerto, ó le diré á todo que sí». Doña Sales no tenía sueño, pero respiraba con facilidad, síntoma favorable. El sueño vendría. Lo malo era que habiéndose acostumbrado á no ver al hijo durante su enfermedad, el tenerle allí la impresionaba, motivando una fuerte congestión de pensamientos en el cerebro. Del mismo modo, para Guerra era una gran novedad hallarse frente á su madre, después de ausencia tan larga, y de tantas aventuras y lances peligrosos. Tampoco él tenía ni pizca de sueño, á pesar de la mala noche anterior. Miraba á su madre y le parecía mentira que estuviese callada, que no soltase contra él todo el fuego de su carácter despótico. Pasó algún tiempo en semejante situación, ella mirándole, él viéndose mirado y sintiéndose como delante de un juez. Llegó á pensar que más valía un corto y vivo diálogo de explicaciones que aquel silencio sordo, precursor de tempestades. Doña Sales lo rompió al fin, diciendo á su hijo en tono muy pacífico: «Mañana es menester que visites de mi parte á la familia de Medina, y te enteres de cómo están en aquella casa. Es una gente á la cual debemos mil atenciones».

Angel replicó que lo haría con mucho gusto, y á

sus palabras siguió otra pausa larguísima. Pero si doña Sales no hablaba á su hijo más que con los ojos, el volcán le hervía por dentro. Con la voz interior, doña Sales echaba de este modo los tiempos á su hijo:

«¡Y quieres hacerme creer en tu arrepentimiento, grandísimo farsante, hipócrita, insensato! Tu sumisión es una comedia inventada por el bueno de Miquis, deseoso de evitarme disgustos y con los disgustos la agravación de mi enfermedad, comedia á que te prestas tú, porque en medio de tus extravíos quieres algo á tu madre y no deseas su muerte... ¿Pero cómo he de creer en tu arrepentimiento, si tus ideas están remachadas, si tu carácter es puro bronce? Finges someterte para que yo no empeore. ¡Ay! si este corazón mío no estuviera descompuesto, cómo te arrancaría yo esa máscara infame! Pero más vale que me contenga. No quiero morirme, no quiero, pues la idea de que esta casa, de que esta pobre niña van á quedar en tus manos, sin traba alguna, me horripila, me quita la conformidad con la voluntad del Señor, y me hace morir sin paz, tal vez en pecado mortal... Me contendré y fingiré creer en tu arrepentimiento».

Al llegar á esto, doña Sales se agitó un poco, manifestando alguna ansiedad en la respiración. Acercóse alarmado Guerra; pero la señora le dijo: «No es nada... Éter, un poco de éter...» La enferma pareció tranquilizarse, y firme en su papel, volvió á decir que se sentía mejor. «No es preciso que veles. Estarás rendidísimo. Échate en el sofá, y descabeza un sueño».

Angel no quiso obedecerla en esto, y se sentó frente á ella, vigilándola con profundo interés. Sin mirar

le, doña Sales continuó con la voz interior su catilinaria en esta forma:

«Cuando un hombre olvida su posición social, el respeto que debe al nombre honrado de sus padres, como lo has olvidado tú, no tiene derecho á ser admitido en la compañía de las personas regulares. Yo me avergüenzo de ti y de tu conducta, y cuando me cuentan tus hazañas, se me oprime el corazón y se me paraliza la sangre. Aquí tienes la causa de mi enfermedad. Nos esforzamos en no dar á conocer nuestra pena, y por dentro se desarregla toda la máquina... Yo le doy esto al más pintado, á ver si lo resiste. Una persona como yo, que en su familia no ha visto nunca más que ejemplos de honradez, de cristiandad y de moderación, ¿ha de sufrir con calma que su hijo, su unigénito, se pase la vida entre la gente más desalmada, tramando conspiraciones soldadescas, pretendiendo invertir la sociedad para traernos aquí la anarquía, y eso que Taramundi llama el *cuarto estado*, que yo entiendo es el populacho ignorante, vengativo y puerco? ¿Háse visto delirio semejante?... Pero ¡ay, hijo mío, que si todo esto es mucho, tu hazaña última da á todas quince y raya! Todo lo sé, todo lo sé, que aquí tengo á mis amigos que me informan punto por punto... Y por fin no han fusilado á ese Campón, lo que prueba, como dice Taramundi, que aquí no hay Gobierno, y estamos á merced de los pillos... Pues no contento con mangonear en todo ese infernal desbordamiento revolucionario, se sospecha que anduviste con los que asesinaron vilmente á los dignísimos oficiales que iban á cumplir con su deber... Esto, esto me ha llegado al alma... Esto, esto me

abrió en el corazón la brecha por donde se sale toda la sangre á borbotones para correr y agolparse donde no debe... Esto, esto me ha formado aquí, en medio del pecho, el nudo horrible que ataja la sangre y me corta la respiración. Podría yo haberme resignado á la vergüenza de tu radicalismo bárbaro, de tus conjuraciones dementes, y á que te divorciaras de tu familia y de mis amigos de toda la vida; pero esto de unirte á los asesinos, esto de matar á hombres de honor, esto, Angel, es tan grave que... que... ¡Ay, Dios mío, paréceme que me entra la disnea!... No, me contendré... Alejaré del pensamiento las ideas tristes, y procuraré ahogar la cólera... Dios mío, ¿cómo quieres que viva así? No es posible. Rezaré un poco, á ver si pasa. ¡Virgen Santísima, que no me ahogue tan pronto!... Ya, ya pasa. No ha sido más que un amago... Respiro bien.»

XI

Entre tanto Guerra, sin sueño alguno, inquieto al ver que su madre no dormía, y no atreviéndose á entablar con ella un diálogo festivo para entretenerla, pues temía que á lo mejor las expresiones cariñosas se agriasen en los labios del uno ó del otro, dejaba correr sus miradas por el techo de la habitación, y sus pensamientos por toda aquella última etapa de su vida, tan llena de extraños accidentes. La imagen y el recuerdo de Dulce le perseguían. Consideraba lo que padecería la infeliz, sola y sin recursos, ignorando las causas de la ausencia de él. «Anoche salí con propósito de volver pronto—pensaba,—y esta es la

hora. ¡Pobre Dulce! No dormirá en toda la noche... Se le ocurrirán mil desatinos... que me ha cogido la policía... qué sé yo... ¡Cuanto más considera uno la farsa de este convencionalismo en que vivimos, más ridícula nos parece! Yo pregunto ¿qué razón humana ni divina, bien entendido lo divino y lo humano, se opone á que yo traiga conmigo á Dulce cuando vengo á esta casa, á que nos quedemos aquí los dos, viviendo con mi hija y mi madre...? Pero ya oigo la respuesta. Ninguna razón divina ni humana se opone; lo que se opone es el comedión social, y el carácter y las ideas de mi madre... ¡Dulce en esta casa! Parece que sólo de pensarlo revienta un volcán, ó se abren las cataratas del cielo y se nos viene encima otro Diluvio Universal. Nada, nada, para que yo sea persona decente, digna de alternar con los Medinas, Bringas y Taramundis, es preciso que abomine de aquella infeliz mujer que no sabe vivir ni respirar sino por mí y para mí. ¡Pretensión ridícula que yo la abandone! Mi mayor gozo sería traerla aquí, y decirle: «De todo esto que ves, de toda la comodidad y amplitud de esta casa, participas tú, y del cariño de mi hija, y del afecto de mi madre. Viviremos los cuatro tan contentos.» ¡Qué sueño, qué delirio!... No puede ser. Hay que romper con ésto ó con aquéllo. . Tengo por seguro que si Dulce viviera aquí, sería para mi hija una verdadera madre, y si mi madre se amansara y fuera otra, Dulce sería para ella una hija cariñosa. La pobrecilla está formada de esa substancia moral, blanda y fina, que se amolda á todo lo que la rodea, y se adapta mejor cuando lo que la rodea es bueno. Pues si mi madre estuviera bien de salud

y me hablara de esto... ¡Oh, qué cosas le diría yo! ¡Cómo razonaría mi conducta, cómo le explicaría por qué quiero á esa mujer, y por qué olvido sus culpas y su pasado negro, obra de su propia mansedumbre y de la miseria! Yo me río á carcajadas de los escrúpulos sociales, y del fariseismo de todo ese vulgo tiránico y egoista que quiere gobernarnos...»

Doña Sales había cerrado los ojos. Por efecto de la prolongada quietud física, Angel sintió también algo de pesadez en sus párpados. Pero repentinamente se despabiló, cual si hubiera oído la voz de la enferma que le increpaba. La miró, cerciorándose, por su aspecto, de que reposaba tranquila, al menos en apariencia. Volvió á cerrar los ojos, y entonces la voz interna vibró dentro de él, hilando conceptos iracundos, que no eran divagaciones, como los de antes, sino más bien réplicas á algo que doña Sales no le había dicho, pero que muy bien le habría podido decir. Oigase la réplica:

«Parece mentira, mamá, que sostengas cosa tan contraria á la verdad de los hechos. ¡Que yo me debo á mí propio mis desgracias!... ¡que todo el mal que sufro es obra mía!... ¡que tú te has desvivido por rodearme de bienes, y yo he tirado esos bienes por la ventana! Pero, mamá, vamos á cuentas, y examinemos un poco lo pasado. ¿Quién es responsable del mayor mal de mi vida, de mi matrimonio, sino tú? En aquel tiempo, yo sentía en mí los instintos cismáticos; pero aún conservaba la forma ortodoxa, la obediencia. Yo te quería y te respetaba sobre todas las cosas, y tu voluntad era sagrada para mí. Influída por esos amigos de la familia, que tú admiras y ve-

neras tanto como yo les detesto, te empeñaste en que me había de casar con Pepita Pez. «Pero, mamá, si Pepita Pez no me gusta, si no congeniamos... Es más, me figuro que yo no le gusto á ella. Soy muy rudo, ella muy fina, superficial, educada en el formalismo madrileño, en el culto de las apariencias, trasunto fiel de la tontería remilgada de su papá y de todos los Peces...» Recuerda cómo te volabas cuando yo te decía esto, recuerda también los elogios que hacías de la chica. Entre ella y su padre, con adulaciones y marrullerías, te habían trastornado la cabeza... «Nada, nada, tonto. Que te has de casar, y que te has de casar, y que te has de casar... ¿Qué entiendes tú de mujeres? Pepa es un ángel, y en la intimidad te prendarás de ella.» Yo tenía ya ideas propias, pero conservaba el hábito de sacrificarlas á las tuyas. Me sentía niño ante ti, como cuando me sentabas sobre tus rodillas. Nada me afligía tanto como disgustarte... «¿Con que te empeñas en que me case, mamá querida? Pues allá voy, te obedezco, soy tu esclavo... ¡Prueba terrible y cara! Pago con mi felicidad mi patente de hijo sumiso... En efecto, aquello salió como debía salir: no necesito recordártelo. Mi mujer y yo fuimos, desde los primeros días, de una incompatibilidad desesperante. Todo lo que á mí me desagradaba, gustábale á ella. Su presunción, su frivolidad me atormentaban más que la sequedad de su alma. Me ofendía con sus trajes, con su incesante callejeo, con sus artificios, con su desamor y con sus mimos y patatuses cuando no la complacíamos en cualquier estúpido capricho. Lo que pasé, mamá, lo que sufrimos, ¿cómo ha podido olvidársete? Escapamos de aquel suplicio gracias á la pul-

monía que se la llevó. ¡Y todavía el mamarracho de don Manuel Pez aseguraba que yo maté á disgustos á su pobre niña! ¿Te acuerdas del día en que nos liamos de palabras en el comedor de esta casa, y arremetí á él y por poco le ahogo? Ese Pez y otros como él nulidades huecas, fariseos y escribas de este dogmatismo imbécil de las conveniencias sociales, han sido los determinantes de mi conducta rebelde y de mis aficiones anárquicas. Cuando me quedé viudo, consideréme indultado de una terrible condena, y dije: «ya no obedezco más...» Pues te diré, ya que aquella lección no te curó de tus mañas autoritarias, que Dulce es la antítesis de mi mujer. Esta, y no aquélla, merecería ser la madre de tu nieta. Esta, y no aquélla, endulza y alegra mi vida. Esta, y no aquélla, debiera reinar en nuestra casa, al lado tuyo. Pero no cederás en esto, lo sé. Primero correrán las montañas, y los bueyes pastarán en las nubes, y las aves darán de mamar á sus polluelos... No, no me eches la culpa de que se te haya trastornado el corazón. Culpa más bien á tu carácter absorbente y despótico, que no admite ni la desobediencia más leve, ni la réplica, ni siquiera la opinión de los demás. Encontréme atado con mil lazos, algunos legítimos, otros no; quise romper los que más me oprimían, y tirando, tirando se rompieron todos. Soy revolucionario por el odio que tomé al medio en que me criaste, y á las infinitas trabas que poner querías á mi pensamiento. Te lo expliqué mil veces, y nunca lo quisiste entender. Volveré á explicártelo cuando estés mejor, y puedas oirme sin peligro.»

Doña Sales no dormía. Deseando conciliar el sueño,

y librarse de aquel suplicio de la voz interna, apretaba los párpados, evocaba el descanso y el olvido, poniendo en práctica para ello ciertas recetas de higiene cerebral, como rezar tantos ó cuantos Padres nuestros y Avemarías, hacer sumas y restas, ó contar cifras altas. Pero ni por esas. El verbo interior saltaba por encima de todo aquel fárrago aritmético y piadoso con que ahogarlo se pretendía, y clamaba de esta suerte:

«¡Cualquier día me engañas tú á mi con esa humildad de farsa! ¡Quién sabe si, aparentando quererme y respetarme, habrás traído á casa contigo á esa mujerzuela!... Puede que en estos momentos la tengas escondida en tu cuarto ó en otra habitación de la casa... No, no, esto sería el colmo. A profanación tan grande no te atreverás; y si te atrevieras, Braulio y Leré no lo consentirían... Pero ¡ha! como yo me muera, seguro es que te faltará tiempo para meterla aquí, y ponerla al frente de la casa, gobernándolo todo, personas y cosas... Dios mío, ¿esto cabría en lo humano? ¡Mi Ción en poder de esa...! ¡Mi casa...! No, no, no quiero pensar tal disparate. Toda la sangre se me lanza al pecho en terrible catarata, y me ahogo, se me paralizan los miembros, se me acaba la vida. Dios mío, Virgen Santísima, libradme del infierno de esta idea Si me muero, que muera en paz. Alejad de mí la cólera; que no espire, no, rabiando.»

XII

Bastante después de media noche, Guerra se adormeció, apoyando el codo en el brazo de la butaca, y la cabeza en el puño cerrado. Fué tan solo un bosquejo de sueño, sin perder totalmente la apreciación de lo real; pero entre brumas y contornos indefinibles se le presentó la visión de la máscara griega con el cabello erizado, la contracción de espanto en su boca cuadrangular. Al volver en sí, vió que á su madre se acercaba una persona, de leve andar y forma escurridiza. Era Leré, envuelta en su mantón, y descalza, con medias. Había venido á echar un vistazo á la señora, y hallándola despierta, habló con ella. Acercóse también Angel, y doña Sales les riñó á entrambos por empeñarse en velar cuando menos necesidad había de que se molestasen. «Idos á acostar—les dijo.— Y tú, Angel, no seas terco, ni me enfades. Vete á tu cuarto y descansa, que quizás lo necesites más que yo. Leré, que tiene el sueño ligero, me dará la digital. Además yo me voy á quedar dormida ahora mismo pues ya me está entrando un sueño que no me lo merezco.»

Guerra no se dió por convencido; pero salió un rato á fumar un cigarro, y al volver, media hora después, á la alcoba de su madre, encontró á ésta sola y tan despierta como antes. A las interrogaciones cariñosas del hijo, contestó que, á pesar del insomnio, se sentía muy bien. La buena señora no tenía ya fuerzas en su espíritu para guardar ante el delincuente aquella re-

serva y compostura que se había impuesto. Su pasión autoritaria podía más que su prudencia, y rompiendo los frenos, se lanzaba al exterior sin que nada pudiera contenerla. No obstante, aún desplegó las últimas energías de resistencia, no ya para contener la expresión, cosa imposible, sino para encerrarla en una fórmula irónica, como la que emplean los oradores de peor intención.

—Hijo de mi alma—le dijo, haciéndole sentar á su lado,—tu arrepentimiento ha de influir mucho en mi salud. Créeme, siento una gran mejoría desde que has vuelto. Ahora, no hay que decir que tus acciones buenas serán tan extremadas como antes lo fué tu mala conducta... No, no es preciso que hagas promesas. Si no desconfío de ti, vaya... Basta que tú lo hayas dicho, para que yo lo crea. Ahora, moralidad, juicio, respeto á todo el mundo, y olvido de tantos errores. ¿No es eso lo que piensas?

—Sí, mamá—afirmó Guerra, creyendo que no debía decir más, y para sí, hizo el siguiente comentario: «Me hablas irónicamente. No crees que yo esté arrepentido, ni mucho menos. Te conozco bien y adivino tus pensamientos.»

—Bueno—añadió doña Sales.—Y al entrar aquí, has abominado de las malas compañías... de ambos sexos; has dado al diablo ciertas relaciones, que á mí me parecieron siempre vergonzosas, y á ti te lo parecen ahora también.

—Sí, mamá; todo, todo concluído—afirmó Angel besándole una mano.

Doña Sales miraba al techo, y agitando ligeramente los labios como si rezara, decía para sí:

—¡Cómo me engaña este pillo! Y se figurará que creo su farsas.

Guerra comprendió que su madre se excitaba con aquel diálogo, en el cual ninguno de los dos se expresaba con sinceridad, y rogándole que dejase para mejor ocasión el tratar de asunto tan resbaladizo, reiteró su propósito de no darle más disgustos.

—Todo se te puede perdonar—dijo doña Sales, *ex abundantia cordis,*—si rompes con esa mujer de mala vida.

—Pero mamá, si ya te he dicho que... Vamos, no te inquietes... Eso concluyó... Te juro que...

—Eso, eso me gusta... Me agrada que jures, porque no has de jurar en falso. Una idea me causa terror, la idea de que después de muerta yo, entre en casa esa mujer y...

—Pero mamá, ¡qué cosas se te ocurren! En primer lugar, no te has de morir. En segundo lugar, no existe tal mujer.

—¡Cómo me trastea, cómo me engaña! *(Para sí, moviendo la cabeza con la mímica de la incredulidad.)* Y en alta voz, tomando un tono solemne: «Te aseguro una cosa. Si supiera que tu hija había de quedar en poder de los Babeles y Babelas, preferiría que se muriera conmigo, y pediría á Dios que conmigo se la llevara.

—Mamá, por Dios, ¿de dónde sacas esas ideas? *(Trémulo y displicente.)* Te transtorna el insomnio. Yo también, cuando paso toda una noche sin dormir, digo mil disparates... Ya sabes que los descalabros me han... hecho reflexionar... Ya notarás que soy otro... No pienses ahora más que en ponerte buena.

Viviremos en perfecta concordia... Pero qué ¿no lo crees?

—Sí, lo creo. *(Afinando el tono de su ironía)*; ¿pues no lo he de creer? ¿Cuándo he dudado yo de una declaración tuya?

—Se burla de mí. *(Aparte, frunciendo los labios.)* La culpa es mía, porque no sé fingir, y la sinceridad que ahuyento de la boca se me sale por los ojos. *(En alta voz.)* ¿Cómo quieres que te lo pruebe?

—No, si no necesito más pruebas... Estoy convencidísima. Me basta con lo dicho. Tienes razón: en perfecta concordia, eso es. No hemos de cuestionar por un más ó un menos. ¡Qué dicha! Eres todo mío, pensarás con mis pensamientos, y obrarás con mis acciones.

—No lo digas en broma, pues es verdad. Pónte buena pronto, y verás cómo no tienes por qué quejarte de mí.

Doña Sales calló durante largo rato. Angel fué quien primero rompió el silencio:

—Todavía no has oído mis explicaciones, y tus palabras más bien parecen irónicas y mortificantes que consoladoras y sinceras como yo las necesito.

—Mis palabras serían de otra manera—dijo doña Sales, sacando de improviso su austeridad, como un un gato saca las uñas,—si las de mi hijo no fueran mentirosas y...

Se le cortó el aliento y no pudo concluir. Angel sintió en su interior el brinco enorme de su genio impetuoso, incapaz por más tiempo de permanecer achicado y escondiéndose de sí mismo. Por uno de esos impulsos instantáneos, que en los temperamen-

tos vivos son como vibraciones eléctricas y que apenas dejan tras sí responsabilidad, rechazó sin violencia la mano de su madre, que tenía entre las suyas, empezando una frase que al instante truncó: «Pero cómo quieres que te hable si...»

Rehaciéndose, balbució esta enmienda cariñosa: «Mamá, por Dios, no me quieras mal», é intentó volver á tomarle la mano. Pero doña Sales se la había llevado al pecho, y estirando el cuello y abriendo espantados los ojos, exhaló un angustioso gemido, presa de violentísimo acceso de disnea. Comprendiendo en seguida la gravedad de la situación, Angel llamó á gritos á Leré, quien no tardó en acudir presurosa.

La cabeza caída hacia atrás, la boca abierta y trémula, la madre de Guerra parecía querer tragarse todo el aire de la habitación, cogiéndolo á bocados. Pero el aire no entraba, porque el movimiento de inspiración resultaba imposible. Consternado ante aquel espectáculo, Angel no sabía qué hacer, y salió corriendo para mandar venir á Miquis. Leré, más serena, aunque también alarmadísima, empleó el éter sin ningún resultado. La señora se calmaba un momento, y luego volvía el pérfido ataque con más violencia. Viendo que con el éter no conseguían nada, rompieron un tubito de tila en un pañuelo, para que la sorbiera por la nariz. Ni por esas. En tanto, todos los de casa se levantaron; entró Basilisa en refajo, llegó también Braulio á medio vestir, poniéndose las gafas. Leré propuso los maniluvios, recordando que el médico los había prescrito para un caso como aquel. Todos corrían de aquí para allá. Mientras se calentaba el agua, pasó algún tiempo en cruel incertidum-

bre. La señora no se ahogaba ya; pero había caído en profundo sopor, y no contestaba á las expresiones cariñosas de su hijo ni de los demás que la rodeaban. Cuando le metieron las manos en el agua caliente, lo más caliente que se podía resistir, abrió los ojos. «Mamá, mamá—le dijo Guerra queriendo animarla con caricias,—serénate. Eso no es nada. Miedo, aprensión. Si estás bien... Míranos, contéstanos. Aquí estamos dispuestos á curarte contra tu propia voluntad.»

La enferma sonrió vagamente, arqueando las arrugas que contornaban su boca. No era fácil apreciar si aquella expresión de sus labios secos y de su faz rígida y amarilla era un sentimiento de placidez por verse entre los suyos, ó de desconfianza, ó de profunda ironía. Poco duraron las esperanzas de Angel, Leré y los demás, ante tan leves apariencias de mejoría, porque de súbito fué acometida del ahogo en un grado tal, que todo su cuerpo se estremecía, contrayendo enérgicamente los brazos. Abatióse después toda aquella energía como enorme castillo que se derrumba; cesó el esfuerzo por respirar, y del fondo del pecho salió un hervor sin cadencia ni ritmo, como de olla puesta á la lumbre. En aquel instante, entró presuroso el canónigo Pintado, abrochándose la sotana, y en cuanto vió el rostro de su amiga dijo lúgubremete: «La Extremaunción... pronto... que Lucas avise corriendo á la parroquia.» Se puso á mascullar entre dientes rezos y más rezos. Aplicaron además á la enferma sinapismos en el pecho, en las extremidades. Cuando Miquis llegó, el rostro de doña Sales se descomponía intensamente, hundíansele los ojos, y de su boca salía una cadencia estertorosa, que disminu-

yendo, disminuyendo, como el ruido de algo que con enormísima rapidez se aleja, llegó á ser imperceptible. Todos aguzaron el oído tratando de atrapar los últimos golpes de aquel péndulo que se paraba en la lejana inmensidad, y luego se miraban unos á otros preguntándose con los ojos si habían oído algo. Miquis, tétrico, no decía nada, pues nada tenía que decir. Despuntaba la aurora cuando hasta los más reacios en admitir la tremenda evidencia de la muerte, se convencieron de que la pobrecita doña Sales no vivía ya.

IV

LERÉ

I

La situación de espíritu en que Guerra quedó al perder á su madre, no puede ser comparada sino al aturdimiento ó conmoción cerebral del que sufre una violenta caída y se rompe la cabeza. El estupor, la pena, el cansancio le embarullaban las ideas, y no podía darse cuenta clara de lo que ocurría. El instante aquel breve y terrible del tránsito de doña Sales, subsistió estampado en su mente con relieve hondísimo. El sueño no le ayudaba á despejarse, y las treinta horas que transcurrieron desde la muerte hasta que *la llevaron*, las pasó en una especie de trastorno febril, incapaz de disponer nada. Por lo demás, su iniciativa no hacía ninguna falta, porque allí estaban Leré y Braulio para atender á todo. El bueno del administrador no cesaba de llorar á moco y baba, mientras iba y venía, organizando el entierro. La muchacha de los ojos bailones, traspasada de pena, la disimulaba con su entereza de ánimo, y amortajó á su ama ayudada de Basilisa. Las demás criadas alborotaban la casa con sus lloriqueos. Leré pasó todo el día y la noche, salvo los ratos en que tenía que atender á Ción, junto al cadáver de la señora, rezando, y lo mismo hizo, aunque con menos constancia, D. León Pintado.

Encerróse Angel con su hija, negándose á recibir visitas, y sólo Braulio entraba á darle cuenta de lo que disponía con plenos poderes del que ya era su amo. Después del entierro, lucidísimo, negóse también á recibir á los amigos, atendiendo á su delicada situación jurídica, pues no podía figurar como presente en Madrid sin riesgo de ser detenido. A obviar este inconveniente, acudió con su influencia el oficioso marqués de Taramundi, quien, después de hablar con el Gobernador y aun se cree que con el Ministro, pasó á tranquilizar á Guerra, diciéndole que la autoridad le consideraba como ausente siempre que no se presentase en público, lo cual no significaba que estuviera libre de responsabilidad por su participación en los sucesos de Septiembre, sino que, en atención á las circunstancias, se le exigiría *pasado el novenario.* En vista de esta lenidad gubernativa, que era el colmo de la contemporización, Angel recibió á los más íntimos de la casa, que iban á darle el pésame. Fatigosas eran las visitas, y atrozmente antipáticos para Guerra muchos de los que se presentaban con dolorido rostro, enmascarando la curiosidad y el fisgoneo. Pasó, entre otros malos ratos, el de la visita de su suegro, D. Manuel María del Pez, con quien cambió las frases reglamentarias, frías é hipócritas, apropiadas á la situación. Aborrecíanse cordialmente, y uno á otro se deseaban todo el mal posible. Pez hubiera llevado al patíbulo á su yerno, si pudiera, y lo menos que Angel pedía á Dios para su suegro era una pulmonía fulminante ó un mal de miserere. Mientras le tuvo allí, echaba frenos y más frenos á su palabra escurridiza para no

decirle cuatro insolencias, porque según contó á Guerra su amiga, la señora de Medina, el tío aquel se había permitido comentar la muerte de doña Sales del modo más inconveniente. «No me queda duda—había dicho en casa de la San Salomó,—de que la ha matado el botarate de su hijo... Crean ustedes que este es un caso de extrangulación moral... Conozco al asesino y sus mañas infames, porque de ellas fué víctima mi pobre Pepita. Ese mata sin comprometerse, y en el caso de la pobre doña Sales, no me atrevo yo á jurar que la extrangulación haya sido puramente moral.» No se satisfacía Angel con despreciar estas malicias, y si no se hallara tan abatido al recibir á Pez, le habría puesto la cara verde ó roja.

Lo más singular del caso era que la brutal especie lanzada por D. Manuel Pez para molestar á su enemigo, tenía un eco siniestro en la conciencia de Guerra. A los pocos días de fallecer doña Sales, se inició en él un aplanamiento tristísimo y una depresión del amor propio, que se le representaban por medio de vagas imágenes del orden material. Su alma era como un vaso lleno de líquido, el cual, por la depresión aquella del amor propio, descendía hasta desaparecer casi completamente, permitiendo ver el fondo del vaso. En dicho fondo aparecía la responsabilidad por la muerte de su madre. Ni con los afectos, ni con los afanes de la vida material podía Guerra llenar el vaso, cuya vacuidad creciente le aterraba. Y lo peor era que su conciencia no se detenía en la responsabilidad moral, sino que iba más allá, con audacia increíble, buscando el goce supremo de la justicia (que en aquel caso era un placer insano, como el del lla-

gado que por nervioso impulso toca sus propias úlceras), y examinaba, cual instructor receloso, los hechos de la última noche para deducir su culpabilidad material en la muerte de la infeliz señora. «Cierto que ella no me había perdonado—decía,—más que en forma irónica, y que yo lo comprendí así; pero cierto es también que yo no me había arrepentido de mi conducta, ni abjurado mis ideas. Yo fingía y ella también. Asimismo es verdad que yo sentía en mi alma deseos de complacerla, de encontrar una fórmula, *modus vivendi* para evitar discordias en lo sucesivo. Pero ni ella ni yo podíamos llegar á un arreglo sin mentir, y en esto consistía la gravedad de mi situación frente á ella... Mentir... ó sacrificar á la pobre Dulce... ¿Cuál de estos dos partidos era preferible? Los dos me parecían peores. Pero puesto á fingir, debí hacerlo con más arte. Ahora veo claro que mi madre se violentaba horriblemente para no romper en denuestos contra mí. Si me hubiera reñido con la violencia que solía desplegar, quizás viviría todavía. Recuerdo que todo mi afán, la noche de la muerte, era sostener aquella angustiosa situación, semejante á la de dos combatientes que mirándose se apuntan con armas de fuego montadas á pelo, sin atreverse á disparar... Bien lo decía Miquis. Si se rompen las sinergias, estamos perdidos. Y las sinergias se rompieron, causando la muerte; las rompí yo. Porque, sí, tengo que acusarme, y me acusaré mientras viva, de un acto brutal, movimiento instintivo que fué como el levísimo impulso que descarga un arma de fuego. Yo tenía una mano de mi madre entre las mías. Algo me dijo que me hirió en lo más vivo

de mi amor propio. Rechacé la mano casi sin darme cuenta de ello. Fué una de estas vibraciones del temperamento que no se pueden refrenar. La mano que yo rechacé, se la llevó mi madre al pecho. En aquel instante... no sé qué pasó en su interior... se desquició todo dentro de ella. Hubiera yo dado mis dos manos por no haber rechazado la suya como la rechacé. Mientras viva me acordaré de mi ademán, que en cualquiera otra ocasión habría sido insignificante, pero que entonces, ¡ay! se pareció tanto á tiro... que más no puede ser.»

Esta idea le atormentaba día y noche, y al avanzar del tiempo, más tenazmente á su majín se adhería, y su espíritu se iba encapotando más, llenándose de sombras. Era pasión de ánimo, quizás monomanía, y esperaba verse libre de ella cuando pudiera salir, esparcirse y perder de vista los objetos y personas que rodearon á la difunta. Entre tanto se distraía con Ción, que ni un momento se separaba de él. El cariño que siempre tuvo á su hija, tomó en aquel singular estado de su ánimo, proporciones de un amor insensato, absorbente, quisquilloso, que ni un punto podía dejar de manifestarse, ya complaciendo á la chiquilla en cuanto se le antojaba, ya prodigándole ternezas y caricias á toda hora, vinieran ó no á cuento. A Leré le disgustaban estos extremos, y Guerra, que en sus arrebatos pasionales solía perder toda idea de equidad, achacaba la actitud de Leré á celos. «Porque tú—le decía—pretendes ser única en querer á la niña, y no toleras que yo la quiera más que nadie.» Sobre esto disputaban y Leré le argüía de un modo tan razonable y discreto, que el otro no sabía que responder.

Tratábala con mas intimidad cada día, y á pesar de la ceguera intelectual en que le puso su conciencia turbada, reconoció en la maestra de Ción un espíritu recto y prodigiosamente equilibrado, en quien el sentimiento y el juicio obraban con la ponderación más perfecta.

¿Y Dulcenombre?

II

No olvidó Guerra en aquellos días luctuosos á su compañera de ilegalidad, á la que con él había compartido las dificultades de la existencia, fortificándole y sosteniéndole con su adhesión sin límites y su buena mano para el gobierno doméstico. Como la había dejado sin blanca, en cuanto pudo, envió á Lucas con una carta que contenía el dinero necesario para no perecer; y á los tres días de muerta doña Sales quiso repetir el envío por cantidad mayor, la cual pidió á Braulio. Al dársela el buenazo del administrador le dijo: «Lleva cuenta de lo que entregas á esa... familia, y no te corras mucho. Los mil reales de hoy, con los que me pediste dos días antes de tu llegada á esta casa, hacen dos mil...»

Sorprendido y alarmado, replico Guerra que no recordaba semejante petición; á lo que añadió Braulio algunas palabras acusándole de falta de memoria.

—Trastornado estás, querido—le dijo,—y no te acuerdas hoy de lo que hiciste ayer. Como es natural, conservo la cartita en que me pedías te enviase mil reales con toda urgencia, pues te hallabas en la mayor penuria.

—El trastornado eres tú—insistió Guerra,—y con-

servo perfectamente la conciencia de mis actos para saber que no escribí semejante cartita, en la fecha que dices.

La confusión pasó entonces del rostro del amo al del servidor, que sofocado, limpiándose el copioso sudor de la frente, corrió en busca de la esquela, y la trajo y la puso ante los atónitos ojos del hijo de doña Sales.

Sorpresa y turbación en ambos. Guerra leyó los caracteres aquellos, y los tuvo por suyos; pero segurísimo de no haberlos escrito, descifró el enigma en esta forma:

—Querido Braulio, no te asombres de haber caído en el lazo, porque mi letra está falsificada de un modo perfecto. ¿Quién te trajo esta carta? Si no fué ese pillo de Fausto Babel, pongo mi cabeza á que fué el mequetrefe de Policarpo.

—Si he de decirte la verdad, no distingo bien las fisonomías de los Babeles—dijo Braulio abanicándose con el hongo, porque sentía un calor excesivo.—Yo no ví más fisonomía que la tuya, es decir, tu letra, y dí los cuartos. Claro es que no dije nada á tu pobre mamá. Como en la carta se decía... míralo, lee... que si te enviaba el dinero, saldrías de tu escondite secreto y volverías á casa, no quise preguntarle al emisario por tu residencia. Entregué los cincuenta duros y te escribí, informándote del grave estado de tu mamá, y diciéndote que vinieras, que serías bien recibido. Como á los dos días pareciste, atribuí tu vuelta á las razones que te daba en mi carta. Veo que me estafaron indignamente tus amigos, y pues me dejé sorprender por las apariencias de tu escritura, esa cantidad la perderé yo.

—No, no faltaba más. La pierde quien la debe perder, yo. No se hable más de eso, Braulio, y para otra vez, desconfía de mis cartas.

Tanto le dolía el fraude, que le faltaba poco para echarse á llorar mientras que Guerra, afectado por el descubrimiento, no pudo olvidar en todo el día la imagen fatídica de los Babeles de una y otra rama. Con vigoroso esfuerzo mental quería extraer del seno de familia tan execrable la persona de Dulce, como quien, escarbando, saca una joya de entre las basuras del muladar. Diríase que intentaba cogerla con un palito por no mancharse los dedos; pero cuando ya la tenía casi salvada, volvía á caer y á perderse entre la inmundicia. Al escribir á la joya, anuncióle que iría pronto á verla, y le encargaba que por ningún motivo ni pretexto fuese en busca de él. Aunque se tenía ya por amo de su casa, y lo era realmente, no gustaba de ver en ella á la persona que doña Sales aborrecía con toda su alma. Recibirla entre aquellas paredes habría sido una grave injuria á la memoria de la finada, una especie de provocación póstuma, y aquel hombre de ideas positivas se encontraba á la sazón en un principio de desquiciamiento moral, y le pasaban por la mente ráfagas de superticioso y pueril miedo.

Otro fenómeno digno de observarse era que se sentía retenido en su casa por misterioso imán. Antes de la muerte de su madre, encontrábase mejor fuera que dentro, y ahora, si alguna vez hacía propósito de salir de noche con las precauciones que exigía su situación jurídica, pronto buscaba y encontraba pretextos para quedarse. Engañándose á sí propio, atri-

buía su pereza al temor de ser aprehendido; mas no era temor de lo de fuera, sino un inexplicable apego á lo interior de aquella morada lo que le retenía. ¿Era quizás la satisfacción del novel propietario? Quién sabe si algo habría de esto; pero más bien convendría señalar otras causas, el amor de Ción, por ejemplo, que llegó á ser en él una pasión absorbente.

La chiquilla le pagaba en la misma moneda: siempre quiso á su papá más que á su abuela, sin duda porque él la mimaba, y la abuelita no. Jugando con la niña, ó departiendo con ella ó iniciándola en la lectura, sentía Guerra inefable dicha. Traviesa y alborotada, Ción era un prodigio de inteligencia, y á veces hacía preguntas que paraban á cualquiera, y daba respuestas maravillosas, en las cuales al través del candor infantil se vislumbraban destellos de la ciencia divina. «Papá, ¿por qué reza tanto Leré? Si Dios le concede á Leré todo lo que le pide, ¿por qué no conseguimos que no se muriera la abuelita?... Papá, te diré una cosa: cuando la abuelita decía que tú eras malo, Leré te defendía... para que lo sepas... Papá, ¿el morirse qué es? Y los niños que se mueren, ¿crecen luego en la vida de allá, ó se quedan siempre chiquitines?... ¿Quieres saber cuánto te quiero?... ¿como cuánto? Pues te lo diré. Como de aquí al Cielo... No, eso es poco, porque el Cielo está cerca. Como de aquí al Cielo tantas veces como pelos tenemos tú y yo en la cabeza, contando también los pelos del gato... mil veces. Papaíto, ¿te estarás ahora siempre en mi casa, ó vas á marcharte á la otra casa que tienes?...»

Ción pronunciaba correctamente, y construía las frases como una persona mayor, lo que hacía más en-

cantadora su charla. Sólo eran infantiles el tono y las ideas; pero en la dicción poco ó nada tenía que aprender. Otra particularidad suya era que tramaba mentiras é inventaba historias con mil detalles de realidad que las hacían verosímiles. Esta mala costumbre se la combatía Leré; pero á Guerra le caían tan en gracia los donosos embustes de su niña, que se los alababa, aparentando creerlos y á veces creyéndolos á pie juntillas. A lo mejor, iba contando que había llegado á la puerta de la casa un hombre con barbas, preguntando por D. León Pintado, y que éste salía á recibirle, y el desconocido le entregaba una caja, de la cual sacaba después el canónigo chorizos, morcillas y una máquina de hacer pitillos. Indagado el caso, ¿qué resultaba? Pues todo mentira. Otra vez llevaba el cuento de que Faustina, la cocinera, recibía cartas de su novio, que era barbero, y le había dado palabra de casarse... Y una tarde el barbero se había metido en la casa, y llegó Braulio y tuvieron unas palabras... El barbero le dijo á Braulio que él era pobre, pero honrado... y Braulio le contestó al barbero que muy bien, muy bien, sí, pero que se pusiera en la calle. Estos cuentos con trazas de verdad no lo eran, y Ción los tramaba á cada momento, imitando la realidad con ingenio pasmoso. No condenaba Guerra en absoluto estas facultades imaginativas, que, según él, eran el tanteo instintivo de la propia fuerza pensante; sostenía que el pensar se inicia en la infancia bajo la forma imaginativa, y que las mentiras desarrolladas con perfecta lógica eran, más que un vicio infantil, una gimnasia. Á tales sofismas, contestaba Leré prohibiendo terminante-

mente á su discípula el referir nada que no hubiese visto.

Cuando Ción dormía y Leré rezaba, Angel, no pudiendo separar en su ánimo la atracción de la maestra y la de la discípula, se entrometía también en las prácticas religiosas de la pobre muchacha, haciéndole mil preguntas acerca de sus creencias, rebatiéndoselas suavemente, indagando á qué santo se encomendaba y por qué prefería unas devociones á otras. La bondadosa Leré no se ofendía por aquella intervención impertinente, y replicaba con bastante soltura y donaire. Como sus creencias eran firmes, y ninguna sugestión podía quebrantarlas en su espíritu, no le afectaba la argumentación del papá de su discípula. Oía en perfecta calma, y si acertaba con la respuesta, dábala sin orgullo; si no sabía qué contestar, se callaba, renunciando á ganar laureles en el campo de la controversia; mejor dicho, dejaba á su amo los laureles, quedándose ella con la fe, que era, á su juicio, lo importante.

—No creas—le dijo Angel en una de aquellas polémicas por él provocadas,—que me disgusta notar en ti esa firmeza de convicciones, esa fe ardiente, ciega, como debe ser la fe, y capaz de llevarse tras sí las montañas. Yo no creo lo que tú crees; pero me da por admirar á los que creen así, con toda su alma, sin hacer de la fe una máscara para engañar al mundo y explotar las debilidades ajenas. Las personas que hacen gala de proscribir todo lo espiritual me son odiosas. Los que no ven en las luchas de la vida más que el triste pedazo de pan y los modos de conseguirlo, me parecen muertos que comen. Lo mejor sería que

hubiera en cada persona una medida ó dosificación perfecta, de lo material y lo espiritual; pero como esa ponderación no existe ni puede existir, prefiero los desequilibrados como tú, que son la idea neta, el sentimiento puro. Porque no hay que darle vueltas, querida Leré; una idea, la idea tiene más poder que todo el pan que puede fabricarse con todo el trigo que hay en el mundo.

Leré convino en esto, y como Guerra le preguntara si las causas de su vocación religiosa eran todas puramente subjetivas (*le salían de dentro* fué la frase que empleó) ó si por el contrario, eran de carácter externo ó social, contestó la joven de los ojos temblones que había de todo, aunque más parte tenía lo de dentro que lo de fuera en su manera de ser. Á la tarde siguiente, hallándose los dos en el cuarto de Ción, mientras ésta preparaba un convite en su cocina y en su comedor muñequil, Leré contó al amo ciertos sucesos de su vida que aquél ignoraba, y que cautivaron grandemente su atención.

III

Historia de Leré.

—Desde muy chiquita—dijo la maestra,—gustaba yo de pensar en Dios y en las cosas del Cielo, poniéndome á discurrir cómo será la Gloria eterna, cómo el Infierno y el Purgatorio, y cómo sería la cara de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen, cuando estaban en el mundo. Oía leer á mi tía Justina las vidas de santos, y deseaba yo ser también santa, y tener ocasión de que me martirizaran. Doce

años escasos tendría yo cuando comprendí que no es preciso que vengan moros, judíos ni romanos á abrirnos en canal ó rebanarnos la cabeza, para que haya mártires en estos tiempos, pues suplicios sin fin hallamos en donde quiera, y verdugos muy malos entre nuestros semejantes, y aun en nuestra propia familia. Mi madre fué mártir y yo también lo he sido, aunque no todo lo que me conviene. Ya sabe usted que mi padre tenía el vicio de la bebida. Era cantor en la catedral de Toledo, y el señor Deán tuvo que echarle, porque un día de la octava de Corpus hizo la barbaridad... usted calcule... de soltar en medio de la Misa unas coplas de zarzuela. ¡Lástima de hombre! porque según dicen, mejor músico que mi padre no lo hubo en la catedral, y para enseñar á los chicos el solfeo se pintaba solo. Pero aquella desgracia de la bebida le perdió, y echado del coro, tuvo que dedicarse á marchante de antiguallas para mantener á la familia. Andaba siempre á caza de azulejos, pedazos de trapo, aleros de casas viejas, clavos de puertas, y otros mil desperdicios de loza y hierro, que vendía á los pintotores y á los ingleses. Puso tienda de cachivaches en la calle de la Obra Prima, y crea usted que sin el maldito vicio, hubiera salido adelante; pero el pobre, en cuanto cogía dinero, á la taberna derechito; volvía furioso á casa y pegaba á mi madre. Un día tuvo una cuestión con otro marchante sobre media docena de clavos que habían arrancado á una puerta de la calle de las Tendillas, y por si los clavos son tuyos ó son míos, el otro le dió á mi padre un fuerte golpe en la nuca con un candelero de bronce, y mi padre cayó sin sentido. Dos semanas estuvo si vive si mue-

re, y yo nací en aquellos días. Dicen que el grandísimo susto que pasó mi madre fué causa de que me salieran los ojos así. No lo sé.

»Para que usted comprenda lo desgraciada que fué mi madre, le contaré otra cosa: los primeros hijos que tuvo se volvían mónstruos á poco de nacer. Mi hermano Juan, el único que vive de los cuatro primeros, es mónstruo... Usted no le ha visto, y si le viera se horrorizaría. De la cintura abajo, todo su ser es momio y blando como si no tuviera huesos; la cabeza de hombre, el cuerpo de niño, los brazos y piernas como fundas vacías. Ha cumplido veinticinco años, no puede andar ni á gatas, y si le ve usted en la mesa donde le tienen, con los brazos y piernas formando como un lío y en el centro la cabeza, no comprenderá que aquello es persona humana. Come por tres y no habla; sólo sabe gruñir como un animal, y repetir con perfecta afinación los trozos de música que oye. Rarísima vez despide algún destello de inteligencia; pero tan poca cosa, que no llega ni á la que vemos en algunos perros y gatos. De sentimiento no está mal: es cariñoso con los que le cuidan, y manifiesta su alegría y su amor con los ojos, mirando fijo, fijo, y así con cierto angel. Hoy le tienen y le cuidan mis tíos, que viven junto al *Pozo Amargo*, y no hay obra de caridad que á esta se compare, porque otros le habrían tirado á un muladar ó en mitad de un camino. Pero aquel par de santos, mi tía Justina y mi tío Roque, no faltan á la ley de Dios... y para que vea usted si son buenos... hasta le quieren, sí, señor, y dicen que si se les muriera, llorarían.

Pues verá usted. Después de haber tenido cuatro

mónstruos, no todos iguales, pues hubo uno totalmente sin piernas, y otro con la cabeza deforme, mayor que todo el cuerpo, me tuvo á mí. Antes de tenerme, no cesaba de pedirle á Dios que no saliera yo mónstruo, y el Señor la escuchó, porque, á pesar del gran susto que había pasado la pobrecilla cuando descalabraron á mi padre, no saqué más monstruosidad que esta cosa que tengo en los ojos, que no puedo remediar el bailarlos ni me doy cuenta de ello. Mi madre, loca de contenta porque yo no era mónstruo, me crió con todo el regalo que podía, en su pobreza. A los dos años, otro hijo... otra vez el temor de que saliera fenómeno. Pero no fué así. Mi hermano Sabas, el más pequeño de todos, nació sin defecto, y se crió encanijadito; pero vive, y bueno y sano está. Siempre ha sido un ángel de bondad, y su vocación por la música se manifestó desde que no levantaba del suelo más que tanto así. Era un milagro de Dios aquél chico. Todo cuanto cantar oía repetíalo con una voz y unos gorjeos que parecían ecos de la Gloria. A los seis años le llevaron á la catedral, y el maestro de niños de coro se hacía cruces, porque en poniéndose á enseñarle algo, resultaba que ya el chico lo sabía. En fin, que todo cuanto hay que aprender en música, se lo sabía él por inspiraciódm de Dios. Bien enterado está usted de que unos señores de allá, por iniciativa de D. José Suárez de Monegro, consiguieron que la Diputación le pensionara para estudiar aquí, en el Conservatorio. ¡Qué prodigio! A los diez años, primer premio de piano; para él no hay dificultades. Echele usted piezas y piezas de compromiso: se las bebe como agua: sus dedos son los dedos de los serafines que tocan de-

lante de Nuestra Señora. Por fin, bien sabe usted que doña Sales y otras señoras le pensionaron para que fuera á París y Bruselas á perfeccionarse, y allá está. Diecisiete años tiene ahora mi Sabas, y vea usted, vea usted lo que dicen estos papeles que mandaron de allá. *(Mostrando un periódico extranjero.)* Que es el asombro de sus maestros, y que será el primer pianista de Europa, *el nuevo Mozart*... porque también compone, y maravillosamente. Lo que me entristeció cuando doña Sales recibió estos papeles y los leímos, fué que le llaman mónstruo, y yo digo: que le llamen lo que quieran, pero mónstruo no.

Dispense que haya trabucado el orden de lo que le refiero. Pierdo la chaveta siempre que hablo de mi hermano Sabas. Vuelvo atrás para seguir contando al hilo. Pues señor, yo tenía ocho años, y mi hermanito cinco cuando murió mi padre, ¡de qué manera! Primero se quedó ciego y baldado, y le daban unos arrechuchos terribles de la rabia de no poder ir á la taberna. No había más remedio que darle aguardiente, porque si no, rompía la cama y las sillas, y se arrancaba el pelo, echando por aquella boca unas blasfemias que daban horror. Se murió un Jueves Santo, cantando los salmos del día, ¡qué preciosos! con aquella voz de bajo que era un asombro, y que con el aguardiente, créalo usted, se le había hecho más baja todavía... Dejónos bastante mal, porque en los últimos tiempos el infeliz había malbaratado todos los trastos viejos de su comercio. No quedaba más que una chinela ó zapatilla bordada de oro, que decían fué de una reina mora, y valía un dineral; pero como mi madre era bastante descuidada, se la robó una vecina, no se si

para venderla ó para usarla. Gracias al tío de mi madre, el beneficiado D. Francisco Mancebo, que fué siempre protector y amparo de toda la familia, no nos moríamos de hambre. Nos fuimos á vivir á la parroquia de San Lucas, á una casa muy pobre, que tenía un cuartucho alto, donde mi hermano el mónstruo estaba constantemente, dentro de un cajón. No quería mi madre que nadie le viera; pero los chicos de la calle se subían por las rejas de la casa de enfrente para mirarle, mi madre salía furiosa y les cascaba, y con este motivo había en la vecindad pendencias y zaragatas. Yo cuidaba á mi hermano, que á veces se ponia como rabioso, dando mugidos y echando espumarajos por la boca: si nos acercábamos á él, nos mordía. El único remedio para esto era tocarle música ó cantarle alguna cosa, y mi hermano Sabas, que sabía todos los cantos de iglesia y todas las coplas de los ciegos, se ponía en la puerta del cuarto, y cantaba, imitando también el órgano... No, no se ría usted: le cuento la verdad. Metiéndose los dedos en la boca, y poniendo los labios no sé cómo, imitaba el registro flauteado, los bajoncillos, dulzainas y qué sé yo, con tanta perfección que parecía que estaba usted oyendo el órgano de la catedral. Mi hermano Juan dentro de su cajón, hecho un ovillo, llevaba el compás con la cabeza, y así se amansaba hasta dormirse.

—Si no se cansa usted, sigo contando, que ahora entra lo más gordo. A los seis meses no cumplidos de morirse mi padre, mi madre hizo la tontería de volverse á casar. ¡Disparate mayor...! ¡Y qué marido fué á escoger! Mi padrastro era un traginante que vivía en las Carreras, llamado Escolástico, holgazán,

feo, pobre, tonto y enfermo. No se podían atar dos cuartos de cominos con semejante hombre, y mi madre, que lavaba entonces la ropa de algunos señores canónigos y beneficiados, le tenía que mantener. Al mes de casados, ya nuestra casa era un infierno, y mi madre y yo teníamos en el cuerpo más cardenales que los que hay pintados en la Sala Capitular. Á mi hermano Juan le tomó aquel bárbaro grande ojeriza, y un día, hallándose mi madre en el río, cogió el cajón del pobre monstruo y lo puso en mitad de la calle. Toda la vecindad se arremolinó para verle, y los chiquillos le cogieron por su cuenta, tirándole chinas y metiéndole pajitas por las orejas. Yo no podía impedirlo, y no hacía más que llorar. Mi hermano bramaba, y en una de aquellas arremetidas de los granujas, logró pillar entre los dientes el dedo de uno de ellos, y por poco se lo arranca. ¡Qué alboroto, Dios mío! Había usted de ver á mi padrastro riendo como un salvaje. En esto llega mi madre, y lo mismo es ver el cajón en medio del arroyo, ¡pin! cae con una pataleta. Las vecinas la auxiliaron, y el bruto seguía riéndose. No tiene usted idea de la tremolina que se armó, pues los chicos, insolentándose más, arrastraron el cajón por la calle abajo. Me parece que estoy viendo los ojos del pobre monstruo, que centelleaban; el rechinar de sus dientes se oía desde lejos. Total, que no sé en lo que habría parado tanta barbaridad si no llega á aparecerse por allí mi tío el beneficiado Mancebo, que ha sido siempre nuestro paño de lágrimas. Pues se puso muy incomodado, y terciándose el manteo, la emprendió á pescozones con los chicos, le dijo á mi padrastro que era un pedazo de

acémila, y le hizo traer el cajón á casa... Al mes de esto, mi madre, que lavaba la ropa de los familiares y tenía mucho metimiento en Palacio, fué á ver al señor Arzobispo para que la descasara, y, como era natural, el señor Arzobispo la mandó á paseo. Mi padrastro era un haragán, y se pasaba el día tumbado ó de parola con los amigos. Gracias que le subiera á mi madre del río los sacos de ropa. No ganaba algún dinero más que en Semana Santa, poniéndose la armadura para salir de guerrero en la procesión, ó cargando las andas del Cristo de las Aguas. Á mí me aborrecía, no sé por qué, y un día me colgó del techo por los pies, y sacó un gran cuchillo con el cual decía que me iba á abrir en canal. Mis alaridos atrajeron á la vecindad, y una vecina llamada, como yo, Lorenza, le dió cuatro pescozones á mi padrastro, que se quedó con ellos. En fin, para no cansar á usted, aquellas buenas señoras de Rojas, tías de don Braulio y hermanas del señor Magistral, me sacaron del infierno en que yo vivía, para pornerme en las monjas de San Clemente, donde me enseñaron lo poquito que sé, y viví tranquila, y fuí instruída en todo lo que toca á nuestros deberes para con Dios.

»Diré á usted que mi mayor gusto en el convento era trabajar y rezar. La holganza y la cháchara y el juego no me satisfacían, y esto no lo digo por alabarme sino porque es verdad. Mucho gozaba yo pensando en los misterios, figurándome la pasión y discurriendo sobre todo lo que abraza nuestra fe. En las horas de trabajo meditaba, y meditando sentía en mi alma consuelos y alegrías que de ningún otro modo entiendo que se pueden tener. Una noche se me apa-

reció la Virgen y me habló... Ya sé que se reirá usted con lo que voy á contarle; pero no me importa. Lo que digo, digo, y tómelo usted como quiera.

IV

»Pues sí, señor, se me apareció la Virgen y me dijo: «Pobrecita, tú has nacido para padecer y ser esclava. Alégrate, que la mejor de las voluntades es obedecer siempre, y la mejor libertad no tener ninguna, y esperar sólo trabajos, obligaciones, molestias, y en una palabra, esclavitud. De niña, fuiste sometida á mil pruebas difíciles. Mujer, sometida serás á mayores pruebas. No pienses en nada agradable para los sentidos; no te recrees más que en sufrir, y acude siempre á donde quiera que veas dolores, miserias y penalidades. Desprecia la felicidad, y humíllate siempre, pues siempre has de ser sierva...» Así me habló, palabra por palabra, y por esto aunque la vida del convento me gustaba, como las señoras de Rojas no querían que me quedase allí, dispúseme á obedecerlas y á ir adonde me llevasen... Pues verá usted: otra noche se me apareció mi madre y me dijo: «Hija de mi corazón, me he muerto. Reza por mí y no te cases nunca.» Al día siguiente supe la muerte de mi madre, ocurrida repentinamente. Fué una angina de pecho, según me contaron. Sintióse malita al volver del río, y se echó sobre la cama: á media noche era cadáver. Mi padrastro no vivía ya con ella, y según dijeron, andaba con los Juanillones... A mi hermano el músico le habían pensionado ya, y estaba

en Madrid. ¿Y el pobrecito monstruo? ¡Ay! esto era lo que á mí me ponía en grandisima inquietud. Por dicha de él y mía, le recogieron mis tíos, y con ellos vive.

»Á poco de quedarme huérfana, las señoras de Rojas me llevaron consigo ¡qué pena dejar el convento! Pero como la Santísima Virgen me había dicho «ríete de la felicidad... obedece siempre... abomina de todo lo que te gusta» no hice la menor resistencia. ¡Y cuánto me querían aquellas señoras! Enseñáronme mil cosas útiles, y cuando murió la mayor, doña Cayetana, doña Pía me recomendó á su madre de usted para niñera ó institutriz de Ción. Una tarde me trajo el Sr. Pintado á Madrid, en el tren, y en la estación estaba D. Braulio esperándome. Dos años hace que entré en esta casa. Lo demás lo sabe usted, y aquí se acabó mi cuento. He procurado cumplir con mi deber, y ser esclava de la señora, la que me tomó cariño, y me trataba como una madre. Ella mandando y yo obedeciendo sin tener más voluntad que la suya, hemos vivido en perfecta armonía, como alma y cuerpo, que siendo dos, parecen uno. Llevóse Dios á la señora; he cambiado de amo. Me consagro á cuidar la niña, siempre que usted no lo disponga de otra manera y me plante en la calle.

—¡Plantarte en la calle! Tonta ¡qué cosas se te ocurren!—le dijo Guerra con calor.—Ción y tú formáis ya una especie de unidad indivisible. Ni la niña puede vivir sin ti, ni tú sin ella, ni yo sin las dos... porque mi madre te enseñó á gobernar tan bien esta casa, que eres en ella insustituíble... Acepto tu esclavitud como un beneficio del Cielo, y yo cuidaré de que las cadenas no te pesen mucho... Pero se me

ocurre una duda, y has de satisfacerla al momento. Vamos á ver: si yo me casara... comprenderás que no tendría nada de particular... pues si yo me casara y diera á mi Ción una madrastra, te conformarías...?

—¿Yo?... ¡otra! ¿tengo algo que ver con que usted se case ó se deje de casar?

—Te pregunto si, casándome yo, seguirías al lado mío.

—Obedezco siempre, lo mismo si me mandan irme, que si me mandan quedarme.

—¿Y obedecerías á mi mujer?

—Claro que sí... siempre que no me mandara cosas contrarias á la ley de Dios...

—Qué ley ni qué... Supongamos que te tiranizara, que fuera exigente, antipática, regañona; que te obligara á trabajar con exceso sin darte descanso, y que te regateara y te usurpara al fin el cariño de Ción. ¿La obedecerías?

—He dicho que sí.

—¿Fuera quien fuese?

Ante esta condicional, Leré vaciló un instante; pero pronto imperó en sí misma diciendo:

—Fuera quien fuese, porque yo nací para la servidumbre, para el cansancio, para obscurecerme y no ser nunca nadie, y cuando las cosas se me arreglan de otro modo, paréceme que es ilusión, ó que Dios me pone delante una felicidad de pacotilla, á ver si me dejo engolosinar por ella y caigo en la tentación de preferir los bienes de esta vida á los de la otra.

Estas afirmaciones, que revelaban el temple de alma de la moza aquella, pareciéronle á Guerra inspiradas en un sentido falso de las cosas divinas y humanas;

pero aun así la desmedida grandeza de tal idea le subyugaba, y enmudeció ante ella, tributándole el respeto debido á los errores que implican abnegación. Aquella noche no hablaron más que de cosas pertinentes al gobierno de la casa, en la cual, gracias á Leré, no se echaban de menos la autoridad y pericia doméstica de doña Sales. En esto la satisfacción de Angel era completa, pues en lo tocante á su servicio personal, al orden de todas las cosas que directamente le atañían, nunca se vió en su propia casa tan bien atendido. Leré le cuidaba, no mejor que Dulce, porque esto era imposible, pero sí lo mismo, estudiando sus gustos, sus deseos y hasta sus manías, para que nada le faltase.

Pero fuera de lo perteneciente á su servicio directo y personal, á cada instante encontraba motivos para dar á conocer su carácter brusco y autoritario. Si con Leré no reñía nunca ni podía reñir, con Braulio andaba siempre de puntas por cualquier insignificancia. Bien conocía la honradez intachable del administrador, y sobre esto no había cuestión, pero le acusaba de torpeza, de olvidos, de entenderlo todo al revés. Gracias que aquel bendito era hombre de paciencia sin igual, y bien lo había probado en tiempo de doña Sales. Con Pintado también tenía Angel agrias cuestiones, por el reparto de la considerable suma que su madre había dejado para misas. Trataba el nuevo amo al capellán y amigo de la casa sin ningún respeto, y tanto miedo llegó á cogerle D. León, que una tarde, despidiéndose á la francesa, no paró hasta Toledo. Con los testamentarios, Medina, Taramundi, D. Francisco Bringas y el marqués de Casa

Muñoz, los rozamientos eran continuos y de mucha aspereza. Cuando alguna duda surgía, Angel opinaba siempre en contra, y en aquellos asuntos de indudable claridad, en que no había más remedio que someterse, lo hacía gruñendo, lastimándoles con palabras desabridas.

Bueno será advertir que en su testamento disponía doña Sales del quinto, destinándolo á obras piadosas y á sufragios por su alma. El resto de la fortuna constituía la legítima de su hijo, y ningún entorpecimiento hubo ni haber podía en la transmisión. A Guerra no le contrarió que su madre hubiese dispuesto del quinto de los bienes, pues era hombre muy desinteresado; pero le molestaba la ingerencia de aquellos señores, para él atrozmente antipáticos, y habría preferido que su madre le hubiera encomendado á él solo la distribución de mandas y limosnas. Una tarde le cogió de mal talante el pobrecito D. Francisco Bringas; palabra tras palabra, Guerra se cegó, y por poco hay la de Dios es Cristo. Poco después la emprendió con Braulio, á quien dijo que no sabía donde tenía la mano derecha. El altercado amenazaba tomar proporciones, porque el pobrecito del administrador, harto de sufrir, creciόse al castigo, y sabe Dios lo que habría pasado, si Leré, cogiendo solo á su amo, no se hubiera permitido amonestarle con aquella severidad dulce que era su secreto. ¡Cosa extraña! la humilde jovenzuela, que alardeaba de no tener voluntad, aventurábase á reprender al que con su mal genio hacía temblar á todos los de casa. La que practicaba la religión de la obediencia, ejercía de autoridad con el déspota, obediente solo á sus caprichos.

—¡Qué mal hace usted—le decía,—en no comprender que la cólera es un tormento que las personas se dan á sí mismas! Quiere amargarse la vida, como si la vida no tuviese por sí mil amarguras. Y es además pequeñez de alma enfadarse sin motivo con ese bendito de Dios. ¿Pero no ve usted que con esos regaños sin ton ni son, se aturrulla más, y el infeliz se equivoca y suda el kilo solo por el miedo que le tiene á usted? Lo mismo que acoquinar al pobrecito don Francisco Bringas, que es un palomo sin hiel. Pero el pobre señor, ¿qué ha de hacer más que cumplir la ley? Y no salga usted por el registro de que la ley es estúpida. Pero qué, ¿se va á poner el pobre don Francisco á reformarla? Estúpida ó no estúpida, él la tiene que cumplir, pues para eso lo designó doña Sales. Es preciso que usted se amanse. ¿De dónde ha sacado que todos los que le rodean y le sirven estan obligados á sufrirle? Así no se puede vivir en el mundo. Mándeme usted á mí despóticamente, desahogue en mí esa fiereza, y trate á los demás con agrado y como se debe tratar á los semejantes.

De primera intención, Guerra le contestaba mandándola á paseo; pero la amonestación caía en su alma como un bálsamo y le aplacaba. A poco de esto, volvió á entrar Braulio en el despacho de su amo trayendo unos apuntes que aquel había pedido, y se pasmó de encontrarle bastante menos áspero que antes, y con cierta inclinación á la indulgencia. Al siguiente día, quizás por haber mediado una nueva fraterna de Leré, notaron todos en el señor suavidades inusitadas, que les llenaron de asombro. Por la noche, hallándose la fiera en su despacho, entró la toledana y le dijo:

—Ahí está el bienaventurado D. Francisco Bringas. Trae una cara de terror que da lástima, y viene con el refuerzo del marqués de Taramundi, el cual me parece que no las tiene todas consigo. No sea usted soberbio, y recíbales como le recibirían ellos á usted.

No dijo más. Bringas y Taramundi se pasmaron de lo tranquilo y humanizado que estaba el hijo de doña Sales, y aquella feliz noche vieron expedito el camino para resolver algunas cuestiones pendientes en la testamentaría. El mismo Guerra se hizo cargo ¿cómo no? de la misteriosa autoridad de Leré sobre sus nervios insubordinados y sobre su genio díscolo y batallador. ¿Qué artes celestiales ó demoniacas tenía aquella pobre mujer de los ojos temblones, para aplacar su cólera con cuatro palabras? ¿De dónde, de qué orden de sentimientos emanaba tal poder? Si era tan débil que se declaraba obediente hasta el servilismo y humilde hasta la anulación de su personalidad, ¿cómo gobernaba lo más difícil de gobernar, las pasiones y la soberbia del nuevo amo? Guerra no entendía bien esto, ni se devanaba los sesos por penetrar las causas de tal fenómeno; pero ello es que sentía una inclinación efusiva hacia los temperamentos de paz y concordia siempre que se encontraba en compañía de Ción y Leré, recreándose en la travesura hechicera de la niña, y departiendo con la maestra, que moralmente le cautivaba, no sin que descubriera cada día en ella encantos físicos hasta entonces mal observados. Sus ojos bailadores le hacían muchísima gracia, y el cuerpecillo esbelto y ágil, las formas redondeadas y el abultado seno de la sierva no le parecían ciertamente de paja.

V

Hasta los seis días de la muerte de doña Sales, no pudo Guerra visitar á su querida; es decir, sí pudo; pero no se determinó á ello, por ser el deseo de ver á Dulce menos fuerte que la inercia que en su propia casa le retenía. Fué pues allá una noche, la primera que salió á la calle, ya con el brazo completamente curado, y sin olvidar las consabidas precauciones. ¡Qué mal efecto le hizo el portal mezquino y la escalera angosta y sucia de la calle de Santa Agueda! Cuando su amante le abrió la puerta y se echó en sus brazos, Guerra, dicho sea con verdad, experimentaba la misma emoción y la misma extrañeza que si hubiera estado ausente un par de años. Sintió en su alma las ligaduras que á su esposa fraudulenta le unían, y creyó ver en ella un cambio, un decaimiento que estaban sin duda más en su imaginación que en la realidad. A poco de entrar allí se le escapó esta frase: «Pero, hija mía, ¡qué flaca estás!»

De pocas carnes era la moza; pero á Guerra se le antojó que no tenía más que los huesos y la piel, y que su seno no abultaba más que el de un hombre.

—¿Te parece—replicó ella con ternura,—que no tengo motivos para enflaquecer? ¡Qué siete días estos!... Llegué á creer que me habías olvidado, que no volverías... Hace tres noches que no duermo ni pizca, pensando disparates... Claro, ahora que eres independiente y rico no me vas á querer.

—No pienses tal. Ya ves que te mandé dinero y te escribí una carta—dijo él meditabundo.

—Sí; pero en tu carta me decías: «mañana iré», y ese maldito mañana era lo que no venía nunca.

Quiso Guerra enterarse minuciosamente de cuanto su compañera de ilegalidad había hecho en aquellos nueve días, y la simpática y flaca joven le informó de todo con efusión y gracia, dándole cuenta hasta de sus comidas y almuerzos, y añadiendo que la única persona que le había hecho llevadera tan triste soledad era su tío D. Pito. El recuerdo de los Babeles acibaró el gozo de Angel, que empezaba á sentir hacia ellos repugnancia indecible, la cual, como sombra creciente, cogía también en parte á la pobre Dulce. Ésta creyó firmemente que Guerra se quedaría en aquella casa toda la noche, y cuando le oyó decir que pensaba retirarse entre doce y una, hizo lo que es de reglamento en toda mujer enamorada, protestó con lenguaje y mohines en que las quejas se mezclaban con el enojo, y el cariño con la exigencia. Grande era su estupor ante los escrúpulos de un hombre á quien siempre tuvo por el más despreocupado é independiente del mundo. La razón dada por Angel: «pero, hija, ¡qué dirán en casa, figúrate qué pensarán de mí en casa!» le hacía el mismo efecto que si oyera al diablo cantando misa. «No te conozco—le dijo,—y la muerte de tu mamá ha hecho de ti otro hombre.» Felizmente, sabía ella conformarse á la voluntad imperiosa de su amigo, tragándose las hieles y llenándose de resignación. Gracias á esto, no estalló el altercado que en circunstancias tales suele producirse entre varón y hembra. Por fin, Dul-

ce misma aprobó aquel afán de guardar las formas, que era cosa tan nueva en el revolucionario incorregible; pero no pudo disimular la tristeza, compañera de los presagios que asaltaban su mente. Tanta formalidad parecíale de malísimo agüero: tras las apariencias de virtud vendría la virtud misma, la virtud tardía, la del diablo harto de carne, que es la más desastrosa de las virtudes, y el lazo aquel tan débil, á poco que su diablo se metiese á fraile, se rompería en nombre de la sociedad.

Las horas que allí estuvo, no habló Guerra más que de Ción, ponderando su belleza, refiriendo sus gracias, sus dichos y diabluras, con tal prolijidad y calor, que Dulce no pudo menos de ver en ello algo de manía. También ella amaba mucho á Ción, aunque no había tenido ocasión de mostrarle su cariño; y cuando pidió á su amante el favor de verla y abrazarla, Guerra se lo negó con rebuscados pretextos. En un instante de espontaneidad, por poco se le salen del pensamiento á los labios estas palabras: «No sabes tú bien cuánto te aborrecía mi pobre madre: si te traigo á la chiquilla, me parecerá que ultrajo la memoria de su abuela»; pero comprendió á tiempo cuán poco delicado era el argumento, y se calló.

—Yo quiero verla—insistió Dulce.—De seguro la querré tanto como tú, quizás más que tú. Me parecerá que es hija mía, y me consagraré á ella como si la hubiera llevado en mis entrañas.

Esquivó el muy pícaro la cuestión, prometiéndole, en términos vagos, que algún día podría satisfacer aquel anhelo, y poco después pensaba que su primera observación, al entrar, acerca de la flaqueza de su

esposa de contrabando, no era caprichosa. Las carnes de ésta, que nunca pecaron de lozanas, iban á menos con rapidez aterradora. En lo más recóndito de la mente de Angel despuntaban ciertas comparaciones, en las cuales salía Dulce muy desfavorecida. Por fin, no olvidó contarle la estafa que los Babeles fraguaron contra él, falsificándole la letra, lo que Dulce oyó con terror, cruzadas las manos y exhalando suspiros. Y él, que rara vez había usado con su querida los temperamentos autoritarios, la ordenó que tuviese el menor trato posible con la familia, que se apartase de ella poco á poco hasta llegar á un alejamiento absoluto, como el de su hermana Cesárea.

—Pero hijo mío—replicó ella con verdadera consternación.—Si voy allá alguna vez, es para impedir que se mueran de hambre.

Guerra se calló, viendo ante sí un problema difícil de resolver. Subvencionar á los Babeles le parecía indigno y desmoralizador; sitiarles por hambre, crueldad inhumana, y encaminarles á su natural destino, que era la cárcel, el presidio ó el manicomio, resolución incompatible con la amistad de Dulce.

Camino de su casa, entre doce y una, pensaba que la variación notada en su consorte ilegal era un fenómeno puramente subjetivo. «Yo soy el que ha variado—se decía, haciendo en sí mismo sondaje sincero y profundo;—yo no soy el que era. La muerte de mi madre, la posesión de mi fortuna y de mi casa han hecho de mí otro hombre. Surgen á mi lado de improviso cosas y personas nuevas, y me siento amoldado á ellas aun antes de pensarlo. Cierto es que no somos dueños de nosotros mismos sino en esfera muy

limitada; somos la resultante de fuerzas que arrancan de aquí y de allá. El carácter, el temperamento existen por sí; pero la voluntad es la proyección de lo de fuera en lo de dentro, y la conducta un orden sistemático, una marcha, una dirección que nos dan trazada las órbitas exteriores. Para probarme á mí mismo que he variado, me pondré un ejemplo, que encuentro en mi realidad interior. Antes de la muerte de mi madre, cuando andaba yo por ahí en salteaduras políticas, mi sueño dorado, mi ilusión eran tener riqueza bastante para fundar un periódico en que defender mis ideas. Deliraba yo por el tal periódico, pensando que fácilmente produciría con él una gran excitación en todas las clases sociales. Pues bien: ya tengo la fortuna, soy dueño de crear mi órgano; y lo mismo ha sido poseer los medios que sentir repugnancia del fin. No, nada de papeles. ¿Para qué? ¿Para calentarme la cabeza y tener mil disgustos, y luego no sacar nada en limpio, porque el país no ha de agradecerme que yo quiera ilustrarle, y los revolucionarios tampoco me han de agradecer que me queme las cejas por ellos?... En resumidas cuentas, que mi fortuna y mi posición me infunden cierto excepticismo político, y mayor apego á la vida del que antes tenía, como si pasara de niño á hombre. No quiere esto decir que mis ideas respecto á la cosa pública no sean las mismas, ni que se amortigüe mi deseo de verlas triunfantes... pero habrá otros que trabajen por ellas... habrá tantos... tantos... que...»

VI

Pasaban días sin que nada indicara que corría peligro la libertad de Guerra. Ni polizontes, ni alguaciles parecieron por la casa, y el delincuente juzgábase olvidado ó quizás protegido por amigos influyentes. Algo de esto pasaba, porque el buen marqués de Taramundi le vendía protección, trayéndole algunas noches recados misteriosos, que con la debida cautela le decía al oído, y que poco más ó menos eran del tenor siguiente: «Hablé con el Ministro, y puedes estar sin cuidado. No resultará nada contra ti. Fácil es que te citen... y en este caso, vas, declaras... y punto concluído. ¿Quién te va á probar que anduviste por los *Doks* aquella noche? Y aunque te lo probaran. No habiéndote cogido *infraganti*, nada puede resultar contra ti... Que te estabas paseando... Conviene, por prudencia, que no salgas de día, que no te dejes ver en ningún sitio público... porque... ¿qué necesidad hay de que la gente arme catálogos? Dirían tal vez que mientras se persigue á otros infelices que no tienen sobre qué caerse muertos, á ti, por ser pudiente, te dejan libre y encima te dan confites. Esto no conviene que se diga, por el decoro del Gobierno.»

Guerra, la verdad, no se preocupaba ya poco ni mucho de su situación jurídica. Entre las escasas relaciones que tuvo aquellos días con sus compañeros de motín, la única digna de mencionarse es que escribió al capitán Montero, refugiado en París, y le mandó un socorro. De día se estaba quietecito en casa,

sin recibir más que á ciertas personas, muy bien avenido con la clausura, pues lentamente iba tomando guto á los quehaceres de propietario, y las nociones que poco á poco adquiría de todas las particularidades referentes á su saneada fortuna le causaban cierta placidez melancólica. Hasta aquellos días no se enteró bien de lo que rentaban sus cuatro casas de Madrid y sus valiosas fincas urbanas y rústicas de Toledo, ni de lo que importaba el cupón de los títulos de 4 por 100 que poseía. Fué para él novedad grande el discutir con Braulio en qué colocarían las considerables sumas que aparecieron en metálico, ahorradas por la difunta, y que aún estaban sin empleo.

Porque conviene advertir, para que se comprenda bien el asombro que á Guerra causaba su heredada riqueza, que doña Sales, parte por su condición despótica, parte por avaricia, le había tenido siempre en un puño, como suele decirse, sin permitirle intervenir en los asuntos de la casa, ni enterarle de nada. Y él, por abandono, por rutina, tal vez por evitar disgustos ó cuestiones, resignábase á situación tan desairada y á la escasez consiguiente, y ni siquera pensó nunca en reclamar su legítima. Gobernaba, pues, la señora autocráticamente, como si no tuviera tal hijo, ó lo creyera incapaz de administrar lo suyo.

Doña Sales, además, guardaba gran parte de sus rentas en diferentes sitios recónditos, mejor será decir que lo escondía, obedeciendo á un instinto de urraca que en personas como ella debe clasificarse como una forma de neurosis. En el cajón bajo de su armario de luna, en las gavetillas de su *neceser* de costura en el lavabo, entre objetos de perfumería, en un

baúl que guardaba ropas de su marido, y hasta en ciertos escondrijos de la despensa, se encontraron cartuchos de monedas de oro y plata, billetes dentro de sobres cerrados. ¿A qué fenómenos de la voluntad obedecía esta ocultación esporádica de caudales, y su singularísima mescolanza, pues en algunos cartuchos se veían entre el oro piezas de cobre? Imposible desentrañar la idea generadora de semejante estravagancia, sobre todo en persona tan ordenada y razonable. Cavilando en ello, pensaba Guerra que su madre guardaba en tal forma el dinero para que él no pudiese encontrarlo. También pensó que en aquel caso no debía verse más que un instinto de los más primordiales dentro de la sociabilidad, instinto no modificado por la educación, y que se conserva como las más arraigadas mañas orgánicas: el goce secreto de la riqueza. La única persona enteradas de aquellas mañas de la señora era Braulio, y sabía también que doña Sales apuntaba en un librito todas las sumas escondidas. La señora debía de gozar secretamente en dar á su picardía el carácter de colocación metódica de capitales, llevando cuenta y detalle de aquel escamoteo pueril, que era sin duda uno de esos recreos cerebrales que la psicología no ha puesto ni quizás pondrá nunca en claro. ¿Y con qué objeto metía perros chicos entre las monedas de oro, ó cuentas de la lavandera entre los billetes? Quizás gozaba considerando la estupefacción del descubridor del hallazgo.

A poco de espirar la señora, Braulio dijo á Guerra que buscara el librito en la mesa de noche de la alcoba. Como no lo encontraran allí sospechó que estaría entre los colchones de la cama, y en efecto allí es-

taba. Pues con aquel guión, fueron revolviendo por toda la casa, y descubrieron los esparcidos retazos del tesoro.

En esto se entretenía el nuevo propietario, tomando más gusto cada día á la posesión de su caudal y á la independencia que le proporcionaba. A medida que se iba afianzando en aquel sólido terreno de la propiedad, sentía más inclinación á concentrar sus caudales que á diseminarlos, como si sus antiguos hábitos de pródigo se trocaran en instintos de allegador ó coleccionista de capitales. En suma, la antigua generosidad, representada en su mente por una idea de mecanismo centrífugo, se iba modificando y tomando la expresión de una idea centrípeta. Trayendo á la memoria lo desprendido que era en sus épocas de penuria, achacaba el defecto del despilfarro precisamente á la carencia de materia despilfarrable.

Dicho se está que uno de sus primeros cuidados fué pagar antiguas deudas, recogiendo todo el papel suyo que tenían usureros de los más feroces, uno de los cuales, el más feroz sin duda, no era otro que aquel don José Bailón, á quien vimos de punto fuerte en el comedor de los Babeles. Con estas ocupaciones de utilidad innegable, y el hábito naciente de administrar, se iba serenando su ánimo, cada día menos accesible á la cólera, aunque no libre de tristezas, porque su conciencia no se quería limpiar de aquel tremendo escrúpulo de haber contribuído á la enfermedad y muerte de doña Sales. Se consolaba pensando que si su mamá le hubiese tratado de otra manera, dándole parte de las rentas de su legítima, y permitiéndole colaborar en los asuntos de la casa,

no habrían quizás surgido entre los dos tantos motivos de discordia.

Todo el tiempo que tenía libre, consagrábalo á Ción, haciéndose tan niño como ella, y extremando su cariño hasta la idolatría. La chicuela comprendía la inmensidad del afecto de su padre, y lo explotaba para sus caprichos infantiles con arte instintivo, que anunciaba en ella las artes supremas de la mujer de mundo. Poseía ya los rudimentos de la estrategia femenina, aparentando ceder para triunfar, y manejando la lisonja con exquisita destreza. A su lado, siempre estaba Guerra de buen humor, permitiéndose bromear con Leré en términos de familiar malicia.

—Pero ven acá, Léré, y dime con toda confianza, pues sabes que te estimo y deseo tu bien: ¿tú no tienes novio? Eres muy modesta y crees que careces de mérito personal. Pues estás muy equivocada. Ten franqueza con tu amo. ¿No hay por ahí ningún joven honesto que te haya declarado su atrevida pasión?

Pensaba Guerra que la mística joven se turbaría al oir estas chirigotas; pero á buena parte iba. Leré se reía, diciendo con tanta naturalidad como firmeza: «Déjeme usted á mí de novios y de jóvenes honestos. Yo no he pensado nunca ni pensaré jamás en tal cosa.

—Pues mira tú, yo he de poder poco, ó he de casarte con un caballerito de mérito. Mucho ha de valer para igualarte; pero verás cómo le encontramos, siempre que tu ayudes.

—Que me deje usted en paz... vamos... don Angel, ¡qué ganas de broma tiene usted!

—Que te casamos, mujer, que te casamos. No seas tonta, y no trines anticipadamente contra el matri-

monio. Por supuesto, es preciso que acortes un poco los rezos. Eso espanta á los novios, y yo sé de algunos que prefieren una mujer algo pizpireta á una engarza-rosarios. La religión es cosa muy buena; pero en la vida doméstica, hija, el cuidado del marido y de los *churumbeles,* que los tendrás, vaya si los tendrás... te absorberá mucho tiempo, obligándote á dar de mano á las devociones. También es menester que te compongas algo, con permiso de la Virgen, que no se enfadará por eso. Tanta, tanta modestia es por demás. Convéncete de que eres bonita y de que lo serás más si te perfilas y acicalas un poco. ¿Para qué hizo Dios la belleza de las mujeres sino para que la luzcan? Te aseguro que con mi autoridad de amo voy á declarar la guerra al vestidito de hábito de la Soledad, y á la mantillita negra que parece una caperuza. ¿Obediencia has dicho? Pues ponte el sombrero que te compraré, y vístete como yo te mande.

Leré no se mordía la lengua, ni se achicaba, llegando á decir con gracejo que si su amo se lo mandaba saldría á la calle *hecha un mamarracho.* «¿Qué me importa?—añadió.—El vestido no hace la persona, y la *misma librea del diablo* puesta sobre mi cuerpo no dañaría mi alma.» Después habló con repugnancia del matrimonio, con desdén y lástima de los muchachos pertenecientes á la clase de novios, y de todo lo que no fuera la comunicación continua con el Eterno Amante, terminando con esta afirmación categórica en tono firme y sincero: «Créame usted: yo no sirvo para eso. Mi corazón me llama á otra clase de vida. Ahora, Dios quiere que me consagre al cuidado de esta niña... Yo sé que Dios lo quiere... y también la

Santísima Virgen. El día en que Ción no necesite de mí, seguiré mi vocación, entrando en una orden religiosa, en la más estrecha, D. Angel, en la más rigurosa, en la que exija más trabajo y más sacrificio, y ordene más humildad y más penalidades, en la que más nos aproxime al dolor y á la muerte.

—¡Qué convicción!—decía el otro para sí, entre confuso y asombrado.—Hasta elocuente es esta condenada chica.

VII

«Pero, hija—le dijo Guerra otro día,—no engordes tanto, que gordura y penitencia rabian de verse juntas. Cada día parece que te redondeas más. Verdad que las carnes que echas ahora son como un acopio de fuerza y salud para los días en que toquen á mortificación y abstinencias.»

Sépase, entre paréntesis, que la santita de los ojos temblones usaba siempre corsé, por recomendación expresa de doña Sales, muy partidaria de una prenda que imprimía decencia y respetabilidad. «El corsé—decía,—es útil para el cuerpo y para el alma.» Así debió de comprenderlo Leré, y en el hábito de comprimir y ajustar convenientemente su talle no hubo nunca asomo de coquetería. Al contrario, le enfadaba que su seno abultase tanto, y que cada día, á pesar de su sobriedad en el comer, tomase aquella parte del cuerpo desarrollo más insolente.

Por unas y otras cosas, por lo moral y por lo que no es moral, la maestra interesaba al papá de la discípula, despertando en él sensaciones y anhelos diversos,

que en breve tiempo pasaban de lo más á lo menos espiritual, y viceversa. Hay que decir en honor de Guerra, que siendo comúnmente hombre antojadizo y poco escrupuloso de los medios, tratándose de fines que le solicitaran con ardor, en aquel caso no pensó ni por un momento abusar de su posición de jefe de la casa. Un respeto indefinible y que hasta entonces jamás estuvo escrito en sus papeles, le detenía ante la pobre toledana, defendida tan sólo por su tesón admirable y por su recta conciencia. No podía, sin embargo, resistir cierta comezón de vigilarla de cerca, de sorprenderla en su vida íntima; y movido de ardiente curiosidad, puso en práctica un procedimiento poco delicado para satisfacerla. Una tarde obligó á Leré y á la niña á salir de paseo; hizo salir también á Braulio, y en el tiempo que los tres faltaron de casa, practicó un agujero en la puerta que comunicaba la alcoba de doña Sales con el cuarto en que Ción y su aya dormían. Bien preparado todo para un seguro acecho, al llegar la noche, pudo trasladarse sin hacer el menor ruido desde su aposento al que fué de su madre. Lo que atisbó en el de Ción, donde ardía toda la noche una lamparilla, no hizo más que afirmar su creencia respecto á la ingenuidad del misticismo de Leré. La niña dormía. De rodillas en medio del cuarto, frente á una pintura del Redentor crucificado, la maestra tan pronto rezaba con las manos juntas sobre el seno, tan pronto leía en su libro de oraciones. Pasado un larguísimo rato, la exaltada joven se tendió boca abajo en el suelo, sosteniendo la frente en las manos cruzadas. Debía de ser aquello una actitud de meditación, no de sueño y descanso,

porque á los oídos del acechador impertinente llegaba un rumorcillo de sollozos ó suspirar de monja, y algún silabeo como de conversación íntima con persona invisible.

Aunque aburrido de su inútil y poco digno espionaje, Guerra no quiso retirarse hasta no ver si Leré se acostaba ó permanecía toda la noche en aquella fatigosa postura. Por fin, cerca ya del día la vió levantarse del suelo. La cama estaba frente al punto de mira. Pero ¡ay! ¡qué chasco para el centinela! la joven no se acostó en ella. Aflojándose el traje y quitándose el corsé, sin que se pudiera ver nada más que el corsé mismo al ser despegado del cuerpo, se cubrió con una manta ligera, y echóse en el suelo contra la pared, apoyando la cabeza en una caja que contenía los chismes de cocina de Ción. Angel se retiró descontento de sí mismo por lo innoble de su conducta aquella noche, descontento también de Leré, porque tanta, tanta virtud parecíale ya excesiva y antipática. «Sobre todo—murmuraba restregándose los cansados ojos,—mi casa no es convento del Cister... estas escenas de devoción y estos desplantes de santidad, son una antigualla... ¡Bonitas cosas le va á enseñar á la niña si la dejo!... No, no, hay que prevenirse con tiempo contra esta influencia mística, que puede ser terrible para la pobre criatura. Ción es inteligente, de imaginación viva, campo bien preparado para recibir impresiones é ideas que luego no habrá medio de arrancarle... ¡Ah! Leré, Leré, es preciso determinar pronto si soy yo aquí el amo ó lo eres tú.»

Esta última apreciación respondía tal vez á que empezaba á observar que, de un modo indirecto y no

apreciable para la servidumbre, la voluntad de Leré prevalecía en todo lo pertinente al gobierno de la casa; pues aunque el amo era quien visiblemente mandaba, rara vez dejaba de consultar con ella, ó de amoldarse tácitamente á su deseo. Su autoridad resentíase de cierta subordinación á otro poder no definido, velado, el cual se iba imponiendo en virtud de una atracción ligeramente supersticiosa ó de un fenómeno sugestivo. Y debe notarse también que aquella primera idea, expresada al retirarse del acecho, acerca de los inconvenientes del misticismo de Leré para la educación de Ción, era una idea sofística con que Guerra quería engañarse á sí propio, ó poner una venda á su orgullo herido, porque... sinceridad ante todo... el misticismo aquel le sabía mal porque habiendo sido espuela convertíase en freno de sus deseos.

Otra plática.

Hablaban una noche de si Guerra saldría ó no saldría á la calle. Bien sabía Leré á dónde iba; y como su amo la autorizaba expresamente á tratarle con toda confianza, le dijo:

—Vaya usted, hombre, que esa también es de Dios. Está usted en pecado mortal; pero si no va á verla será pecado sobre pecado.

Angel se turbó, manifestando disgusto, y la toledanilla, animándose con la idea del éxito que alcanzar creía, se lanzó á decir:

—Está usted en el caso de casarse ó de romper con ella, si no quiere faltar descaradamente á la ley de Dios.

—Ambas cosas—replicó Guerra,—el casorio y la separación, parécenme á mí imposibles de realizar.

Muy pronto arreglan los beatos estas cosas tan graves, yo tengo mi ley, que no entiendes ni entenderás nunca.

—Buena será ella... No, maldita falta me hace entender su ley. Gobernándose con ella, no ha hecho usted en su vida más que desatinos, malquistándose con su madre, con sus amigos, metiéndose en enredos de política, para no conseguir nada, como no sea que la justicia le confunda con los criminales.

—De lo que yo he pensado y hecho desde que me lancé á esos delirios, porque delirios son, lo reconozco, no puedes tú juzgar. Eres demasiado buena y pacífica para poder entender de estas cosas, Lereita. ¿Quieres que te las explique? Hace tiempo que siento vivos deseos ¿qué digo deseos? necesidad de comunicarme con alguien, de aligerar y refrescar mi conciencia dando cuenta clara de los móviles de mis acciones, refiriendo lo que puede disculparme, lo que no tiene disculpa, y en fin, todo lo que he sentido, porque de lo que se siente, Leré, nacen las acciones, y aquellas que parecen más disparatadas, resultan no serlo tanto cuando se examina el corazón, que es la fuente, hija, la fuente de donde nace la voluntad. Desde que murió mi madre, vengo notando que se resquebraja dentro de mí todo el sér antiguo de mi vida, y aquello que me parecía la misma consistencia amenaza desplomarse... ¿Entiendes lo que digo?

—Vamos, eso se llama arrepentirse—observó la maestra prontamente.—Diga usted las cosas claras.

—Algo hay de eso. Llámalo transformación, crisis de la vida... pero arrepentimiento á secas, tal como lo entendéis los beatos, no me lo llames. Yo te contaré

todo lo que me pasa. Esta noche tengo que salir. Tú misma me has dicho que salga, y que es pecado no ir á donde me espera quien me espera. Mañana hablaremos.

VIII

Pero al día siguiente no hablaron nada de esto, porque Ción pasó la noche intranquila y con fiebre, lo que á todos los de casa disgustó mucho, y singularmente á Guerra, que con su disparada fantasía agrandaba lo pequeño y hacía montes y montones de cualquier contrariedad. Aunque Miquis le tranquilizó, estuvo todo el día muy mal humorado, sin sosiego, perseguido por cavilaciones y pensamientos tristes. Por fortuna, al otro día la chiquilla amaneció mejor; pero no le permitieron salir del cuarto, ni entretenerse con juegos en que pudiera mojarse. Mientras Leré daba vueltas por la casa, disponiendo diversas cosas, Angel cuidaba de que Ción no se agitara demasiado, y de que no metiese las manos en la jofaina, pues el fregotear y lavarse era en ella verdadera manía. Para entretenerla y alegrar su ánimo, no hubo cosa que Angel no inventara. Por la tarde, después de enredar mucho, se durmió, acostáronla vestida y bien arropada en su cama. La maestra se puso á coser, y el amo, tendido en un sillón, los pies sobre la banqueta y en la mano un periódico, por el cual pasaba los ojos sin enterarse de nada, le habló de este modo:

—Voy á contarte por qué hice tantas locuras, y por qué me metí con los revolucionarios. Desde niño, es decir, desde la segunda enseñanza, sentía yo en mí

la exaltación humanitaria. Estudiaba la historia, oía contar sucesos antiguos y modernos, y en lo leído y en lo contado, así como en lo visto directamente por mí, me impresionaban el dolor y la injusticia, compañía inseparable de la humanidad, y se me antojaba que el mal debía y podía remediarse. ¡Ensueños de chiquillo despierto y algo pedante! Ya hombre, persistió en mí la idea de que la sociedad no está bien como está, y que debemos reformarla. En un tiempo parecióme esto coser y cantar; después comprendí que la obra no era fácil; pero que debíamos arrimar el hombro á ella, acometiendo la parte de reforma que se pudiera, fiando al tiempo y al esfuerzo de las generaciones lo demás. Horas de soledad y tristeza he pasado yo cavilando en esto, y cuando tanteaba el terreno, y cuando veía á tanto pillo y á tanto majadero cultivar la revolución como uno de tantas granjerías, me desalentaba. Pero también he visto hombres de fe, sinceros y desinteresados, que...

Interrumpióse creyendo que Leré no prestaba atención á lo que decía.

—¿Te aburro, hija?

—No, siga usted... Aunque parece que no oigo, oigo. Decía usted que hay personas que... vamos...

—En una palabra, que mi simpatía hacia los trastornadores data de larga fecha, y no porque creyera yo que iban á realizar inmediatamente el bien y la justicia, sino porque volcando la sociedad, poniendo patas arriba todos los organismos antiguos, dañados y caducos, preparaban el advenimiento de una sociedad nueva. La suprema destrucción trae indefectiblemente la renovación mejorando, porque la sociedad no

muere. La anarquía produce en estos casos el bien inmenso de plantear el problema humano en el terreno primitivo, y de resucitar las energías iniciales de la civilización, la energía del derecho, del bien y de la justicia... Porque mira tú, y fíjate bien en esto: hoy nuestro organismo social y político es una farsa, un verdadero Carnaval sin disfraces, porque todos los poderes viven engañándose uncs á otros, y dándose cada broma...! El poder legislativo no es más que un instrumento del poder ejecutivo, pues no existiendo cuerpo electoral, la comedia esa de los votos no expresa nunca la voluntad del país. El poder judicial, que debiera ser salvaguardia de las leyes, es otra maquinilla en manos del poder ejecutivo, y...

Nuevas manifestaciones de aburrimiento en Leré.

—Veo que no me entiendes, y que estoy hecho un pedante insufrible.

—Sí que entiendo. Pero dígame usted, el poder ejecutivo, ¿quién es?

—El Gobierno, hija mía.

—¡Ah... qué pícaro! Por eso todos hablan mal de él.

—Pues, abreviando, mi inclinación á las ideas más avanzadas exasperaba á mi madre, y la resistencia de ésta y su tenaz empeño de que pensase como ella, me sulfuraba á mí, empujándome hacia adelante, porque mi carácter, no sé si lo habrás conocido, me lleva á la contradicción y á la independencia. Aun después de casado, mamá me trataba como á un chiquillo, y una de las cosas más intolerables para mí era que apoyara las sandeces del Sr. de Pez y otros majaderos que frecuentaban su tertulia. Delante de aquellos señores, yo, según el criterio de mi madre, no tenía

nunca razón; yo no decía más que disparates; y ellos, singularmente el asno de D. Manuel Pez, eran la cifra de la sabiduría. Fuí, como sabes, muy desgraciado en mi matrimonio, y por mil causas que ahora no vienen á cuento, le cobré á mi suegro un odio...! vamos, el mayor odio de mi vida. ¡Qué gusto, pensaba yo, poder intervenir en una trifulca muy gorda, muy gorda, con el solo objeto de colgar de un farol á ese tipo...! En fin, poco á poco me fuí emparejando con los que quieren volverlo todo del revés. Frecuenté sus reuniones, híceme amigo de éste y del otro, y bien pronto la influencia del conjunto me convirtió en un sectario como otro cualquiera, participando, como soldado de fila, de los odios y de los compromisos de los demás, y sintiendo mi voluntad engranada en la voluntad colectiva. ¿Entiendes esto, Leré? Oyendo un día y otro las mismas cosas, y juntándonos con éste y aquel amigo, el vértigo nos desvanece y nos arrastra. Es como la mecánica de los ejércitos. Va el soldado á la lucha y á la muerte por la sola razón de que siente ir á su compañero, y recíprocamente se sugestionan sin saberlo. De este modo, avanza toda la fila; pero si consultas aisladamente y en secreto á hombre por hombre, no hallarás quizás ninguno que quiera marchar. *(Pausa. Leré continúa mirando su costura.)*

»Después, mi vida entra gradualmente en un período de exaltación; mi madre se declara mi enemigo; erígese en personificación del orden social, y considera todos mis actos políticos y no políticos como ataques á su dignidad y á su existencia misma. La vida común se hace imposible, y tengo que buscar

fuera de casa la atmósfera de afectos que necesito para no asfixiarme. Mi madre pretende rendirme por la falta de recursos, y apenas me da lo preciso para la vida material. Yo me resigno, y aguanto la escasez sin hacer de esto un nuevo motivo de discordia. Reñíamos por cualquier simpleza, verbigracia, por el desacato de no reirme yo cuando soltaba un chiste de los suyos el marqués de Taramundi, ó por burlarme de él cuando nos hablaba de la meta. Por cuestiones de dinero, jamás tuvimos una palabra más alta que otra. Pero la escasez, encendiendo en mí la ira, el despecho y el furor de independencia, me impulsó á trabar amistades con gente de la peor condición posible. Aquí tienes cómo llegué á ligarme con los desesperados, entre los cuales hay gente buena y honradísima, ¿á qué dudarlo? Pero yo, por las irregularidades y el vaivén de mi vida, he conocido de todo, mediano y detestable, hombres sin seso, familias abyectas...

El recuerdo y la imagen de Dulcenombre le cortaron la palabra. Mentalmente hizo una excepción de su querida en el desdoro de aquella irregular existencia, y continuó sus tardíos descargos:

—¿Comprendes ahora por qué anduve entre los desdichados aventureros de la noche del 19 y de la madrugada del 20 de Septiembre? Esto, que te habrá parecido tan horrible, vino á ser en mí uno de esos estados de fiebre á los cuales llegamos por etapas, por una gradación de circunstancias propicias al desorden nervioso y á los espasmos de la voluntad. ¡Qué horrores habrás oído contar de mí en este mismo sitio en que estamos ahora! Oirías llamarme desalmado, asesi-

no, qué sé yo, y no podía faltar aquello del *feroz sectario* y de la *cobarde canalla...*

—La señora—replicó Leré,—no hablaba conmigo ni con nadie de estas cosas. Rezábamos para que Dios le tocase á usted en el corazón; pero nunca dijo que fuese usted asesino. Si lo pensó, por algo que le contaron, se guardaba muy bien sus ideas y sus amarguras. Sabía tragarse toda la hiel, disimulando, siempre muy señora, siempre muy digna y sin dar su brazo á á torcer.

—Pues yo no disimularé nada contigo... y no habrá repliegue en mi conciencia que no te descubra, porque me inspiras confianza y este irresistible deseo de confesar que es el instinto de reparación en nuestra alma. A nadie confesaría esto; pero á ti sí, para que me juzgues como quieras. No diré que fuí asesino, pero sí que maté un poco. Aquel digno militar cayó delante de mí. No fuí yo solo, fuimos... no sé cuántos... Un accidente de guerra; pero no de esos que quitan responsabilidad á los matadores... sino de los que caen bajo la jurisdicción de la conciencia, porque también las carnicerías de la guerra tienen su moral.

Levantóse agitadísimo, y dió dos ó tres vueltas por la estancia, parándose al fin ante Leré, que le miraba entre curiosa y asustada.

—Y aquel caso terrible y vergonzoso *(volviendose á sentar y pasándose la mano por la frente)* abruma mi conciencia... No quiero engañarme haciéndome el valiente, el descreído, y escudándome con mi fanatismo. Repito que pesa sobre mi conciencia, y que no puedo echar este peso de mí.

—No hay delito -le dijo la toledana con firmeza,

—que sea bastante grande para medirse con la misericordia de Dios.

—¿Me lo perdonas tú?

—¿Yo? *(Riendo.)* ¿Acaso soy sacerdote?

—Pero eres sacerdotisa *(abandonando el tono serio)*, y vas en camino de la santidad. Si yo tuviera fe en ciertas cosas, primero me pondría de rodillas delante de ti para que me echaras la absolución, que ante el Papa.

—No diga usted herejías, por Dios... Bromear con la religión es feísimo pecado.

—Para mí—dijo Guerra con irreverencia,—que tengo tantos y tan gordos sobre mi alma, uno más no significa nada. Y cometeré más, más; no lo dudes. Si yo creyera en el Infierno, no me horrorizaría la idea de ir á él...

—¡Jesús! ¡Qué disparate! *(Tapándose los oídos.)*

—Iría, sí, iríamos, porque ó yo había de poder poco, bendita Leré, ó habríamos de ir juntos... tú por delante.

V

Ción.

I

Por la noche recayó Ción. Era una fiebre de crecimiento, según dijo Augusto, intensísima, con aceleración extraordinaria de los movimientos cardíacos. Alarma en la casa, aflicción de Leré, inmensa inquietud de Guerra, que estuvo toda la noche fuera de sí, como demente, y en su trastorno llegó á decir á Miquis: «Si no me curas á la niña, te mato.» El simpático doctor no las tenía todas consigo, y vigilaba el corazón de la enfermita, entendiendo que de allí provenía todo el mal. En medio de la alta calentura, que llegó á pasar de los cuarenta, conservaba la chicuela sus facultades intelectuales, hablaba como una taravilla, pedía sin cesar agua para lavarse las manos, y lloraba cuando su papá y Leré se separaban de ella. El día siguiente fué angustioso, con ligeros descansos. Guerra no comprendía qué enfermedad era aquella, sintomatizada sólo por la altísima fiebre, que si cedía al baño ó á la antipirina, á poco se presentaba de nuevo con aterradora intensidad. Todo provenía, al parecer, de un desorden de la circulación, de un desequilibro repentino. En los ratos de mejoría, mostrábase en Ción otra fiebre no menos alarmante, la calentura de inteligencia, cuyo síntoma era la avidez por oir contar á su padre cosas estupendas y fabulosas, y

contarlas ella también con una galanura de imaginación que á todos asombraba. Su mente ardía, lo mismo que su sangre, y de aquel rescoldo brotaban como chispas conceptos y retahilas anecdóticas de peregrina originalidad.

—Papaíto, mira lo que está pasando: Basilisa me dijo ayer que le prestara mi cocina de muñecas para armar una ratonera. ¿Qué crees tú? ¿que los ratones cayeron? Quiá: se pasaron de la despensa al cuarto de Braulio y se comieron el libro de las cuentas. No dejaron más que los números tirados por el suelo... Dice Braulio que tú te vas á casar con Leré y que me vas á comprar un coche con caballitos de verdad, de carne, del tamaño del minino... ¿No sabes la que hizo Leré esta mañana? Pues se puso una toquilla azul para ir á misa, y cuando volvió traía el pelo suelto y un traje como el que sacan los *clones* en el circo.

—¡Qué bien, qué bien!—dijo Angel besándole las manos.—Sí, salada de mis ojos, cuéntanos todas esas cosas bonitas que han pasado, y que son verdad... ¡Vaya que Leré vestida como los *clowns*...!

—Papaíto, no te lo quería decir para darte la gran sorpresa; pero sabrás que te estoy bordando unas zapatillas, más bonitas que las de Braulio, con un dibujo así: un gato en el pie derecho, y una baraja francesa en el izquierdo. ¿Crees que compré las lanas? Tonto, me las encontré un día dentro del cajón de costura de mamá Sales. Yo lo abrí para buscar mi aguja, y vi muchos ovillitos, muchos ovillitos... pero muchos ovillitos. Yo iba sacando, y mientras más ovillitos sacaba, unos verdes, otros encarnados, otros de todos colores, más quedaban dentro, hasta que me

cansé de sacar, y llené con ellos la cesta grande de la ropa... Después fuí al comedor y me encontré á don León Pintado comiéndose una chuleta, y decía que estaba más dura que la pata de un santo... ¡Ah! en tu cuarto vi al Sr. de Medina tomándose las medidas del cuerpo, delante del espejo, como si fuera un sastre, y me dijo que si le quería hacer una levita. Le respondí que sí, y después nos fuímos todos al comedor, donde vimos al minino haciendo visajes y poniendo los ojos en blanco porque le dolían las muelas... ¡Pobre minino! D. Cristóbal riñó con Leré, porque Leré, en vez de decirle *excelentísimo señor,* no le dijo más que *muy señor mío*, y yo salí corriendo al balcón, porque sentí una campanilla, y les grité: «Cállense, que pasa el Señor.» ¿Tú crees que se callaron? ¡Ay, si supieras tú las peloteras que arman cuando no estás en casa! Yo les digo: «*Callaros*, *callaros*, que mi papá tiene muy mal genio y os va á mandar á la cárcel.»

—Bendito sea tu pico, bendita sea tu imaginación—decíale Guerra.—Ahora estáte quietecita. ¿Sientes mucho calor? Te daremos agua con azúcar. ¡Qué gloria de hija! Si quieres tener contento á tu papá, hazle el favor de tomar esta medicina. Ya ves: son anises, nada más que anises. Con esto te pones buena, y te llevaré á ver los *clones*, y te compraré la carretela con caballitos vivos. Uno de estos días llegarán de París, y los escogerás del tamaño que quieras, porque los hay chicos y grandes.

—Los escojo grandes y los escojo chicos. ¿Cuándo será? *(Con vivísimo interés.)* Los escojo de todos tamaños... ¡Ah! te contaré: el otro día me asomé yo á la ventana del comedor, que da al patio, y vi salir por

la puerta del sótano un ratón casi tan grande como un burro. No te rías, que es verdad... Bueno, pues sería como una cabra. Llevaba un collar con cascabeles, y parándose en medio del patio, me miraba como diciendo: «¿A que no bajas?» ¡Yo qué había de bajar, si tenía un miedo. .! ¿No sabes? me contó Lucas que en Madrid va á salir una procesión con tantos estandartes como personas hay, quiere decirse, que cada persona lleva su estandarte, menos los soldados que van con las escopetas al hombro... Oye un secreto: Braulio y Basilisa hicieron el domingo en la cocina un pastel muy grande, muy grande. De todo le echaron, cascos de naranja, pasas, nueces, anises, dátiles, y mucha azucar, un saco grande de azúcar, y dijeron que lo iban á poner en la mesa. ¿Tú lo viste? Pues yo tampoco... Papaíto, ¿á que no sabes lo que soñé anoche? Pues que tú me llevabas en brazos por un camino, y me decías que aquel camino era el del cielo... claro, por eso era todo azul, y había estrellas, unas con rabo y otras con barbas. Yo te pregunté si iríamos hasta el sol, y tu me dijiste que hasta el sol no, porque hacía *muchismo* calor y nos tostaríamos...

No desmayaba el loco imaginar de la pobre niña sino cuando el ardor de la fiebre la postraba, dándole modorra, pero sin llegar á perder el conocimiento. Bastante inquieto al ver que no cedía la calentura, Miquis ordenó los paños de agua fría, aplicados al cráneo sin cesar, y de este tratamiento se encargó Angel. Al anochecer, pidió la niña de comer, anhelando cosas dulces, y le dieron huevos hilados y pavo en galantina. Comía con regular apetito, sin dar paz á la lengua ni á la inventiva. Su pulso era vivísimo,

indicando una actividad desenfrenada del corazón, rebelde á la digitalina, que se administraba en gránulos como anises. Desesperado ante la ineficacia del tratamiento, Angel la emprendió con Miquis, llamándole inepto, y acusándole de no haber entendido la dolencia. El pobre Augusto, herido en su dignidad, y no queriendo devolver al atribulado padre las injurias que éste le dirigía, propuso consulta de médicos, á lo que Guerra contestó en tono despreciativo: «Todos sois unos ignorantes, llenos de pedantería y de fórmulas hueras, asesinos del género humano, no sabéis más que revestir de cháchara científica las sentencias de la muerte, y adornar con terminachos griegos vuestra estulticia.» Dicho esto, le volvió la espalda, ordenando á Braulio que citara á los médicos designados por Miquis.

Llegada la noche, determinó instalarse en la alcoba que había sido de su madre, con objeto de estar más próximo á su hija, y vigilar durante la noche el proceso de la enfermedad. Leré y él acordaron quedarse en vela, á menos que la niña no tuviese una remisión patente y descansase tranquila. Pero no había, por desgracia, síntomas de tal remisión feliz, y se preparaba una noche de prueba. Más que nada les inquietó la recrudescencia del prurito locuaz é imaginativo de la pobre enfermita, y en calmarla y hacerla callar emplearon mucho tiempo, y todos los recursos del ingenio de ambos: «Que el Niño Jesús había venido á preguntar por ella, dejando su tarjeta en el portal, y diciendo que se enfadaría si la niña no se callaba y se dormía. Que por cada minuto que la niña estuviera callada, su papá le compraría una muñeca ne-

gra y otra blanca.» Ción se plantó en no callar si no le enseñaban la tarjeta del Niño Jesús, y tuvo Guerra que hacerla, escribiendo en una cartulina un nombre, *Manuel*, con lo cual no se dió por vencida, diciendo que faltaba el apellido... «¿Pero dónde estaba el apellido?» Angel tuvo que añadir: *de Nazareth*. Fijándose luego en la promesa de juguetes por cada minuto de silencio y quietud, obligó á su padre á que le dijera los minutos que van de un domingo á otro domingo, y de hoy al año que viene.

Cuando se tranquilizó, más que por verdadero alivio, por el entorpecimiento de la modorra, Guerra se fué á la alcoba materna, donde acababa de instalarse, y solo allí, entregóse á cavilaciones dolorosas. Hasta entonces no había creido que Ción pudiera morirse; pero ya la idea de la muerte se presentaba á su espíritu con fijeza aterradora, como un temor, como una sospecha, más horrible que el recelo de la propia muerte. El amor de la chiquilla ocupaba por entero su alma; no comprendía la vida sin ella, y la idea de perderla llevaba consigo una soledad irremediable dentro de lo humano. Figurábasele que muerta Ción, el mundo se quedaba instantáneamente vacío, y que ningún encanto, ningún consuelo, ninguna amenidad podía ofrecerle la vida. Todos los demás afectos se obscurecían ante aquel afecto, que siempre fué grande, y que últimamente había tomado el carácter de preferencia absoluta y monomaniaca.

En la habitación que fué de doña Sales, prevalecían los tonos obscuros. A la escasa claridad de una luz con pantalla verde, resaltaban del fondo de las pa-

redes varias imágenes religiosas, cuadros de escaso mérito y algunos cromos de chillón colorido, pero que satisfacían el menguado gusto artístico de la señora, sirviéndole además para exaltar su mente y encadenar su atención durante los rezos nocturnos. Eran los Sagrados Corazones de Jesús y de María, San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot, y dos copias al óleo, en gran tamaño, de anacoretas de Ribera, pinturas de un tremendo realismo, en las cuales la afectación del claro-obscuro acentuaba la escualidez de los desnudos cuerpos. Siempre había mirado Angel aquellas obras de Arte con el mayor desdén; pero aquella noche su angustia y su temor se las hicieron respetables, y el desdichado llegó á creer que las figuras tenían ojos vivos para verle y oídos para escucharle, y un alma henchida de compasión por los infortunios humanos. Eran como amigos de la casa que acudían á consolarle, y á ofrecerse para lo que pudiera ocurrir.

Mirándolas, Guerra les mostraba su alma, todo lo que pensaba y sentía, y á poco de entablar semejante comunicación, entrábale un ansia vivísima de prosternarse ante voluntades superiores, y de pedirles que le ampararan en su tribulación. Exaltándose más á cada instante, lo que empezó por ser íntima súplica espiritual, llegó á traducirse en las formas externas de la oración, como el cruzar las manos, el gesto postulante, y por fin, hasta el ponerse de rodillas. Pero no se valía de las oraciones de la Iglesia, sino que imploraba con ideas y dicción propias, muy desordenadas y vehementes. «Porque bien entiendo—decía,—que no estoy en disposición de pedir, por no te-

ner fe... Pues á eso replico que tendré toda la fe que sea necesaria... Sálvese mi hija, y no habrá inconveniente en creer. Me rindo, me entrego, y reniego de todo lo que pensé. ¿No es un dolor que se me prive de esta hija, mi pasión, mi encanto, mi esperanza? Por malo que un hombre sea, ¿acaso merece castigo tan grande, soledad tan espantosa? No, y aunque la merezca, yo ruego, yo imploro que se me conceda la vida de Ción, porque... lo que yo digo; ¿en qué se ha de conocer nuestra miseria y la grandeza del Ser Supremo sino en esto de pedir nosotros y darnos Él lo que no merecemos?»

II

Después le daba por comentarse á sí mismo, diciéndose: «Cuidado, no se pide así, sino con humildad. Te pareces á esos pordioseros que acosan al transeunte, hasta que éste les da algo por quitárseles de encima. Pero con Dios no vale el ser porfiado y fastidioso. Solicita con humildad, conformándote con tu desgracia si no te dan lo que pides... Y conviene además *hacer* fe... Esto sí que es difícil, pero no hay más remedio. La fe siempre por delante.» Y encarándose de nuevo con las pinturas, les dirigía su ruego, tratando de poner en él toda la humildad y contrición posibles, pues lo que importaba, según iba pensando, era sacar adelante á la niña, ablandar la divina voluntad y hacerse merecedor del bien que impetraba. En una de éstas, su mano tropezó, dentro del bolsillo, con un arrugado papel. Era una carta de Dulce, recibida aquella tarde, en la cual se le quejaba de que no hu-

biera ido á verla en dos días, notificándole además que se encontraba enferma, con anginas y dolores agudísimos en todo el cuerpo. La olvidada carta y el recuerdo de aquella mujer, borrado hasta entonces de su memoria, le sugirieron un nuevo método de argumentación para apoyar su demanda. «¡Pobre Dulce!—decía, sin apartar su mente de las imágenes.—También ella pediría por la salvación de mi hija si tuviera noticia de lo malita que está. Ahora caigo en que mi gran falta, además del escándalo revolucionario, es este concubinato indecoroso. Pues yo lo sacrifico. Abajo la inmoralidad. Me enmendaré, romperé con esa mujer. Y si es preciso, para que Dios tenga lástima de mí, que yo le haga una ofrenda de mis afectos; si es preciso el holocausto de una persona querida, ofrezco á Dulce, sí, señor... por ofrecida. Yo la quiero mucho, y sentiría su muerte; pero entre ella y mi hija, lo menos doloroso es que Dulce muera y que mi hija se salve. Ción empieza á vivir, Dulce ha vivido ya bastante, y cuando yo me separe de ella, ¿qué la espera más que un porvenir de penas y deshonra? ¡Pues digo, con esa familia de bandidos...! ¡Desdichada mujer!... hasta le convendría morirse, y ser acogida por Dios en el Cielo. Ella iba ganando, y yo... Á mí, la verdad, me dolería mucho verla morir... Pero hay que reconocer que ha sido pecadora, y entre una pecadora y un ángel la elección no es difícil.»

Con tales ideas, y la lucha de sus sentimientos, y el esfuerzo mental de la oración, se le armó tal barullo en la cabeza, que el infeliz no sabía por fin qué lenguaje emplear, y tan pronto escondía algunas de

sus ideas, temeroso de que la omnisciencia divina se las viera, tan pronto las sacaba todas con arranque de sinceridad, diciendo: «Mi alma entera está aquí desnuda ante vosotros. Ved cuanto hay en ella, y escoged lo que os agrade y me valga, devolviéndome lo que me perjudique. Sálvese mi hija, y haced de mí lo que gustéis. ¿Es bueno que os sacrifique á Dulce? Pues lleváosla. ¿No es bueno? Pues quédese Dulce, pero de ninguna manera vendiéndomela por la vida de mi ángel dorado. Eso nunca. En todo caso compro á Ción con Dulce, á quien también quiero mucho... pero, atendiendo á su propio interés, la cedo, quiero decir, la sacrifico... Al fin y al cabo, yo he de dejarla, porque he prometido vivir con moralidad. Casarme con ella es ofender la memoria de mi madre... Y ahora se me ocurre: ¿acaso mi madre solicita desde la otra vida la traslación de mi hija al Cielo? (*Con inquietud.*) Esto sería una crueldad, una venganza, una atroz maquinación contra mí. Yo me opongo, protesto. Lo justo, lo cristiano sería perdonar á Dulce desde allá, amar á la que fué tan aborrecida, pedir á Dios que *la lleve*, para sellar allá ese pacto de concordia, esa reconciliación suprema y trascendente, y al propio tiempo conseguir de Dios que me deje aquí á mi niña, porque la necesito para regenerarme. Sólo este ángel podrá dar paz á mi conciencia y hacerme esclavo del bien y la justicia. Si me la quitan, seré muy malo, y de todas las violencias de mi carácter echaré la culpa á Dulce, pues ella es causante de mi desesperación. Ella misma debería pedir á Dios, á la Virgen, y á éstos ó los otros santos, que se la llevaran á cambio de la vida de Ción, y le harían caso, por-

que á los que ofrecen su propia vida se les atiende... *(Irritándose.)* Sentiría mucho que mi madre, *desde allá*, reclamase á la niña. No, esto no lo consentiría Dios, que es justo y ve las cosas claras... más claras que nosotros. Verá que la pretensión de mi madre esconde miras egoistas y de venganza... Y ahora pienso que esa enfermedad de Dulce puede ser grave, y ocasionarle la muerte. Lo mejor que debes hacer, mujer querida, es morirte; yo te siento mucho; pero se necesita una ofrenda, una víctima expiatoria, y ¿qué papel más bonito para ti? Te regeneras, te santificas, y mi hija cumplirá su destino terrestre al lado de su padre que la adora. Todo el bien que ha de resultar de esto te lo deberemos á ti, y te bendeciremos... Esto no quiere decir que yo desee tu muerte, no. ¿Pero con qué cara he de pedir también que te salves tú? Solicitar dos favores es la manera de no recibir ninguno. Hazte cargo... Señor, Señor, sálvese mi hija, sálvese á costa de Dulce y de toda mi familia, y de todo el género humano.

Al llegar á esto, el infeliz hombre, que cansado de rondar por la estancia y de importunar á las imágenes, se había dejado caer en un sofá, boca abajo, apoyando contra sus manos la frente ardorosa, no acertaba á reconocerse dormido ni despierto, no sabía si aquel tumulto de su mente era un estado normal ó un motín de las ideas.

Por la mañana, despejada la cabeza, apreciaba con claridad las cosas. Ción no estaba peor, y esto sólo bastó á dar á su padre esperanzas. Del desaliento pesimista y lúgubre pasaba rápidamente á un risueño optimismo. «Leré—decía palmeteando á la joven en

el hombro,—el corazón me anuncia que la niña mejorará en todo el día de hoy. En confianza te contaré que anoche he rezado... ¿Fué debilidad ó fortaleza? Me dió por ahí. Caprichos del espíritu... Cuando la tribulación le cierra á uno todas las puertas de la tierra, no hay más remedio que abrir algún ventanillo que mire hacia arriba. ¿Qué opinas tú?

—Pienso que si usted pide á Dios con fervor, ofreciéndole la enmienda de su vida, y diciéndole que quiere entrar en la Iglesia, la niña se salvará.

—Leré... no me tientes... no trastornes mi cerebro, que flaquea desde anoche... Yo estoy dispuesto á todo, con tal que me dejen á Ción. ¿Has rezado tú? ¿Has tenido acaso alguna visión?... quiero decir, ¿sabes por algún medio, por algún conducto de los que son familiares á las personas devotas, si puedo contar con la salvación de la niña?

—Yo ¿cómo he de saber?...—replicó Leré mirándole con asombro.—Saber, no... ¿Cree usted que Dios me va á decir á mí lo que piensa disponer? Hará lo que nos convenga á todos, á usted, á la niña y á mí.

Angel dejó de mirar á la maestra, cuyos ojos, más bailones aquel día que nunca, le mareaban, y como no quería entretenerla, la dejó en sus quehaceres, algo pesaroso de que las esperanzas de la joven aya no fueran tan concretas y terminantes como las suyas. Volvió al lado de Ción, que estaba menos habladora y un poco abatida, con escasa fiebre y el pulso más tranquilo. Luego tuvo noticias de que Dulce seguía peor, viéndose obligada á llamar al médico, y apresuradamente escribió á su querida diciéndole que tuviese paciencia y que se resignara con su destino,

palabras que la pobre mujer leyó con la mayor extrañeza, pues las esperaba sin duda más tiernas y consoladoras.

La tarde fué mala, y repentinamente las esperanzas de Guerra y de todos los de casa se trocaron en desaliento, porque la niña se agravó como si le hubieran dado un veneno activo. La fiebre subió á cerca de los 41, y el corazón funcionaba con celeridad aterradora, resistiéndose ambos estados morbosos á las medicaciones más enérgicas. La desesperación del padre y su falta de conformidad con la suerte se manifestaron de una manera brutal, como si quisiera echar la culpa de su inmensa desdicha á cuantas personas le rodeaban, pues para todas tuvo palabras duras y mortificantes, á todos les acusaba de precipitación ó negligencia. Miquis oía con estoica entereza las recriminaciones de su cliente, y sin acobardarse por ellas, anunció la proximidad del peligro. Rebelábase Guerra contra la verdad científica, invocaba al cielo y á la tierra con clamores y reticencias airadas y groseras, como esos criminales empedernidos que blasfeman, escupen al cielo y forcejean en los peldaños del patíbulo.

Acertó en esto á presentarse allí, por su desgracia, el Sr. de Pez, y después de expresar con voz compungida su dolor, permitióse reprender al yerno por su falta de conformidad cristiana. Replicó el otro con acritud, montó en cólera el apreciable sujeto, y de palabra en palabra llegó á decir á Guerra éstas que fueron como chispa caída en un montón de pólvora: «Pues qué, ¿crees tú que Dios Omnipotente que castiga y premia, iba á dejar en tus manos á este ángel,

como recompensa de tus actos contra la moral, contra el orden social y la religión?» Guerra no contestó nada de palabra, de obra sí; echóle ambas manos al pescuezo y le derribó sobre un sofá próximo. Antes de que D. Manuel patalease, le aplicó la rodilla al vientre oprimiéndole con fuerza, y mientras le agarrotaba sin compasión, le echaba en la cara, como un vaho mortífero, estas terribles expresiones: «Ahora te daré yo moral, grandísimo canalla, orden social, religión y todas las...» Esto ocurría en el antiguo cuarto de Angel. A los gemidos de la víctima, acudió Braulio, y poco después Leré. El primero pugnó por sacar á D. Manuel de entre las garras de su yerno; pero no pudo conseguirlo hasta que Leré con grito enérgico le dijo: «¿Está loco ese hombre? No sea usted bárbaro y respete á las personas.» Estas voces amansaron á la fiera más pronto que la fuerza muscular del administrador, y Pez respiró, maravillado de encontrarse con vida, pues había llegado al punto de no dar dos cuartos por ella. Leré trajo un vaso de agua al infeliz agredido, mientras Braulio se llevaba de allí á su amo, el cual seguía rezongando con acentos y ademanes amenazadores, como un hombre que por embriaguez ó por demencia no es responsable de sus actos.

III

La pobrecita Ción se abrasaba sin que nadie lo pudiese remediar. Se descubría, suspiraba hondamente, pedía agua, revolviéndose en el lecho, ponía los ojos en blanco con expresión impropia de la in-

fancia, mirada singular que técnicamente se llama *cínica*, y que, acompañada de una burlesca sonrisa de mujer, puso espanto en el corazón de los que la asistían. Avanzada la noche, repetíase este síntoma fisiognómico sin que el calor cediera, y el pulso se deprimía súbitamente á intervalos, para volver á agitarse con mayor furia. No cesaban de refrescarle el cuerpo y la cabeza con paños de agua fría, animándola al propio tiempo con palabras cariñosas, con ofrecimientos y mimos de que la pobre niña no hacía ningún caso ya. De repente gritaba pidiendo de comer; se le antojaba jamón en dulce, pasteles ó arroz con leche. Pero no le dieron más que agua azucarada, ofreciendo traerle lo demás. Su cara sufrió esa deformación extraña, que resulta de la falta de simetría en las facciones, por la tirantez de ciertos músculos y la distensión de otros; las dos cejas se arqueaban, cada cual con curva diferente; las pupilas resplandecían á veces como lumbre, á veces ocultaban bajo el párpado superior, produciendo el efecto plástico de un espasmo hondísimo de dolor ó placer. Poco antes de las doce, fué atacada de una convulsión tremenda: su padre y Leré la sujetaron, ni uno ni otro decían una palabra. Los bracitos de Ción forcejeaban entre los de sus enfermeros, de un lado para otro; sus manos asían lo que encontraban, y toda ella se hizo un ovillo. Siguió á esto un estado letárgico, la respiración dejó de percibirse, y á los pocos minutos, Guerra buscaba ansioso el aliento de la niña sin poderlo encontrar. Leré habia perdido toda esperanza, Angel aún las tenía, y le daba friegas á lo largo del cuerpo con verdadera furia.

ción se les había quedado entre las manos, y el atribulado padre no se daba cuenta de su desgracia, no la admitía, dentro del orden natural de las cosas, y esperaba, esperaba, aun después de ver y oir á Miquis, que entró casi al ocurrir la muerte, y quiso apartar al padre de aquel tristísimo espectáculo. Leré lloraba sin consuelo, á lágrima viva, besando á la niña y mojándola con sus lágrimas. Guerra continuó por algún tiempo rebelándose contra la evidencia, y su cara más que dolor revelaba idiotismo. Resistióse á salir, mudo y sombrío, y su mano no se apartaba de la cabeza de la niña difunta. Por fin, la certidumbre de su desgracia, adquirida en fuerza de considerar la realidad, se manifestó en una calma estoica, dolor cavernoso y sin externo aparato. Parecía dolor de abuelo, mientras el de Leré, desbordándose en ternezas y ayes desgarradores, era como el de las madres.

Negóse Guerra á las instancias que se le hicieron para que tomase alimento, pues en todo el día no había entrado en su cuerpo más que un poco de café. Sorprendióle la primera luz de la mañana en su alcoba poblada de impasibles imágenes, á las que dirigía de vez en cuando miradas desdeñosas. Á ratos pasaba al cuarto próximo, besaba el cadáver de su hija, decía á Leré algo referente al vestido que se le había de poner, ó á las flores con que se la debía adornar. Su aspecto era el de resignación más bien filosófica que religiosa, sostenida por una fuerte trincadura de los resortes de la voluntad, resignación en que entraban por algo el amor propio y la dignidad de varón fuerte. Á ejemplo de su madre, de cuyo ca-

rácter firme y tenaz se acordó mucho en aquel trance, se tragaba en silencio toda la cicuta, manteniendo las apariencias de una impavidez decorosa ante la adversidad. Ni rastros de cólera había en su semblante ni en sus palabras; daba sus órdenes con lúgubre laconismo, sin replicar á las observaciones, ni protestar airadamente contra cualquier simpleza. Y cuando Leré, los ojos llenos de lágrimas, se presentaba á él en son de consulta ó de consejo, oíala sumiso y deferente, y todo cuanto ella proponía dábalo por bueno, llegando á decirle: «Dispón tú como gustes, pues lo que tú ordenes será lo mejor.»

A insinuaciones de la toledana, en el día aquel que la niña estuvo de cuerpo presente, se debió que Guerra diese al doctor Miquis satisfacción cumplida por los arrebatos inconvenientes de los días anteriores; gracias á ella también, Braulio oyó de su amo frases cariñosas y de gratitud, y los demás servidores de la casa notaron en la fiera señales evidentes de domesticación. No se pudo probar si aquellas disposiciones pacíficas habrían alcanzado también al aborrecido suegro, porque éste no aportó por allí; pero sí consta que el marqués de Taramundi, D. Francisco Bringas, D. Cristóbal Medina y otros que acudieron á ofrecerse, se congratularon de la mansedumbre del hijo de doña Sales, atribuyéndola á la natural doma ejercida sin palo ni piedra por la desgracia, y al influjo del sentimiento religioso, amigo y familiar de la muerte, el cual nunca se queda á la puerta, cuando ésta entra en palacios ó cabañas.

Vistieron á Ción con riquísimo traje de encajes, y pusiéronle corona de flores vivas, las mejores y más

costosas que en aquella estación se podían encontrar. Creeríase que había crecido después de muerta, y á todos sorprendió el tamaño de la caja, á cuyas dimensiones el rígido cuerpo se ajustaba exactamente, sin que sobrase ni faltase nada. Sus heladas facciones no conservaban rasgo ninguno de aquella expresión descompuesta y de aquel sonreir sardónico con que se despidió la vida. Su rostro era todo serenidad, y si se quiere, formalidad, sin mezcla alguna de malicia ó travesura, el rostro mismo de las horas de sueño, sin los aires de la respiración que pintan la vida, sin más color que la uniforme pátina cerosa, cosmético de la muerte.

Su padre la contemplaba, acordándose de las saladas mentiras de la niña viva, y no podía menos de invertir radicalmente su apreciación de lo que recordaba y de lo que veía, juzgando que eran verdad aquellos embustes, incluso lo del ratón como un burro, los retozos de Leré, etc., y que en cambio la muerte que ante los ojos tenía era una fábula de las más absurdas. Al día siguiente, cuando se la llevaron, sintió una punzada en el corazón, y un dolor tan vivo, que á punto estuvo de perder el conocimiento. Había pensado ir al cementerio; pero le fué imposible vestirse. A Leré le dió un ataque epiléptico, y estuvo bastante tiempo sin habla, con la cara torcida, las pupilas fijas, los brazos agarrotados. Tremenda fué la mañana en la casa de Guerra, de donde había desaparecido para siempre la graciosa criatura que la llenaba con su alegría y su charla parlera. Los criados quedáronse tan solos y tan tristes como el amo, y en la enorme vivienda sonaban los pasos con eco lúgubre.

Despidió, por fin, Angel á los amigos con urbanidad que podríamos llamar relativa, y se confinó en su antiguo cuarto, negándose á recibir visitas, y no interesándose ni aun por la misma Leré, quien, después de la pataleta, se había quedado como convaleciente de grave enfermedad. El infortunado hijo de doña Sales se zambullía en la soledad, hallando cierto consuelo en medir y sondar su profundísimo dolor. Su cerebro, rendido de tan vivas impresiones, tenía letargos breves en los cuales salía de la obscuridad de los recuerdos el rostro de máscara griega, con la espantosa mueca trágica y el pelo erizado.

VI

METAMORFOSIS

I

Con el tiempo la soledad aumentaba, pues cada día hallábase Guerra más agobiado y triste, y con la soledad iba tomando cuerpo la idea de que su vida no tenía ya ningún objeto. Otra particularidad de aquel estado de ánimo era que se olvidó casi absolutamente de Dulcenombre. Una mañana sorprendióle Braulio con el anuncio de una visita, que fué como si le dieran un aldabonazo en el cerebro. «Esa mujer—le dijo el administrador balbuciendo, pues cada día era más tímido ante su amo,—está ahí. Yo no quería que pasara, pero ha sido tal su obstinación que... Francamente, me ha dado lástima... Le he dicho que aguarde en mi cuarto, hasta ver si querías recibirla.»

Guerra sintió algo de turbación de conciencia y mandó que pasara Dulce, quien no se hizo esperar, y venía tan alterada por la emoción y tan desmejoradilla por su última enfermedad que, al pronto, Guerra no supo disimular su sorpresa desagradable, y en su deplorable tendencia á exagerar las cosas, vió en la pobre muchacha un esqueleto vestido. Traía su trajecito de merino, mantón obscuro y velo, bien apañadita, modesta y con el aire inequívoco de una esposa de capitán de la reserva ó de empleado de corto sueldo.

Al entrar echó los brazos á su amigo, y la emoción no le dejó expresarse con palabras: sus lágrimas lo decían todo.

Angel la estrechó en sus brazos, advirtiendo nuevamente, con implacable espíritu de crítica, la extremada flaqueza de su esposa ilegal.

«¡Qué ingrato! *(En tono de reconvención cariñosa, llevándose el pañuelo á la boca.)* Tenerme tantos días sin noticias tuyas!... ¡ausente de ti, cuando pasabas lo que pasabas! Pues qué, hijo mío, ¿no habíamos convenido en que partidas las amarguras tocan á menos? ¿Quién te consuela á ti más que yo, quién sino yo entiende los registros de tu alma?... Verdad que estuve mala; pero enferma y todo habría venido, si me hubieras llamado, para cuidar á la niña, para consolarte y hacerte compañía... Pero, dime: ¿te incomodas porque entro en tu casa? *(Guerra hace signos negativos.)* Imposible estar más tiempo sin verte; me consumía la incertidumbre y la pena de no saber de ti. ¿Cómo no se te ocurrió llamarme?... En un caso como este, hijo de mi vida, ¿te atreverás á decirme que no te hacía falta? Yo dije: «Rompo por todo, y allá me planto. Si se enfada, que se enfade; y si por meterme donde no me llaman, me quiere pegar, que me pegue.» ¿Qué tienes que decir á esto?... ¡Lo que he llorado por el pobre ángel, ya puedes figurártelo! La miraba yo como mi hija, como esas hijas á quienes tienen separadas de sus madres porque éstas han sido malas. ¡Cuánto he rabiado por verla y cuidarla, por tenerla siempre conmigo! ¿De qué crees que estuve enferma? De pena, hijo de mi alma, de pena de ver que la niña se moría sin que yo la pudiera apre-

tar contra mí y darle mil besos... Se la llevó Dios sin dejarme gozar de ella, lo que me prueba que soy mala, y que Dios no quiere darme ningún consuelo. ¡Sí, para mí estaban las alegrías de madre, y la satisfacción de sacrificarse por las criaturas!... No, no puede ser. Esa niña nos habría hecho felices á los dos. Dios nos la ha quitado.»

Así habló Dulcenombre, soltando de un chorro las ideas que colmaban su mente, vaciándolas todas sin esperar á que Angel la contradijese ó hiciera alguna observación. Este agradecía los sentimientos de su querida, y le mostraba su gratitud estrechando la mano de ella que tenía entre las suyas; pero no se le ocurrió palabra alguna con qué confirmar ni negar lo que la Babel expresaba. Entre aquellos sentimientos y los de él, se había interpuesto algo, ó, mejor dicho, se había determinado una distancia, un vacío cuyo grandor medía Guerra fácilmente, sin más que echar una mirada dentro de sí. Dulce le interesaba, excitando su compasión y aun su cariño; pero aquella última cuerda tocada por ella, al establecer la comunidad del amor á la niña difunta, no vibraba ya en el corazón del revolucionario convertido. Para éste, nada tenía que ver Dulce con Ción. Una y otra eran mundos aparte, entre cuyas órbitas ni hubo ni haber podía ninguna tangencia.

Dulce le miraba como á un jeroglífico que se quiere descifrar, desmenuzándolo con los ojos. El mutismo de él, aunque justificado por la pesadumbre, principió á ser un poco molesto para ella. La mujer se rebeló pronto, con su tímida exigencia de que se le prestase más atención. ¿Pero no me dices nada? Ni si-

quiera me preguntas por mi enfermedad, ni si me encuentro ó no me encuentro mejor.

—Me basta con verte—dijo Angel con cierta solicitud,—para saber que ya estás bien.

—Pues te equivocas, ¡ay! te equivocas. *(Exagerando un poco su malestar físico.)* Ando sabe Dios cómo. Hoy no podía tenerme en pie, y me ha sido preciso tomar un coche para poder venir acá. He tenido vómitos de sangre. ¿Qué te figuras tú? ¿qué mi enfermedad era cosa de juego? El médico me ha dicho que si no me cuido mucho, pero mucho, corro peligro.

—Hija, por Dios, cuídate *(con prontitud y ardor)*, no vayas tú también á... Ya tiemblo en cuanto cualquier persona que me interesa me dice que se siente mal. Chiquilla, ¡qué temporada! La muerte me ronda, me acecha, me tiene entre ojos... Temo que no haya concluído su labor al lado mío...

Con estas insinuaciones creía corresponder gallardamente á los vivos afectos de su querida, y como ésta esperaba más calor, más ternura, más solicitud, desalentóse oyéndole. Se le había metido entre ceja y ceja que de aquella visita saldría la propuesta de vivir juntos en la casa patrimonial. Consideraba esto lo más lógico del mundo, fundándose en la despreocupación de Guerra, en la holgura de sus ideas sociales, y en las promesas que le hizo cuando juntos vivían en la calle de Santa Agueda. La frialdad de aquel día atribuyóla á que con la nueva posición se habian entibiado en él los furores igualitarios y democráticos de otros tiempos. La pobre Babel empezó á vislumbrar su próxima desgracia; pero como también, aunque humilde y desconsiderada en

sociedad, tenía su poco de orgullo como cualquier hijo de vecino, no quiso hacer en ocasión semejante la víctima quejumbrosa. Unicamente se permitió interpelarle en esta forma: «Pero dime algo, dime siquiera cuando irás á verme. ¿Es que para verte y hablar un rato conmigo ha de ser preciso que yo pase por la vergüenza de venir á esta casa, donde no puedo menos de recordar lo mucho que me han aborrecido en ella? Me lo puedes creer. Ha sido para mí un verdadero suplicio entrar aquí. La cara que me puso el portero, y después las medias palabras de D. Braulio no se me olvidarán nunca. Francamente, hijo mío, *(con cierta acritud)*, aunque una no valga nada y sea de humilde posición, no gusta de que se le reciba con ese despego, con esa desconfianza, con esa... como si una fuera un apestado, un criminal... Dímelo con claridad... Si para verte, es forzoso que yo pase tan malos ratos, vale más que...

Guerra se apresuró á contestarle:

—Querida mía, no saques las cosas de quicio. ¿A qué hablas de vernir aquí, si sabes que yo he de ir á verte, como siempre?

—Es que no me lo habías dicho.

—Debías suponerlo. Ya sabes mi opinión sobre lo inconveniente, por ahora, de tu entrada en esta casa... Tú, que eres razonable, lo comprendías así, y seguirás comprendiéndolo... No, si no te echo en cara que hayas venido hoy: lo de hoy es una excepción. Has hecho bien en venir y me has dado un rato de consuelo. Después... ¡quién sabe!

—Sí, quedamos en que yo no vendría. *(Disimulando su dolor.)* Y tienes razón, tienes razón. Por eso

no pienso volver más. Pero dímelo con franqueza: ¿estarás muchos días sin ir á verme?

—¿Muchos días dices? ¡Qué disparates se te ocurren! No me atormentes. Bien sabes que yo... A ver, ¿tienes alguna queja de mí?

—¿Alguna dices? ¿alguna?

—¿Qué? ¿Pretendes que sean muchas?

—No pretendo nada. *(Con efusión y acento de pueril abandono.)* Si hay motivos de queja, todos te los perdono, todos los olvido con tal que me quieras... Pero no basta decírmelo: es preciso que yo lo vea. Quiéreme como yo me merezco, y lo mismo me da tu casa con honores de palacio, que la más fea choza de un tejar. Lo que yo quiero es tenerte á ti; las paredes no me importan...

Angel contestó á estas enamoradas razones con otras que, si no tan por lo fino, eran cariñosas y sinceras. Deseaba que Dulcenombre se marchase, y para empujarla un poquito, le prometió verla pronto en su casa, trazó algunos proyectillos de vida común, como almuerzos *allá*, veladas, y se despidieron, él más tranquilo, ella recelosa y con el espíritu lleno de sombras. Su instinto amoroso olfateaba el abismo cercano.

II

Estaba de Dios que aquel día fuese memorable para Guerra, porque en él ocurrieron cosas que parecían dispuestas con cierto orden escénico ó teatral para afectarle profundamente. Por la mañana, á la hora en que Dulce le visitó, hallábase Leré fuera de

casa. Había ido al cementerio, como todos los días, á poner flores en el sepulcrito de la niña, y apenas se despidió la esposa ilegal, sintiéronse los pasos de Leré, que en aquel momento entraba. Salió Angel á su encuentro, y la vió quitándose el manto por el pasillo, antes de llegar á su cuarto, tal era su anhelo de franquearse para las faenas que había dejado pendientes. Traía la cara encendida, por la prisa del regreso, y quizás por haber llorado en el campo santo. Basilisa, que la acompañó, también traía la cara como un pavo.

—¿Ya estás de vuelta?—le dijo Angel complacidísimo de verla.

—Hemos tardado un poco. ¿Va usted á salir? ¿Almorzará en casa?

—No pienso salir. ¿Por qué lo dices?

—Porque tenemos que hablar.

—Pues ahora mismo. *(Indicándole que entrara en su cuarto.)*

—¿Ahora?... ¿con lo que hay que hacer? Después de almorzar será mejor.

Guerra deseaba que volase el tiempo, y el tiempo pasó, despacito, rebelde al aguijón de la impaciencia, hasta que llegó el instante designado por la santita de los ojos saltones. Guerra fué á su cuarto, ella detrás, y en pie delante de su amo, no se anduvo con rodeos ni preparados exordios para explicarse.

—Pues señor, ya debe usted suponer lo que tengo que decirle. ¿No lo adivina? Pues tengo que decirle que me marcho.

Angel se sintió profundamente herido con tal declaración, no teniendo poca parte en su penosa sor-

presa la serenidad con que Leré hablaba de abandonar aquella casa.

—Pero ven acá... siéntate. ¿Tan mal te trato, que no ves la hora de salir de aquí?

—No me trata usted mal *(sentándose)*, sino muy bien, y estoy sumamente agradecida á la señora, que de Dios goce, y á usted, pues si buena fué ella para mí, no lo ha sido menos su hijo. Pero yo vine á esta casa para un fin, para un objeto que ya no existe; vine para cuidar á la niña y enseñarla, y la niña... Dios la quiso para sí.

Al decir esto, la tranquilidad de Leré flaqueó súbitamente, y sus ojos temblones se llenaron de lágrimas. Á Guerra se le anudó la garganta.

—No llores... bastante hemos llorado y sufrido—le dijo su amo.—Leré, tú quieres aumentar mi desdicha, abandonando esta casa cuando más necesaria eres en ella. Yo no me opondré nunca á tu voluntad; pero exijo que me des alguna razón de esa fuga.

—No es fuga, señor... Lo diré pronto y claro: es que ha llegado el momento de que yo siga mi vocación religiosa. Mientras la niña vivió, antes que mi vocación estaba mi deber, y á él me consagraba en cuerpo y alma. Pero muerta la niña, el Señor me dice que siga mi camino, y pronto, pronto...

—¿Estás tu segura de que el Señor se entretiene en decirte á ti esas cosas?

—Pues si no me las dijera *(con la mayor ingenuidad en su fe)*, ¿cree usted que tendría yo tanta prisa? Me habla en mi corazón, que desea la vida religiosa como el único bien posible para mí; me habla en mi conciencia, que me pide cuentas por cada día que

pasa fuera de la vida que el Señor me tiene destinada.

—Bien, bien—murmuró Angel confuso, no hallando argumentos bastante fuertes para combatir obstinación de tal calidad.—No fuera malo que le preguntaras al Señor qué voy á hacer yo ahora sin ti, cómo se va á gobernar esta casa, cuyas necesidades y cuyas mecánicas conoces al dedillo. El Señor, soliviantándote en tan mala ocasión, pone á tu amo en un conflicto tremendo, y ya podía el Señor ese dejar en el siglo á las chicas trabajadoras y útiles como tú, llevándose á las holgazanas y que no sirven más que para rezar.

—Mi vocación *(con modestia)* me llama á las órdenes donde se trabaja sin descanso, á las que se consagran al cuidado de los enfermos y al alivio de las miserias sin fin que hay en este mundo.

—Muy bonito, sí, muy bonito. Y entre tanto, á mi casa que la parta un rayo.

—Para dirigir esta casa encontrará usted muchas que lo hagan mejor que yo, ó por lo menos lo mismo.

—¡Ay, hija! yo dudo que ese prodigio se encuentre. Y no lo digo por adularte. No, no hay otra como tú: aguanta los elogios y sonrójate hasta que ardas. Si no te gusta que te echen incienso, ¿para que eres tú buena? ¿Por qué no te haces un poquito peor?... Pero, vamos al asunto principal: yo no quiero que te marches. ¿Que echas de menos aquí? ¿la soledad de un convento? ¿horas para rezar? Pues enciérrate en tu cuarto todo el tiempo que te acomode, y reza y reza hasta que se te caiga la campanilla ó hasta que se te seque el cerebro.

—¡Qué cosas tiene usted! Demasiado comprende lo que le digo.

—No, no lo comprendo... Tú no tienes la cabeza buena. Si me dijeras: «D. Angel, me voy de su casa, porque me ha salido un hombre decente que se quiere casar conmigo, y yo también soy de Dios, quiero tener una familia mía, á la cual consagrarme...» muy santo y muy bueno. Esto me parecería humano, natural; pero...

—¿Pero qué? Ya empieza usted á decir disparates. La suerte que yo no me incomodo. Estoy bien preparada para oir condenar mi inclinación, y aun hacer burla de ella. Eso que ha dicho de casarme yo... yo, me hace reir... En mi vida se me ha ocurrido semejante cosa. Qué, ¿no lo cree? ¿Por qué menea la cabeza? Pues si no quiere creerlo, con su pan se lo coma. Digo lo que siento y me quedo tan tranquila. Ya le dije otra vez que nunca he sabido lo que es amor de hombres, ni me hace falta saberlo. Usted lo dudará, y me llamará hipócrita. Bueno: aguanto el mote sin quejarme. ¿Cree usted que todas las criaturas han de ser iguales? ¿Dice que sí? pues yo digo que no, ea. ¿Piensa usted que todas, todas las mujeres quieren casarse?

—Toditas.

—Pues yo no. Soy una excepción, un fenómeno. Vea usted por dónde he salido también monstruo como mis hermanos. El casorio no sólo no me hace maldita gracia, sino que la idea me repugna, para que lo sepa de una vez.

—Eso es porque no has encontrado aún el sujeto... El día en que el sujeto se te aparezca, descubrirás tu

propia alma que ahora está velada por esa devoción infantil.

—¿Que sujeto ni qué carneros? Para mí no hay ni habrá nunca más sujeto que el que está clavado en la cruz. ¿Le parece poco?

—Ni poco ni mucho. Yo respeto tu... horror al género humano... Gracias por la parte que me toca.

—No las merece. Quedamos en que me dejará usted marchar.

—¿Pero me pides permiso? Eso no. Yo podré resignarme; pero darte licencia jamás.

—¿A qué si me la da? Es usted más bondadoso de lo que parece.

—Sí, pero por bueno que sea, no me determino á tener mi casa como una leonera.

—¡Virgen Santísima! como si faltaran amas de gobierno mejores que yo! Y en último caso...

—¿Qué?

La toledana pensó indicar algo, que en el momento de soltar la expresión hubo de parecerle atrevido, y puso punto en boca.

—Tú ibas á decirme algo... ¿Por qué callas? O hay franqueza ó no hay franqueza. Ya sabes que te autorizo á que me trates como á un chiquillo.

—Pues bien, allá va... ¿Por qué no se casa usted? Casándose, sobre cumplir con Dios y con la ley, resuelve el problema de la dirección de la casa.

—Otra vez me sacas á relucir el maldito casorio. *(Excesivamente contrariado.)* ¡Mira que si mamá resucitara y te oyera...!

—¡Ay! si la señora me oyera se pondría furiosa... pero la señora no me oirá, y ante la realidad de las

cosas, deben desaparecer las prevenciones. No se puede volver el tiempo atrás, ni lo pasado puede ser presente, ni lo que es, ser de otro modo que como es. Si usted no se decide á dejar á esa señora, cásese con ella, porque están los dos en pecado mortal.

—¿Quién te mete á ti á Concilio de Trento? ¿Cómo sabes tú en qué pecado estamos?

—Me basta saber los diez mandamientos. *(Aproximando su silla al asiento de Guerra.)* Vamos á ver... Hablando ahora con toda formalidad, ¿por qué no se casa usted... si la quiere y no puede vivir sin ella? ¿Le parece á usted que es decoroso, que es cristiano...? Si le enfada el sermón, me callo.

—No, no me enfado. Me encanta oirte.

—Pues... *(aproximándose más)* voy á decirle una cosa que quizás le sorprenda. Hoy, cuando volvíamos Basilisa y yo del campo santo, vimos á cierta persona. Nosotras poníamos el pie en el portal cuando ella bajaba el primer tramo de la escalera. Yo no la había visto nunca. Basilisa me tocó el codo, diciéndome muy bajito: «Mírala... la del amo.»

—En efecto, ella era. Es la primera vez que ha entrado en esta casa.

—Hablando con toda verdad, le diré á usted que la encontré simpática y que le tuve lástima... no sé por qué. Ella nos miró con muchísima atención, y Basilisa le hizo un saludo de cabeza muy reverente. Después, cuando subíamos, me dijo: «¿Quién te asegura á ti que ésta no será nuestra ama dentro de un par de meses? Pues hija, hay que ponernos bien con ella.» Basilisa me dijo también... no sé por dónde lo

sabe... que es buena mujer, modesta y trabajadora, pero que su famila es una calamidad.

—¡Y tanto!...

—Pero, en fin, usted no se ha de casar con la familia, sino con su novia... Con que matrimonio, matrimonio, y ya tiene usted todo lo que le conviene, la conciencia como un oro, y la casa como una plata. ¿Qué más quiere, hombre de Dios?

Decía esto la muchacha con tanta naturalidad y efusión, que Guerra sentía ganas vivísimas de darle un fuerte abrazo y comérsela á besos. Pero un respeto inexplicable, dada la situación social de ambos, le impedía aproximarse á ella.

—Dejemos lo del casorio, que yo no rechazo... en principio—le dijo,—y en cuanto á la licencia absoluta, te pido un plazo para concedértela ó negártela... ocho días. ¿Te parece mucho?

III

Leré convino en aguardar una semana, y se retiró, dejando á su amo indeciso entre echar todo el peso y volumen de su ser del lado de la voluntad ó cargarlo del lado de la razón. Debe advertirse que, desde la muerte de la niña, había vuelto á su antiguo dormitorio, pues como la maestra continuaba ocupando la misma estancia de Ción, no le pareció al amo propio ni decente pernoctar tan cerca de la joven mística. Además, evitaba el permanecer largo tiempo á solas con Leré, por no dar pretexto á malas interpretaciones de criados, los cuales son por lo común gente muy

suspicaz y mal pensada. Ya había llegado á los oídos de Guerra cierto malicioso rum rum, del cual no quiso hacer misterio con el aya, y una noche, después de comer, hallándose los dos de sobremesa, solos, le dijo:

—Bien comprendo, hija mía, tu prisa por huir de aquí. En esta sociedad, que algunos creen tan perfectamente organizada, tú, joven soltera, y yo, caballero viudo sin hijos, no podemos vivir juntos sin que al instante se nos cuelgue algún milagro... Esto prueba la opinión que la sociedad tiene de sí misma.

Leré se echó á reir, mostrándose conocedora de los milagros que le colgaban; y la serenidad de su acento al hablar de ello indicó también que ni poco ni mucho la inquietaban las hablillas contra su buena fama. «Ya sé—dijo á su amo,—de dónde viene el aire. El Sr. de Pez lo dijo en su casa, delante de mucha gente, y apuntó mil mentiras: que él había visto no sé qué, y que usted y yo éramos unos... lo diré claro, unos sinvergüenzas. Lo sé por los criados. Pascual, el hermano de Vicenta, se lo dijo á su novia, Candelaria, y ésta se lo contó á Basilisa, la cual me trajo el cuento á mí.

—Pues si yo cojo á Pascual y á Vicenta y á Basilisa trayendo y llevando las opiniones indignas de ese trasto de mi suegro, te juro que no les queda gana de hacerlo segunda vez.

—Conviene no incomodarse por estas cosas—dijo Leré con perfecto reposo,—y oirlas como se oye el ruido de una carreta que pasa por la calle, ó el golpe de la lluvia en los cristales. Ya se sabe que la gente maliciosa no necesita más que una apariencia para

deshonrar. Debemos estar siempre preparados para que nos ultrajen, pues si fuéramos á evitar todos los hechos que pueden ser motivo de falsa opinión, no se podría vivir. Por consiguiente, que digan lo que quieran, que á mí me basta con que mi conciencia no me diga nada.

—¿De modo que tú tienes fortaleza bastante para oir esas infamias, y quedarte tan fresca?

—Ya lo creo. ¡Pues no faltaba más sino que yo fuese á responder al pecado de la calumnia con el pecado de la ira! En mi vida he sabido lo que es encolerizarme, y pienso no saberlo jamás. Me propongo recibir sin queja todo el mal que quieran hacerme de palabra ó de obra, y en cuanto á las mentiras y ultrajes, hacer tanto caso de ellos como de lo que ahora está pasando en la China. No, no se crea usted que el querer marcharme es porque digan ó no digan de mí cuatro simplezas. Me marcho porque mi vocación me llama á otra parte.

—Cierto es—dijo Guerra, sintiéndose inferior á su criada,—que debemos despreciar la calumnia, pero también conviene atender á la opinión y someternos á ella en algunos casos, guardando las formas, pues no sólo debe uno ser bueno sino parecerlo.

—Todo el que lo es lo parece—replicó prontamente Leré,—y si no lo ven así los que tienen la vista corta, peor para ellos. ¿Qué opinión ni qué músicas? La conciencia es la única opinión que vale. No hay que temer al fisgoneo de la gente, sino á la mirada de Dios dentro de nuestra alma.

Guerra no acertó á reponderle. Subyugado por Leré, ni aun se atrevió á detenerla, cuando quiso re-

tirarse dejándole solo. Esperaba él que se alargara la tertulia, porque algunas noches pudo prorrogarla valiéndose de su autoridad. Pero ya ni autoridad sentía sobre ella, y la vió salir sin atreverse á suplicarle una hora más de compañía. En tanto, la toledanilla consagraba todo su tiempo libre á las prácticas religiosas: rezos ó meditaciones místicas ocupaban sus noches hasta hora muy avanzada, y por la mañana tempranito se iba á la iglesia más próxima, que era San Ginés, y no volvía hasta las nueve. Todos los días comulgaba.

Angel se pasaba en su casa las horas en soledad tristísima, empapando el pensamiento en memorias de la niña difunta, haciéndola revivir con la imaginación, ó figurándosela en otro mundo desconocido, indeterminado, en el cual, según la idea del afligido padre, habían de ser apreciadas como en éste sus gracias, su belleza, y el donaire de sus mentiras. Siempre que Leré le concedía un rato de tertulia, hablaban de esto, y suspiro va, suspiro viene, de recuerdo en recuerdo, comentando á la pobre niña como si fuera un texto obscuro, concluían por ponerse tan atribulados como el día de la desgracia. El consuelo era difícil, sobre todo para Guerra, privado de aquel recurso de la religión, bálsamo por la virtud esencial de las creencias, bálsamo también por el entretenimiento y ejercicio que proporcionan los actos del culto. No dejó de hacer esta observación en uno de sus paliques con la beata, y ella le dijo:

—Pues el remedio de su amargura, bien en la mano lo tiene. ¿Qué se diría de un sediento á quien le pusieran en la mano el vaso de agua, y en vez de

beberla la tirara? Se diría que estaba loco. Pues lo mismo digo yo de usted.

—¿Pero qué me recetas?—dijo Angel echándose á reir.—¿Que me meta yo en las iglesias, ó que me pase las horas de la noche como tú, de rodillas, importunando á la divinidad y dándole jaqueca á los santos? Ya me estoy viendo en esa facha de beato, y no tienes idea de lo ridículo que me encuentro. Pero tú me vas dominando de tal modo, que harás de mí lo que quieras, y sufriré las modificaciones más absurdas.

—No tengo la pretensión de que un señor tan corrido y tan baqueteado se modifique por lo que yo le diga; pero sin esperanzas de traerle por ahora al buen camino, no me iré de aquí sin echarle unos cuantos sermones. Usted se ríe ó no se ríe, usted los toma como quiera; pero los sermones allá van. El primerito de todos es...

—Ya, ya te veo venir; que oiga misa.

—No, no... ¿Ve usted cómo no me entiende?—dijo Leré sin ninguna afectación de piedad, más bien tomando el tonillo del discreteo mundano.—Es usted un niño, y ha de ser muy difícil enseñarle el verdadero principio de las cosas. No se trata por ahora de misas, ni del rosario, ni de golpes de pecho. La gente se reiría, y la risa del mundo espantaría las buenas intenciones del... neófito. No, mi primer sermón... fijarse bien *(acentuando sus palabras con el dedo índice de la mano derecha)*, no va á lo externo sino al alma. Lo primero que le recomiendo á usted es que no se enfade nunca.

—Si yo no me enfado... estoy hecho un cordero.

—Que no se incomode absolutamente por nada.

—¡Por nada!... Según lo que sea. Ya no me encolerizo, como antes, por cualquier contrariedad.

—Eso es poco... Hay que sofocar la ira en absoluto, y por todos los motivos.

—De modo que si voy por la calle, y me largan una bofetada, me quedaré muy complacido.

—Por ahora sería mucho pretender; pero allá se ha de ir. Pase que todavía no se resigne usted á que le den una guantada en la calle; pero mientras llega eso, hay que irse educando, y limpiar el alma de esa suciedad de la cólera. Trabajillo ha de costar; pero empiece usted, hombre, por echarse en su interior cuantos frenos pueda. ¿Cuáles son las personas que más le enfadan? ¿D. Fulano y D. Zutano? Pues propóngase ser con esas personas lo más amable que pueda, y complacerlas y servirlas.

—Bien—dijo Guerra con chacota;—y cuando me tropiece con mi suegro, le convidaré á comer y le haré mil cucamonas.

—La idea es esa, descontando las cucamonas. Usted me ha comprendido. Fuera el rencor, fuera la venganza. Al peor enemigo tratarle como el amigo mejor. Y no digo más sobre esto. Segundo sermon.

—Oigamos la segunda homilia. Será para que me case...

—No... esa otra matraca la dejo para después. Ahora lo que recomiendo es... que no sea usted avaro.

—¡Avaro yo! ¿Cuándo has visto en mí señales de sordidez?

—Es avaricia guardar lo que nos sobra después de haber satisfecho nuestras necesidades más apremian-

tes. Hay muchos que carecen de pan, de hogar y de vestidos, y todo aquel que poseyendo bienes de fortuna, retiene una gran parte de ellos, viendo morir de hambre y de frío á tantos infelices, peca.

—Ya, ya... Esto se complica. De modo que yo peco por no dedicarme á sostener vagos. Bien sabes tú que en mi casa no se regatean las limosnas.

—No da usted más que migajas, como todos los ricos. Hay que dar más, mucho más, repartir entre los necesitados todo lo que no nos es absolutamente preciso.

—Joven incauta, yo he sido un poco socialista; pero francamente, eso me pasaba cuando no tenia dinero. El reparto de la riqueza me parecía muy bien cuando á mí nada podía sobrarme. Después he comprendido que una cosa es predicar y otra dar trigo: ya ves si te hablo con franqueza, no ocultándote nada de lo que siento y pienso. ¡Y ahora vienes tú predicándome el socialismo! ¿De manera que entonces, cuando yo era anarquista y revolucionario tenía razón, y ahora no la tengo? Perdona, hija, poro tu socialismo evangélico es un disparate.

—Yo no sé si esto se llama socialismo. De esas palabrotas que ahora se usan no sé ni lo que significan... Lo que yo sé, y bien sabido lo tengo, es que después de consumir lo que necesitamos estrictamente para nuestra vida material, todo lo demás debemos darlo á los que nada poseen.

—¿Y quién me da á mí la medida de lo que necesito para mi vida material?

—Usted bien me entiende. No nos hagamos los tontos. Yo digo y repito que después de practicar lo de no

enfadarse nunca por nada ni por nadie, lo primero á que debe usted atender es á disminuir el número de necesitados.

—¿Y que necesitados son esos? ¿Con qué criterio debo buscarlos y elegirlos?

—¡Qué pillín! A fe que es difícil encontrar quien no tenga ropa.

—Sí, ahí está el amigo Arístides Babel, que ayer, en casa de su hermana, pretendía que yo le regalase una capa... De modo que, según tú, á todos los perdis que me pidan dinero, ó que intenten estafarme, les debo abrir cuenta corriente.

—Yo no me fijo en este ni en aquel caso (*con resolución y convencimiento)* Digo y repito que hay que socorrer á los menesterosos.

—¿También a los pillos y estafadores?

—Disminuya usted la necesidad, y disminuirá los delitos.

—¡Ay, qué filósofa y qué socióloga tan salada tenemos aquí!

—Yo no entiendo nada de esos terminachos. Lo que he dicho se llama caridad. No ponga usted motes á la ley divina... Y ahora vamos al tercer sermón.

IV

El tercer sermón fué breve. En pocas y resueltas palabras, Leré recomendaba á su amo que no se metiera en política, que dejase á los demás la misión de arreglar las cosas del Gobierno como quisiesen, que no llamase nunca enemigo al que pensara de otra ma-

nera que él, y afirmaba que en ningún caso se debe herir ni matar al prójimo, por la sola razón de llamarse blanca ó llamarse azul. Llevado del íntimo placer que tales escarceos le producían, Angel la estrechaba con dialéctica ingeniosa; pero la toledana se encastillaba con terquedad en sus afirmaciones, y no había medio de sacarla de ellas. No admitía el uso de las armas ni para el ataque ni para la defensa. «De modo—observó Guerra,—que según tú, no debe haber Guardia civil.

—Yo no sé más sino que no se debe matar.

—Y la justicia humana tampoco, según tú, debe aplicar la pena de muerte.

—No matar, digo.

—Entonces, también suprimirás los ejércitos, que son la salvaguardia de las naciones.

—¿Y qué es eso de naciones? Si para que haya naciones es preciso matar, fuera naciones.

—Eso, y que no haya más que curas... Bonita situación. Y cuando nos invada el francés, ó el inglés nos quite una colonia, saldrán los clérigos con el hisopo..

—¿Qué habla usted ahí del inglés y el francés?—dijo Leré, moviendo vertiginosamente los ojos.—Yo digo que se deben suprimir las armas, y que pecaron grandemente los que inventaron los cañones, fusiles y demás herramientas de matar.

—Eso es, sí; fuera navajas, pistolas, y por fin suprimamos los cuchillos y tenedores con que comemos, y en último caso, hasta los bastones, que también son armas.

—Bah... quite usted. Yo digo (*con inspirado semblante*) que la guerra es pecado; y el ponerse dos hom-

bres uno frente á otro, con armas, pecado; y el salir todos en fila, pegando tiros, pecado.

—Y la política también pecado.

—También... Si no quiere usted entenderlo, ¿qué culpa tengo yo? *(Mirándole con lástima.)* Es que somos demasiado sabios, y lo primero que tendría usted que hacer es olvidar toda esa faramalla, y quedarse ignorante mondo y lirondo... En fin, ya no predico más. Basta de sermones perdidos.

Chocó una contra otra las palmas de las manos, no como quien aplaude, sino como si se diera á sí misma un familiar apretón, y se levantó para retirarse. Por su gusto, Guerra la tendría á su lado, constantemente, porque su compañía le era muy grata, y aquel humanitarismo exaltado y etéreo le fascinaba, expuesto con tan candorosa sencillez y convicción. De tal modo había llegado á serle necesaria la presencia de Leré, que veía con grandísima pena aproximarse la conclusión del plazo concedido para decidir la manumisión de la esclava. Como ésta le concedía contados ratos de compañía, el hombre se hastiaba de su soledad, y al fin huía de ella y de su casa, buscando un refugio en la de Dulce. Ésta, viendo cesar las prolongadas ausencias de su hombre, creyó que de nuevo se aproximaba y pudo forjarse la ilusión de reconquistarle. Pero no permaneció mucho tiempo en su engaño, pues á los pocos días de tener allí con alguna fijeza á su hombre, entendió que éste se apartaba de ella con irresistible derivación. Conocíalo en el lenguaje de él, en sus maneras, en mil pequeñeces. En la vida íntima, el disimulo es imposible, y además Guerra no era gran disimulador: procuraba tener

con su manceba ciertas delicadezas y miramientos, pero por mucho cuidado que en ello ponía, se clareaba demasiado la sequedad interior. Observó además la esposa ilegítima un fenómeno que aumentaba sus confusiones. En todos tiempos, á Guerra le sabía muy mal encontrarse con alguno de los Babeles en la casa de la calle de Santa Águeda. Pues en aquellos días, á los quince ó veinte de muerta la niña, no sólo no se incomodaba de sorprender allí á *Naturaleza*, á Fausto, ó á D. Pito, sino que les trataba con cierto afecto, y les socorría de una manera delicada. Maravillábase de esto Dulce, y con la suspicacia de su amor siempre en guardia se decía: «¿que habrá aquí? ¿qué significará esto?» No podía, no, por grande que fuera su penetración, identificarse con el espíritu de Guerra hasta el punto de sentir con él las causas de aquella súbita benevolencia hacia semejantes perdidos, bohemios ó tramposos.

Era que fascinado por Leré, y sometido á una especie de obediencia sugestiva, ponía en práctica casi maquinalmente alguna de las máximas contenidas en los estrafalarios sermones de la iluminada. Ésta le había dicho: «socorre á los necesitados, sean los que fueren», y él sentía inclinación instintiva hacia ellos, principiando por la caridad elemental de oirles y considerarles, concluyendo por socorrerles en cierta medida discreta.

Los Babeles sabían de antiguo que no serían bien recibidos en el hogar de su hermana, y evitaban el aportar por allí. Los días de la enfermedad de Ción y siguientes, cuando Guerra llegó casi á olvidar que Dulce existía, ésta abrió la puerta á su familia por no

consumirse en la soledad y tener á quién comunicar su pena y sobresalto; pero se apresuró á cerrarla, al ver que Angel se aproximaba de nuevo. Su sorpresa fué grande al notar que el antes inflexible transigía, y que lejos de mostrarse molesto ante *Naturaleza* ó don Pito, casi casi les agasajaba. «¡Pobrecillos!—decía,—hay que cuidar de ellos para apartarles del mal.»

Así, en cuanto á doña Catalina de Alencastre le dió en la nariz tufillo de benevolencia, empezó á frecuentar la casa, y lo mismo hizo D. Simón. Arístides, que alcanzó de Angel el beneficio de un traje nuevo, no quería importunar; pero Fausto *Naturaleza*, Policarpo y don Pito cayeron allí como la langosta. Dulce cuidaba de que la invasión no fuera sofocante, y les mandaba ir por turno ó en secciones; pero respecto á su tío el inválido de mar, hubo de admitirle á libre plática, porque Angel dió en entretenerse con su compañía, oyéndole referir sus temerarias proezas. Y el narrador, excitado por el alcohol, extremaba la nota valiente, sin quitar á lo heroico lo bárbaro, y en sus labios resecos la epopeya negrera ponía los pelos de punta. Á Guerra le agradaban el amargor salado y el vaho corrupto de estas lúgubres historias, por lo cual al pobre capitán nunca le faltaba para tabaco, ni para el otro vicio más feo.

No fué menuda jaqueca la que dió una mañana á su yerno D. Simón, el cual, juzgándole con criterio positivista, consideraba que la riqueza le había curado de sus aficiones á la jarana política, y por adularle se las echó de hombre de orden, diciendo con la mayor formalidad: «Convengamos, amigo mío, en que el país no quiere trifulcas, sino paz. Todos los es-

fuerzos por armarla resultan estériles. ¿Por qué? Porque no hay atmósfera. Esto es bueno, y ya ves cómo nos admiran las naciones extranjeras. El 68, hasta las clases pudientes nos alegrábamos de que hubiese jaleo; pero los tiempos han cambiado, y ya miramos mal al elemento levantisco. Lo que me decía D. Juan Prim cuando la Constituyente: «Desengáñese usted, amigo Babel, el país lo que quiere es trabajar.» Vengan tratados de comercio, vengan ferrocarriles y venga moralidad administrativa. Cierto que no faltará el día menos pensado una revolucioncita, porque la sociedad no anda bien; pero vendrá en tiempo maduro, y cuando las clases conservadoras la pidamos... A propósito, querido Angel, hoy estuvo á verme aquel buen Argüelles que se interesa por mí en el Ministerio, y me dijo que el Ministro desea mis servicios en la inspección del Timbre. Por otro lado el amigo Torres se empeña en meterme en las oficinas de esa sociedad nueva ¿sabes? los *Seguros sobre las cosechas*. Allí quieren hombres de trabajo, hombres entendidos, y el director, que fué jefe mío en Propiedades, ha dicho: «Daría la mano derecha por traerme á Simón Babel.» Aquí me tiene usted vacilando, sin saber si entrar en Hacienda ó en la Sociedad de Seguros.

—Opte usted por la sociedad particular—le dijo Guerra por decir algo, pues harto sabía que todo era farsa.

—¿Y mis derechos pasivos?

—¡Ah!... Pues opte usted por Hacienda.

—¿Y las molestias, las chinchorrerías de la inspección?

—Pues optar por las dos cosas, ó por ninguna.

—Compadre, la cosa no parece tan fácil de resolver. Es para volverse loco.

Todo esto concluía por pedir un anticipo, ofreciendo próximo reintegro. Doña Catalina entraba luego en funciones, adulando á Guerra sin pedirle nada, con finos alardes de delicadeza. «Bastante ha hecho usted por nosotros, y con cien vidas que tuviéramos no le pagaríamos. Parece que al fin colocan á Simón. Yo he dicho que de ser en provincias, nos manden á mi Toledo de mi alma, y así matamos dos pájaros de un tiro, porque allí tengo mil cosillas que arreglar. Mi primo D. Pedro, el cura de Vargas, está acabando, y pasan á ser de mi propiedad los castillos, ¡si viera usted! con unos torreones que llegan al cielo, y además las mejores fincas de la Sagra. Eso, sin perjuicio de las diferentes reclamaciones que tengo que hacer allí. ¡Ay! pues si yo tuviera otro marido, ¡santa Virgen del Sagrario! ya habría recuperado lo que me corresponde por mi nacimiento. No, no tomarlo á broma. ¿Recuerda usted aquella casa grandona que está á la entrada de la calle de la Plata, en Toledo, por la parte de San Vicente, edificio magnífico con una puerta plateresca, y sobre ella leones, águilas y un escudo como una montaña? Pues es mía.

—¿De usted?

—Mía, mía, mía. No hay que reirse, ni abrir esa bocaza. Papelito canta. Verá usted las escrituras cuando quiera. Y para que se vaya enterando la gente, diré también, en confianza... esto en confianza... que todas las casas del corral de D. Diego, donde estuvo el palacio de Trastamara, me pertenecen... lo mismo que aquel cigarral... ¿sabe usted dónde está la *Venta*

del Alma? pues detrás, más allá... Todo lo he perdido por las bribonadas de un tutor. ¡Cosas de esta vida humana!, ¡ay! que es una comedia que debiera silbarse. Claro, á mí me habría bastado echarme á los pies del rey Alfonso y decirle quién soy, para que me devolvieran á toca teja todita mi fortuna; pero nunca me he decidido á ir á Palacio. ¿Sabe usted por qué? por tener este marido revolucionario y conspirador, pues el rey me lo habría echado en cara, y con muchísima razón; hay que ponerse en lo justo. Yo no me canso de decirle á Simón: «Pero Simón, hijo, reconoce pronto la legalidad; acepta los hechos consumidos ó consumados, como dice Bailón, y déjate de repúblicas y marsellesa y tonterías.» Pero él es de los que dicen: «Sálvense los principios y perezcan los postres», digo, las colonias, y así estamos... ¡ay dolor!... ¿Con qué cara me presento yo á Su Majestad Católica? Y conste, Sr. D. Angel, que el día que me atufe, saco tres títulos como tres soles, que hemos dejado perder por el odio estúpido que Simón tiene á la aristocracia, tres títulos, que son... ya ni me acuerdo, porque con los disgustos, mi cabeza no es cabeza. Trátase de unos mayorazgos fundados por el tío Enrique, el de Trastamara... no, miento *(cavilando, el dedo en la frente)*... ¡Ah! ya... la fundación la hizo un don *Duarte* ó un D. *Aduarte*, á quien también tenemos enterrado en Reyes Nuevos, príncipe inglés... porque nosotros, ya sabe usted que descendemos de aquella casa... vamos, tampoco me acuerdo del dichoso nombre... Ello fué una casa celebérrima, que con otra, también de mucho fuste, sostuvo la guerra llamada de las *Dos Rosas*. Pues bien; ese D. *Duarte* fun-

dó... ya, ya me acuerdo... tres mayorazgos para las hembras primogénitas de la familia, y los tres me corresponden á mí, por ser yo tres veces primogénita. Una duda tenemos ahora, y es si el enterramiento de las primogénitas de Alencastre corresponden en Reyes Nuevos ó en Santa Isabel, donde está una de las hijas de los Reyes Católicos, que también son de la familia... luego lo explicaré... Mi tía doña Leonor de Guzmán, y otra que se llamaba... ¿á ver? ¡ah! doña Inés de Aragón y Meneses... andan desperdigadas por aquellas iglesias de Dios, una en San Clemente, otra en San Juan de la Penitencia, y yo no sé á qué carta quedarme por lo que toca al sitio en que han de reposar mis pobres huesos... Pero en fin, esto no hace al caso. Ese bruto de Simón, porque la tortilla que le puse hoy estaba un poquitín quemada, no quedó iniquidad y desvergüenza que no echó por aquella boca, y entre otras inconveniencias, díjome que le haría un favor si me muriera. Ahí tienes por qué me he acordado de mi sepulcro, el cual ha de tener un leopardo, indicando nobleza, y un llorón que pregone á la posteridad mis penas y el padecer continuo de mi vida. En cambio á él, á ese fantasmón, le echarán á un muladar, sin ponerle letrero ni nada. ¿Qué es un visitador de Timbres? ¡Pues como no le pongan en el sepulcro un sello de correo...! ¡Ay, cuánto me alegraría de que le dieran esa plaza, no por el vil sueldo que ha de traer á casa, si no por ver si de una vez dobla la rodilla ante las instituciones! Estoy decidida, y creo que aplaudirá usted mi propósito: en cuanto ese badulaque coja la credencial, me planto en Palacio, que me planto, digo, y la Reina se quedará

atónita cuando yo le cuente quién soy, y á renglón seguido tirará de la campanilla para llamar á Sagasta y mandarle que me entreguen lo mío.»

Guerra miraba á la pobre señora con profuuda lástima, y Dulcenombre, viendo á su madre con el rostro arrebatado y tan ligera de lengua, pensó que debía ponerle, si se dejaba, paños de agua fría en la cabeza.

V

Otra mañana, Fausto le entretenía mostrándole el último juguete de su invención, ingenioso mecanismo con un pedazo de alambre en espiral y un elástico, que servía para imprimir movimiento de traslación á un muñeco velocipedista. Pensaba el fabricante venderlo bien, por los marchantes pregoneros de la Puerta del Sol, como había vendido antes la *Cuestión de los cinco y medio* y el *Lapicero mágico.* Pero estas niñerías eran impropias de su gran cacumen, y el proyecto á la sazón en estudio debía darle fama imperecedera y colosales ganancias. Tratábase del *Cálculo de combinaciones infalibles para sacarse la lotería*, y consistía en un juego de cartones numerados que se manejaban con arreglo al método indicado en un libro que parecía las tablas de logaritmos. Para las tiradas de todo esto, naturalmente, era menester capital, pues los cartones, semejantes á una baraja en que los números alternaban con caprichosas figuras, debían ser bonitos, y *entrar por los ojos:* bien comprendia el tunante que más á que la razón era conveniente hablar á la fantasía del público. Mostró á

Guerra los modelos, tan hábilmente trazados á mano que parecían litografía, y encareció el derroche de dinero que exige toda industria incipiente, materias primeras, ensayos frustrados, reclamos en la prensa, etcétera... Pensaba asociarse con un primo suyo, que tenía en Toledo una excelente litografía con algo de imprenta.

Pero Guerra no se mostraba propicio á ser socio capitalista del eximio inventor. Le soportaba porque se servía de él para engañar las horas y sortear su aburrimiento, aunque á veces su hastío de los Babeles era tal, que la benevolencia cesaba de golpe, y le despedía con aspereza. Pero Fausto se había propuesto no dejarle á sol ni sombra, y le aguardaba en la calle, en el trayecto de la de las Veneras á la de Santa Águeda, para acometerle con implacable porfía. En uno de aquellos molestísimos encuentros, Angel le recordó la estafa de que había sido víctima antes de la muerte de su madre: el otro no negó la falsificación, pero echaba la culpa á Arístides, excusándose con la terrible miseria que les devoraba en aquellos días. «Mamá, del no comer, se puso perdida de la cabeza, y papá salió de casa con el firme propósito de tirarse al estanque del Retiro. Á mí me querían llevar á la cárcel por haber tomado de la tienda unos librillos de panes para dorar, diciendo que volvería... Hay que mirar mucho las circunstancias, pues según ellas el que parece más criminal es quizás más honrado. Aquí donde me ves, á mí no me gusta deber un céntimo, ni que en las tiendas nos tengan por tramposos: quiero salir á la calle con la frente muy alta. Entre dejar de pagar al pobre, y darle una bro-

ma al rico, no puede uno dudar... porque aquello fué una broma, Angel, y contábamos con que tú no te enfadarías. Las riquezas están mal repartidas; tú lo has dicho mil veces. Por ley de equidad, algo de lo que á tí te sobraba debía venir á nosotros, que no habíamos encendido lumbre en dos días, y yo llegué á sustentarme de una triste patata, que asamos quemando papeles en la hornilla. ¡Ay, chico! mientras no sepas lo que es el hambre, no hables una palabra de moral. ¿Qué tiene de extraño que quisiéramos vivir, y apeláramos á un recurso del ingenio, á un arte, á una industria? ¿Para qué ha dado Dios al hombre las habilidades? ¿Eres tú acaso más pobre que antes por aquella bicoca que te sacamos, y con la cual salimos de penas? ¿Qué razón hay para que nosotros nos muramos, y vivas tú y otros que no trabajan ni tienen ninguna habilidad? Fíjate bien, piensa un poco.»

Por fin, para sacudirse aquella mosca, Guerra no tenía más remedio que darle algo. Defendíase argumentándole con sequedad, y entre otras cosas le dijo una noche: «Si eres tan hábil, ¿por qué no pides trabajo en cualquier taller, para ganar un jornal honrado?»

—Porque yo quiero independencia, libertad, iniciativa—repuso Babel, después de vacilar un rato en la respuesta;—yo tengo mi taller; yo trabajo, hago lo que puedo. Pero no basta para tantas bocas de familia. Llega un día que hay eclipse total de pan. ¿Qué hacer? ¿Pedir para ayuda de una rosca? No; yo, cuando estoy hambriento, y salgo á la calle, y veo pasar á tanto rico que despilfarra su dinero, no siento ganas de pedir: el pedir aplana la inteligencia, y nos vuelve imbéciles. Lo que me pasa es que se me redo-

blan todas las habilidades para hacer que venga á mí la migaja que á ellos les sobra, y á cada minuto se me ocurre una traza, un ardid, un invento. Si no fuera por el temor á la justicia, que protege á los ricos á costa del pobre, yo haria cosas de las que resultara que todos los pobres comeríamos, sin perder los ricos más que una parte mínima de lo que tienen. Pero no me lanzo porque la justicia se opone á que uno tenga pesquis, y cuando inventa algo bueno, en vez de llevarle á la Universidad para que dé lecciones á los tontos, le meten en el *Abanico* para que las tome de otros más listos. ¿Qué resulta? que cada vez hay más pobres, y que los ricos son cada día más ricos. Consecuencias de esto: que el mundo va de peor en repeor, y que las revoluciones amenazan, la nube negra está encima, y por fin, por fin, tanto apuran, tanto apuran con la desigualdad, y el no comer unos mientras los otros revientan de hartos, que al fin estallará el trueno gordo, vaya si estallará.»

En medio de la repugnancia que le inspiraba aquel redomado bribón, Angel se distraía con su cháchara picaresca, y le escuchaba con el interés que despierta un buen sainete. Una noche, no sabiendo qué hacer para quitársele de encima, le dijo: «Por qué no tienes franqueza conmigo y me cuentas el origen de tu cojera, de esa imperfección que en tí resulta elegante, por el estilo de la de lord Byron? ¿Por qué haces misterio de ese accidente, que nunca has querido referir á nadie?» Replicaba el perdis con cuatro reticencias coléricas, y dando un bufido se largaba con viento fresco, marcando más la cojera, cuya elegancia no había podido comprender nunca.

Vuelta á la carga á la siguiente noche. Por fin, no pudiendo Fausto convencerle de las ventajas de ser su socio capitalista para la gran empresa lotérica, le pidió para marcharse á Toledo, y Guerra, por ver huir al enemigo, no tuvo inconveniente en ponerle puente de plata.

El que menos molestaba y también el menos divertido era *Naturaleza*, inofensivo poltrón, que se le ofrecía para recados, y que no hallaba mejor manera de mostrar su gratitud que brindándose á hacer un plato de repostería para que Guerra se *chupase los dedos*. *Naturaleza* y su prima se encerraban en la cocina, él de maestro, ella de alumna, y el plato salía, aunque jamás á gusto del artífice, excesivamente concienzudo y descontento de sus obras. Pero como Angel no tenía ganas de comer, ni su querida tampoco, resultaba que *Naturaleza* se regalaba á sí mismo. El que rarísimas veces aportaba por allí era Policarpo, que á Guerra le parecía el más avieso de los Babeles, aparte de que sus maneras chulescas y su lenguaje de germanía le desagradaban. En cuanto á Dulce, cada día era menor su esperanza de ver en Angel el mismo hombre de los tiempos de pobreza y fiebre revolucionaria. Manteníase delicado y respetuoso; pero de su antigua ternura apenas quedaban resabios; no hacía más que cumplir, cubrir el expediente, como decía ella para sí, conociendo que si conservaba la fidelidad que puede llamarse oficial, el corazón no le pertenecía ya. Sus temores de perderlo todo crecían diariamente, y su vida era una pura zozobra. Algunas noches, pretextando la necesidad de ejercicio, salía con él para acompañarle hasta su casa: el verdadero ob-

jeto de ella era prolongar lo más posible el estar á su lado, ansiosa de sorprender algo que la sacara de tal incertidumbre. Para Dulce, la causa del desvío de Guerra hallábase en la propia casa de éste, y si al principio se resistió su mente á sospechar de Leré, ya la temeraria idea principiaba á abrirse camino, como esos absurdos que lentamente se descomponen en realidad, al modo que, en los cuadros vivos, de las sombras monstruosas é indeterminadas van saliendo las figuras. Dejábale en la calle de las Veneras, y se volvía á la de Santa Agueda con el corazón oprimido y la mente relampagueando. Alguna vez forjóse la ilusión de que Angel la permitiría entrar en su casa. ¡Qué simpleza! lo que hacía el pícaro era decirle que no se detuviese en la calle, porque helaba, y encargarle que se retirase pronto, envolviéndose bien en la toquilla. Con esto, y unas *buenas noches* como las que se darían al sereno, él entraba, y ella se iba, sintiendo en el pecho una nidada de serpientes.

Una de estas noches, Angel encontró á Leré levantada, lo que le causó sorpresa. La santita entró en el cuarto á encenderle la luz, y mientras él dejaba sobre el sofá capa y sombrero, le dijo: «Señor, han pasado los ocho días, y si usted me da licencia, como espero, me marcharé mañana temprano.

VI

Al oir esto, lo primero que hizo el amo fué contravenir abiertamente una de las principales reglas de vida que la toledana le había dado en sus célebres

sermones. «No hay que enfadarse nunca» había dicho ella, y Guerra se disparó súbitamente en ira. No era fácil remediarlo, y las diversas impresiones hondísimas que iba recibiendo su alma, no podían denegar su carácter.

—¿Ya vuelves con esa historia?... Pues márchate cuando quieras... Abusas del cariño que te tengo, y te has propuesto atormentarme... Nada; nada, que te vayas cuando gustes. Es que te crees necesaria, única, y esto no es verdad. Por mucho mérito que tenga una persona, nunca, nunca es insustituíble. ¡Pues no faltaba más! O es que quieres que yo te suplique y te diga... «Por Dios, Lereita, hazme el favor de no dejarme.» No, no, eso no lo digo yo... Te ha entrado ahora esa chifladura por la religión. ¡Religión! en el fondo de eso no hay más que orgullo, sequedad del alma, egoísmo, un egoísmo brutal... ¡Religión, puerilidad! ¿á dónde vas tú que más valgas? ¿Quién ha de considerarte más que yo? Pero ¡ay! no conocerás la tontería que haces sino después que la hayas hecho. Conviene, pues, que te largues... y cuanto más pronto mejor. Tienes mi licencia.

Esperó Angel un rato la contestación á estos desahogos; pero Leré no quiso darla, y tan sólo dijo que se marcharía en el primer tren de la mañana siguiente.

—¿Pues adónde vas?—saltó Angel como si le dieran un pinchazo.

—A Toledo.

—Pueblo de mucho clériguicio. Bien, bien; ve á donde quieras. ¿Ya tienes hecho tu equipaje? Bajaré contigo á la estación.

Bueno; pues me retiro á descansar un poco.

—Abur.

Al verla salir del cuarto sin añadir una palabra consoladora, fué Guerra acometido de un acceso de ira que le agitó sobremanera. Daba puñetazos en los muebles y en su propia frente, y con descompuestas y roncas voces protestaba de lo desgraciado que era y de la crueldad con que el destino le perseguía. Aunque la cólera se fué resolviendo en desconsuelo y amargura, y los resoplidos se trocaron en un suspirar hondo, toda la noche la pasó en vela, dando á su pena proporciones de irremediable tribulación, y al romper el día arrojóse de la cama en que medio vestido estaba, y arreglándose en un dos por tres, fué al cuarto de doña Sales y dió golpecitos en la puerta que lo separaba del de Leré. «A estas horas debe de estar levantada, disponiéndose para bajar á la estación—se decía—. En efecto, abrió ella la puerta, y en cuanto su amo la vió, cogióle ambas manos, y con viva efusión le dijo: «No te enfades si vengo tan temprano á decirte que he pasado una noche infernal pensando en tu viaje. No puedo resignarme á que me abandones. Considera la soledad en que me quedo, piensa en que me ha de ser imposible vivir sin ti...

La santita no sabía qué contestar, ni aun qué cara poner ante tales demostraciones.

—Me quito un gran peso de encima, Leré, al retractarme de lo que dije anoche. ¡No, yo no quiero que te vayas! No me es posible darte esa licencia... Verás: se me han ocurrido esta noche algunas soluciones al conflicto en que me veo. Oye... ¿tú quieres

religión, mucha religión? *(En el mismo tono que empleaba con la niña cuando le ofrecía juguetes para aquietarla.)* Pues mira, no seas tonta, yo te haré una capilla en mi casa, y puedes estarte en ella todo el tiempo que gustes... ¿Quieres que convierta una parte de la casa en convento? Pues escoge las habitaciones que más te agraden. Se incomunicarán absolutamente, y te estarás allí encerradita, rezando á tus anchas; y si quieres ponerte hábito blanco ó negro, te lo pones, si no, no. Nadie te molestará, nadie pasará á verte, más que yo, se entiende... Y en último caso, si no te acomoda, tampoco entraré yo; me quedaré de la parte afuera. Mi deseo, mi aspiración es que estés contenta y no te separes de mí ¿Te conviene lo que te propongo? ¡Ay, qué cara pones! ¿Te parece un disparate? Dímelo con franqueza, y propón tú lo que se te ocurra.

Leré se reía con bondadoso humorismo tirando á lástima, de esa lástima cariñosa que inspiran las criaturas cuando piden un imposible. Retiraba sus manos de las de Angel; pero éste se las volvía á coger, primero suavemente, después reteniéndolas con energía; y ella, que no era gazmoña, dejábase acariciar las manos por no irritarle. «Si no puede ser...—decía con benevolencia y ternura, en el fondo de las cuales se vislumbraba la energía.—Si no puede ser... Vaya por dónde le ha dado ahora: siempre es usted lo mismo... tomando las cosas así tan por lo fuerte. ¿Qué puede importarle á usted que yo me vaya ó que me quede? ¡Pero qué manía, qué terquedad! Ni qué va usted ganando con que yo sacrifique mi vocación. Don Angel, no puede ser, no puede ser. Dios me dice

que me vaya, y allá me voy. Para mi no hay más voluntad que obedecer lo que Dios me manda. Aquí el egoista, un egoistón tremendo, es usted.

—Pero dime ahora... háblame como si estuvieras ante la reja del confesonario: ¿la vocación tuya es verdad ó una de esas ilusiones con que nos engañamos á nosotros mismos? Investiga bien, escarba dentro de ti, y responde.

Ante semejante pregunta, Leré tenía forzasamente que enojarse ó reirse, y como lo primero no era posible en ella, contestó con una sonrisa más compasiva que desdeñosa. Angel se exasperaba. «Yo quiero ver—repetía,—yo quiero ver eso. Si tu vocación no es tontería de muchacha que desconoce el mundo, yo la respetaré. Otras jóvenes han creído que Dios las llamaba y que iban para santas, y de repente se han encontrado con que su propio espíritu, su propia sangre y sus nervios hacían burla de toda aquella *mentirología* metafísica. No te fíes, no te fíes de ti misma, y espera. El noviciado, la verdadera prueba debe hacerse en el mundo. Déjate de votos irreflexivos: no sueltes prenda, que podrás arrepentirte cuando no tenga remedio.

El rostro de Leré, su actitud y su sonrisa revelaban absoluta confianza en sí misma. No sabiendo Guerra por donde atacarla, pretendió un nuevo aplazamiento. «Bueno, bueno, convengamos en que eso va de veras. Monja tenemos. Pero me has de hacer un favor: estarte un día más en casa, un día tan solo. No te niego yo la licencia. ¿Qué poder tengo sobre ti? Eres libre. Un día más conmigo... mañana te vas caminito de Toledo.

Convino Leré en esperar un día, sin mostrar disgusto ni impaciencia. Por lo mismo que su resolución de partida era irrevocable, no temía comprometerse con aplazamiento tan breve. Aquel día no salió Guerra de casa, y su actitud era por demás inquieta: tan pronto ponía sus cinco sentidos con febril ardor en un asunto, como se abandonaba á extáticas distracciones, sin reparar que Braulio entraba para tratar con él de cosas más relacionadas con la aritmética que con la psicología. Después de almorzar, habló tranquilamente con Leré sin temor de abordar el asunto del viaje, y permitióse algunas burlas de la vida claustral, las cuales no ofendieron á la neófita: tomábalo más bien á broma, y como él le pidiera explicaciones acerca de sus planes, contestó: «Pienso entrar, porque así me lo manda el Señor, en una Congregación de las más trabajosas, de estas que se dedican á recoger y cuidar ancianos, ó á la asistencia de enfermos. Preferiré lo más rudo, lo más difícil, lo que exija más caridad, más abnegación y estómago más fuerte. Usted se ríe... No comprende esto. ¡Qué desgracia no comprenderlo!

Angel, después de reir con cierta afectación, quedóse muy serio, traspasado por agudísima pena. «Sí lo comprendo—dijo sombríamente.—No me supongas tan bruto.

Y después de una pausa en que ambos callaron, él contemplando las patas de una silla, ella esparciendo sus pupilas saltonas por una estantería de libros que ocupaba el testero de la habitación. Guerra le dijo: «Quisiera ser viejo y enfermo para que me cuidaras tú.»

—Algún día... ¡quién sabe!—replicó Leré más bien con alegría que con tristeza.—Para entonces seré yo también vieja... saludable.

Por la noche, comprendiendo Guerra que era impropio de su formalidad y de su fortaleza de varón, mostrar tan pueril disgusto por la separación de una criada, se confortó con sanos argumentos y apretó los resortes de su voluntad. Resultado de esto fué que pudo hablar tranquilamente con la que de tal modo le había trastornado. «Ya comprendo, hija mía, que soy un impertinente, y no te hablaré más de tu vocación, ni menos de tu viaje. Esta noche nos despedimos, mañana temprano, antes que yo me levante, te vas *pian pianino*, y aquí no ha pasado nada. Dime las señas de tu casa en Toledo, para escribirte, si algo ocurriere.

Contestó Leré que iba á casa del tío de su madre, don Francisco Mancebo, con quien estaría hasta que arreglara su entrada en la Congregación. De otra cosa muy al caso hablaron también: la cantidad que Leré había devengado por sus honorarios mientras estuvo al cuidado de Ción, se conservaba, salvo alguna pequeña suma gastada en vestirse, en las cajas de la administración de la casa. Guerra había querido entregársela el día antes, preguntándole si la quería en oro ó en billetes, pero Leré dispuso que aquella cantidad, que conservaba para su dote, quedara en la casa hasta el momento oportuno de enviarla á Toledo á la orden del padre Mancebo. Convenido así, le dijo Guerra con tristeza: «El mejor día me tienes en Toledo. No podré resistir las ganas de verte.»

—Pues creo que podrá verme, porque en esas órde-

nes no hay clausura. Antes del día felíz en que me ponga el hábito, me encontrará en casa de mi tía Justina.

—¿Pues no has dicho que en casa del padre Mancebo?

—Es que todos habitan juntos. Desde que mi tía Justina se casó con mi tío Roque, vive con ellos el beneficiado Mancebo, que protege á toda la familia y es el amparo de mis siete primitos.

—¿Y con ellos vive también tu hermano, el monstruo?

—Justamente.

—Pues mira, me han entrado á mi ganas de ver al monstruo, y de hacerme su amigo.

—¡Qué cosas tiene usted! El pobrecito causa horror á todos los que le ven.

—Déjate de horrores. Yo no tengo horror á nada... Y si llego cuando tengas puesta la toca—añadió Guerra con cierto alborozo infantil,—también podré visitarte. ¿Qué inconveniente hay? Entonces seguirás con tus sermones, y como he de tenerle más respeto, los oiré de rodillas y haré lo que en ellos me mandes... Y quién sabe, quién sabe si á lo *bóbilis bóbilis* se me pegará tu fiebre, y concluiré yo también por ponerme algún caperuzo por la cabeza, y rosario al cinto, y...

Tan conmovido estaba el hombre, que tuvo que callarse para que no se le saltaran las lágrimas.

VII

«¡Ay, Dios mío!—decía Leré exhalando suspiros muy de dentro, después de los cuales se quedaba muda, fija la vista en sus propias manos sobre la falda. Guerra tendía también al mutismo. Por fin, comprendiendo que tal situación no podía prolongarse, pues ambos en ella padecían de igual suerte, enderezó interiormente sus energías, y se fué derecho al asunto

—Leré—le dijo sin atreverse á tomarle la mano—, á ti, como persona de gran entendimiento, de gran corazón, se te debe hablar con franqueza. Yo te quiero... No hagas aspavientos; yo te quiero; las cosas claras. Lo que no sé es definir de qué modo te quiero yo. ¿Te quiero como á una mujer de tantas? Me parece que no: hay algo más, hay otra cosa, Leré. Tu santidad es un estorbo para quererte, y aun para decírtelo. Y sin embargo tu santidad me cautiva, y si tu no fueras como eres, si no tuvieras esa fe á toda prueba, y esa vocación irresistible, se me figura que me gustarías menos. He pensado mucho en esto, pero mucho. «Si me quisiera ella á mí, como yo á ella—me he dicho mil veces—, se vulgarizaría, y entonces, perdido el encanto y deshecha la ilusión, no valdría para mí lo que vale, y no me cautivaría tanto.» Aquí tienes un círculo doloroso del cual no puedo salir. La solución sería que yo también me volviera místico, como tú, y que á lo místico nos quisiéramos; pero esto no satisface al alma. No, no, todo eso es una farsa, una comedia que hace el entendimiento para engañar al corazón. El querer de hombre á mujer y de mujer

á hombre no cabe dentro de esas excitaciones artificiales de la ideología piadosa. Aquí hay un nudo que no se puede deshacer, y lo mejos es cortarlo poniendo tierra por medio. Vete, y yo me quedo aquí.»

Leré, conmovidísima, vaciló un instante entre levantarse ó esperar. Guerra daba vueltas por la habitación, haciendo esfuerzos por aparecer tranquilo. «Debes marcharte—añadió—, y mañana procura no hacer ruído, para que yo no me entere... no sea que me dé la tentación de detenerte.

—¡Dios mío, que locura de hombre! (*Levantándose vacilante.*) Pues sí... lo mejor es, como usted dice... aire por medio.

—Cabal. Vete á tu cuarto... y démonos por despedidos para siempre sin más demostraciones... ¿Sabes lo que se me ocurre en este momento? ¡Ah! una idea magnífica para evitar... para evitarme una escena desagradable. Ahora mismo me marcho á la calle, y me refugio en casa de esa... de mi amiga. No quiero estar aquí mañana temprano cuando tú salgas.

—¿Se va usted?—dijo Leré, ya en la puerta, alegrándose de un acto que simplificaba la enojosa situación.—Me parece bien. Entonces... hasta que vaya usted por allá... convertido, bien convertido, para que yo no necesite echar sermones. Conque... fuera malas ideas... y adiós.

Fijo en medio del cuarto, Guerra la miraba atento, mientras ella se despedía, y cuando se alejó, no podía desclavar de la puerta sus ojos. Al sentir, poco después, que la joven echaba la llave á la puerta de su cuarto, determinó llevar adelante su resolución, y poniéndose capa y sombrero, y cogiendo la llave de la

puerta de la calle, salió más que de prisa, como si huyera.

Encerrada en su alcoba, Leré no sabía qué pensar de las extrañas revelaciones de su amo. Más de media hora estuvo como atontada, sin poder formar juicio, como aquel que de súbito se encuentra ante un mundo nuevo y desconocido. Pero al fin se recobraron en ella la conciencia y la razón, permitiéndole juzgar las cosas con su habitual criterio. «Bah, bah,—decía,—todo se reduce á que es un hombre lleno de imperfecciones como los demás, y ha caído en la vulgaridad de prendarse de mí. ¡Vaya una gracia... prendarse de esta infeliz que nada vale, que jamás hizo caso de ningún hombre bonito ni feo! Pero algo tiene el agua cuando la bendicen; algo habrá en mi persona que le ha gustado... ¡Quién lo había de pensar! Por fortuna para mí, no necesito prepararme contra las tentaciones, porque bien preparada estoy. Dios que mira dentro de mí, sabe que ni con un descuido del pensamiento me dejo coger en esa trampa. ¡Qué tontería! si yo fuera tan simple que cayera, la gente se reiría de él, y todo el mundo se preguntaría con asombro qué mérito había encontrado en mí. ¡Pobre D. Angel, cómo tiene la cabeza! (*Mirándose al espejo.*) Pero si en esta cara no hay nada que valga dos cominos...! Claro, si se me compara con otras, algo tendré... que sirva, porque otras hay, que además de feas, son sucias y llevan pintada en la cara su poca vergüenza y qué sé yo... Y ahora recuerdo que se dice prendado de mí por la religión, ó que me quiere por santa... ¡Santa yo! no fuera malo... Á bien que cuando me ponga la estameña negra plegada, que tan poco favorece á las mu-

ˌeres, y la toca, y aquellos zapatones grandes y feos, huirá de mí, y me hará fu como los gatos. Por de pronto, pediré á Dios que le cure de esa manía tonta y ridícula. No, no creo que vaya á Toledo; no le veré más. Probablemente se olvidará de mí en cuanto deje de verme. ¡Pobrecillo! no puedo negar que le estimo, y que le deseo todo el bien posible, porque él y su madre han sido muy buenos para mí. ¡Qué dicha tan grande sentirse fuerte contra Satanás! Nunca he sentido lo que es atracción de ningún hombre, y no me alabo de ello porque no hay mérito en ser como soy. Yo no he luchado, yo no he vencido, porque no siento dentro de mí enemigo que derrotar, favor grande que me ha hecho Dios, pues bien puedo decir que vine al mundo destinada á no ser de nadie más que de Él, y cuando Él me hizo así, ya sabría por qué me hizo... La idea de casarme con un hombre y de que se ponga muy cerca, muy cerca de mí, me repugna. Puedo pensar en esto sin pecado, porque estoy bien segura de que me repugna, de que me subleva y me hiere y me... vaya si lo estoy...! (*Quitándose el corsé para acostarse.*) ¡Ah! una cosa que no he comprendido nunca es para qué tengo este pecho tan desaforado, si no he de necesitarlo para nada... Yo no he de casarme, eso bien lo sabe Dios... ¿Á qué viene pues esto?... (*Rezando mentalmente.*) Pero no nos metamos á criticar la obra de Dios: cuando Él lo hace, ya se sabrá por qué lo hace. Dicen que nada falta ni nada sobra en este mundo... Trabajillo me cuesta creer que esto no sobra... (*Se acuesta y apaga la luz.*) Tengo que madrugar, y es tarde... Lo que digo... esta parte debe de ser lo único que en mí existe favorable á esos im-

puros pensamientos de los hombres. (*Con inquietud.*) Dios mío... ¿de qué me sirve esto?... Me lo cortaría, si cortarse pudiera, como se cortan las uñas. Tú sabes que en nada lo estimo, que procuro disimularlo como un defecto más bien que ostentarlo, como hacen otras... Cuando me vista el hábito, ¡qué compromiso! pues aunque una no se ponga justillo, siempre abulta y escandaliza... (*Pausa: se adormece, rezando, y se despabila súbitamente.*) El pobrecillo D. Angel se queda muy solo... porque, no hay que darle vueltas, ni se casará con esa mujer, ni la quiere. Él me lo ha dicho y además, bien á la vista está: no la visita sino cuando no tiene distracción en casa. Sobre mi conciencia no va nada de este desvío hacia la otra porque muchísimas veces le he dicho: «D. Angel, vaya usted, vaya usted allá,» y siempre le estoy predicando para que se case. Algunas noches no he querido darle palique para que se fuera con ella: esto bien lo sabe Dios. Si yo hubiera sido mala, habría jugado con él como con un gatito chico; pero tengo ya marcado mi carril, y por él voy aunque se hunda el mundo... Esa desgraciada mujer, esa Dulcenombre tiene mucho que agradecerme, y ella ni siquiera lo sospecha: puede que crea lo contrario... (*Desvelándose más.*) ¡Vaya con los cuentos que trae Basilisa! estas mujeres todo lo observan y son muy criticonas. Dice que Dulce es guapa de cara, pero que está en los huesos. Me hizo reir la otra tarde cuando decía: no sé cómo el amo se acuesta con ese esqueleto!...» ¡Qué tontería ponerse á discurrir sobre si es gordo ó es flaco! Estoy segura de no haberme envanecido cuando Basilisa se puso á hacer comparaciones entre delanteras rasas y... otras

que no son rasas. Yo, bien lo sabe Dios, que lee dentro de mí, que ahora mismo está leyendo, bien sabe Dios que yo, si pudiese, iría á esa mujer para decirle: «Cambiemos, amiga: toma lo que te falta y á mí me sobra. Tu serás feliz y yo también.» (*Se duerme.*)

Levantóse tempranito, y como la tarde anterior había dispuesto su equipaje, no tenía nada que hacer más que despedirse de todos los de casa, que se apenaron de verla partir. Basilisa, particularmente, lloraba como una Magdalena. No sabía la joven si el amo estaba ó no en casa, y andaba de puntillas, temiendo que el ruido le despertase; pero Braulio, cuando juntos tomaron chocolate, la informó en breves palabras y sin ningún comentario de la ausencia de Angel. «Más vale así—dijo Leré para su sayo; y recelosa de que se apareciese de improviso, anticipó la salida, hizo traer un simón y se puso en salvo, acompañada de Braulio y Basilisa que no quisieron separarse de ella hasta dejarla en el tren.

VIII

Dulce, al ver entrar á Guerra tan á deshora, y oir de sus labios que se estaría allí toda la noche, no volvía de su asombro, mayormente por no advertir en el rostro de él expresión de contento, sino más bien de contrariedad y disgusto. Pocas palabras pudo sacarle del cuerpo en el transcurso de la noche, á pesar de los hábiles esfuerzos empleados para romper su reserva y taciturnidad. Por la mañana, la displicencia de Angel tuvo tonos insufribles. Dulcenom-

bre vió venir la tempestad, y para que ésta no estallase por culpa suya, se fortaleció interiormente con todo el caudal de su prudencia, haciendo el firme voto de no desplegar los labios para contestarle, dijera lo que dijese. Pero en semejantes casos, no hay prudencia que valga; un accidente cualquiera inesperado, cualquier causa exterior sirve de chispa al incendio, y éste se produce instantáneamente. La chispa fué el importuno arribo de D. Pito, el cual, desde la puerta, se anunció con un «¡ah de abordo!» y avanzó por el pasillo renqueando y tosiendo. Al avistar á Guerra, con quien no esperaba cruzarse tan temprano, el marino se desconcertó un poco, no tardando en advertir que el otro no estaba de buenas. Ensayó algunas bromas, que le dieron deplorable resultado, porque nadie se las reía, y en vez de darse por vencido, y callar virando en redondo, insistió, con pesadez y familiaridades de mal gusto. Guerra estalló, echándole esta rociada: «Dígame, ¿en qué bodegón hemos comido juntos? ¿No conoce usted que si se le tolera alguna vez es con la condición de que comprenda las circunstancias en que no se le puede tolerar?»

Plegando los músculos de su cara de corcho y entornando los ojos como si le hiciera daño la luz, don Pito mirábale con impertinencia, y al propio tiempo le apuntaba con el índice de su mano derecha alargando ésta lentamente. De su boca salía un mujido burlón, como el que se emplea con los niños para anunciar el coco. Guerra, volado, levantóse con ánimo de darle un empujón. Pero el demonio del capitán, aunque no convencido aún de que la cosa iba

de veras, se retiró de un salto, y desde lejos repitió sus burlas, añadiendo movimientos más provocativos, como el de hacer con ambas manos el ademán de citar á la fiera para ponerle banderillas.

—¡Perdido, tonto, borracho!—gritó Guerra cogiendo una silla.

Si Dulce no le ataja, tragedia segura. La cara de don Pito sufrió esa transformación súbita de las bromás á las veras que suele observarse en las disputas humanas. «Eh, poco á poco, poquito á poco—dijo—, y las arrugas de su rostro se distendieron como serpientes que se desenroscan. No palideció, porque semejante careta no podía palidecer.

—Pronto, largo de aquí. *(Dejando la silla.)* Usted con sus impertinencias tiene la culpa de que yo me ciegue, y olvide que me provoca un carcamal incapaz de tenerse en pie.

—Digo que poquito á poco... y explíquese quién ha faltado, pues, y quién no ha faltado.

A cada instante hacía el pobre capitán un movimiento de barriga, auxiliado por un gesto de la mano derecha, como si quisiera mantener en la cintura los pantalones, que propendían siempre á escurrirse para abajo. Este movimiento habitual se repetía en él cada pocos segundos, cuando se alteraba.

—No quiero explicaciones—dijo Guerra.—Despéjeme usted la casa.

Dulce, con gestos más que con palabras, rogaba á su tío que zarpara pronto de allí.

—Vamos por partes—insistía el viejo, de pie junto á la puerta, pero sin intención de hacer rumbo á la calle.—Yo no he faltado, Carando, y mi dignidad no

permite que se me trate sin el respeto debido. ¿Es que soy un negro? *(Alzando mucho la voz.)*

—Si fuera usted un negro, se vendería—le dijo Angel con desprecio.—Andando, andando de aquí.

—Yo no vendo á nadie, ¡yema! ¿Eh? ¿qué es eso?... ¿Es que yo no tengo dignidad? Se me trata de este modo porque... *(buscando el tono patetico)* porque soy un pobre mareante que ha llegado á la vejez sin víveres. Pues sepa el muy... párvulo que á mí nadie me embiste, y que pobre y desarbolado, doy *avante toda*, y al que se me atraviesa delante, lo parto. *(Amenazando con el bastón.)* ¿Eh?... Viejo y escorado, sé lo que es dignidad, caballerito Guerra. ¿Cree usted que le voy á pedir algo? ¡Inglés! yo no me rebajo, yo no me humillo; tomaré de mi sobrina las sobras de su rancho; pero de usted, ¡inglés!... quite allá... ¡Pues estamos lucidos!... Párvulo, quédate con Dios: estás perdonado.

Orzó gobernando en demanda de la puerta; pero su carácter impetuoso le trajo de nuevo á la disputa.

—Conste que no he faltado—dijo desde la puerta—, y que no arrio mi bandera. ¡Me caso con el arpa de David! Yo no pido nada. Tengo amigos pobres que me dan de comer: no quiero nada de los ricos, Cárando. ¿De qué sirve el dinero, pateta? De motivos para condenarse, y yo no me condeno, yo me voy al Cielo derecho, ¡ojalá fuera mañana!... Y no me cambio por usted, no, no me cambio, no le tengo envidia, porque lo que yo quiero es una conciencia... ¡yema! como la mía, y si ahora me pusieran delante un cargamento de dinero, le daría un escobazo... ¿Qué? ¿no lo cree? *(Avanzando algunos pasos, deseoso de discutir.)*

—No, si yo ni creo ni dejo de creer—dijo Guerra sentándose con desdeñosa calma.—Déjeme usted en paz.

—¡El dinero! ¡Me caso...! *(Con pesadez.)* ¡Qué cosa más inútil, y más... más... asquerosa! Bendito sea el pobre, el pobre honrado como yo, que no tiene sobre qué caerse muerto, ni vivo... ¿Vé usted mis bodegas? *(Mostrando los bolsillos.)* Están lo que se llama plan barrido. Así, así es como es uno feliz, y no contando fajos de billetes, de esos billetes infames, cochinos... que... Eh, párvulo, lo repito, yo no pido nada, yo no quiero nada. ¡Viva el hambre, viva el frío, vivan... las yemas del tío Carando! Adiós; *avante toda.*

Salió por el pasillo adelante, marcando el paso con el pié muerto, del cual tiraba la pierna reumática ayudada por la sana, dejándolo caer como una maza sobre el suelo. Oyóse el portazo, cuya violencia acusaba una dignidad profundamente herida.

Dulce lloraba en silencio, sentada en una butaca frente á Guerra, el cual sin mirar á su querida, sintió por primera vez que la infeliz mujer no era ya totalmente una excepción de la repugnancia que todos los Babeles le inspiraban. Poco antes, al apuntarse este sentimiento hostil, túvole miedo y procuró sofocarlo; pero ya iba siendo demasiado vivo, y apenas cabían componendas con él. El estado de espíritu y de conciencia de Angel impedíale todo disimulo, y lo único posible era poner bastante delicadeza y consideración en el rompimiento que ya resultaba inexcusable.

—Dulce—le dijo.—Ya no es fácil entendernos. Tu familia y yo somos incompatibles.

—¡Qué tontería!—murmuró ella, secándose las lágrimas.—Si te has cansado de mí, ¿para qué tomas el pretexto de mi familia? Bien sabes que, si quieres, no te molestarán, y que sus impertinencias las aguanto yo sola. ¿A qué viene todo esto? Mi familia no te estorba para venir aquí; es que ya no te gusta venir; es que te canso, te molesto. Desde que eres rico, has cambiado completamente para mí. Claridad, franqueza: si no me quieres ya, dímelo; si piensas dejarme, antes hoy que mañana.

—Ten calma—dijo Guerra, con más piedad que ira.—Podría suceder que las circunstancias me obligaran á alejarme de tí. Si esto ocurriere, yo no te abandonaré. No creas que voy á dejarte en la miseria.

IX

Esta protección sin cariño hirió con tal dureza el corazón de Dulce, que no pudo expresar su pena sino con un gemido. Perdida la última esperanza, vió lejos de sí al hombre en quien concentraba todos sus afectos. «Eso quiere decir—dijo sollozando,—que me jubilas, y me pasas la pensión».

Volviendo hacia él sus ojos llenos de lágrimas, le dirigió estas amargas quejas:

—Ya me lo esperaba yo: no soy tonta. Ya sabía que de este modo habías de pagarme, á mí que te quise cuando todo el mundo te despreciaba... Porque yo he sido mala; pero he sabido quererte y ser esclava tuya... Hace algún tiempo que te veo venir. Y ya sé, ya sé el por qué de este cambio, de esta ingratitud...

Su pena se desbordó de golpe, prorrumpiendo en sollozos que pronto fueron llantos y gritos de angustia, el chillar descompuesto y ensordecedor que es la última defensa de la pasión femenina.

—Sé quien tiene la culpa de esta infamia... Todo lo que pasa en tu casa lo sé yo, sin moverme de aquí. Estás loco, loco, y te has portado conmigo como un cualquiera... Hazte el tonto, hazte el sorprendido... Debiste separarte de mi antes de *tomar* la santurrona esa, más sosa que el mundo entero, la engarzarosarios. Ay, hijo, no has caído en la cuenta de que es cosa muy ridícula pasar de lo revolucionario á lo eclesiástico. ¡Vaya, que dejarme por ese tapón! Me reiría, me reiría si no estuviera tan lastimada... Ya, ya andan diciendo que te casas con ella, y que vais á hacer un convento para encerraros los dos: ¡qué risa! *(Llorando amargamente.)* Por vengarme, ojalá te saliera grilla, pero muy grilla, para que aprendieras lo que es meterse con monjas. Yo te tenía por menos simple. ¡Tú, el enemigo de la hipocresía, caes ahora en esa trampa que te arma la mojigata ladina con sus arrumacos y sus brujerías católicas!... Estoy volada, estoy ardiendo, no por mí, no porque me dejes, si no por verte tan tonto... Pero me alegro... sí, me alegro, ya ves cómo me echo á reir. Es que se me ha quitado todo el amor que te tenía; es que no cuesta nada aborrecer á las personas cuando se ve que no tienen pizca de talento... Y cuidado que la chica es fea y antipática... sus ojos marean... ¡y qué cuerpo tan rechoncho... con aquella pechera, que debe de ser postiza! *(Con saña burlona.)* ¡Pobre ángel!, si no las has tocado todavía, y tienes ilusiones sobre el particular, piérde-

las, necio, y convéncete de que aquello es lana. Una nueva trampa que te pone, á más de las de la santidad, una hipocresía de la carne... Porque no le des vueltas, no, no es carne aquello; ni aquellos ojos son ojos de persona... con su meneo insoportable que da ganas de vomitar... *(Oprimiéndose el pecho.)* Ya no me queda duda de que todos los hombres sois unos grandes mamarrachos.

Comprendiendo Angel que en cuestiones de tal naturaleza las respuestas envalentonan al enemigo, callaba, aguardando coyuntura propicia para terminar de un modo amigable. Pero la Babel, echando lumbre por los ojos, la emprendió con él de nuevo, usando armas que debían de herirle gravemente en su amor propio.

—Te has lucido, hijo... te has pasado toda la vida trabajando contra los curas y el fanatismo, y mira por donde has ido á caer en manos de tus enemigos. Porque esa chiquilla, no lo dudes, es un anzuelo que te han echado los del bonete para pescarte. Luego que te tengan cogido, te obligarán á ir en las procesiones con tu velita en la mano. Atrévete á sostener ahora, como sostenías antes, que eso de la religión es farsa y chanchullo de unos cuantos, y que cuando nos morimos se acaba todo. Si lo dices, tu beata te sacará los ojos, y te dará celos con el Santísimo Sacramento. No hay más si no que los de sotana te han echado ese gancho para sacarte el dinero. ¡Ay, cuando andabas por ahí hecho un pelele, no se acordaban de ti para nada! Como que ellos no hacen caso del pobre: van á su negocio, y han inventado mil fábulas para explotar á los ricos, pamplinas en que yo no creo, porque

tú me has enseñado á no creerlas. Y ahora la pobre discípula ignorante se aguanta en la verdad, mientras que el sabio maestro, tú, se traga todos esos disparates... já, já... Iré á verte cuando estés en la iglesia hocicando frente á las imágenes y dándote golpes de pecho... y creerás todas las paparruchas que antes negabas y de que tanto te has reído.

—Yo no me he reído de nada—observó Guerra que ya se cansaba de oir á su querida despreciar la idea religiosa.

—Sí, te has reído, has hecho burla de eso de la Trinidad, que son tres y uno, y qué sé yo, y de la Encarnación del Señor y de todas las cosas... te has mofado de que Dios fabricara el mundo en siete dias, y al Papa y á los obispos les has puesto que no había por donde cogerles... Pero ahora, esa mona eclesiástica te ha vuelto del revés. ¿Y quién viene á pagar los vidrios rotos? Yo, pobre de mí, que nunca quise renegar de Dios. Cuando tú te empeñabas en hacerme atea, yo me resistía, y ahora, la que defendía al Señor cuando tú le tratabas como á un cualquiera, se queda en medio de la calle. ¡Bonito pago me da el Señor! A esto llamarán justicia. ¿Pues sabes lo que digo ahora? *(Con exaltación.)* Que ya no me da la gana de creer nada, ni tanto así, de lo que reza el Catecismo. Todo es mentira, comedia, engaña-bobos. Ya, ya veo que acierta don José Bailón, que el otro día me dijo que todas las cosas esas son mitos... eso es, mitos... Me lo aprenderé muy bien para soltárselo al primer beato que encuentre. Y por estas cruces te juro que no vuelvo á rezar en mi vida, y cuando vea pasar el Viático, me echaré á correr, como hay Dios, diciéndole: «abur,

que eres mito...» ¡Vamos, cuando pienso que se ha vuelto beato el hombre que hace meses andaba buscando sargentos que quisieran derribar todas esas antiguallas...! Esto parece un sueño... Bien, bien, déjame en paz, y vete con tu monjita... No necesito de ti para nada: sé trabajar... Si crees que voy á echarte de menos, te equivocas. Yo, cuando me pongo á olvidar, soy lo mismo que cuando me pongo á querer...

Las frases que siguieron á esto fueron ya desilvanadas, sin sentido, interpoladas de sollozos y expresiones de dolor. Guerra deseaba concluir, y si Dulce hubiera facilitado con su lenguaje una suspensión temporal de relaciones, aceptaríala con muchísimo gusto; pero aquellos torpes ataques al principio espiritual que gobierna las sociedades, hicieron pésimo efecto en un hombre que se hallaba en plena crisis de pensamiento y de conciencia. Debe advertirse que á pesar de los pesares, no había pensado en la ruptura definitiva, pues aún le sujetaban lazos de afecto á la que por tanto tiempo compartió sus penas y sus dichas. No era su intención marcharse de allí diciendo *ahí queda eso*, pues Dulce no podía ser para él, ni en mucho tiempo lo sería, una persona extraña. Su intento era no perderla de vista, protegerla y velar por ella como un amigo, como un tutor, como un pariente obligado á cuidarse de su honor y su bienestar. Con estas ideas, acercóse á la cómoda, sobre la cual estaba la cajita en que solía poner el dinero que á Dulce asignaba para sus gastos, y sacó del bolsillo y de la cartera plata y billetes para dejarlos allí.

—Yo no te abandonaré ni ahora ni después—le decía en el tono más conciliador que le era posible. Pero

ella, lejos de calmarse con tales ofertas, se voló más, prorrumpiendo en lastimeros gritos.

—Hazme el favor de tener juicio—le dijo Guerra, pronto á salir, y alargando hacia ella una mano, que Dulce rechazó con toda la fuerza de las dos suyas.—Ya volveré á verte, aunque no sea muy pronto. Seamos siempre amigos. A ti te conviene, y á mí quizás también.

—¡Amigos... Yo tu amiga! ¡tu amiga yo, yo...! Quita allá... no me volverás á ver... Viviré como pueda... Vete pronto con esa muñeca de altar... Esto es una infamia... esto es peor que si me asesinara... ¡No hay Dios, ni mito que castigue crímenes tan... espantosos!

Esto último lo dijo sola, porque Guerra no quiso esperar más, y salió, afectando calma, pero en realidad profundamente apenado y caviloso. Dulcenombre, en un rapto de demencia, corrió hacia la escalera gritando: «Es una infamia... abusar así... porque me ve sin familia, abandonada de todo el mundo. Dios mío... Virgen... No, no, que sois mitos». Algunos vecinos salieron á sus respectivas puertas. La galguita ladraba furiosa en el pasillo. Hubo un ligero remolino de curiosidad y chacota en la escalera; pero nada más. Luego, cuentan que salió la moza al balcón, enteramente trastornada, y desde allí, con descompuestas voces y ademanes más descompuestos aún, llamó al amigo perdido, que ya doblaba la esquina de la calle de Santa Brígida sin mirar para arriba ni hacer caso de nada.

«Chillará y trinará, ¡pobrecilla!—se decía.—Pero estos espasmos pasan pronto, y dentro de unos días

no se acuerda de mí.. No, no la abandonaré nunca, ni ella merece ser abandonada. ¡Es tan buena!... Pero esa familia, francamente... Esto tenía que ser. Cambios fatales, imprescindibles que nos ofrece la vida, y que debemos aceptar con ánimo sereno... Mal rato he pasado; el choque ha sido rudo. Serenidad, Angel, serenidad... ¡Adiós Dulcísima!... La pobrecilla chillará; pero de seguro no se arroja por el balcón.»

VII

HERIDA.—BÁLSAMO

I

Don Pito, que voltijeaba en la calle, esperando á que el enemigo pasara de largo para volver á entrar, vió á su sobrina haciendo figuras en el balcón, y tuvo miedo de que se le fuera la cabeza y diese la gran voltereta. «Chica—le gritó desde abajo, extendiendo los brazos para recogerla en ellos, por si acaso se tiraba,—no seas loca... aguántate... despréciale... tendrás otros que valen más... Juicio, niña, juicio, y adentro.

Al ver que la joven se retiraba del balcón, subió con toda la rapidez que sus desiguales piernas le permitían. Llegó arriba jadeante, y encontrando franca la puerta, se coló hasta la sala, en la cual estaba Dulce, llorando á lágrima viva, echada sobre el sofá. Abrazándola con paternal cariño, D. Pito la consoló en esta forma:

«Hija de mi alma, no te aflijas. Cuenta con mi protección. Tu tío no te abandona, no: te dará remolque hasta el fin del mundo». Como la dolorida no hiciera demostración alguna de gratitud, el viejo reforzó sus aspavientos consoladores. «Pero, chica, ese pirata habrá sido capaz de dejarte sin carbón en medio de la mar? Dulce no contestó; pero el capitán, que ya conocía el famoso cofrecillo, por haber metido más

de una vez en él sus dedos, fué á mirar lo que había, y cuando vió cantidad crecida de billetes y monedas de plata, el asombro le tuvo abierta de par en par la boca un buen espacio de tiempo.

«Pues mira, chacha, no debes apurarte—dijo sentándose y poniendo el cofre sobre sus rodillas.—Tenemos carbón y víveres á bordo... *Avante toda.* Proa á la mar. Dios no abandona á los buenos... Pero ten cuidado no te roben, ¿eh? que estás muy trastornada, y no sabes quién entra ni quién sale... Mira, yo te guardaré esto. *(Cogiendo algunos duros y metiéndoselos con rapidez en los bolsillos.)* Tengo las carboneras vacías, Carando, y hace días que estoy quemando mis propios huesos para hacer un poco de presión... Fíjate, fíjate bien en lo que tienes, y ocúpate de tus intereses. Toma, ve contando, hija de mis entrañas, pues aunque yo creo que el dinero es una cosa muy mala, ¡yema! causa de todas las trapisondas de este mundo, siempre vale más tenerlo que no tenerlo. Digo... del dinero salen los vicios, el lujo, la soberbia y otras mil perrerías. Pero cuando uno lo tiene, no debe dejárselo quitar, y aunque el hambre es una cosa magnífica para irse á fondear en el Cielo, no es malo tener algo que meter por esta pindonguera escotilla que el Señor nos ha puesto debajo de la nariz. Con que vete serenando, joven inocente, que eso del llorar es cosa de bobos. Cierra esos imbornales y créeme á mí. ¿Qué te pasa? ¿que quieres á ese párvulo? Pues no te apures que como ese encontrarás mil, y mejores. Venga de almorzar. ¿Qué no estás para nada? ¿no quieres ir á la cocina? ¡Yema! ¿qué me apuestas á que te hago un arroz que te chupas los dedos? Yo también soy coci-

nero: los marinos tenemos que saber un poquito de todo... ¿Hago el arroz, sí ó no? Considera, párvula mía, que si tú estás enamorada, yo no lo estoy, y es preciso comer para beber, quiero decir, para vivir... Estamos solos, chica, y ahora no hay quien nos fume. Oye: pon el dinero en lugar seguro, ¡me caso...! mientras yo salgo á traer una cosa que nos hace mucha falta. Dime ¿te gusta á tí el *fin champán*? No hay remedio mejor para la debilidad de estómago y para las averías del alma. Un dedito, y se te tapan todos los huequecillos donde anidan las penas. Claro, ellas quieren salir; pero no pueden. Espera, echame acá otra vez el cofre... Vengan otros dos pesos... mejor será que tome cuatro, porque más seguros los tienes en mi poder, ¡yema! que en el Banco de España... Con que espérame un ratito; en un par de guiñadas voy y vuelvo... ¡Ay, qué bien vas á estar con tu tío! Ni disgustos, ni quebraderos de cabeza, ni aquello de si viene ó no viene. Ya no viene más, Carando, y mejor es así. Por la tarde, á paseo los dos, en coche, ¿qué te parece? á ver los bigardones y bigardonas que borlean en el Retiro, y por la noche á casita. Cada uno en su litera, y vengan temporales. Con que, espérame un rato.

Salió tan ágil, que no parecía sino que la pierna inválida había recobrado el vigor de los años juveniles. Á la media hora volvió cargado de provisiones, cucuruchos de papel, y botellas con etiquetas de relumbrón.

—No navegues nunca con la gambuza vacía...—dijo poniendo su cargamento sobre la mesilla de mármol. Dulce, que no tenía humor para bromas ni aun

sentidos para enterarse de lo que á su lado pasaba no hizo caso de D. Pito, el cual, poseído de frenesí culinario, fué á la cocina, sin lograr que su sobrina le ayudase. Ésta, secas ya las lágrimas, había caído en un estupor doloroso; sus miradas no se apartaban del suelo; su tez se había vuelto verdosa; entre su nariz y su boca, una contracción singular hacíala parecer á ratos persona distinta de sí misma. Pasaba el tiempo sin que la dolorida mujer se moviera de su sitio, y á ratos, como el durmiente que percibe en sueños los ruidos de la realidad, sentía la presencia del capitán en la cocina, moviendo cacharros, hablando consigo propio, y echando pestes y yemas á cada contrariedad que le ofrecía la faena que se había impuesto. Por fin, tuvo Dulce que ir allá, y regañaron un poco, y D. Pito se quemó un dedo, y el condenado arroz salió más malo que todos los demonios. Dulce no tenía ganas de probar bocado, sino de lloriquear en la alcoba, reclinándose boca abajo en su lecho. Allí la encontró el tío, que se había servido solo su almuerzo en la cocina, sin manteles, y bien harto de arroz, con media botella de Valdepeñas entre pecho y espalda, se fué á consolarla, obsequiándola con todas las frases tiernas que en el acto de la digestión, más que en otro alguno, se le venían al pensamiento. «Por lo que no paso, joven, es porque estés sin lastre. Hay que estivar algo de peso. Si no, los balances no te dejarán vivir. Mala cosa es la debilidad: yo la detesto tanto, que prefiero llevar arena en la bodega á no llevar nada... ¡Ah!... se me ocurre una gran idea. ¿No puedes tú pasar ningún abarrote? Pues yo sé hacer una bebida que te fortalecerá y te pondrá como un reloj. ¿Sabes lo que

es un *chicotel?* Es el consuelo del navegante, transido de frío sobre el puente, derrengado de fatiga, aguantando chubascos, y con la humedad metida en los huesos, luchando con furiosa mar de proa, sin poder quitar el ojo del compás ni del cariz del cielo. Es la *mañana* que conforta y da valor para resistir un mal día después de una noche de perros. Aguárdate y verás qué pronto despacho.

Fué á la cocina, rompió un huevo en una taza y lo batió bien, pero bien; echólo en una vasija grande con la dosis de medio vaso de agua, añadiendo una copa chica de ginebra, un poco de canela y azúcar en proporción. Para el perfecto *gin cock tail* (literalmente *rabo de gallo con ginebra*) no faltaban más que las gotas amargas, que le dan aroma y tonicidad; pero como D. Pito no las tenía, prescindió de aquel sibaritismo, y concluyó la confección del ponche, batiéndolo de nuevo con el molinillo del chocolate hasta levantar espuma que se desbordaba del cacharro. Sirviólo luego en un vaso ordinario de los grandes, en el cual resultaban como tres dedos de dorado líquido, y un dedo de espuma que mermaba lentamente. Con aire triunfal lo llevó á su sobrina. «Vaya, endereza ese casco... Tómate este bálsamo de Dios, y verás cómo se te aclara el celaje.» Dulce lo probó, y como no le supiera mal, apurólo hasta que no quedó en el vaso más que un poco de espuma, y en su labio superior un bigotillo blanco. «Qué tal? ¿cosa rica? Con esto se me han pasado á mí todos los berrinches que he cogido á bordo. Día hubo en que no pudiendo bajar del puente, me sostuve con catorce *chiconteles* á diferentes horas. Ello fué en el *María Josefa* cuando el hura-

cán que me cogió en Maternillos». La ingestión de aquel brevaje fué para Dulce confortante y placentera: en los primeros momentos se sintió traspasada por extrañas ráfagas de alegría, de esa alegría que suele producirse entre las vibraciones del extremo dolor, como la chispa que brota de la percusión de cuerpos duros. Al pasar á la sala, toda la habitación giraba en derredor suyo, y D. Pito con ella, lo que produjo en la joven una risa nerviosa, viéndose obligada á sentarse, la mano delante de los ojos. Luego, sin cesar el mareo produjole el bálsamo otros efectos, una especie de erección del ánimo flojo, volviendo sobre sí, y reivindicando su dominio, un despertar de todas las facultades, un afinarse de todos los sentidos, y con esto, ganas de hablar y de contar su cuita, en términos que las palabras se le salían de la boca antes de que el pensamiento las ordenara. Pero aún hubo otro efecto más particular: al ir de la sala á la cocina, se olvidó de cuanto le había pasado aquel día; es decir, notó un descanso inefable y la conciencia de una situación negativa en su alma. Vagamente consideró que algún fenómeno extraño se verificaba en ella, y sin poder determinar que fuera olvido en lo moral, sedación en lo físico, decía para sí: «No sé qué tengo... Yo estoy alegre... pero se me figura que hoy me ha pasado algo... No sé lo que es, no sé lo que es, ni quiero tampoco saberlo»... A semejante estado, sucedió pronto una melancolía dulce, en la cual iba apareciendo poco á poco la noción del estado primero, como una substancia diluída y agitada que decanta en el fondo del vaso. La espuma disminuía con el estallido de las burbujas, el líquido aumentaba, y un sedimento de hiel

obscura amargaba y ennegrecía ese fondo en que se cuaja la conciencia de nuestros dolores.

En tanto, el célebre capitán jubilado había encendido un cigarrote, de la docena selecta que trajo en uno de aquellos cucuruchos, y tiraba de él, atizándose copas y más copas de coñac. La galguita, que le había tomado cariño de tanto verle allí, jugaba con él ó se le ponía delante, grave y atenta, mirando cómo subían al techo las azuladas espirales del humo del cigarro. Y á Dulce y á la perra juntamente dirigía, don Pito sus filosóficos comentarios del mundo y la vida humana: «Mira, hija de mi alma, no hay que apurarse, tomemos los contratiempos al son que ellos traen. ¿Que sopla Noroeste duro? Pues *avante*, y capéalo como puedas. Hagámonos cuenta de que la vida es toda ella muy mala, y que lo bueno viene por casualidad, cuando el mal descansa ó se duerme. Pongámonos siempre en lo peor; creamos que todo lo que no sea temporales, mar de fondo y neblina es un golpe de suerte, un chiripón, casi un milagro. Desconfiemos de las claras, porque no hay clara que no sea una tal, y tras ella viene siempre un chubasco mayor que el pasado... La mar es *de por sí* voluntariosa y muy gitana. Vayamos por ella con la mecha bien atizada *(un dedo en el ojo derecho)*, y á cada minuto que pase hagámonos cuenta de que la muy carantoñera nos ha perdonado la vida... Ea, basta ya de lloricio. Pecho al huracán; venga bálsamo, y *avante toda*, que mientras no se rompa el molinillo, andando vamos... Aprende de este prójimo, que echó los dientes mirando cosas inhumanas, ¡ay! oyendo rugidos de fieras, y viendo cómo se hincha la mar, cómo se desgaja el cielo. Por-

que á mí me destetaron los ciclones, y en mi biberón no había leche, ¡yema! sino agua salada con gotas... de sangre humana. Con aquel ten con ten, me hice de bronce, y ya me podían echar desgracias, contratiempos y calamidades... ¡Que salta fuego en las carboneras! Serenidad, serenidad; no atropellarse: ya se apagará... Vísteme despacio que estoy de prisa. Poco á pocoooo... ¡Que se cierra de niebla y se nos viene encima un barco que no quiere ó no puede gobernar!... Pues cierra la caña á estribor... toda la pala á babor... Que no podemos evitar la embestida y el otro nos raja por la mitad, ¡pruuum! y nos mete la roda hasta la misma máquina!... Me has partido, inglés... Me caso con tu alma pastelera. Pues á pique... Orden, sangre fría, serenidad... No correr; esos botes... ¡Que revienta la cafetera y el vapor nos despide!... Abur, mundo bonito... Me caso con la mar... Calma, calma... Que cada cual se ahogue como pueda.

II

No era feliz D. Pito en aquella vida de inválido, amenizada con turcas, vida holgazana, humillante y aburrida lejos de su elemento propio, el mar. Madrid no le gustaba ni le gustaría aunque en él tuviese asegurada la olla cuotidiana, aunque en la casa de su hermano Simón se ataran los perros con longanizas, y aunque doña Catalina de Alencastre ocupara el trono de sus mayores. Fácilmente prescindía de todo regalo corporal, como hombre avezado á las privaciones; fácilmente soportaba los largos ayunos que en la mo-

rada Babélica equivalían á un ramadán continuo; pasaba por las incomodidades de la vivienda, poblada á veces de parásitos voraces, que de los cuatro cuadrantes salían para embestirle; toleraba otras mil molestias, ya por exceso, ya por escasez. Todo ello significaba poco, mientras hubiese tabaco y bebida, y esto gracias á Dios, nunca le faltó. Lo que á D. Pito le amargaba la existencia era vivir en un pueblo donde no había manera de ver ni de oir ni de oler la mar por ninguna parte. Durante días y días, olvidaba el objeto de sus ansias amorosas; pero de repente un día cualquiera, antes ó después de *embalsamarse*, sentía tan angustiosa nostalgia, tal desgana de la vida, tal deseo de correr á otras regiones, que se le metía en la cabeza la idea de matarse... Luego no se mataba, es cierto; porque no cuajan todas las ideas.

Gran parte del tiempo se lo pasaba calle arriba, calle abajo, mirando el mujerío (otra mar también muy de su agrado), sentadito en un banco de Recoletos, si hacía buen tiempo, viendo pasar coches, ó dejándose ir al garete por las alamedas del Retiro. A veces, cuando la presión alcohólica era excesiva, se lanzaba más allá de las rondas exteriores, donde el caserío se enrarece, dejando ver el casco pelado, la desnudez esteparia de un campo sin accidentes. Allí, respirando el aire puro, mirando el cielo y la tierra que en horizonte se juntaban en faja corrida de azul intensísimo, sentía algo semejante á la impresión del sublime Océano. «Ahí está—decía entre crédulo y escéptico,—ahí está el muy judío... No será; pero lo parece»... *Avante toda*, y se lanzaba por las llanuras mal aradas, en cuyos surcos crece la cebada ra-

quitica de que se alimentan las burras de leche, hasta que rendido de fatiga se sentaba en cualquier mojón, cruzaba las piernas, poniendo el palo entre ellas y quitándose el sombrero, limpiábase la frente con el pañuelo de hierbas que dentro de aquél llevaba, y se embebecía en la contemplación de la raya azul del horizonte, sobre la cual pesaban esas nubes turgentes y gallardas que parecen inmenso escuadrón de caballos al trote. Murmuraba entonces sílabas obscuras, cláusulas desconocidas que debían de referirse al cariz del tiempo y á las probabilidades de chubasco. Alguna vez pronunciaba frases completas, extendiendo la mano como para darle una palmadita á la atmósfera. «Va rolando al Sudoeste, y antes de diez minutos, agua».

Días hubo en que el inválido de los mares salía de su casa en un estado cerebral lastimoso. Al pisar la calle, y verse libre de la real presencia de doña Catalina, le entraba pueril alegría, gana de charlar con cualquiera, y pasaba de una acera á otra pronunciando entre dientes el *avante toda* con acentuación de risa. Su resistencia al alcohol era tal, que no se caía nunca ni daba fuertes bandazos, aunque llevara dentro el máximum de estiva. Lo que hacía era disparar chicoleos á cuantas mujeres encontraba, poniéndoles ojos tiernos y diciéndoles si querían enrolarse con él. En los sitios más públicos armaba camorra con cualquier chico que le saliera al paso, y todo su afán era vencer estorbos, empujar á cuantas personas se oponían á su marcha recta y segura. A lo mejor, se encaraba con cualquier transeunte desconocido, y le decía en tono de confianza marinera:

«No descuidarse. ¿No es usted el pasajerito de Glasgow? Salimos á la pleamar de las once y quince. Yo me voy para bordo antes que repunte el Nordeste». Y á otro le paraba endilgándole un saludo muy familiar: «¡Don Pancho, dichosos los ojos! ¿Cómo ha quedado aquella gente de Nuevitas? ¿Y la esclavitud? Tan famosa, ¿eh? Si quiere algo para allá, sepa que salgo mañana, digo, ahora». Un empujón del transeunte ponía fin á la escena, y D. Pito salía gruñendo como perro pisado. «No sé qué demonios pasa en el mundo—decía,—que todo está contrapuesto. ¿Cómo es que en esta bahía de la Habana, donde yo no conocí mareas, hay ahora un coeficiente de once pies lo menos? ¡Me caso con la Biblia! ¿Cómo es que ahora tenemos el Havre aquí, en mitad del Canal Viejo?... Lo que digo: ó mienten las cartas, ó miente la realidad»... En Recoletos se encontraba un camión parado, y mi hombre se iba derecho al conductor y le echaba esta rociada: «Oye, Matapúas, si no me llevas las pipas antes de las nueve, te quedas con ellas. ¡Me caso con tu sangre! Eso de que yo me jorobe cargando á última hora, no lo verás... ¡Yema! ¿no ves cómo la marea tira para arriba?» El conductor, como quien ve visiones, le amenazaba con un trallazo si no se iba. Alejándose, D. Pito le gritaba: «¡Carando, vaya una pachorra que gastas! Eso es, estáte ahí esperando el ramalazo de Noroeste que se te viene encima. ¿No ves la nube? Un par de guiñadas, animal, y záfate de la corriente... Ponte al socaire de la escollera... ¡Ah! ya; es que ahora se estilan mulas para remolcar las gabarras. ¡Qué cosas ve uno, pateta! El mundo trastornado, los mapas al revés, y el agua volviéndose tierra»...

Muchas tardes solía dar con su cuerpo en el Retiro, y allí se le despejaba un poco el caletre. Por lo común, después de la excitación de júbilo insano, caía en tristeza tan deprimente que la vida se le representaba como la más insoportable de las cargas. El mundo, tierra y cielo, no le daba más impresión que la de una soledad abrumadora, de un cautiverio tristísimo y sin esperanza. Ver árboles y nada más que árboles, tanta rama seca, el suelo cubierto de hojas; no encontrar en las alamedas solitarias más que algún guarda ceñudo, ó paseante melancólico, le acongojaba. En aquellos lugares apacibles le acometía más que en parte alguna la demencia de echar á pique el viejo casco de su vida. Cuando los guardas no le veían, columpiábase en un álamo, ó se tumbaba junto á los estanques chicos, para meter las manos en el agua, y á veces la cabeza. En ocasiones, el frío del agua le aclaraba las ideas; á veces, el sentirse mojado le excitaba más, dándole ganas de sumergir todo el cuerpo, y una tarde le sorprendió el guarda desnudándose para echar un cole en el estanque de las Campanillas. Trabajo costó convencerle de que allí no se permitía tomar baños. «Bueno, compadre, bueno—dijo D. Pito sin incomodarse, poniéndose el gabán,—guárdese usted su agüita, hombre, guárdese su mar... no se la beba un perro que pase».

Aquel mismo día chocó en nefanda hora, junto al estanque grande, con un bajo muy peligroso... quiere decir que encontró una cantina, y al poco rato de este desgraciado tropiezo hallábase mi hombre en disposición de creer que el paseo que conduce á la

Casa de Fieras era el canal de Panamá, ya concluído y en explotación. En mitad de la calzada, algunos obreros abrían una zanja para poner tubería de aguas, y no lejos de allí, otros cavaban hoyos para plantar arbustos. Entre los montones de tierra y la zanja, veíase un trozo de tubo de plomo, vertical, que del suelo salía como una vara, y lo mismo fué verlo D. Pito que tomarlo por bocina fija, de esas que, en el puente de un vapor, sirven para transmitir la voz de mando al maquinista de guardia. El trastornado capitán aplicó sus labios á la boca del tubo y dijo en voz clara: «Poco á poco... dos paletadas atrás... dos avante... moderando»... Los trabajadores le miraban asombrados, y comprendiendo que el tipo aquel no tenía la cabeza buena, en vez de compadecerle, empezaron á torearle con groserías y chirigotas. D. Pito les puso la cara fiera, la cara *mando en la mar*, y subiéndose á un montón de tierra, les dijo: «A ver, ¿quién es el hijo de tal que ha mandado plantar estos árboles en el mismo puente?... Al agua, ¡listo! al agua con los arbolitos... Arría toldo. Me acaban ustedes la paciencia, y al que me chiste le arrimo una piña ¡me caso con su madre! ¡yema!... ¡Callarse la boca!»

Salía por fin corriendo de allí, hostigado por un perrillo, despedido por certeras pedradas, y de pronto se detenía, miraba hacia la Montaña rusa, se restregaba los ojos, volvía á mirar, murmurando: «Tate, tate... Por dónde me sale ahora la torre de Holy Head... ¡Bueno están poniendo el mundo este, con tanto trastocar las cosas! Va uno por el canal de Panamá, y demorando, demorando, se encuentra en el canal de San Jorge, frente á la Skerries... ¿Niebla te-

nemos? Ea, sirenita, sirenita. *Avante toda*, y al inglés que coja por delante, le rajo». Diciendo esto bramaba como un toro.

III

El primer día de la desgracia de Dulcenombre, tío y sobrina no se separaron. Nadie recaló por la casa, ni á ellos les hacía falta compañía, y tan grata era para don Pito la de las botellas de coñac, que por noche apenas podía guardar el equilibrio en pie, y andaba á gatas por la sala, si no runflaba como un cerdo debajo de la mesilla de mármol. Dábale Dulce con el pie para apartarle cuando estorbaba el paso, sin decirle cosa alguna, pues seguramente el pobre viejo no había de entenderla. En el suelo pasó la noche, lo que no era causa de molimiento de huesos, para quien tenía costumbre de dormir en camas duras. No pudiendo conciliar el sueño, y sintiendo una gran debilidad de estómago, la Babel acudió á repararse con una copita del precioso licor, y tan bien le sentó, y tal descanso dió á sus nervios, que después de dormir un poco en la butaca, repitió la dosis por la mañana al romper el día. Realmente la bebida tenía la inapreciable virtud de producir olvido, único calmante eficaz de los males del alma, y con tal medicina la buena mujer perdía por más ó menos tiempo la noción de su inmensa pesadumbre.

Don Pito despertó muy tarde, y en sus desperezos se envolvió sin querer en la alfombra delantera del sofá, quedándose con ella enroscada en el pescuezo á manera de bufanda, y puso patas arriba una butaca y

una silla. Su sobrina no hizo alto en este desorden. Insensible á todo, ningún suceso podía sacarla de la estúpida inercia en que se hallaba, incapaz de ordenar las ideas. Se desayunaron malamente, y el capitán, cuya cabeza adquiría despejo y lucidez después de las tormentas cerebrales, le habló muy serio de la conformidad cristiana, poniéndose como ejemplo de esta hermosa virtud, pues pocos había tan bien templados como él para resistir los chicotazos de la suerte. Verdad que el bálsamo, y esto lo dijo con gran aplomo, le había servido de gran consuelo, como excelente específico contra los quebraderos de cabeza, contra las opresiones y melancolías. La sobrina no le prestaba en verdad gran atención; arregló la casa obedeciendo á un hábito de rutina más que á un propósito, y como el tío pidiera de almorzar, le autorizó para que se tomara la cocina por suya y guisara lo que quisiera, pues ella no probaría más que pan y un poco de lengua fiambre: apetecía los manjares salados. Arreglóselas D. Pito lo mejor que pudo, y en cuanto llenó el buche, salió á avisar al café para que trajeran dos. Este era un regalo de que no podía prescindirse, según él, en día de aflicción, mayormente cuando había con qué pagarlo.

—Joven simpática—le decía, mientras tomaba el brevaje negro,—imítame. Ponte siempre en lo peor; calcula que los hombres son de su natural malos, y las mujeres peores, digo, peores no, iguales: que eso que llaman el prójimo es un bicho venenoso. ¿Que te pica? Te rascas; y procura tú picar también, pues el *contra-prójimo*, esto que llamamos *yo mismo*, tiene también su venenillo... Para no afligirte nunca,

hazte cuenta de que no hay ni puede haber nada bueno en sí. Si algo figura como bueno, es por la virtud del olvido. ¿Y qué hemos de hacer para olvidar? Pues poner el pensamiento á mil millas mar afuera de donde está la penita, y si avistas una embarcación con bandera inglesa, corres, corres á un largo hasta perderla de vista. ¿Que viene un ciclón? Pues en cuanto te lo anuncie el celaje, te pones á tangentearlo, para que no te coja en el vórtice, porque si te coge, haz cuenta, Carando, de que vas á almorzar con Jesucristo.

Por la tarde salió Dulce, y volvió al anochecer tan desconcertada, que parecía demente. Su tío la reprendió por no querer seguir sus consejos.

—¿Pero no sabe usted—dijo ella respirando con dificultad,—no sabe usted lo que... ha hecho...?

—Alguna maniobra falsa. ¿Y á nosotros qué nos importa? Chica, vámonos mar afuera, porque en puerto no se ven más que gaterías.

—Oiga usted, tío, salí esta tarde... y sin proponerme ir á su casa, fuí no sé cómo ni por dónde. Se me figuraba que le había de encontrar en la calle, que hablaríamos, y que hablando hablando se arrepentiría de su mal comportamiento conmigo... Se me metió en la cabeza que así había de pasar, y...

—Y claro, no pasó... ¡Pero qué boba eres! ¿Piensas tú que el *Abuelo* baja del puente para echarse á dormir, y nos entrega el mando de las cosas que han de pasar en cielo y tierra?... No, las cosas pasan como pasan, y no hay más remedio que jorobarnos, y tomarlas como quieran venir.

—Pues en vez de encontrarme con él, me encontré

con D. Braulio, que es buen hombre y tiene compasión de mí.

—Y D. Braulio te propone que le quieras á él para consolarte de la perrada que te ha hecho el amo...

—No, no es eso. Bien sabe D. Braulio que yo soy decente y no hago esas cosas...

—¿Virtudes tenemos? ¡Ay, Dios mío! Deja tú que se te vacíe la carbonera... verás. *(Señalando al cofrecillo.)* Hija mía, un casco como el tuyo, no puede andar á la vela...

—Lo que me dijo D. Braulio fué que Angel se ha ido á Toledo, á donde marchó también hace dos días la señorita Leré, para no volver más.

—¿Y eso qué?

—Que Angel se ha prendado de la capellana, y que no puede vivir sin ella... Me lo dijo también Paula, la pincha de la cocina, á quien yo doy un duro siempre que me la encuentro, para que me cuente lo que ocurre en casa de su amo.

—Y te habrá contado mil mentiras. No hagas caso de marmitonas, que son muy malas.

—Mentira no. Me dijo que el amo estuvo anoche como loco; que daba berridos dentro del cuarto, y que al pobre D. Braulio le dijo que si no se le quitaba de delante le mataría, así... Que la santurrona esa le tiene sorbidos los sesos con la religión, y que por las noches se ponían los dos de rodillas, hasta que se quedaban en éxtasis y veían á la Virgen, al Niño Jesús y á toda la corte celestial.

—Mira, eso se lo cuentas á otro, que yo no me trago esas balas...

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Dulce suspirando re-

cio.—¡Que no reventara en Toledo un grandísimo volcán y les hiciera polvo á todos! ¡Valiente religión! Farsa, hipocresía, todo mitos. La tal Leré es loca, ó una solemnísima tunanta. Y él... no sé qué pensar de él... Dígase lo que se quiera, esta es una intriga de clérigos y jesuítas para sacarle los cuartos.

—¡Lástima de dinero!—dijo D. Pito suspirando también.—Pero en fin, tú no te aflijas, y déjale que gaste su carbón en misas, si quiere. Busca tu flete por otro lado... Aprende á vivir. En todos los puertos se encuentran cargadores.

Ni una palabra más dijo Dulce. Sombría y ceñuda, sus ojos revelaban con su fijeza la persistencia de la idea clavada en su cerebro. Su mal color se acentuaba, degenerando en tono mate de tierra húmeda. Sus bellas facciones notábanse más enérgicamente apuntadas, más picantes, con esa tendencia á la caricatura, que, contenida dentro de ciertos límites, no resulta mal en el arte. Parecía modelada en barro, mejor dicho, que la estaban modelando, y que poco antes habían andado por su bonita nariz y sus cachetes los dedos del artista. Despeinada y á medio vestir, no hacía mal empaque en su desaliño, antes bien, pelo y ropa completaban con artístico desorden la expresión de duelo siniestro y sin esperanza.

Invitada por su tío á dar un paseo, no quiso ir. Al anochecer, sintiendo muy fuerte la debilidad de estómago, y un irresistible apetito de excitantes, confeccionó el ponche que D. Pito le había enseñado, y se lo tomó, cayendo al instante en sopor dulcísimo. Su mente se mecía en un espacio luminoso, acariciada por ideas risueñas, que revoloteaban cual mariposas;

tocándola apenas con sus alas irisadas. Esto le producía descanso cerebral y momentáneos eclipses de la idea fija, que se escondía y se amodorraba como un dolor combatido por fuerte anestésico. Á la hora de comer, entró el pobre navegante más trastornado que nunca y le dijo con misterio: «He visto la mar».

—¿Qué... qué?—murmuró Dulce, cuyo estado mental era poco propicio al conocimiento.

—Que he visto la mar... la grande... la salada, la que tiene toda la gracia del mundo. Ha venido esta tarde. ¿No lo crees? Ven y la verás. Hoy es la más alta pleamar del año, marea equinoccial... coeficiente de veinticuatro piés... Pues hallábame yo en el Salón del Prado, cuando sentí un ruído de oleaje... bum, bum... La gente huía, Carando; los coches izaban bandera y apretaban á correr. Miro para abajo ¡yema! y ¿qué creerás que vi? Dos vapores ¡me caso con Holofernes! dos vapores que subían á toda máquina por delante de los *Almacenes de Pinturas*, digo, del Museo, el uno inglés con matrícula de Cardiff, el otro español, alto de guinda, chimenea roja, la numeral en el mesana y contraseña en el trinquete.

Dulce le miraba con asombro lelo... Ni le daba crédito ni se lo negaba. Sentía en su cerebro cierta obstrucción como la que produciría la ingerencia de un cuerpo extraño.

—Vamos á ver la mar bonita.

—Sí—dijo Dulce levantándose y dejándose caer otra vez en el sillón.—Iremos á verla. Pero necesitamos comer antes.

—¿Comer, comer?... Pero si ya comí. En una taberna me sirvieron un bacalao muy rico que me dió

mucha sed, y después... ¡pateta! Puedes comer tú sola.

—No tengo ganas. Debilidad sí.

—Pues mira, rompe un huevo en una copa de coñac... lo revuelves bien. No hay mejor alimento.

—¡Ay, sí!

Hízolo, y lo bebió con delicia.

—Pues la mar vino...—repitió el desdichado capitán, dándose sin cesar golpecitos en la barriga para suspenderse los pantalones.—Si tenía que venir ¡yema bonita! En el Prado quedaban los prácticos esperando que la Comandancia de Marina les mandara salir.

Apremiada por su tío, Dulce se puso una toquilla por la cabez, y salió sin darse cuenta de nada. Cogióla D. Pito del brazo, bajaron, y por San Mateo dirigiéronse á Santa Bárbara. Noche obscura, fresquecita, poca gente en la calle, los pisos húmedos, tiempo de calima, el gas encendido. A lo lejos, los faroles formaban constelaciones de figuras extrañas. En el alto de Santa Bárbara, D. Pito, olfateando la atmósfera, dijo con desconsuelo: «De aquí no se la ve. Tenemos que ir más á fuera.»

En Recoletos, Dulce apenas podía andar. Arboles y edificios subían y bajaban con acompasado movimiento de pesas, como los objetos que se ven desde á bordo en día de marejada. Sentóse en un banco, y don Pito, en pie junto á ella, con el hongo encasquetado, el gabán muy ceñido y su cuello postizo de pieles, habría despertado la curiosidad de los transeuntes si por allí los hubiera. Gesticulando desaforadamente, husmeaba el aire y decía: «Va rolando al

Oeste, y luego rolará al Sur, recorriendo todo el cuadrante. Pues siento ruido de resaca. Mira, mira los botes que vienen con el pasaje»... Quiso detener un coche simón que iba alquilado. «Atraca, hombre, atraca». Pero el cochero no le hizo caso.

—¡Qué pillería de boteros!... Ven hija de mi corazón; vamos un poquito más abajo. Nos embarcaremos en la machina de Cibeles.

Siguieron andando con la mayor irregularidad.

—Nos embarcaremos—dijo Dulce con voz argentina,—y nos iremos á Toledo.

—Toledo, Tole... *(Meditando.)* ¡Ah! sí, ya sé. A veinte millas al Oeste. Farola de luz verde con destellos blancos cada medio minuto. Entrada mala... mar en cuesta.

—Pero tío... tengo miedo á marearme. Las casas bailan.

—No temas. Es la marejadilla que las sacude un poco. Pero no hay cuidado. Yo te quitaré el mareo con vasitos de bálsamo. Rumbo á Tole. ¿Pero no sería mejor que fuéramos á Nueva York, que está una miajita más allá? Verás qué buen país.

—¿Para qué? Á Toledo, y le pegaremos fuego á la catedral cuando estén dentro todos los mitos y los curas predicando.

—Pero chica *(riendo desaforadamente)*, ¿que te han hecho á tí los curas?

—No hay religión. Todo es farsa, chanchullo.

—Poco á poco... ¡me caso con Santa Bárbara! Yo creo en Dios Omnipotente, en la Virgen del Carmen y en su santísima sobrina la mar.

—Yo no creo...—dijo Dulce.—¿Á qué es creer? Si

hubiese Dios, por chico que fuera, no pasarían estas cosas.

—Lo que hay es que con la cháchara nos estamos entreteniendo, y la mar se nos va.

—¿Cómo que se va?

—¿No ves que empieza á bajar la marea? Mira, allí hay un barco que se ha quedado en seco.

—Usted se chifla, tío... ¡Qué cosas se le ocurren! Vamos á Toledo ¿sí ó no?

—¿Pero qué se te ha perdido á ti en ese Tole?

—Quiero ir allá, y ver lo que hacen. Tío, yo le aseguro á usted que aquel pecho es de algodón.

—¿De algodón? No te entiendo. Pecho de algodón... balas de algodón.

—Eso es, balas, balas.

—¡Ah! explícate bien: lo que quieres decir es que vamos á Nueva Orleans.

—No, á Toledo.

—Entonces quisiste decir balas de mazapán.

—No, culebras, culebras de algodón.

—¡Culebras! *(Meditando.)* Menos *diquelo* ahora. Te has vuelto muy sabia. Yo lo que te digo es que se nos escapa la mar. No me eches á mí la culpa después, si varamos.

—¿Qué es varar? ¿Pegarle á uno con una vara? ¡Ay qué dolor siento ahora... aquí!

—¿En dónde?

—En el alma.

—¿Y dónde está eso? A ver si hay por aquí un poco de alma. *(Mirando á todos lados.)*

—¿Qué busca tío?

—Una cantina. Aquí hay una; pero está cerrada.

¡Me caso con la cantinera! *(Golpeando en un puesto de agua.)* ¡Eh! ¿no hay quien despache? *Miss, miss*... La llamo así, porque esta debe de ser inglesa. Nada chica, no responden. Vámonos, que en esta tierra no se guardan consideraciones al público. Y á todas estas ¡Carandito! ya no tenemos mar.

Dulce no le oía, y fatigada se había sentado otra vez en un banquillo de madera.

—Mañana, mañana—prosiguió D. Pito mirando por entre los árboles,—volverá. ¿Pero qué tienes? ¿Es qué te entra sueño? ¿Llanticos otra vez? Niña graciosa, no pienses en ese párvulo, inglés, y dale por ahogado. ¿Sabes lo que debes hacer ahora? Pues enrolarte con uno que traiga las bodegas muy bien estivadas de dinero.

Dulce movió la cabeza, como quien se esfuerza en ahuyentar una pesadilla, y su tío, tirándole del brazo la hizo andar algo más, hasta que vieron la Cibeles, blanca, fantástica, en medio de los árboles secos, destacándose vagamente del gris esmerilado de la atmósfera. Parecía que los leones de mármol trotaban en veloz carrera, y que las ruedas del faetón de la diosa levantaban densa nube de agua pulverizada.

—Vámonos hacia el golfo, que es lo único decente de todo lo que ha inventado Dios; vámonos mar afuera hasta que no veamos puerto ni costa ni nada más que cielo y agua». Pero Dulce no podía seguirle, y cayó en tierra con modorra de plomo. Visiones extrañas en que atropelladamente sucedía lo placentero á lo espeluznante, embargaron su espíritu.

En tanto, D. Pito empezó á ver claro y á tener conciencia de la realidad. Quitóse el sombrero para

desahogar la cabeza, extendió la mano para ver de dónde venía el viento, inspeccionó con experta mirada todo el espacio que en torno se veía, y al convencerse de que no había mar ni cosa que lo valiera, le acometió una tristeza negra, hondísima, de esas que no consienten ni aun la esperanza de consuelo. Arrancó de su seno un suspiro, que era sin duda de familia de huracanes, por la fuerza del resoplido, y se oprimió con ambas manos el cráneo para hacer abortar una idea... la idea de arrojarse de cabeza en el pilón de la Cibeles.

Madrid.—Abril 1890.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ÍNDICE

PRIMERA PARTE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 13 07 04 008 3